



DIEZ 10 ANOS  
DE TORTURA &  
DEMOCRACIA

eva forest



## DIEZ AÑOS DE TORTURA Y DEMOCRACIA

D. L.: NA. 1.355-1987

ISBN 84-404-0712-2

Gráficas Lizarra, S. L.

Ctra. de Tafalla, Km. 1 - Estella (Navarra)



**EVA FOREST**

**DIEZ AÑOS DE TORTURA Y DEMOCRACIA**

- Edita Gestoras pro Amnistia de Euskadi -

*A los protagonistas de este libro:  
los presos, los deportados, los refugiados...  
A todos aquellos que por amar la libertad de Euskadi  
sufren persecución y tortura*

**Eva Forest**





Hau da kontaera bat, zelaia eta leguna;  
ez beza inork hemen ezer bila,  
egia baizik;  
egia triste bat, egunero lur honetan ikusten dena.

**Gabriel Aresti**



## ***Un poco de historia sobre este libro***

**E**ste libro era un antiguo proyecto pensado de otra manera. Estando en la cárcel y dado que el tema de la tortura me era familiar, pensé que podría ser interesante seguirle los pasos y ver lo que con ella pasaba al producirse el cambio político tan esperado. La situación era única. No siempre se tiene la oportunidad de asistir al paso de una dictadura a una democracia, ni de estar a la vez tan cerca de la represión. Tenía en mis manos algunos hilos fundamentales de la madeja, anclados aún en el franquismo, y era suficiente con esperar y ver cómo se devanaba aquel enmarañado ovillo de la represión, hacia dónde tiraba y qué ocurría con la tortura. Sería curioso y hasta apasionante observar sus mutaciones, sus camuflajes y hasta su momentánea desaparición; ello me podía dar la clave de esa democracia que nos estaba llegando.

Fue así como en 1977, al poco de salir en libertad, preparé mis planes y me puse al acecho, presta a recoger los testimonios de los que tuvieran noticia.

A la transición general que se estaba produciendo en todo el Estado, vino a unirse el hecho de estar viviendo en Euskadi, donde existía desde hacía años una lucha de liberación cuyos objetivos iban más allá del simple derrocamiento del franquismo. Esto hacía que fuera un foco de lucha y por ello «conflictivo», donde las medidas de represión en general y la tortura en particular, pronto harían su aparición y sería el termómetro de lo que podía ocurrir en el futuro.

Rastrear y detectar la tortura no fue un trabajo difícil para mí, pues era una persona conocida, que ofrecía garantías de seguridad y que, además, había pasado antes por la misma experiencia, cosas muy importantes cuando se trata de recoger testimonios tan delicados.

Esa fue un poco la forma en que se puso en marcha aquel proyecto. Poco a poco, las cosas se fueron complicando, la represión creciendo, los datos eran cada vez más cuantiosos y exhaustivos y en mi mesa de trabajo las carpetas empezaban a invadirlo todo. La urgencia de con-

vertir en denuncia inmediata todo aquello me obligaba a utilizarlo en distintas formas: artículos, ensayos, conferencias, sobre todo. Cuando vine a darme cuenta tenía una serie de publicaciones a través de las cuales estaba ya dicho todo aquello que había pensado como unidad estructurada en libro. Hacerlo habría supuesto reelaborar lo hecho, puesto que lo esencial estaba ya allí, y por ello una pérdida de energías innecesaria. He preferido coger lo que había, organizarlo, darle una ordenación cronológica y unos datos que lo sitúen y entregarlo tal cual, sin arreglo alguno, para que se viera mejor la circunstancia en que cada uno de esos ensayos o pequeñas intervenciones momentáneas, surgieron. Son textos que recogen y sintetizan distintos momentos de estos diez años: unas veces precipitadas intervenciones para salirle al paso a la manipulación y otras reflexiones más largas sobre la base del caudaloso y riquísimo material acumulado que era importante sintetizar y sacar a la luz para dejar constancia de lo que ocurría. Algunos de estos ensayos suponen cientos de horas dedicadas al problema, a la recogida minuciosa de datos, de encuestas a familiares, de grabaciones... Un trabajo que empezó como si nada y que se me fue complicando mucho después.

Los primeros años, esta recogida de material la llevé a cabo sola. A partir de 1982, en que creamos el Grupo Contra la Tortura, en la Universidad, fue ya una tarea colectiva, que supuso un gran paso dada la importancia de trabajar en equipo, que nos permitió obtener los testimonios con más rapidez y de una manera sistemática, por zonas. Por desgracia, la tortura fue en aumento y al no dar abasto a recoger el material tuvimos que limitarnos sólo a la provincia de Gipuzkoa. Pero la experiencia está ahí y pienso que sería muy importante que fuera seguida en otros herrialdes, en donde una labora continuada y conjunta podría aportar valiosísimos datos para la investigación en ese terreno.

De los muchos aspectos de la tortura he seleccionado uno muy concreto para este libro porque, si bien es verdad que se trata de un fenómeno social-político muy complejo, que no se puede ver aislado de su contexto, su misma complejidad produce a veces confusión y viene a ocultar a sus responsables. De manera que he preferido agarrar el toro por los cuernos y abordar sólo aquella parcela que se refiere a la estructura que hace posible la tortura: A todo cuanto tiene que ver con la maquinaria que la fabrica y su complicado engranaje. Con el aparato, en suma, y con quienes lo controlan. Lo que podría responder a las preguntas: ¿Quiénes son los que la usan? ¿Con qué objetivo? ¿Cómo llevan a cabo esa práctica?

Por supuesto que hay otros aspectos que me interesan mucho como, por ejemplo, los psicológicos y siquiátricos, que guardan relación con la incidencia que la tortura tiene sobre el individuo y sobre la colectividad, lo que podría responder a la pregunta: ¿Hasta qué punto consigue el enemigo la destrucción que se propone? O el aspecto, importantísimo también, que guarda relación con la resistencia: ¿Cómo hacer frente a esa tortura? ¿Cómo soportarla mejor? El que me interesa más, a la hora de la denuncia política que me propongo, es el primero.

*Mi intención, como se deducirá de la lectura, no es solamente denunciar que existe la tortura, sino mostrar de dónde sale y quiénes son los que la necesitan. Que se vea también que en Euskadi es una forma de violencia que se viene empleando, durante los diez años de «democracia», sistemáticamente para aplastar cualquier intento de manifestación popular que reclame los derechos y las libertades que como pueblo se le niegan. Llamar también la atención sobre el gravísimo hecho de que esa tortura está ocurriendo a la vista de muchos, que es un fenómeno social conocido, que se publican los testimonios de las víctimas en la Prensa y que, pese a ello, no ocurre nada. Denunciar, sobre todo, el gran consentimiento y la gran complicidad. Y dejar ese dato ahí para la Historia; que no pueda pasar inadvertido y dar pie a la justificación futura. Se trata de intervenir en esa interpretación de la historia y obligar a que ese dato valiosísimo de anestesia y apatía general, no caiga en el olvido y tenga que ser tomado en consideración: contribuir así a que no se pierda la memoria colectiva. Que un día los niños de Euskadi, cuando el país sea libre, puedan observar el pasado con asombro y sepan que hubo un tiempo en que pasaban esas cosas mientras una parte del pueblo resistía.*

*Denunciar también el cerco informativo al que nos tienen sometidos y las grandes dificultades con que nos encontramos para hacer pasar las noticias que dan cuenta de la realidad. El hecho de estar en Europa Occidental, en la Comunidad Europea y en la OTAN, empeora mucho más las cosas. Cualquier violación, por mínima que fuera, ocurrida en Polonia, por ejemplo, hubiera levantado el escándalo general y recorrido el mundo. Aquí hay cientos de detenidos, de torturados, varios casos de muerte durante esa tortura, y nadie levanta una voz, todos callan y se apresuran a mirar hacia otros continentes, en busca de barbaries lejanas, en países exóticos. Hay un esmerado empeño en impedir que esa clase de información penetre, en que se sepa que estas cosas están pasando en una situación de «democracia». Todo está preparado para negar la evidencia, caso de que haya alguna filtración.*

*Los amigos que nos apoyan —estoy pensando en quienes lo han hecho desde los primeros y difícilísimos días, cuando el aislamiento era total y ellos rompieron las primeras lanzas: los amigos daneses, la entrañable doctora Inge Genefke, Liliane Bernard...— tienen que comprender que esto es una guerra y que, como en toda guerra, nos obligan a desplegar energías que no serían necesarias en tiempos de paz. Una guerra en una zona «civilizada», en la que la intoxicación informativa es una de las peores armas. A veces, explicar un acontecimiento o una simple ley que funciona mal supone tal cúmulo de aclaraciones previas que uno se agota nada más empezar. Todos esos amigos, que cada vez son más y comprenden mejor, tienen que saber que es muy dura la represión que sufren algunos. Que no es fácil vivir entre las llamas sin quemarse y tratando a la vez de apagar el fuego. No somos observadores, estamos encolerizadamente dentro, viviendo los horrores del sistema, apasionadamente implicados en denunciarlos y tratando de sobrevivir, más que nunca —ese «no pasarán» tan lleno de ecos— a*

la muerte que nos preparan. Sobrevivir con vida real, sin aceptar la doma, es decir, con dignidad, sin sometimientos, con independencia. Esta es la razón por la que, libros como éste, por el que tanto preguntaban, no haya salido antes. Muchos de nuestros proyectos personales se quedan interrumpidos, lo cual no importa si es en beneficio de la liberación. A veces también los proyectos colectivos se interrumpen... En 1985, quienes formamos el Grupo Contra la Tortura, preocupados por el gran número de personas torturadas que estábamos viendo, preparamos un dossier que sirviera de «muestra» sobre lo que estaba pasando, con el objetivo de llevarlo a Estrasburgo, al Consejo de Europa.

Es sabido que para llegar allí hay que seguir un largo procedimiento, que lleva consigo una serie de gestiones que hay que agotar, una tras otra, y que eso, dadas las condiciones particulares de nuestra «democracia», podía suponer una espera de años. Hay también una vía más directa, que se salta todos estos trámites, cuando existe la evidencia de que hay tortura, por ejemplo, y de que no existen los cauces para formular la denuncia. Así lo hicieron en Grecia, durante el Gobierno de los Coroneles y en Irlanda. Nuestro caso era especial porque, en apariencia, los cauces estaban allí, sólo que no funcionaban. Teníamos testimonios sobrados para presentar. Muchos de nuestros amigos escandinavos nos animaron a ello. Era la ocasión de dar una respuesta al argumento oficial de que si hubiera tortura, ya habríamos ido al Consejo de Europa. Ellos sabían bien que el argumento era una falacia, pero lo esgrimían siempre porque resultaba muy contundente para las gentes de buena fe. Nos pusimos al trabajo pero una serie de acontecimientos imprevistos nos distrajeron pronto de él.

No había terminado de redactar el prólogo, cuando nuevas formas de represión empezaban a producirse y deseaba recoger los datos para tratar de incluirlos.

Eran los días de las huelgas de hambre en París, poco antes de las extradiciones y las deportaciones. Esas deportaciones eran una peligrosísima modalidad de cárcel a distancia, una nueva forma de aislar que requería observarlas de cerca. Había que denunciarlas cuanto antes y ello exigía viajar, y en cada sitio eran diferentes las condiciones... El dossier iba relegándose a la espera... Y esa espera hacía que fuera quedando corto, insuficiente... No había llegado aún a terminarse y ya existían violaciones mucho más graves, torturas nuevas, que exigían prioridad. No acabábamos de informar de ellas cuando ya venían otras que había que explicar... Y todo eso en un medi desinformado y, sobre todo, informado tendenciosamente y, muchas veces, desinteresado por conocer lo que ocurría y hasta visiblemente hostil e incrédulo.

A nivel personal, no terminar el dossier que, en gran parte, dependía de mi prólogo, me frustró. Estaba anegada de material que era incapaz de utilizar, inmersa en documentos, entre montañas de testimonios y no sabía cómo hacer para dar salida y sintetizar tanto sufrimiento humano. Desde lejos parecía tan sencillo que los amigos se extrañaban. Podía dar conferencias, pero no podía escribir una palabra sobre el asunto: todo me parecía pobre, insuficiente, inútil.

*Fue entonces cuando viajamos a los EE.UU. Era un momento difícil en el que necesitaba una tregua, esa tregua que, gracias a que somos tantos, uno se puede permitir de vez en cuando. En los EE.UU., pese a que no se habla de ello, también hay un sector del pueblo que resiste el embate de los medios de información que tratan de controlarlo todo, un pueblo sensible y solidario con otros pueblos en lucha, cuyo punto de cristalización es Nicaragua. Era una agradable sorpresa. Periódicamente llegaban noticias de Euskadi y todas, menos la tan dolorosa de la muerte de Txomin Iturbe, eran noticias estimulantes. La nueva perspectiva de la distancia permitía ver con más objetividad el gran avance del movimiento de liberación, la justeza de sus razones y la magnitud genocida de la represión que estaba recibiendo el pueblo. Un motivo más para ratificarse en la lucha.*

*Durante esta etapa, un tanto haja de moral, tuve la gran suerte de estar siempre junto a mi compañero que, aunque profundamente humano, resiste, como una roca, los peores embates del temporal y sigue, inquebrantable, los pies en la realidad y la imaginación en el infinito. Lejos, pero con el corazón siempre en Euskal Herria, seguíamos y comentábamos los sucesos y contábamos los días que faltaban para el deseado regreso.*

*Decisiva fue también, en esa época de desaliento, el encuentro con Noam Chomsky. Descubrir sus libros políticos —tan deliberadamente ocultos—, su concepción de la resistencia, su sensibilidad y su lucidez intelectual allí donde la mayoría de los intelectuales están anestesiados y confusos, fue una de las alegrías más grande de los últimos años y que debo, en gran parte, al profesor Carlos Otero, estudioso, admirador y amigo personal de Chomsky.*

*Quiero señalar esto porque con demasiada frecuencia nos vemos obligados a hacer la crítica de los intelectuales que tanto desinterés tienen por los problemas vitales de su tiempo; y, sobre todo, porque creo que tiene una gran importancia política el saber que no estamos solos, que en distintos puntos de la tierra hay personas y pueblos que luchan por su liberación y por su independencia y que, el simple hecho de saberlo y comprobarlo, la sola información de esa realidad, que trataban de escamotearnos, es ya una victoria. Ni estamos solos, ni somos tan pocos y a todos nos une la solidaridad.*

*A nuestro regreso, me puse a preparar el libro. Había decidido hacerlo en seguida y dárselo a una editorial de Madrid que me lo había pedido hacía tiempo. Pero quiso la feliz coincidencia que las Gestoras pro Amnistía preparaban una serie de actos para celebrar su aniversario. ¿No era una magnífica ocasión para manifestar mi solidaridad con ellas; con el gran esfuerzo que han venido haciendo, contra viento y marea, para transmitir la solidaridad a los presos y devolvernos su calor que tanta fuerza nos comunica para resistir? Se lo ofrecí. A fin de cuentas, ese libro pertenece a los presos, a los refugiados, a los deportados, a todo el pueblo que resiste y vence la represión y que, de múltiples formas, me ha facilitado sus testimonios.*

*Editar con las Gestoras me ha permitido —son los aspectos gratifi-*

*cantes de estas cosas— preparar yo misma la fabricación del libro con entera libertad: el diseño de la portada, la elección del papel, la letra... Un libro artesanal, hecho con amor, con infinito amor, pensando en los ausentes. Y si he contado cosas de mi vida personal es porque esa vida, si es algo, se lo debe a los demás, a la mucha comunicación que he tenido siempre con los compañeros y porque pienso que, donde quiera que estén, ha de darles alegría esto.*

*Termino el prólogo en medio de una de esas oleadas de represión, súbita y terrible, a la que ya estamos acostumbrados. Reclamarse pueblo soberano, hablar simplemente de autodeterminación, son pasos difíciles que conllevan peligros, pero que también tienen sus gratificaciones. Estamos asistiendo a una situación nueva. Nuestra experiencia es inédita: una lucha de liberación en la Europa Occidental... La batalla que hemos de librar está ahí, a caballo de los Estados francés y español, que no dudan en colaborar y aplicar los peores métodos para combatir el peligro de un pueblo que no se somete. Y no olvidamos que la mayoría de estos Estados «democráticos» que ahora se asignan la vigilancia de los derechos humanos, mientras los pisotean, eran hasta hace bien poco imperios coloniales que robaban y esquilmanaban las riquezas de los pueblos sometidos y practicaban sin escrúpulos el genocidio.*

*Los acontecimientos de estos últimos días, la forma en que han asaltado las casas, arrancando de ellas a las mujeres y a los niños, son imágenes imborrables que a muchos han recordado los días del nazismo, pero que a otros nos ha confirmado lo que realmente puede ocurrir en una «democracia». De pronto, han hecho caso omiso de la imagen y han dado el salto atrás, a los días en que organizaban cacerías para someter a los esclavos. Hemos asistido a la caza del vasco en su propia tierra, que ellos dominan. Hemos visto la forma en que apaleaban, por los suelos, a quienes heroicamente —porque fue un heroísmo ciudadano manifestarse a las pocas horas de la razzia en las calles de Baiona y Miarritze— dejaban oír su voz de protesta. Esa es la Europa civilizada que habla de acabar con el «terrorismo».*

*Todo es nuevo en esa lucha, nuevo y viejísimo a la vez; lo mismo, pero de otra manera. Ese va a ser el ritornello que constantemente va a aparecer en el libro. Puede que a algunos les suene a pesimista, pero no es así.*

*Conviene recordar que hablamos de la represión violenta; de la maquinaria del Estado. El libro sobre la resistencia está a medio hacer y será mucho más estimulante.*







# 1977

*Se convocan las primeras elecciones generales en el Estado español después de 40 años. En Euskadi una parte del pueblo considera que no existen condiciones para que se lleven a cabo democráticamente y decide abstenerse. Es el momento crucial de elegir entre reforma o ruptura: o se acepta el camino de los acatamientos que parte ya de una sumisión previa, o se continúa combatiendo hasta sentar las bases para un verdadero despegue que permita un día esa soberanía nacional tan popularmente deseada.*

*No son muchos los que optan por esto último, pero es la vía. Derrocar el franquismo nunca ha sido una meta, sino un obstáculo a vencer en el largo camino de esta lucha de liberación que dura hace ya mucho tiempo; no son muchos pero constituyen un punto de cristalización muy fecundo que pronto dará origen a la unidad popular.*

*Sobre ella y sus entornos caerá la feroz represión de los diez años que se avecinan. Represión que en Euskadi, conviene no olvidarlo puesto que es el objeto de*

*este libro, es siempre la respuesta ciega y violenta a un problema que tiene solución política, pacífica y negociada.*

*Pero ahora estamos en 1977 aún y son pocos los que se dan cuenta. La represión está generalizada en todo el Estado y todavía puede parecer que son restos del franquismo. Si la observáramos con detenimiento descubriríamos que prepara las líneas maestras que va a desarrollar en el futuro y, aunque no se ven, también los sutiles mecanismos de la doma están en marcha. Pero hay demasiada confusión para percibirlo. Son tiempos de promesas y espejismos y una euforia desmedida envuelve y aísla de la realidad a muchos políticos. Para los que acabamos de salir de la cárcel y conocemos la entraña del sistema, las cosas son más inquietantes. Mis artículos de entonces sobre la represión tienen un tono apocalíptico que expresan bien el temor que algunos sentíamos. De entre ellos he seleccionado uno con el ánimo de situar al lector en el momento en que empieza esta historia.*

## **Preludio para una temida democracia**

Redacto estas apresuradas notas desde un hotel de Grecia a donde he venido para asistir a una reunión sobre la tortura, organizada por un grupo de médicos. Ya no escribo desde aquella reducida celda de Yeserías, convertida en febril laboratorio de trabajo, en la que durante treinta meses nos atrincherábamos día a día para mejor resistir el acoso del enemigo. Ahora estoy en un altísimo edificio de Atenas, sentada en una terraza desde la que se divisa la ciudad que va a perderse a lo lejos en el Mediterráneo. Cabría pensar que en situaciones tan opuestas y con un cambio tan espectacular de decorado, la visión del futuro fuera también muy distinta. Pero no es así. He de confesar que tengo la misma inquietud de entonces y que la *democracia* sigue siendo la gran incógnita. Una incógnita que casi da miedo despejar, como si temiera descubrir la gran trampa que encierra la palabra: una palabra cada vez más vacía de contenido, utilizada por todos, gastada, inservible; una palabra que, a fuerza del mal uso, nada liberador significa ya.

Pronto hará un año que quienes éramos considerados los últimos presos vascos de la dictadura salíamos en libertad. Para muchos, aquella victoria del pueblo, unida a las elecciones que se avecinaban, parecía marcar el fin de una oscura etapa y el inicio de otra más prometedora. Pero no tardó mucho en desvanecerse el espejismo. Todavía estaban caldeadas nuestras celdas cuando una nueva oleada de presas pasaba a ocuparlas y la noticia de que habían sido sometidas a malos tratos volvía a convertirse en pesadilla: todo parecía empezar otra vez. De entonces a hoy el número de presos ha aumentado considerablemente ya no sólo en Euskadi, sino en el resto del Estado, cuyas prisiones no llegaron a vaciarse nunca. En Yeserías, en Carabanchel, en Soria, en Martutene, en Pamplona...

en las cárceles de la llamada democracia, pese a lo mucho que se habla de mejoras y reformas, todo sigue igual. Igual, *pero peor*, me diría un familiar de un detenido, porque ahora el problema se ha olvidado. Muchos creen que con la democracia ya no existen presos políticos y cuesta conseguir que se ocupen de ellos. Estamos solos.

Efectivamente, esa es una de las grandes dificultades a la hora de hacerse oír. Otra es la generalización de la tortura en el mundo y las proporciones que alcanza. El foco se ha desplazado a otros continentes y es tan atroz lo que nos llega de allí que la mayoría se olvida de lo que pasa en casa. Imposible establecer comparaciones. Me he dado cuenta esta tarde en una de las conferencias. Después de asistir al relato de quienes han sido internados en campos de concentración de los militares argentinos, en donde se les tenía permanentemente esposados en un cajón, obligados a defecar una vez cada ocho días, a controlar sus esfínteres bajo la permanente amenaza de un tiro... Después de oír la voz de la mujer que cuenta el secuestro del hermano, del yerno, de la hija; la desaparición constante de revolucionarios de los que muy posiblemente ya nunca se sepa nada... De tener noticia de que en Uruguay, militantes tupamaros se pudren en pozos desde hace seis, siete años, en una total incomunicación que les va aniquilando y destruyendo... Después de recorrer ese dantesco panorama que revela la entraña de lo que es capaz de hacer el imperialismo cada vez que los pueblos ponen en peligro sus intereses, da un poco de vergüenza abrirse un hueco para llegar a la mesa y decir que en Madrid, en los sótanos de la DGS, a unos compañeros les han pegado puñetazos, les han abierto la cabeza o les han arrancado un mechón de pelos. La desproporción es demasiado grande.

Y, sin embargo, en ese recorte que traigo hoy aquí y que es la base de mi ponencia está la clave para entender algunas cosas de lo que pasa con la joven «democracia».

Explicar esto no es fácil cuando el tiempo está limitado. Esa es tal vez la mayor dificultad. ¿Cómo hacerle entender al que piensa que los cambios han sido profundos, la antigua represión barrida, la tortura eliminada, cómo hacerle entender que, en cierto modo, el peligro es ahora mayor que antes, que es como si al salir del lóbrego túnel de la dictadura hubiéramos sido depositados en una bellísima pradera ante las fauces de un nuevo monstruo que se apresta a devorarnos? ¿Cómo desarrollar esto en diez minutos que no alcanzan

sino para dar el toque de alarma, pero que no permiten matizar?

«No es fácil llegar a la democracia —me ha dicho alguien esta tarde—; es duro el camino». Si estuviéramos yendo... Lo peor es que en nombre de la democracia nos encaminamos ni se sabe dónde... ¿O será que la democracia es realmente esto? Algo tan distinto a lo que nos habían dicho. Cuarenta años oyendo sus alabanzas para descubrir que no nos gusta ni como estación de paso... Los compañeros griegos con los que he hablado tampoco están muy satisfechos con la suya. El problema parece general, como lo es el del gran aparato coercitivo que actúa desde los más insospechados lugares. Lo de menos es la tortura concreta, la que se relata y produce escalofríos, lo peor es lo que permanece oculto, el potente mecanismo que la hace posible, los múltiples tentáculos, las ramificaciones que no se pueden detectar: el Poder que lo controla todo, el Ojo que lo observa todo, el Cerebro con el que intentan sustituirnos. La represión continua que empieza siendo costumbre, que deja de percibirse después, que pasa a ser elemento natural de convivencia... Esa simbiosis permanente con el enemigo que obliga —cuando se quiere ver— al continuo combate.

El documento no es muy largo. Es el testimonio de ocho mujeres que en septiembre de 1977 —después de las elecciones y en pleno auge «democrático»— fueron torturadas junto con otros compañeros: catorce en total. La detención se produjo en una pequeña ciudad del Mediterráneo. Unos militantes del PC(r) se habían dado cita un fin de semana en Alicante para celebrar una reunión de partido. Alguno había asistido a ella con sus hijos de corta edad. A primera vista el documento no se diferencia mucho de otros que hace años habían pasado por nuestras manos, pero hay algunos detalles... conviene situar la escena.

De pronto, una madrugada, la Policía irrumpe con gran escándalo en el domicilio en donde se albergan. Entre gritos de «cuidado que puede estallar», «hay explosivos», «corre peligro la casa» y frases parecidas, más de cien antidisturbios, fabulosamente equipados, como marcianos, rodean el edificio, lo cercan, lo asaltan como si fuera una fortaleza... Profiriendo aullidos y toda clase de insultos, arrojando botes de humo y pelotas de goma, penetran en su interior y reducen a la gente. Desnudos, medio asfixiados, con los niños llorando de terror, los sobresaltados inquilinos son violentamente empujados y acorralados contra la pared. Sin darles tiempo a vestirse siquiera, tal cual han salido de la cama, se los esposa, se les venda los ojos, se los encapucha, se los arroja al suelo, se les encañona

en los riñones, en la sien, con una metralleta que se carga y descarga provocadoramente, se les pone el pie encima apretando la bota, como si se tratara de una proeza en una cacería: que no se muevan, que no intenten nada, que se los liquida. Ha ocurrido todo en un santiamén, ha sido una operación relámpago, un alarde de eficacia que nos recuerda mucho los métodos de algunos «cuerpos especializados» que actúan en la Europa de los Estados Fuertes —¿altas técnicas aprendidas acaso en Alemania? Por entre los sofisticados invasores van apareciendo, aquí y allá, de paisano, conocidos funcionarios de la antigua Brigada de Investigación Social que, ahora, ya se denominan de otra manera. Pistola en mano dirigen la operación y se hacen cargo de los niños para entregarlos a los familiares.

Fuera, la alarma es general. Los gritos que han precedido y acompañado la acción han puesto en guardia a la gente. Pese a que luego se demostrará que era una casa en la que no había armas, ni objetos que se pudieran considerar agresivos, ni tan siquiera propaganda, las frases dichas en el momento oportuno han surtido su efecto. Se murmura en voz baja que se trata de «terroristas», se piensa que hay bombas, se teme que algo pueda estallar... Los más curiosos se asoman con cuidado y observan a distancia. La mayoría escucha con miedo detrás de las ventanas. No estaban acostumbrados a una cosa así, parece muy grave. Nadie se atreve a intervenir.

Se trata precisamente de eso. Y de crear un clima y dar la imagen del terrorista. Presentarlo como el peor de los delincuentes: si al delincuente se lo margina, al terrorista con más razón, puesto que constituye una amenaza para la sociedad, un peligro para el orden y la buena convivencia. Todo lo que se haga por eliminarlo está justificado: se lo persigue como a un perro, se lo caza, se lo abate a tiros si es preciso, se celebra su muerte (lo hemos visto recientemente en Durango). Es una lección que el pacífico ciudadano que observa deberá fijar en su memoria: Los policías lo defienden, son sus aliados. Es también un buen ejemplo de lo que puede ocurrirle al que se desmanda del camino... «Mejor no intervenir», se dirá el buen ciudadano mientras observa cómo a culatazos introducen a los peligrosos terroristas en el coche celular. El fabuloso plan elaborado en la sombra está en marcha. Los primeros reflejos condicionados han empezado a funcionar.

En los furgones, amontonados como ganado, los detenidos son llevados a la Comisaría más próxima en donde los ficharán. «Cuando me quitaron la venda de los ojos para fotografiarme —dice Encarna— el espectáculo que vi era dantesco: los que me llevaban agarrada iban de paisano con unos cascos especiales que les cubría



completamente la cara, y el fotógrafo se la cubría también con un pañuelo, al estilo cuatrero. Yo no hacía nada y ellos, sin embargo, me sujetaban como si fuera una bestia enfurecida. Después volvieron a vendarme y encapucharme... Se protegen, no quieren ser individualizados, tienen miedo, deben de cuidarse más que en etapas anteriores.

Mientras esperan los amarran a las rejas como fieras, les echan mantas por encima para que no distingan al que profiere las amenazas, de dónde vienen los empujones. De allí irán a Madrid: un viaje inenarrable, una aparatosa caravana que cruza veloz los pueblos y deja un reguero de comentarios. ¿Cómo transmitir el pánico del que viaja encapuchado sin saber a dónde va, zarandeado en las curvas, golpeándose contra objetos que no ve? «Emprendimos el viaje a Madrid con las sirenas puestas y a toda velocidad —dice Isabel. El coche en el que yo viajaba, a causa de esto, chocó con otro. Es imposible describir aquí los momentos de angustia que se pasan cuando, esposada, la cabeza tapada y los cañones de las metralletas en los riñones, se sufre un accidente». Pero esto no tiene ninguna importancia dentro del contexto general y de los métodos al uso: no es más que un traslado, algo normal en un trámite de este tipo. Si al señor juez se le denunciara se quedaría estupefacto de tanta osadía. «Es que ustedes, los terroristas, le buscan punta a todo».

En la DGS fueron sometidos a un largo interrogatorio muy en el nuevo estilo. Si exceptuamos algunos empujones, algunas amenazas, algunas burlas y groserías propias de la costumbre, el trato fue muy distinto de lo que cabía esperar. «Casi nos sorprendió que nos bajaran al sótano sin más y que nos llevaran luego tan pronto al Palacio de Justicia». Efectivamente, dentro del tiempo reglamentario pasaron a disposición del juez —que, dicho sea de paso, es también el mismo que interrogaba durante la dictadura, pese a que ahora su tribunal se llama de otra manera—, el cual se preocupó mucho por conocer el trato que habían recibido y al ser informado de que había sido correcto, se esmeró en dejar constancia de ello y les hizo firmar un papel conforme no les habían practicado tortura alguna, tras lo cual, leídas por encima las declaraciones prestadas a la Policía y formulada alguna rutinaria pregunta, dijo que todo aquello no era nada «convinciente» y que se veía obligado a devolverlos a la DGS para «esclarecer puntos oscuros».

«Al llegar de nuevo a la casa del terror —sigue el testimonio—, la Policía nos recibió con grandes carcajadas: '¿Qué os ha parecido el *paripé*? Ahora ya podemos hacer con vosotros lo que queramos. Podemos reteneros aquí tanto tiempo como sea necesario, todos los

partidos de las Cortes nos apoyan. Nos han dado carta blanca para que hagamos lo que nos venga en gana con los terroristas'. Y así empezaron a torturarnos».

Imagino la escena: ese instante de desolación infinita, de impotencia y cólera a la vez, en que la víctima, atrapada en la ratonera, comprende la magnitud del escarnio, el alcance de la general complicidad, *el significado real de los llamados cambios*. Ese momento en que, arrojado a las simas más profundas, sin escapatoria posible y a merced del verdugo, se da cuenta con horror de que son los instantes previos a la ejecución, los últimos quizá, y tienen la certeza de que nunca se podrá verificar lo que allí ocurra. ¿No sería algo parecido lo que una madrugada sintieron los «suicidados» de la cárcel de Stannheim?

De este documento lo que menos me preocupa son las torturas que describe. Hay algo mucho más grave que el «pato», la «rueda», las costillas rotas, la brecha en la cabeza que sangra o la mano de Fernando Chomón atravesada por un soplete de soldador... Es esa nueva manera de enfocar el asunto, ese ponerse al día con las nuevas exigencias, acorde con los democráticos tiempos. Lo del *paripé* me obsesiona. Es como ver de pronto el futuro que se nos avecina y no poderlo parar. ¿Cómo dar el aviso?

Esa comedia grotesca en el foco del horror. Ese esperpéntico teatro que le representan a la víctima para mostrarle con regodeo lo que pueden hacer con las leyes y los reglamentos. Esa descarada burla de sus propias Instituciones que sólo es posible —y eso es lo inquietante— desde una situación de fuerza, del que se sabe consentido, autorizado. Esa nueva situación «democrática» desde la que el respetable Juez, como cosa previa a todo, se interesa vivamente por los posibles malos tratos a sabiendas de que no los ha habido, mientras que una semana después, cuando de nuevo comparece la víctima con el cuerpo castigado por las visibles huellas de los hematomas, con el ojo desfigurado, convertido en voluminoso globo que amenaza con perder la visión, se negará a recoger la denuncia bajo el pretexto de que «ese trámite ya se hizo en su momento».

Ese continuo actuar desde el «prestigio» que le confiere la «honorable profesión» o el «importantísimo cargo» que no admiten dudas sobre el comportamiento de quien los ostenta, porque en cualquier momento puede echar mano del código, de la disposición, de tal o cual artículo... Todo en regla, como se ve, sin fallo alguno: lo dispuesto... Esa escrupulosa meticulosidad en hacer como que creen las leyes de las que se mofan... Esa especie de institucionalización de la mafia y del crimen camuflado bajo los más disparatados nom-

bres —el eufemismo de las palabras— y que es tal vez lo más característico de esta nueva etapa. que muy bien pudiera llamarse de cinismo. Esta nueva etapa en la que el verdugo, formalmente a cubierto, eliminadas huellas y testigos que lo delatan, puede soltar estruendosas carcajadas mientras tortura y diez minutos más tarde, en su despacho, mostrar extrañeza a sus interlocutores, indignación si es preciso, y hasta cólera amenazante si alguien osara insinuar la acusación: «¿Cómo? ¿Qué me dice usted? No es posible... ¿Cómo pueden dar crédito a semejantes calumnias? Habrán sido ellos, ellos mismos, los terroristas, para su propaganda... Se revientan los pies, se echan por los huecos de las escaleras para decir que les torturamos y desprestigiarnos... Ellos mismos, que se nos arrojan por las ventanas o se nos pegan tiros en la nuca, o se nos ahorcan como esos alemanes de Stuttgart». («O como ahora, en Aldapeta, ese tiro salido de los propios manifestantes, sobre lo que habrá que abrir, naturalmente, una investigación...»)

Es estar asistiendo a la negación de la evidencia y no poder intervenir demostrando lo contrario. Tendrían el cuchillo ensangrentado en la mano y dirían con una beatífica sonrisa que se estaban limpiando las uñas. Espantosa historia de terror de la que ni casi nos damos cuenta. El terror al Poder controlándolo todo —¿terrorismo de Estado del que tan peligroso es hablar?—, actuando desde sus múltiples e imperceptibles ramificaciones. Un infernal aparato que vela por los intereses del gran capital, que ya no sólo rezuma sangre como en los primeros tiempos sino que ahora, además, desintegra hombres para convertirlos en robots a su servicio. «No queríais democracia —le gritaban a Isabel mientras interrogaban a su compañero en la celda contigua. Oye los gritos de tu marido: ésa es nuestra democracia, que vengan los parlamentarios a sacaros».

¿En dónde estamos? ¿De qué democracia se nos habla? ¿Qué clase de cambio es el que se está produciendo? ¿Quién es ese Juez que se niega a recoger la tortura evidente aduciendo haberlo hecho ya y que de una manera tan activa colabora para que todo siga igual? ¿Quiénes son esos policías que en el momento de desencajar la mandíbula dicen: «Yo, la democracia me la paso por los cojones», con la gran seguridad que confiere el sentirse respaldado, y que hasta se atreven —una burla más— a esgrimir a la oposición parlamentaria como un apoyo? Esos funcionarios de prisiones que asesinan en la recóndita celda de los condenados a muerte al anarquista Agustín Rueda ¿de dónde proceden? ¿quiénes son?

*Son los mismos que antes*, tristemente conocidos por su largo historial de represión. Los nombres y los apellidos de algunos vienen

reseñados en el documento, pero hay muchos más. Los mismos jueces, los mismos funcionarios... Los mismos sólo que de otra manera: se han maquillado para el gran *paripé*.

El aspecto adecuado para los cargos que ocupan, por lo general superiores a los de la etapa precedente, se han apresurado a adaptarse a las nuevas exigencias, a dar «la conveniente imagen» que tanta importancia tiene ahora. Responsables de juzgados que llevan nombres más asépticos, al frente de gabinetes «técnicos» cuyas precisas ocupaciones quedan diluídas en nomenclaturas un tanto indecifrabiles, pero que nos equiparan a las de otras administraciones europeas más evolucionadas, son mucho más asequibles al ciudadano, que ya no encuentra para llegar a ellos las trabas de cuando la dictadura. Ahora reciben en sus despachos, invitan a tomar asiento con cortesía, ofrecen cigarrillos, se esmeran en ser útiles para lo que se ofrezca; puede que hasta se permitan bromear sobre algunos fallos, sobre algunas torpezas del departamento... Con su «este-es-el-rostro-que-conviene» los vemos aparecer con mucha frecuencia en las pantallas de la TV: exponen con ecuanimidad los problemas, se preocupan de que el auditorio esté informado. Han aprendido a moderar el gesto y a hablar en público. Convocan conferencias de Prensa para aclarar malos entendidos, no parecen temer las preguntas, se desenvuelven con naturalidad. Viajan al extranjero, se entrevistan con cancilleres de otros Estados; regresan, dialogan con la oposición, acuden a las Cortes.

Quienes los han conocido durante los años del franquismo, en su otro apogeo, se quedan estupefactos y no acaban de creerlo. Se mueven con tanta soltura por esta democracia que se diría que *aquello*, el pasado, es algo muy lejano, una pesadilla de hace siglos, casi de mal gusto recordarla ahora en que todo se vuelve reconciliación; una historia que nada tiene que ver con ellos. Ellos, por otra parte, han sido siempre profesionales, han trabajado al margen del compromiso político, no han hecho mas que estar al servicio de lo que les ordenaban desde la superioridad. Insisten una y otra vez en que son apolíticos, lo mismo que el Ejército, al servicio del pueblo. Si alguien les interpela por la tortura adoptan automáticamente expresión de «qué-atrasado-vive-usted-ahora-corremos-otros-tiempos». La tortura no se practica, son invenciones. A lo mejor, hace años, algún loco, siempre los hay... Ni tan siquiera puede hablarse ya de presos políticos. Ahora, con la nueva disposición, en la cárcel sólo quedan delincuentes —tampoco muchos— y con ellos es ya distinto, con algunos hay que emplear mano dura, son verdaderos mafiosos...

Se muestran tan seguros, tan a sus anchas por la casa, que se diría que en lugar de legalizar a ciertos partidos ha sido a ellos a quien se ha legalizado por segunda vez.

De consternación en consternación, el pueblo que observa el proceso «democrático» no para de ver cosas chocantes. Cuanto más se habla de libertad de expresión, más lejos se está de poder informar y más se persigue al que lo intenta. Cuando más se habla de reformar el sistema penitenciario y de mejorar las condiciones de vida del recluso, más acosado está el preso por todas partes, mayor es el número de funcionarios que se incorpora a la plantilla para vigilarle y mayor el cerco de los antidisturbios que, en muchas partes, ya conviven prácticamente con él. Cuando un problema considerado peligroso no tiene más remedio que salir a la luz, se lo desvirtúa. Para tapar la candente necesidad de autodeterminación e independencia de algunos pueblos, se estimula en otros la muy justa necesidad de desligarse del poder central y empieza, de pronto, a hablarse de autonomías múltiples. Generalizado el problema, da la impresión de que todos persiguen lo mismo. El pueblo andaluz, el extremeño o el manchego, que sigue tan explotado como siempre, contempla boquiabierto la elaboración repentina de preautonómicos que no hacen sino desviar los acuciantes problemas que padece. Mientras, al pueblo vasco se le sigue entreteniéndolo y negando lo que pide. Pero el que lea por encima los periódicos creerá que todo está en vías de solucionarse. Parece como si la Información no tuviera nada que ver con la realidad o, más bien, como si la realidad fuera ciencia ficción y hubiera que desentenderse de ella. Ni se sabe. Todo está trastocado. Euskadi no existe, no hay lucha de liberación.

Cuanto más se habla de democracia, más policía invade nuestras calles. Patrullas de cinco o más guardias, metralleta al cinto y actitud campechana, han empezado a irrumpir en la vida cotidiana. Suelen bajarse de pronto de un jeep y recorrer las calles de un barrio, los rincones de una plaza, las vías concurridas... ¿Cuál es la razón? «No se trata de nada especial —ha dicho el ministro del Interior por la TV—, que nadie se alarme. Es para que el pueblo se vaya familiarizando con la Policía, la acepte como lo que realmente es: una protección». Naturalmente todo el mundo se ha inquietado muchísimo; en Euskadi son ya demasiadas las muertes que nos cuesta tanto celo. ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Tendrá algo que ver con los viajes del ministro del Interior al extranjero? ¿Ensayan aquí lo

que aprenden en Alemania?

De un tiempo a esta parte se habla también mucho de robos, de violaciones, de crímenes y asaltos a mano armada. La campaña se inició hace unos meses, coincidiendo con los últimos indultos y con la puesta en libertad de algunos «delincuentes» que «no deberían haber salido», según comenta cierta prensa. ¿Se trata de reforzar los argumentos para impedir que se dicte un nuevo indulto más amplio? El hecho es que la crónica de sucesos ha pasado a primera plana. A juzgar por lo que se oye, uno corre continuos peligros. La ciudad aparece ahora como un foco de corrupción en la que, a partir de determinadas horas, todo son terribles amenazas: drogadictos, homosexuales, putas liberadas, locos, bandas juveniles, desalmados que le apuñalan a uno por cuatro perras. Algunos afectados que han ido a dar parte a la comisaría se han quedado atónitos de la airada respuesta: «¿No querían democracia?».

Todos sabemos que estas cosas ocurrían también antes, sólo que entonces se ocultaban por aquello del «aquí no pasa nada», y ahora se desorbitan: «Problemas propios de los países industrializados: estamos ya a nivel europeo», dicen algunos muy satisfechos. Aunque se haya producido un pequeño incremento, está claro que no son más que actos «delictivos» menores comparados con los grandes delitos que se silencian. ¿No habrá un cierto interés en alarmar a la gente?

Generar miedos parece lo propio de esta nueva forma de represión, miedos vagos, amenazas imperceptibles, que se notan en el ambiente, complicaciones que podrían poner en peligro seguridades... Pequeños temores que contribuyen a frenar los impulsos y la imaginación. El clima ya hace tiempo que se viene creando y el ciudadano medio es muy sensible a esta clase de propaganda. En seguida se contagia y ve fantasmas por todas partes. El buen ciudadano, que ya ha observado desde su ventana el trato que recibe el peligroso terrorista, no quiere problemas, los rechaza instintivamente, no quiere complicaciones: ha decidido no meterse en nada. En la casa, ahora que hay televisión, se está más seguro que en ninguna parte. Limita sus salidas al máximo. De unos en otros el miedo se propaga. En Barcelona, en Madrid, en otras grandes capitales, mucha gente que tenía por costumbre dar un paseo después de la cena no pisa las calles más allá de las nueve de la noche... A partir de ahora y dada la posibilidad de que muchos «sospechosos» transiten al amparo de las sombras, al buen ciudadano le parecerá normal que los agentes del Orden pidan que uno se identifique cuando lo crean conveniente y hasta que se lo lleven preso si carece de docu-

mentación. Tan normal como el que, de vez en cuando, se hagan redadas de quinientas o más personas, a manera de sondeo. En la Europa democrática ya hace años que ocurren estas cosas sin que nadie se escandalice.

Son los principios: Se empieza teniendo miedo de lo que pueda perturbar las pequeñas costumbres cotidianas y se pasa pronto a sentir alivio al ver en la esquina el jip que controla el barrio. «Estoy protegido», se dice tranquilo el buen ciudadano mientras sigue satisfecho su camino. Si los peligros aumentan, si es verdad que el terrorismo crece y amenaza con destruir el mundo civilizado, como ha oído tantas veces en la diminuta pantalla, exigirá al Estado nuevos contingentes de Policía y, si es preciso, como buen ciudadano que es, ofrecerá gustoso su colaboración y del codo con otros buenos ciudadanos como él saldrá a pedir la restauración de la pena de muerte.

He aquí el porvenir que nos preparan si no intervenimos a tiempo: Un largo proceso hacia la insensibilización y la anestesia. Ahora se nos revela lo que había detrás del marcado interés en sembrar la confusión y fomentar el miedo. «Quien no se mete en nada no tiene nada que temer»... Se trata precisamente de eso, de no participar, de quedarse al margen, de dejar que otros decidan por uno. Por si no hubiera suficientes controles y divisiones en el trabajo, por si no hubiera suficientes ghettos y parcelaciones que limitaran a las colectividades, se trata ahora de bloquear al hombre en su propia madriguera, de reducirle al mínimo, de que no reciba más información que la que le destinen. De aniquilarla, en suma, como ser político: como persona que piensa, que participa y administra sus asuntos. El dinero se deposita en el banco y la independencia se le entrega al Estado. Se acabaron los problemas.

Parecían hechos aislados, pero pronto descubrimos que no lo son tanto, que forman parte del plan y que no son nada arbitrarios; que van encaminados a un mismo fin, a dividir, a romper posibles resistencias para despejar el camino. Mientras la mayoría se desentiende y se encierra, los cuerpos represivos pueden controlar con mayor facilidad al que se desmanda, al que cuestiona la ley y no acepta el orden establecido. En ese medio que se han encargado de embrutecer y despolitizar será cada vez más fácil amordazar al que levanta la voz, caer impunemente sobre el que protesta y catalogarlo bajo cualquiera de las múltiples etiquetas del «marginado». Fácil será, también, encerrarlo en centros especiales, incomunicarlo en celdas insonorizadas y recluirlo de por vida sin que nadie proteste por ello. Tampoco encontrarán obstáculos para perseguir a los aboga-

dos que los intenten defender, a los intelectuales que intenten prestarles apoyo, a los amigos que hayan hecho el gesto de darles cobijo. Completamente apartados, los irán destruyendo: de la galería general a otra más aislada, de allí a la celda de castigo, de la celda de castigo al manicomio. Cuando el grito no se puede ahogar con un «suicidio» se lo vacía de contenido y se dice que es el estertor de la locura. No faltarán psiquiatras que lo certifiquen. Y hasta es posible que, una vez ocurrido el doloroso «accidente», el suceso aparezca comentado en alguna de las secciones de los grandes rotativos de la «democracia», sin que afecte demasiado a sus lectores, la mayoría de los cuales seguirán, sin enterarse, su propio camino de destrucción.

Pero apuntan más lejos aún. Porque esa imagen de fuerza y eficacia con la que habitualmente se presentan, ese miedo que ellos mismos crean y alimentan para justificar su presencia y ser considerados como una necesidad contra el terrorismo, no es más que una cobertura para enmascarar el objetivo final: dominar y controlar a todo el pueblo, evitar que despierte al contacto con la información real, vigilar de cerca las zonas populosas, los grandes centros industriales y estudiantiles, todo lo que suponga concentración de personas: potencial revolucionario. Ese es el secreto del por qué están ahí. Para, llegado el momento, reprimir con dureza las huelgas, las manifestaciones, las protestas: caer en suma sobre el pueblo y aplastarlo cada vez que intente levantarse, organizarse para la lucha y poner en peligro sus intereses. Es el miedo a que sus planes de doma y sumisión general fracasen y la conciencia de los pueblos despierte, lo que los moviliza. El argumento de que el «terrorismo» favorece al enemigo porque le da pretexto a intervenir es una falacia empleada por quienes, en el mejor de los casos, han caído en la trampa del sistema y forman parte del juego. El enemigo no necesita justificación alguna para intervenir. Interviene siempre que peligran sus intereses. Y lo hace con la misma ferocidad, se trate de un grupo de revolucionarios o de un pueblo entero.

Bajo el pretexto de mantener el orden, defender a sangre y fuego *su orden*. Bajo la apariencia del «buen orden», ninguna cosa en su sitio. Todo preparado para que caigamos en la trampa, para distorsionar las mentes. Continuamente se habla de «marginados» para tapar que el gran marginado de esta historia es el pueblo, y como puede dejar de serlo en el momento en que se de cuenta y emprenda la lucha de su liberación, todo está encaminado a obstaculizarla.

Es como si hubieran planificado a gran escala una especie de «solución final» para ejercer el control definitivo sobre la tierra. Ma-



quiavélico plan de cinismo y anestesia llevado a cabo con gran profusión de medios. A la mayoría se la doma, se la conduce, se la anula para mejor explotarla. A la minoría disconforme se la elimina. Sobre el adormecimiento general, la gran carcajada del sarcasmo. Cuesta creer que hayan podido llegar a estos límites, cuesta tanto que muchos se sonríen y pasan de largo.

Yo no soy un teórico de la Revolución que pueda elaborar el científico trabajo imprescindible para abordar el problema. Esa es tarea de todos. Pero algunos de nosotros tenemos el conocimiento sensible de lo que es el enemigo y de su capacidad de destrucción. Todavía conservamos a flor de piel infinidad de recuerdos, riquísimas vivencias del fondo del pozo que nos revelaron muchísimos enigmas. Tenemos tan cerca la experiencia del horror que sentimos la necesidad de comunicarla: somos los que venimos de *allí*, los que conocemos *aquello*, los que tal vez deberían haberse «suicidado» y no llegaron a tiempo de que lo hiciéramos. Los supervivientes que aún lo pueden contar, los testigos molestos que hacen declaraciones e incordian. Hubo un tiempo en que nos tuvieron al borde del abismo, pero de las situaciones límites, si se vuelve, no se regresa vacío —eso lo saben bien quienes han pasado tiempo en una cárcel y no sólo han resistido la experiencia sino que han salido de ella más fuertes. Sabemos muchas cosas que no queremos callar, que consideramos urgente decir antes de que nuevas mordazas nos lo impidan. Es la mínima aportación que podemos hacer a los que todavía siguen *allí*, resistiendo en el fondo de las mazmorras, y a los que aquí no se doblegan.

Con demasiada frecuencia oímos decir que ya no existen presos políticos, que ahora todos son delincuentes en mayor o menor grado. Para nosotros, en cierto modo, es todo lo contrario. Para nosotros, en mayor o menor grado, todos son presos políticos: víctimas más o menos conscientes de la represión del sistema, de la injusta situación que les ha tocado vivir. Muchos de ellos jamás han tenido acceso a las más elementales condiciones humanas, marginados entre los marginados, explotados, pisoteados, de correccional en correccional, encarcelados una y otra vez, sometidos habitualmente a la tortura, considerados la escoria de la sociedad, han muerto durante años en recónditas celdas, olvidados de todo el mundo, sin que su nombre apareciera jamás en las páginas de los sucesos y sin que nadie presentara denuncia de su desaparición... Presos «comunes» que ya están empezando a darse cuenta, que se incorporan del largo sueño y se aprestan al combate junto a sus hermanos de lu-

cha, amenazados ahora por ese nuevo decreto contra el terrorismo que supera en mucho las peores leyes de otros tiempos. Unos y otros se debaten como pueden: se cortan las venas, se mutilan los miembros, ingieren toda clase de objetos o dejan de ingerir alimentos en heroicas huelgas de hambre que los llevan al borde de la muerte. Destruyen con rabia los edificios, se arrojan al vacío y hasta se convierten en hogueras humanas. No tienen otra forma de protestar. El suyo es un claro y contundente lenguaje que evidencia una vez más la torpeza de quienes no lo quieren entender, evidencia la naturaleza de la máquina represiva<sup>1</sup>.

La voz que algunos podamos levantar ahora es pobre comparada con su grito. Pero es urgente decir lo que uno sabe en previsión de futuros desenlaces... Una de las cosas que aprendimos allí es que *en una cárcel puede ocurrir todo*. Que no lo olvide nadie: Todo pese a que no se pueda llegar a demostrar nunca nada. Y que la Institución Penitenciaria es fundamental para el sostenimiento de los intereses de quienes se mantienen en la sombra.

Y también aprendimos que, pese a lo terrible que es todo allí, esa es tan sólo una mínima parte de la continua represión, una parte espectacular y más visible pero insignificante si se compara con la otra, la que se ejerce en la vida cotidiana a través de mecanismos mucho más sutiles, en las escuelas, en el trabajo, en la familia... A través de las numerosas Instituciones, de la información en general, del miedo que decíamos antes... Son cosas que se tienen que decir, que uno tiene que comunicar a los demás. Sería demasiado grave que esa apocalíptica visión del mundo que nos preparan me la guardara dentro; que no hablara del significado de ese *paripé*, que es como un preludio que avisa. Pero, ¿cómo hacer para informar de todo esto?

Los que lean esto tienen que saber que la denuncia es difícil, que no bastan diez minutos, ni veinticuatro horas, ni un libro entero, que es tarea de todos los días, respuesta continua al engaño. Y ese es precisamente el aspecto que hay que subrayar: la imposibilidad de la denuncia por las vías establecidas.

¿De dónde sacar —si nos referimos a la tortura— los datos verificables, las pruebas «objetivas», las huellas visibles que sirvan de base? Puede que yo llegue a demostrar que mi brazo ha sido martirizado por la electricidad, pero, ¿cómo probar la conexión entre eso y quien lo hizo, cuando todo ocurrió en la última mazmorra del infierno y uno sabe que siempre negarán? ¿Cómo denunciar la sádica sonrisa del funcionario que se acerca con una inyección «para calmar» al que en la celda de castigo grita y golpea la puerta como

---

<sup>1</sup>Ver documentos de COPH, Coordinadora de presos en lucha

protesta... El terror que siente el que lo ve venir sabiendo que horas después puede despertar en el manicomio... convertido tal vez en «otro» dado que no es un secreto que se utilizan drogas para neutralizar la agresividad del «terrorista»? ¿Cómo denunciar —en el campo de la Información— la continua manipulación de las noticias: todo ese complejo aparato, mucho más peligroso que el de los llamados cuerpos represivos, que se dirige en contra del pensamiento... Esas plataformas informativas que bajo apariencias democráticas lanzan las calumnias más insidiosas, difunden bulos para confundir al pueblo, desprestigian a los revolucionarios y colaboran en las más vergonzosas campañas bajo la garantía de una libertad de expresión que son los primeros en obstaculizar? ¿Cómo denunciarlo si quienes tendrían que dar difusión al hecho son los mismos denunciados?

Hay que medir de otra manera. Observar desde otros ángulos. Transmitir la experiencia de otra forma. Las vías que hay no nos sirven para informar. El lenguaje tampoco... ¿Cómo hacer entonces para llegar al otro con excepcional sacudida? ¿Cómo conseguir que lo que se dice no suene a hueco, ni a monótona repetición, que sea algo más? ¿Cómo atravesar la barrera de los cotidianos significados, de la manipulación a que han sido sometidas las palabras? ¿Cómo devolverles el sentido, cargarlas de fuerza, convertirlas en bombas que estallen en medio de las rutinas y obliguen a romper esquemas? ¿Cómo conseguir que el grito sea grito y obligue a pararse al que lo escucha, a quedarse en suspenso y que, al mirar, el impacto sea tal que obligue a la reflexión y a intervenir en el asunto sin moderarse, sin reprimir los impulsos de cólera y de rabia, convirtiendo el espanto en dinámico motor para el enfrentamiento más eficaz, y que se embarque a continuación en la titánica empresa de perseguir a quienes intentan exterminarnos, con todos los hierros esgrimidos con la cólera del poseso y la científica claridad del que investiga nuevas vías?

Hay un problema de comunicación. Habría que conseguir acercarse de tal forma al fenómeno que fuera imposible ya desentenderse de él sin haberlo desentrañado. Que se encontrara uno envuelto en la maraña, sin escapatoria posible, y que no tuviera más remedio que desenredar los hilos y descubrir la magnitud del peligro. Porque es obvio que no siempre se ve, que cuesta, que sólo en situaciones excepcionales llega uno a tener conciencia.

Nada pues de recoger el problema aislado como un mal que tiene solución en sí mismo: justamente lo que a ellos les gustaría: cosas de locos, de grupos incontrolados, una tortura aquí, una corrupción allá, un capitán que se desmanda, un informador sin escrúpulos... Nada de esto. Esto no son mas que datos, puntos que asoman, estallidos que llaman nuestra atención. La enfermedad está en el tejido que los alberga. De ahí la dificultad de abordar cualquier problema si no damos vital importancia a lo que lo hace posible. Y también a

las conexiones. Hay que olvidarse de lo que parece el núcleo, el hecho en sí, y hurgar en los alrededores, en lo que aparece como periferia: buscar las relaciones ocultas, las múltiples complicidades y traerlas a primer plano: desordenar el orden establecido, los cálculos previstos desbaratárselos. Romper con el método tradicional. Descentralizarlo todo para centrarlo en cada momento según la necesidad, no admitir los bloques que nos presentan. Buscar inmediatamente la relación. Ocuparse del denso y complicado tejido que posibilita la cristalización, pero no olvidarse de los hilos que la enlazan... Una forma un tanto oscura a primera vista, pero que permite nuevas tácticas de ataque.

Cuando el famoso policía «Willy el Niño» le decía sonriendo a su víctima: «Ahora la oposición nos apoya», aparte de su intento de desmoralizar, estaba tocando uno de los problemas más candentes de los grandes partidos de la «izquierda»: las peligrosas conexiones que pueden convertirla en cómplice. ¿En qué medida, al no impulsar la lucha de masas, al frenarla en momentos decisivos, no está contribuyendo a reforzar los intereses del gran Capital? ¿En qué medida esos partidos no están siendo utilizados desde el Poder para, a través de sus consignas, canalizar ese fabuloso caudal humano, tan rico en posibilidades revolucionarias, y desviarlo por caminos que entretienen y a nada conducen? ¿En qué medida, allí donde no podría llegar nunca el ministro del Interior, Martín Villa, viene a sustituirle el Secretario General del PC Santiago Carrillo cuando en el Tercera Semana en pro de la Amnistía, estando todo Euskadi en huelga —huelga general que duró varios días—, se dirige a sus militantes del resto del Estado y les recomienda que no la apoyen porque «hay detrás de todo esto una oscura mano»? ¿En qué medida gran parte de la llamada Prensa democrática no se pasa al enemigo y contribuye al embrutecimiento general cuando silencia, escamotea, manipula información, y hasta qué punto no está cometiendo un crimen, como el del policía que dispara sobre los manifestantes, teniendo en cuenta que el cerebro necesita datos reales para su desarrollo? ¿No está enclavada en el mismo tejido que alberga al Primer Ministro alemán que una mañana notifica al mundo que unos presos se le han «suicidado»? Y la impunidad desde la que lo hace, ¿no es la misma que la del Juez que devuelve a sus procesados para que los sigan «interrogando»? ¿No es todo uno, pese a la gran complejidad de sus conexiones? ¿Cómo hacer para fundir la densa red y crear el pánico general del enemigo?

Como dirían algunos, «es demasiado»... Y lo más grave es que no imagino nada, que la realidad de lo que ocurre en muchas de las llamadas democracias occidentales es suficiente para escribir los más siniestros relatos de terror. No es extraño que, considerando todo esto, algunas noches, como hoy, sienta gran inquietud al pensar en la democracia... Como si un peligro cósmico, el más reciente, ace-

chara a nuestro pueblo. Me da casi miedo confesar que por una extraña asociación de ideas estoy pensando en el fascismo, en su reaparición bajo aspectos desconocidos, en sus nuevas y sutiles formas de penetración ideológica. Y me da miedo también de que, teniendo la razón, carezcamos del instrumental necesario para hacer frente a la etapa que se avecina.

Lejos, sobre la vieja y cansada Europa, parece vislumbrarse un conocido resplandor característico de las grandes urbes, bajo ese cielo rojizo es como si se adivinara la palabra *Democracia* escrita en múltiples idiomas y en las letras más dispares —en mayúsculas, en bastardilla, en caracteres góticos... góticos sobre todo— pequeños anuncios luminosos que se encienden y se apagan sobre el oscuro panorama de sus pueblos. Se diría una gran feria internacional en la que la palabra democracia fuera la gran oferta, el producto por excelencia, válido para todo, de mágicos efectos, puesto a la venta en sus múltiples formas de adquisición. La mercancía de las mercancías cuyo valor real se hubiera perdido. Me preocupa mucho lo que ocurre en Alemania, es como si desde un gran espejo nos proyectara su imagen para mostrarnos qué puede ocurrir en Euskadi y hacia dónde nos encaminamos. Pero no es sólo allí, también en Italia, en Francia... Pienso en la reciente extradición de Croissant en medio de la consternación de una izquierda que apenas supo reaccionar; en la entrega de Aldalur a las autoridades españolas, en la colaboración estrecha de los Estados francés y español, en los compañeros vascos cuyo estatuto de refugiado peligró; en la inseguridad de tantas gentes sobre las que se cierne la sombra de ese convenio antiterrorista que se aprestan a firmar los Estados fuertes. No es nada agradable pasearse por ese «mundo libre» que se arma hasta los dientes para preservar una paz que recuerda la de los cementerios.

Para llegar hasta aquí he tenido que cruzar varias fronteras. Mientras el policía comprobaba las listas y mi pasaporte, veía sobre su cabeza las fotografías de quienes están en caza y captura. He visto estos mismos carteles en muchas calles y en algunas embajadas los exhiben en gigantescas proporciones... Son los *terroristas* —la palabra «terrorista» tiene también su resplandor inquietante en el oscuro panorama de Europa, su particular significado para aterrorizar—; es inevitable que en cierto modo me sienta solidaria con ellos... Yo sé cómo se fabrica un terrorista, cómo se fabrica el monstruo... Nadie sabe muy bien por qué, pero se le teme, se le persigue, se le mata. Es el miedo irracional, los reflejos condicionados que decíamos al principio: *Se empieza por no meterse en nada y se acaba horrorizado en la noche de lo irracional*: un salto atrás. Se grita socorro sin saber de qué peligro. Lo mismo que en el cuartel de la

Guardia Civil. cuando alguna compañera se descomponía de espantos...

Considerando todo esto y los compañeros presos, y los perseguidos, me invade una cólera especial, mezcla de rabia e impotencia, y es entonces cuando, muy seriamente, yo que tanto amo la paz, pienso en la violencia como respuesta a esta barbarie. La violencia como respuesta, allí donde no llegan las palabras y uno tiene que decir las cosas; «la violencia como expresión de vida», como dijo Janet, un fuerte estallido de vida allí donde todo nos lo tratan de sembrar de muerte.

Termino estas notas en Euskadi. Puede que algunos piensen que esta visión mía es un tanto exagerada y pesimista. Yo creo que no es así, que no por cerrar los ojos las cosas van mejor, y si algo está mal es preferible descubrirlo cuanto antes. Siempre he pensado que había que mirar los problemas de frente y tratar de llegar al fondo: hacer en cada momento el alucinante «viaje» hacia lo posible para regresar «curado» y aprestarse a la lucha, con mayores conocimientos.

Que el viaje por las imbrincadas tierras de lo que hoy se llama democracia aparezca en algunos momentos como un sinfín de historias de terror, no quiere decir que no haya otras más esperanzadoras, más alegres y que apunten a la liberación de los pueblos. Esta es sólo una parte de la Historia: la que ellos nos preparan, la que ellos quisieran para nosotros, la que ellos necesitan para conservar el Poder. Luego queda la otra, *la que llevan a cabo los pueblos cuando despiertan*.

Y el nuestro es un pueblo que no se ha dormido aún, que se mantiene vivo, que no cesa. Cuando pienso en Euskadi, en la entereza de este pueblo que, pese a las múltiples trampas, a las continuas presiones, al constante cerco, sigue dando una vez tras otra la respuesta adecuada, me emociono. Compruebo con orgullo que es el único país industrializado de Europa que no cae en el reformismo, que continúa luchando por su liberación y se apresta a organizar su resistencia. Está muy cercano aún el eco de esa huelga general tan combativa y solidaria que durante una semana lo paralizó todo y costó seis muertos para reclamar la liberación de sus presos: una huelga en solidaridad con unos presos a los que se trataba de marginar bajo la etiqueta de «terroristas» y a los que el pueblo rescató al grito de «Terroristas no, luchadores, gudarís de nuestro pueblo». O esa otra huelga general en solidaridad con los recientes y sangrientos sucesos de Pamplona.

Son fenómenos nuevos de los que se habla poco. Hay un gran interés en silenciarlos, en reducirlos. Pero que es urgente investigar y sacar consecuencias... Cuando pienso en todo esto me siento fuerte y me alegro de haber hecho el otro «viaje» y me entran más ganas

que nunca de participar *junto a todos en esa liberación de todos*. Y experimento otra vez lo mismo que cuando en Yeserías, después de un cacheo, «reconstruí» los materiales destrozados por las funcionarias. Entonces, pese a la tortura, pese al encierro, pese a los múltiples obstáculos sabíamos que estábamos ganando. También ahora, pese al poder de que disponen, pese a la represión que emplean, pese a las continuas amenazas y a las muertes, en cierto modo, estamos ganando. Es un titánico trabajo que *sólo podemos hacer colectivamente, de un modo científico y organizado*. Afortunadamente, es tiempo todavía.

*Atenas-Hondurribia*  
1977-78

## **Fragmento de un artículo premonitorio...**

«El Gobierno francés, quebrantando los más elementales derechos, acaba no sólo de negar asilo político a un hombre herido que se presentó en situación crítica a solicitarlo, sino que, sin dejar que eligiera el país a donde quería dirigirse, lo ha entregado directamente a las autoridades españolas que se han apresurado a encarcelarlo. ¿Se trata con ello de reconocer que somos ya una 'democracia' más en ese conjunto de 'democracias europeas', que tanto se aúnan para concretar leyes que legalicen la necesaria represión para defender sus intereses? ¿Ha sido un exceso de celo por llevar a la práctica esa convención contra el terrorismo que días después ha firmado el Gobierno español, un paso más en el avance hacia nuestra integración en Europa? En cualquier caso, no se trata de un hecho aislado. No es la primera vez que ocurren atropellos de este tipo; todos hemos seguido de muy cerca las vergonzosas deportaciones a islas, las expulsiones sin más explicación que la de ponerle a uno en la frontera, las extradiciones, una extensa gama de arbitrariedades que por sí solas ilustran la íntima relación de los Gobiernos, la gran colaboración de sus Ministerios del Interior, y que evidencian hasta qué punto los Estados fuertes de la Europa 'democrática', bajo el pretexto de defender a los pueblos, toman sus medidas para atacar a esos pueblos el día que hagan peligrar sus intereses. En ese sentido el caso Aldalur no es tampoco nada nuevo: una violación más de los derechos humanos tan continuamente burlados...

Pero sí me parece significativo por el descaro con que ha sido llevado a cabo, descaro muy propio de las nuevas formas de represión, una de cuyas características yo diría que es el cinismo con el que se actúa al amparo de una nueva legalidad pensada de tal manera que lo permite todo: la institucionalización de la violencia de



Estado —de la que tan peligroso es hablar— que nos convierte a todos cuantos nos ocupamos de resolver de alguna manera los complejos problemas de nuestros pueblos en «peligrosos» elementos sin garantía alguna... (...)

El caso Aldalur es también un toque de alarma. Nos avisa de lo que puede ocurrir en cualquier momento a quienes hoy son aún considerados como refugiados políticos en Euskadi norte. Y es, en cierto modo, una provocación; hasta se podría pensar que con ella tratan de sondear nuestra capacidad de respuesta. Y esto, precisamente, me parece la clave: se lleva a cabo el atropello y se detecta lo que ocurre. Si la respuesta no es grande, se repite otra vez; es posible que poco a poco el pueblo termine por acostumbrarse. Se trata precisamente de esto, de que se vaya perdiendo la sensibilidad, de que las cosas resbalen y se vaya entrando en la indiferencia, de que se llegue al embotamiento total y al desentendimiento de estos fenómenos sociales. (...)

Estamos a tiempo aún... Nuestra fuerza radica en la respuesta concreta a cada hecho concreto. El caso Aldalur está ahí. Es urgente reaccionar.

Sabemos que cada vez tratarán de presentar estos casos como 'casos' aislados, como 'sucesos' al margen, pero ese conocimiento nos da precisamente la salida; no existen casos aislados, nosotros no los admitimos; pensamos que la represión en sus múltiples manifestaciones —extremadamente sutiles en esta nueva etapa— forma parte de un único interés y por ello mismo pensamos que la única respuesta posible es la colectiva: asumir lo que hoy le ocurre a Aldalur —y mañana a otros— como cosa nuestra, de todos, porque es, evidentemente, problema de todos.

*Hondarribia*  
1977



# 1978-1979

La estrategia global represiva pensada para todo el territorio del Estado encuentra en Euskadi su punto negro. El plan puesto en marcha para la doma no sirve, se estrella contra una resistencia que ha rechazado la Constitución y persiste en reclamar sus derechos. El movimiento de liberación crece de una manera espectacular y el resultado de las recientes elecciones alarma al poder central que busca formas de castigo más duras y métodos más brutales para acabar con él.

Detenciones masivas, torturas... Los primeros militantes vascos llegaron a la cárcel a principios del 78 y ya son casi un centenar; en diciembre, todos los presos, en una operación sorpresa, son violentamente trasladados fuera del país. Soria se convierte en un infierno donde funcionarios y policía provocan, golpean y se ensañan con total impunidad. Tan grave y desesperada es la situación que en marzo del 79 varios se cortan las venas; las dantescas escenas que se producen quedarán para siempre en la memoria de algunos.

*Con espanto seguimos desde fuera aquellos días en los que las palabras exterminio y genocidio resuenan en las asambleas de Euskadi, mientras que en Madrid se habla ya, como «solución», de modernísimas cárceles especiales al estilo de las alemanas.*

*La represión ya no es confusa y generalizada como al principio. Está claro que se centra en la izquierda abertzale y sus aledaños. A partir de ahora Euskal Herria se convertirá en un campo de experimentación para las nuevas formas de la violencia «democrática». Pero esta represión violentísima e impropia de una democracia tiene también, como veremos más adelante, sus peligros y sus limitaciones para quienes la emplean... El gran problema, en esta etapa, es informar. ¿Cómo hacer para denunciar al mundo, que nos cree ya al amparo de todos los derechos humanos que garantiza una democracia, el terror y la persecución que sufre este pueblo?*

## Notas a propósito de la represión hoy en Euskadi: 1978-1979

### I

No es éste el trabajo que quería hacer. Por lo menos no es el trabajo que yo me había propuesto a la vista de los cuantiosos datos que poseo: un ensayo experimental que partiendo del amplio espectro de *las nuevas formas de represión* que se dan hoy en Euskadi —nada distintas, en lo esencial, de las que se emplean desde hace tiempo en algunas «democracias» europeas— mostrara no tanto sus manifestaciones inmediatas (tortura, condición en las cárceles, operaciones de castigo en los pueblos, actuación de «antidisturbios», etc.) como *las graves consecuencias futuras y los efectos destructores sobre el individuo y la sociedad, verdadero objetivo de quienes las utilizan*, aunque traten de ocultarlo bajo el pretexto de combatir la «subversión» y el «terrorismo» para «salvaguardar la democracia...»

Y en ese sentido del *experimento* tenía pensado romper la forma, un tanto encorsetada para mí, del ensayo al uso que apunta a la denuncia de urgencia, y abordar el problema con mayor amplitud y libertad... Lanzarme, tal vez, a caballo de esos datos reales y desde la vivencia del miedo que desencadenan, a un viaje exploratorio del terror «democrático», de manera que la comunicación del fenómeno represivo se hiciera más por vía sensible y emocional que por la del discurso, y su conocimiento emanara de la misma situación límite a la que pretendía llegar: que fuera el espanto de lo que puede venir lo que obligara a la reflexión de lo que ocurre ahora, estimulando así la necesidad de intervenir y de ponerle remedio a tiempo,

ya que aún estamos en el umbral del nuevo proceso y todavía es posible enfrentarse y organizar la resistencia.

Se trataba, como se ve, de una empresa difícil que exigía, además, un lenguaje adecuado —más vivo o menos muerto— que permitiera escapar a esa barahunda de palabras de manual, frases miméticas y estereotipias de todo tipo, que persiguen al que intenta situar el fenómeno político; quería escribir sobre —y desde— el confuso —y apasionante— momento que estamos viviendo y encontrar la forma de expresarlo en toda su complejidad. Quería —y no desisto de ello— alertar del gran peligro que se nos avecina sin necesidad de recitar una y otra vez, como largas letanías infernales, las numerosas torturas y atropellos de los que tengo noticia a diario —dantescos relatos que conviene, sin embargo, llevar siempre en la memoria— y que, a fuerza de repetirlos, terminan por convertirse en costumbre y pasan a ser una especie de telón de fondo de nuestra vida cotidiana: quería prescindir, yo que tanto lo uso en las denuncias, del consabido documento-testimonio y mostrar los hechos desde otra perspectiva y bajo otra luz que iluminara invisibles ángulos que provocaran en el observador la sorpresa y la inmediata pregunta del «cómo es posible que esto ocurra» y lo pusiera en movimiento de curiosidad y en propósitos de combate... Buscaba, como tantos otros, el grito más eficaz que conmoviera y sacudiera, que obligara a salir del marasmo y de la gran pasividad por entre la que el llamado proceso democrático sigue su curso sin obstáculos ni resistencias como un mal inevitable que todos aceptamos de uno u otro modo.

Ocuparme, por ejemplo, del miedo. *Del miedo utilizado desde el poder como arma represiva*, no tanto en las formas visibles y espectaculares que, por desgracia, tan bien conocemos sino en esas otras más soterradas y sutiles que, bajo el pretexto de «proteger al ciudadano», van calando en el individuo a través de la compleja propaganda dirigida con la que, continuamente, bombardean nuestras mentes hasta intoxicarnos. Ese miedo imperceptible que, poco a poco, de una manera insidiosa, va poblando de oscuros fantasmas el territorio de lo real, acobardando y recluyendo al hombre, robándole espacio para la vida... Ese miedo que encoge, frena el impulso, censura el deseo: la humana necesidad de abrirse: de expansión y libertad; ese miedo que mata sueños y embota sentidos, que propicia la renuncia y termina por atrofiar el cerebro. Ese miedo que relega a quien lo siente al último reducto de la espontaneidad en el que todo está ya previsto, dudar es peligroso y se aceptan sin titubeos las verdades fabricadas y el que las cosas sean así «porque hay

unos que lo dicen» y el que tal vez sea mejor no hacerse demasiadas preguntas. Ese miedo que inmoviliza el ánimo y conduce a la parálisis mental desde la que el único gesto posible, como una condena, es el rutinario trabajo en la producción tan rentable para quienes se lo han fabricado.

Detenerme en ese *lento e imperceptible genocidio a la «civilizada» que nos están fraguando*. Acercar la lupa sobre ejemplos cotidianos que la costumbre impide ver, desmenuzarlos y observarlos a fondo en una implacable disección para mostrar con nitidez la magnitud del acoso: el proceso socio-biológico de deshumanización hacia el que intentan canalizarnos. Cómo todo está preparado para que el Hombre desista de serlo y se vaya convirtiendo en asocial; para sembrar la sospecha y el recelo, la descorazonadora inseguridad que hace desistir de los ambiciosos proyectos y tambalearse por la vida con paso inseguro, dudando de los demás y de uno mismo, hasta llegar al convencimiento de que no se es nadie, de que para nada se sirve y de que otros lo harán mejor. Esa dejación de mucha gente a la hora de participar en los problemas, en lo que deberían ser sus cosas y ese aceptar como natural el que otros —los privilegiados que «saben»— intervengan por en su lugar y se las resuelvan: ese llegar, a fuerza de rehuir, a no entender nada, a desentenderse de todo, a inhibirse.

Esa *inhibición* que es el origen del corte, del premeditado aislamiento —tan necesario para el enemigo que trabaja en la sombra— desde el que uno empieza por sentirse solo y extrañado en un mundo carente de sentido y termina por aceptar el angustioso desajuste con el medio no como un mal fabricado sino como una tara personal, y la sana imposibilidad de adaptarse a él como una locura.

Ahondar en la complejidad del fenómeno que con la llegada de la «democracia» tanto prolifera y en las imperceptibles formas con que esa ideología antihumana trata de penetrar por el lenguaje disfrazada de pensamiento revolucionario y llegar a los más inesperados rincones. Observar cómo se infiltra en el seno de la «izquierda» —la tradicional y la que no lo es tanto—, va tomando cuerpo en sus formulaciones y hábilmente transformada aflora por boca de sus líderes produciendo graves desconciertos en el pueblo que las oye: Esas recientes declaraciones del Secretario General del PC, por ejemplo, reclamando una Policía «más eficaz y científica de acuerdo a las necesidades de la nueva etapa» (!) (Petición muy propia de «demócratas», que sólo resulta aberrante en la medida en que se hace en nombre de la clase obrera y contra un pueblo que hasta hace muy poco sufrió la feroz represión de una larga dictadura). O esa

otra intervención de un alto dirigente del PSOE cuando en la última campaña electoral, en uno de los programas de radio de mayor audición, aseguraba que «a nosotros, los socialistas, no hay por qué temernos. Nosotros somos el dique que contiene a la clase obrera... Gracias a nosotros las huelgas son más dulces, las manifestaciones más soportables...» (Gran verdad «democrática» también que no deja de producir grave distorsión en la mente de los militantes honestos que confían en estos partidos).

Quería que el viaje sirviera para romper de una vez con el optimismo superficial de quienes descansan tranquilos pensando que el tan deseado proceso «democrático» está en marcha y ha dejado atrás la gran represión; o con la obstinación de quienes, por el contrario, cerrándose a la evidencia, siguen afirmando que aquí no ha pasado nada y que todo sigue igual que antes. Quería demostrar que aquí han pasado muchas cosas pero que lo peor está aún por llegar. Que lo que se ha dado en llamar democracia no significa el fin de la represión sino, por el contrario, el inicio de formas represivas mucho más desarrolladas, acordes con el desarrollo del gran capital, al que tienen que proteger para que pueda seguir creciendo sin trabas, a costa siempre, claro está, de la mayor explotación del trabajo humano. Quitar así la ilusión de que la represión que padecemos «son secuelas de otros tiempos en vías de desaparecer» y mostrar que son formas inéditas, inherentes e imprescindibles para esa «democracia», y que *no sólo no se van a extinguir sino que irán en aumento*, como lo demuestra el continuo crecimiento de cuerpos represivos especializados, los viajes del ministro del Interior a la «democrática» Alemania para solicitar ayuda técnica, los «quince puntos» que trajo de allí y que se han empezado a aplicar sistemáticamente; la constante cooperación de los Estados «democráticos fuertes» sobre todo en la elaboración de leyes «especiales» que permiten, bajo la cobertura de perseguir al «terrorismo», controlar y castigar amplios sectores de la población.

Pretendía llegar, a través del alucinante viaje por los horrores «democráticos», a cruzar la barrera del miedo para mostrar que *no es infranqueable* —aunque todo está preparado para que lo creamos así— y que detrás de ella sólo hay miedo. Que el miedo con el que tratan de envolvernos y paralizarnos, de mantenernos a raya, no es más que una pálida proyección de su miedo, del *gran miedo a perder el poder el día que los oprimidos tomen conciencia de su fuerza*. Y que tomar conciencia de esa realidad es ya afianzar la resistencia.

No era, como se ve, un viaje de desesperación el mío —aunque sí



difícil de llevar a buen término dado el dantesco paraje que había que atravesar y la forma un tanto apocalíptica que requería— sino un intento de ahondar en nuestra realidad represiva, empaparse de ella, conocerla mejor y dotarse de armas adecuadas para combatirla. Un intento de llegar hasta el fondo con el ánimo de regresar más firme, sabiendo que la única razón para generar tanto miedo es la de tapar nuestra fuerza, evitar que el pueblo se una y lo descubra, que los hombres se relacionen entre sí y se solidaricen... Y que, tal vez por ello, hacer visible esa fuerza, revelar ese potencial humano de energía creadora que por todos los medios tratan de destruir, podría ser una manera de luchar contra el miedo: Devolver la confianza al hombre, recuperar la relación humana como una fiesta, la alegría del encuentro... *La importancia de la comunicación como respuesta a la inhibición a la que nos quieren relegar.*

Insistir en la información como instrumento importantísimo para defendernos del miedo. *Una información nuestra* que contrarreste la que nos envían, que conteste la falsedad de los datos, la manipulación de la noticia, que recoja el testimonio y lo sitúe, que fomente la investigación, que saque a la luz las múltiples manifestaciones de esta sutil represión para que a nadie se le escape su naturaleza y aprendamos cómo hacerle frente. Destacar la importancia de contarse la experiencia represiva unos a otros, ya no sólo como «cura» personal sino para constatar que no se está solo, que los afectados somos muchos y la represión apunta a la colectividad. Y constatar también que no es una colectividad aislada sino muchas colectividades las que, en distintas partes del mundo, padecen los mismos o parecidos problemas. Y que ello no es casual sino planificado de acuerdo a intereses muy concretos que benefician a unos pocos y perjudican a la mayoría. Considerar la represión como un problema político de grandes magnitudes que nos afecta a todos y que *sólo todos y políticamente* podremos enfrentar y con éxito.

Comprender así, sin demasiados esfuerzos, que cuando se habla de «luchar o morir» no se está diciendo una frase bella, ni repitiendo una consigna heroica sino expresando una realidad científica verificable, ya que no hay cerebro que sobreviva a la falta de estímulos ni pensamiento que avance sin datos reales sobre los que imaginar. Y de lo que no nos cabe duda ya es de que en las «democracias» avanzadas *ellos* nos preparan esa muerte. Que el maquiavélico plan de doma colectiva que hace un año era tan sólo una amenaza lejana —cuando observábamos con espanto lo que podía llegar a ocurrir en algunas «democracias» como la alemana: aquellos «suicidios» particularísimos en las cárceles de máxima seguridad y, sobre todo,

aquella exasperante *pasividad* con que el pueblo sumiso y dócil los aceptaba— ha llegado hasta aquí y se ha convertido en peligro real para nuestro pueblo.

Basta con observar el ilimitado alcance represivo de los dos decretos-ley que acaban de promulgar: el de «bandas armadas y terrorismo», dirigido a eliminar toda manifestación popular que se mueva en un sentido liberador. Y el tan cínicamente llamado de «protección de la seguridad ciudadana», eufemística expresión que esconde una serie de medidas que complementan al anterior. De esta manera todo movimiento anormal tiene su debida respuesta: lo que escapa a la primera ley lo recoge la segunda y entre ambas cierran la inmensa trampa en la que nos quieren inmovilizar legalmente.

Basta observar también la súbita transformación del lenguaje que ha limado asperezas y lo presenta todo en dorados envoltorios: la súbita proliferación de eufemismos encaminados a fomentar la obediencia, la necesidad de protección, el agradecimiento por la vigilancia, tan necesaria para las numerosas inseguridades de cualquier sociedad altamente desarrollada —como ya es la nuestra—. Campaña dirigida a todos aquellos que todavía se creen neutrales, que piensan que es posible no meterse en nada y que están convencidos de que son «apolíticos»; esa gran mayoría predestinada, en el mejor de los casos, a convertirse en censora de sí misma y en el peor en policía de los demás y que constituye el caldo de cultivo de los futuros guardianes del sistema, sobre la que caerán las múltiples ofertas invitando a colaborar en el mantenimiento del orden establecido: estimulando la busca y captura del peligroso «terrorista», la agudización de los sentidos para detectarlo, para observar los gestos «anormales» del vecindario, las conductas «sospechosas», los ruidos extraños; llamando a perseguir al que huye, a delatar al que se esconde, a buscar su parecido con grotescos retratos-robot de gente aún no identificada, a proporcionar pistas que conduzcan a la detención de alguien tan sumamente peligroso cuya foto exhiben seguramente carteles debidamente distribuidos por las esquinas y por cuya valiosa información —que garantizan mantener discretamente en silencio—, recibirá, además —según pregonan sin vergüenza alguna los medios de información—, una cuantiosa recompensa... Toda una escuela de degradación social encaminada a fomentar el surgimiento de chivatos y confidentes, a deshumanizar al hombre y convertirlo en despreciable escoria o, según la nueva terminología, en «buen ciudadano», que cumpla con sus deberes y no se salga de lo establecido, un ciudadano que por su buena conducta se haga acreedor de esa «seguridad ciudadana» prevista en la nueva Ley que ahora le

ampara...

Bajo el pretexto de cuidar la paz ciudadana, controlar la vida de todos, abrir constantemente fichas y perforar en ellas datos con que alimentar a las grandes computadoras: esos cerebros artificiales que han pasado a ser imprescindibles colaboradores de los aparatos de Control, eficaces y pròlijos suministradores de datos para los celosos guardianes de esta sociedad «democrática» en la que el hombre de a pie, cercado por invisibles murallas que le canalizan, transita amedrentado y perdido por un mundo convertido en un laberinto que no entiende y en el que está tanto o más prisionero que el rebelde que agoniza entre muros de un penal. Tan incomunicado como los reclusos en las modernísimas e insonorizadas cárceles nuevas de la «democracia», con la única diferencia de que a éste, como no pueden sacarle beneficio, no les importa «suicidarlo» mientras que al otro, al que han integrado, convertido en engranaje, en parte de la maquinaria, lo conservarán con vida mientras su trabajo les produzca ganancias.

Este era el complejo tema sobre el que me disponía a escribir —¿tal vez una novela? ¿Un cuento de terror? ¿Un testimonio anticipado como una premonición?— cuando un acontecimiento inesperado me interrumpió para traerme al urgente caso concreto.

## II

En Aix-en-Provence se iba a celebrar el juicio de dos refugiados vascos para decidir si el Gobierno francés concedía o no su extradición al Gobierno español que le había solicitado hacía unas semanas.

Puede que esta noticia, mezclada entre las numerosas noticias que a diario hacían referencia al «orden público» —muertos en controles, detenciones, malos tratos, angustiosa situación en la cárcel de Soria, de la que llegaban alarmantes avisos de socorro, etc. etc.— y que por aquellas fechas llenaban las páginas de la prensa del país, pasara un tanto inadvertida para la mayoría de la gente, pero para quienes seguimos de más cerca la represión y conocía-

mos la colaboración de los dos Gobiernos vecinos fue un toque de alarma que nos puso en guardia. Era evidente que no se trataba de un hecho aislado sino de un conjunto de medidas encaminadas a que los vascos, refugiados o no, que habían huído y vivían en aquella zona, por los medios que fuera, abandonaran el territorio de Euskadi Norte.

Desde hacía meses yo estaba recopilando datos para el trabajo sobre la represión y tenía justamente allí, sobre la mesa, el testimonio recién llegado de las torturas que la Policía española había hecho a un grupo de navarros entregados en la frontera el 30 de enero de 1979. Detenidos en Bayona, sin mediar explicación alguna, bajo engaño de que les llevaban a las Oficinas de Inmigración de Hendaya y que, una vez cumplidas las diligencias, tendrían opción a elegir la frontera que quisieran, ya que les iban a expulsar del país, fueron conducidos hasta el puesto de Biriattou, en la autopista Bilbao-Behobia, en donde les esperaban ocho automóviles de la Brigada Antiterrorista, varios autobuses de las FOP y personal del puesto fronterizo que fue el que recogió a los prisioneros. Todos disponían de documentación española legal y en regla, incluido el pasaporte, pero de nada sirvieron las reclamaciones y protestas.

«Inmediatamente y en presencia de los franceses se nos esposó fuertemente con las manos atrás y se nos echó una soga con un nudo corredizo al cuello y otra al pie. Nos repartieron en tres coches y, apoyados por otros dos, fuimos trasladados a Pamplona. En el trayecto se nos empezó a golpear, preferentemente en la cabeza, en el estómago y en los testículos. Nos amenazaron con matarnos y tirarnos por el monte; continuamente nos insultaban, burlándose de nuestra situación y asfixiándonos con la cuerda. En Pamplona, durante los cinco primeros días no se nos permitió dormir, sentarnos, apoyarnos en las paredes, ni comer, a la vez que éramos interrogados día y noche sin parar y con torturas. El suelo de nuestra celda era baldeado periódicamente con cubos de agua. Las FOP de vigilancia nos amenazaban sin cesar y nos tenían todo el tiempo con los brazos en cruz, golpeándonos si los bajábamos por agotamiento». El documento describía con detalle las numerosas torturas que durante diez días tuvieron que sufrir Alberto Biurrun, Francisco Javier Garatea, Miguel Argiles y Carlos Catalán y era un buen ejemplo de las «garantías democráticas» a las que con tanta frecuencia se alude para justificar las amigables relaciones de los Estados «democráticos» europeos con el nuestro. No se trataba, sin embargo, de la primera vez que ocurría una cosa así. Un año atrás cuando Vicente Aldalur, herido, había solicitado asilo político al Estado francés fue

puesto también directamente en la frontera y había seguido la misma suerte y, pese a las múltiples protestas populares, permanecía aún en prisión preventiva. Pero ahora la situación se presentaba mucho más grave: unos días después de este incidente el Gobierno francés, alegando que se había producido un gran «cambio» y que «en España existe ya una democracia», retiraba el estatuto de refugiado político dejando así completamente desprotegidos a los numerosos vascos que durante años se acogían a él. Era fácil comprender que con el juicio de Apaolaza y Goikoetxea que se iba a celebrar en Aix-en-Provence no sólo se pretendía su extradición sino —y sobre todo— quería sentar precedente para otras extradiciones y entregar así uno tras otro a todos los refugiados, negándoles el derecho de permanecer en su propio país.

Había que hacer algo para evitar que esto se produjera, y una de las formas era salir al paso del falaz argumento de que en España existían «condiciones democráticas». Demostrar que no sólo no se habían alcanzado sino que se estaba muy lejos de que se respetaran los más elementales derechos humanos.

Fue así como una vez más —y ya son muchas— la oleada represiva vino a desbaratar el trabajo de ritmo más lento que me había propuesto, obligándome de nuevo a echar mano de unos testimonios que hubiera preferido no emplear de forma tan directa. Ante el dilema de elegir entre el trabajo de investigación en profundidad y a largo plazo —tan necesario y vital para seguir luchando—, o la intervención inmediata que sale al paso y denuncia el hecho aunque no lo penetre —también importantísima a la hora del combate—, no dudé ni un momento en postergar lo que estaba escribiendo y unir-me a los numerosos compañeros que en la calle, de múltiples maneras, hacían oír su voz solidaria y de protesta. Pero quiero dejar constancia de que, pese a que respondía a mi vital forma de reaccionar en estas situaciones, fue una decisión un tanto desgarradora. Decir esto no es gratuito sino una manera de mostrar cómo se desenvuelven nuestras condiciones de vida.

Los acontecimientos en Euskadi se suceden a tal velocidad y exigen respuestas tan inmediatas y puntuales que con frecuencia uno se siente arrastrado por el vértigo del activismo. Uno desearía reflexionar sobre lo que ocurre y las horas del día no le alcanzan ni para prestarle atención. No se ha terminado de apuntalar lo requiebrajado en la tempestad anterior, cuando un nuevo temporal se avecina sin dar tiempo siquiera a recoger las herramientas y ponerlas en condiciones para el nuevo embate. La escalada represiva no permite respiro: hay que improvisar, arreglárselas como uno puede, estar

aquí y allá, imaginar, resolver sobre la marcha, contestar en horas al asesinato, redactar comunicados, manifestarse, ir a la huelga, intervenir en la asamblea para defender el sentido de lo que los medios de información oficial quieren tergiversar, salir al paso a la mentira, formar un piquete para la defensa... Cuando ya parece que no se puede resistir más, todavía quedan fuerzas para vencer mayores obstáculos... Y así se sigue, y se avanza, y siempre hay unos que toman el relevo cuando otros se descorazonan, y es estimulante constatar que lo que podía traducirse en agobio se convierte en contagiosa exaltación y que, pese al esfuerzo por impedirlo, seguimos siendo un foco candente en el que todo se revoluciona, un gran laboratorio experimental en efervescencia, un pueblo vivo en medio de tanta agonía.

Pero es duro y eso mismo produce cierta desazón, un sentimiento de andar rezagado en la carrera y no alcanzar la plena forma del que participa, y pone al día, y a la altura de la circunstancia, el propio trabajo que es el de escribir, el de recoger este excepcional fenómeno en sus múltiples facetas, el de penetrarlo y dejar, como sea, alguna constancia de él. Uno quisiera estar presente en todo, manejar el lenguaje como un arma flexible, trocarlo en grito de barricada, en canto festivo o en elegía al amado compañero... Hacer con él juegos malabares para expresar lo que ocurre; romper moldes y esquemas, entrar en discusión con las palabras, pelearse con ellas hasta recuperar su sentido, colocarlas antes o después, donde haga falta, en un orden nuevo o desordenadamente, para recoger tanta vida... Fijar estos instantes luminosos de nuestra lucha en teoría utilizable en próximos futuros, condensar en ella intensidades que fueran detonantes de nuevos estallidos... Anudar esta historia y hacer que continúe y que se expanda. Vivir los días de ritmo acelerado sin prescindir por ello de pararse y meditar un poco: considerar hacia dónde va esto y su sentido... Tomarse un tiempo, en fin, al margen de esta fiebre, como saludable cura de sedimentación. ¿Trabajo teórico? ¿Trabajo práctico? ¿Cómo compaginar las dos cosas? Preguntas que muy bien pudieran ser coartadas de no estar pensando en ellas mientras se hace algo. Problemas sobre los que yo me interrogaba mientras recogía, en espera de mejor momento, los folios de lo que tenía que ser una detenida exploración por los territorios del miedo y seleccionaba, entre las abultadas carpetas de testimonios, algunos ejemplos representativos que ordené como pude y con los que confeccioné un breve informe que es, justamente, el que ahora se publica.

En él se resume un poco lo tan sabido por quienes, día a día, vi-

ven aquí la realidad represiva; no es más que una pálida sombra de lo que podrían contarnos quienes la han sufrido —y sufren— en su propia carne. Pero es suficiente para dar noticia a los que no saben nada de ella y observan desde lejos y con optimismo esta «democracia». Escrito precipitadamente para ellos, su lectura tampoco les vendrá mal a muchos que, a pesar de estar más cerca, tampoco se enteran de lo que pasa a su alrededor. No es ni un análisis político, ni una crítica al «proceso democrático» sino una recopilación de urgencia; el pequeño grito de alguien que, teniendo pruebas contundentes en la mano y posibilidad de hacerse oír, agarra los folios con rabia y sale a la calle lleno de cólera, dispuesto a esgrimirlos en donde sea: una TV, una conferencia de prensa o una reunión de científicos. Un mínimo gesto solidario entre los muchos que por las fechas hubo.

### III

*Informe leído y comentado con un grupo de médicos daneses y  
entregado en la conferencia de prensa en Copenhague*

No es nada fácil ir a un país extranjero a contar lo que pasa en Euskadi cuando en la mente de todos los que escuchan está el gran cambio producido después de la muerte de Franco, el «esperanzador proceso» que entonces se abrió y el arribo ya, después de la Constitución —que Euskadi rechazó en un 70%— y las elecciones, a un estadio democrático similar, al menos en apariencia, al de muchos países europeos. Y tengo que confesar que sería realmente difícil explicar en poco tiempo cuál es nuestra situación si no fuera porque tengo documentos y testimonios que hablan por sí solos y evitan cualquier preámbulo.

No voy a entrar en discusión con los políticos sobre si el proceso está o no en marcha, sobre si hay razones o no para sentirse, como muchos se sienten, optimistas, o sobre si tal o cual vía sería la más adecuada... He venido a denunciar la represión que padecemos y es a través de ella, describiéndola simplemente, como se podrá observar algo de nuestra realidad cotidiana que, por supuesto, forma par-

te de nuestra realidad política. Y aunque voy a referirme exclusivamente al País Vasco conviene aclarar, antes de seguir adelante, que las formas de represión que padece el pueblo vasco no se diferencian en nada de las formas de represión que padecen otros pueblos del Estado español en donde, cuando el momento llega, los métodos empleados son los mismos.

Las mismas torturas en las comisarías de Barcelona, de Valencia, de Madrid... La misma ferocidad en abatir a tiros al militante anarquista o del GRAPO que conviene eliminar bajo pretexto de «peligroso terrorista que huye»... La misma brutal represión sobre la población civil cuando protesta fuera de los «cauces establecidos», o cuando se manifiesta reclamando servicios tan elementales como el de tener agua que, en el pueblo de Parla, vecino a Madrid, costó la vida a un joven de 16 años cuando las brigadas antidisturbios dispararon sobre la multitud... Las mismas acciones de castigo contra los campesinos gallegos que luchan contra la construcción de autopistas o se defienden en As Escrovas... La misma vigilancia y el mismo cerco sobre el bracero andaluz que no tiene trabajo o el minero asturiano que declara una huelga...

Lo que distingue al País Vasco de lo que pasa en otras partes —me estoy refiriendo sólo a la represión— es la frecuencia con que estos hechos ocurren y la gran cantidad de gente sobre la que caen. Frecuencia y cantidad que se extiende por toda su geografía y que confieren al fenómeno —dado el número creciente de víctimas— caracteres especiales de genocidio «a la civilizada».

Y este genocidio «a la civilizada», que de hacerse un estudio minucioso arrojaría ya hoy datos y cifras sorprendentes, se está produciendo impunemente, con la complicidad de los grandes partidos de la oposición que, pese a tener conocimiento de lo que está pasando, prefieren ignorarlo o le asignan un puesto irrelevante en sus ocupaciones «políticas». Bajo la grave responsabilidad de una Prensa que se considera «libre» y que, sin embargo, no sólo calla lo que en este sentido ocurre sino que manipula las pocas noticias que sobre ello da, las tergiversa y las falsea hasta grados inimaginables. Y en medio del desconocimiento general más absoluto. De tal forma que, a la hora de denunciar la represión en Euskadi, hay que poner en primerísimo lugar *el gran silencio informativo que padece*.

Lo que pasa en Euskadi no lo saben en ninguna parte: ni en Madrid ni en París, ni en ningún pueblo fuera de sus fronteras. Una cortina de silencio bloquea el País Vasco y lo aísla tanto del mundo que muchos hasta ignoran que existe. Y no sabría decir si no es mejor así porque los que han oído hablar de él suelen tener la imagen



que les han confeccionado a fuerza de burda propaganda: esa grotesca caricatura de país poblado por recalcitrantes nacionalistas en el que un grupo de fanáticos terroristas, con escaso apoyo popular, mata con bastante frecuencia a policías y pone en peligro la frágil y salvadora «democracia».

Ni una noticia de los graves problemas políticos que tiene planteados con el Gobierno central, ni de la reciente Constitución española rechazada en Euskadi por el 70% del pueblo, ni de los derechos que ese pueblo reclama y de cómo se le castiga por hacerlo... Ocultando que esta represión tiene una finalidad muy concreta: acabar con el movimiento de liberación y que, tal vez eso explique que hoy sea mucho más fuerte y más compleja que la de otros tiempos, hasta el punto que podríamos tomar como base para su descripción la popular frase comparativa de «ahora es como antes, pero peor», e ir estableciendo, punto por punto, en qué consiste el tal empeoramiento y demostrar así la creciente escalada: *Peor en las calles* porque antes difícilmente moría nadie en una manifestación y ahora, con los «cuerpos especiales» y el empleo del moderno material «antidisturbios», son muchos los que pierden un ojo, o tienen que ser atendidos en los hospitales heridos de gravedad y ya contamos con varias decenas de muertos por tiros que se escapan, botes de humo o pelletazos. *Peor en las cárceles* en las que el funcionario que vigilaba al preso ha sido sustituido por Policía Nacional preparada para ello, que hostiga y provoca las veinticuatro horas del día y convierte estos centros en cámaras de tortura y aniquilamiento. *Peor la represión colectiva* que se ejerce contra algunos barrios y pueblos, a manera de castigo, cada vez que se destacan por su combatividad: una compañía, generalmente de fuera, llega de improviso, se «desmanda», crea el terror, destruye todo lo que encuentra, roba, dispara ráfagas y desaparece dejando tras de sí una estela de barbarie, como en Rentería. *Peor la proliferación de «bandas fascistas» e «incontroladas»* que, pese a llamarse así, son cuerpos parapoliciales, como lo demuestra la documentación que perdió uno de ellos tras intimidar, pistola en mano y ayudado por otros seis, a los clientes de un bar en Egia, un tal José Pajarón, Policía Armada de la 63 Bandera, según podía leerse en el carnet que reprodujo el diario Egin del 10 de abril de este año. *Peor los controles de caminos y carreteras*, que ahora han proliferado tanto que puede ya hablarse de un ejército de ocupación, con el agravante de que están nerviosos y disparan a dar sobre cualquier coche que imaginen peligroso, siendo ya muchas las personas abatidas en esta circunstancia. *Peor la atmósfera general de miedo y tensión en que se vive y*

que se asemeja mucho a la de aquellos «estados de excepción» de la época del franquismo, con la diferencia de que entonces eran transitorios y ahora, al decir de la gente, «vivimos en un continuo estado de excepción».

Callando y ocultando, en fin, lo que hoy he venido aquí a denunciar: La tortura, que alcanza proporciones inimaginables en un país que se considera «democrático» y que, pese a que yo sólo voy a detenerme en ella, no podemos verla aislada del contexto sino como una parte del gran conjunto represivo, represión que a su vez es respuesta a la lucha de liberación de un pueblo que no acepta la doma y ha rechazado la vía de la Reforma. Si digo ahora que desde el mes de noviembre de 1978 hasta finales de marzo de 1979, periodo que abarca las campañas electorales y la del referendun por la Constitución —dato que sería muy interesante analizar dado que es en estos momentos cuando se agudiza la represión—, el número de personas torturadas por motivos políticos sobrepasa el de quinientas, estoy segura de que la sorpresa será grande y de que hasta es posible que algunos lo pongan en duda. Y, sin embargo, en honor a la verdad, he de confesar que son bastantes más los que podrían presentar denuncia. Y me refiero sólo a estos meses, pese a que la tortura ha continuado y sigue, porque al tratarse de un corto espacio de tiempo es más fácil de verificar el hecho. Bastaría para ello leer con cuidado la prensa del País Vasco —no la otra que ya he dicho que ignora el problema— y de entre ella el diario EGIN que es el único que da regularmente el nombre y los apellidos de los afectados, y entretenerse en contar el número de detenciones que se practicaban a diario, la gente que pasaba por comisarías y cuarteles, la que era «retenida» unas horas, unos días... Sería revelador iniciar sobre esta base cuantitativa una investigación más profunda... Obtener directamente los relatos, las circunstancias que rodearon esas detenciones, las razones que alegaban para practicarlas...

En el folleto editado el mes de diciembre por las Gestoras pro-Amnistía, en un balance general del mes de noviembre, referido a Euskadi, leo:

«Se producen alrededor de 200 detenciones diarias. Estas detenciones se pueden clasificar de la siguiente forma:

- 1.— Detenciones que duran menos de 5 horas (100 al día).
- 2.— Detenciones que duran menos de 24 horas (70 al día).
- 3.— Detenciones que duran de 24 a 72 horas o más

(30 al día).

Durante este mes 60 personas han permanecido de 5 a 15 días en comisaría».

Esta nota va acompañada de una larga lista de nombres con la fecha correspondiente al día de la detención: cuadrillas de amigos de un mismo pueblo, hermanos, vecinos del barrio... Detenciones masivas, espectaculares, acompañadas de gran violencia, sin explicación alguna. Detenidos que, en su mayoría, serían puestos en libertad después de ser torturados.

¿Tortura como castigo? se pregunta uno ante ese aluvión de testimonios, cuarenta de los cuales los he recogido yo personalmente. Hay muchos indicios para pensarlo. Pero de lo que en ellos se habla y de la forma en que se producen estas detenciones será mejor que dejemos que nos lo cuenten los propios interesados. Como hilo conductor de la descripción he elegido el testimonio de una estudiante de sicología que detuvieron junto a siete personas más de su pueblo, aunque la mayoría no vivían en él, que sufrieron poco más o menos el mismo trato y que, al cabo de diez días, fueron puestas en libertad sin que el juez encontrase razón alguna para procesarlas. Me ha parecido un ejemplo bastante «típico» de lo que estaba ocurriendo, ya que redadas como ésta se estaban repitiendo por todo el país.

«Me detuvieron en San Sebastián, en donde vivo con unos amigos, la madrugada del 4 de diciembre de 1978 cuando faltaban unos días para el referéndum de la Constitución. El día anterior habían detenido a un compañero y con su llave entraron en casa mientras dormía. De pronto me desperté con una metralleta que me estaba apuntando y me quedé paralizada de terror, sin comprender lo que ocurría. Había cuatro individuos en el cuarto que me obligaron a vestir delante de ellos mientras otros revolvían y registraban todo lo de la casa. Ni tan siquiera se presentaron como policías y sólo al cabo de mucho rato preguntaron si quería un testigo. Yo les dije: 'Sí, pero, ¿es que me detienen?' Asintieron y salieron a buscar a algún vecino, pero nadie les abrió la puerta por lo que bajaron a la calle y obligaron a subir a un señor que pasaba. El hombre entró quejándose, no acababa de comprender por qué le traían allí. Estaba muy enfadado, decía que no había derecho, que había bajado a dar una vuelta, que ni siquiera llevaba documentación. Estuvo todo el rato discutiendo con ellos y al fin se negó a firmar la declaración por lo que a él también le llevaron preso. Nos bajaron en medio de una gran tensión, porque el testigo se resistía y decía a gritos que aquello era un atropello, y ellos estaban muy nerviosos por temor a que hubiera escándalo. En la calle había varios coches. Nos metieron en ellos por separado. Cuando llegamos al Gobierno Civil me agarraron del pelo y uno, colérico, dijo: 'Con que querías testigos, ¿eh?' Y, amenazándome, me empujó hacia donde toman filiación».

En esta nueva etapa las detenciones se siguen practicando como

antes, de múltiples maneras: en el trabajo, diciendo que se trata sólo de una pequeña consulta... En el camino, cuando unos desconocidos salen al paso del que regresa a su casa y obligan a subir al coche... En la casa, guardando las formas o con gran aparato de coches y jips, como si se tratara de un sujeto altamente peligroso, en la que es muy posible que destruyan la puerta a patadas y saquen a cul tazos o a punta de metralleta al que se llevan, cuando no le amarran con una soga al cuello, igual que a un perro, como hicieron con los navarros en la frontera. Pero el aspecto más inquietante de estas detenciones es el que se deriva del Decreto Ley contra Bandas Armadas y terrorismo (28 de diciembre de 1978) con el cual cualquier persona, en cualquier momento, bajo cualquier pretexto, puede ser arrestada. No se precisa ni orden judicial, ni permiso para entrar en la casa, ni atenerse a la Constitución que autoriza que el abogado esté presente en los interrogatorios... Como «terrorista» que se supone que es en el momento de aplicarle la ley, y sin más criterio para ello que la decisión de la Policía, a la víctima le esperan, en el mejor de los casos, diez largos días interminables en la más terrible de las incomunicaciones, y eso suponiendo que se trate realmente de policías porque ahora en esta nueva situación nadie garantiza nada. Con un carnet que enseñan a distancia, mostrando simplemente la chapa o sin ella, o con la presentación verbal de «somos policías», la persona requerida se ve forzada a seguir a «unos» cuya identidad desconoce, y que muy bien pudieran ser «incontrolados» con propósitos de hacer con ella lo que ya tiene noticia que han hecho con otros: secuestrarlo, tatuar su cuerpo con cruces gamadas, darle una paliza... Temor que en ningún momento los anónimos visitantes se esfuerzan en disipar, que hasta fomentan con bromas y que, incluso, se diría que forma parte del juego, a manera de preludio, de la tortura. Cuando el joven Simón regresaba una noche a su caserío en la localidad de Hondarribia, fue interceptado por dos coches que se le cruzaron en el camino y obligado a subir a uno de ellos por varios individuos de paisano que le amenazaban con pistolas. Conducido al monte le amenazaron con matarlo y arrojar su cadáver al mar si no contaba cosas de la gente de su pueblo; pero él no pudo saber si estaba en manos de «incontrolados» o de la brigadilla de la Guardia Civil hasta varias horas más tarde, cuando le llevaron a la Comandancia de San Sebastián para tomarle declaración. Casos parecidos y en la misma localidad se producían dos semanas después y una de las personas, un señor de más de cincuenta años, ha quedado muy afectado por el simulacro de fusilamiento que le montaron en los acantilados. Esa ambigüe-

dad desde la que no se sabe muy bien lo que ocurre, que se hace extensiva a los familiares, cuando angustiados van a interesarse por el desaparecido y no reciben ninguna respuesta aclaratoria y hasta negativas de que esté allí, estando. Ese cinismo desde el que la Policía efectúa «secuestros» ella misma, sin necesidad de valerse de intermediarios ni de guardar formas. El alarde que de ello hacen cuando le dicen a la víctima que ahora es posible todo, que tienen más poder que antes, que pueden eliminarle tranquilamente «porque nadie se enterará, ya que no hay constancia de su detención en ninguna parte», es lo que convierte *el hecho mismo de la detención en una de las peores torturas psicológicas*, con gran repercusión en la población civil que las observa.

La conducción del detenido es ya la mayoría de las veces el inicio del largo viacrucis. A Jose M<sup>a</sup> Larrea, mientras le conducían a La Salve, en Bilbao, trataron de inmovilizarlo «con un espray que me echaron en la cara, privándome de la vista y dificultándome la respiración». «Delante de mis padres —contará Esteban Okanika— dijeron que no me iban a torturar, pero una vez en el coche me esposaron y el trato cambió bruscamente y empezaron las amenazas y los golpes». Otras veces el camino se alarga, dando un rodeo para disponer de más tiempo y castigar mejor. Mikel Sarasketa fue conducido a cuevas de Landarbaso en pleno monte donde le torturaron de tal manera que cuando llegó a comisaría estaba totalmente desfigurado. Pero sigamos con el testimonio de la estudiante:

«En los archivos me esperaban los dos de la vez anterior. Nada más llegar el de Madrid me dio una bofetada muy fuerte sobre el oído sano (yo tengo un oído operado a consecuencias de las torturas que sufrí en 1974. Digo esto porque ellos lo sabían por la ficha y pusieron mucho cuidado en no tocarme esta parte). En el otro lado del despacho había uno escribiendo a máquina y tomando declaración a un chico. Oí cómo le pegaban dos puñetazos y un grito de dolor. «Dame la mano», me dijo. Me la cogió, dobló el brazo y me retorció la muñeca hacia dentro. Dí un grito. Me soltó y agarró la otra y repitió lo mismo con más fuerza. Cuando grité me dio otra bofetada: «Como grites te mato». Me sentó de un empujón. El policía estaba nervioso porque no se iban los otros y les decía que acabaran de una vez. Cuando nos quedamos solos me dio una tanda de bofetadas, siempre sobre el mismo oído. Me agarró de las solapas, me puso de pie y volvió otra vez a retorcerme la mano y así repitió mucho rato. Alternaba esto con intervalos en que se burlaba de la democracia. 'Esto ya no es el franquismo. opina. Ahora ya hay libertad: puedes elegir entre continuar el interrogatorio o esperar a mañana... Si quieres seguimos así... ¿o prefieres las barras? Y señaló hacia un rincón. Yo no sé lo que haría con ellas, eran un montón de hierros, como el armazón de un coche de niños, que me dio mucho miedo».

La alusión a la democracia, a la Constitución, a las nuevas libertades, al cambio y a que ya formamos parte de Europa, es continua. El grotesco teatro que montan sobre cualquier cosa y al que ya estábamos acostumbrados, se nutre ahora de todos estos elementos que son objeto de las mayores burlas. Las libertades democráticas se traducen allí en la elección del método preferido de suplicio: «¿Qué prefieres, el quirófano o las corrientes?» le decía sarcástico uno de los policías del inspector Conesa a Mikel mientras le quitaba las esposas. «Eres libre y puedes elegir: eso es la democracia». Bromas nada gratuitas, encaminadas a desmoralizar al que está allí, a demostrarle que su situación no tiene salida, que ahora es peor que antes, que ellos están más protegidos; no como en los tiempos de Franco, cuando en Europa había solidaridad y se movilizaban... Ahora está sólo: dirán que tenía armas, que era «comando de información», que es un terrorista, y ni los partidos ni los parlamentarios querrán saber nada de él. «Tú eres un terrorista —le decían a Antton— y, si no, lo diremos nosotros y nos creerán; ahora somos amigos de vuestros dirigentes». Situación tanto más trágica por lo que encierra a veces de verdad en esa compleja amalgama de lo que se llama «izquierda»... «La democracia es una mentira —le explicaba a Alfonso Salazar con gran naturalidad el mismo que lo había torturado durante horas— igual que la Constitución. Según ella tú tienes derecho a tener un abogado, ¿no? Pues te voy a demostrar que es una tontería. Imagínate que queremos cumplir y que lo llamamos cuando tú llegas aquí, a las cuatro de la mañana, por ejemplo, y a la hora hemos terminado y nos vamos todos. Pero luego le llamamos a las nueve otra vez y al rato nos volvemos a ir. Y luego le volvemos a llamar a las cuatro de la tarde, y luego a la una de la madrugada, y más tarde a las seis... Y así durante tres días o más. Y yo te aseguro que el abogado tuyo, el que sea, termina diciendo: a tomar por el culo mi defendido. ¿Te das cuenta?: La Constitución, la democracia, una mentira todo». Jon Karle Esturo cuenta que los golpes en los testículos se los daban con dos porras, una de goma y otra de madera y que en una de ellas ponía: «tila para etarras».

«Esta vez me agarraron por los pelos y me llevaron a empujones a la celda. Allí lo pasé muy mal. Me daban mucho las muñecas y la cara, pero lo peor era el ambiente aquel, lo que me habían dicho que me iban a hacer, lo que faltaba aún, la gente conocida que veía pasar, los gritos, el miedo por la familia. Tenía imágenes horribles, yo creo que me dió una crisis de terror. Lloraba y temblaba y me vieron tan mal que me pusieron con otra que estaba también temblando, porque le habían pegado mucho al detenerla. Yo no quería que me tocaran, ni que se acercaran a mí. De lo que pasó en ese

tiempo tengo una noción confusa, no se si llegué a perder el conocimiento, pero no recuerdo nada, miedo y terror sólo»

Otros, por el contrario, recuerdan muy bien su llegada a la celda, ese calabozo hundido en los sótanos con el que momentos antes se soñaba, como un alivio, cuando a uno le estaban interrogando, en el que pensaba aislarse del horror y recuperarse de las heridas y de los magullamientos y que ha pasado a ser inesperadamente otra galería de suplicio. No ha empezado a bajar los escalones y ya está atravesando un pasillo de «grises» que lo aporrean, le dan patadas, le escupen, le insultan, le amenazan. Es evidente que tienen «autorización» para hacerlo, que están en sus dominios y tratarán por todos los medios de hostigar y provocar. «En los calabozos, la Policía Armada nos insultaba y amenazaba sin cesar. Algunos nos golpeaban, otros nos hacían permanecer de pie, con los brazos en cruz, hasta que por agotamiento los bajábamos y entonces nos pegaban hasta que los volvíamos a subir. Nos echaron cubos de agua al suelo para que la tuviéramos que recoger y no pudiéramos dormir... Teníamos vómitos y mareos continuos...» Es Carlos Catalán el que habla en nombre de los navarros. Otras veces echan el cerrojo e impiden salir durante horas. A Zabala, cuando pidió ir al servicio, se lo negaron «diciéndome, además, que si me meaba en la celda me harían limpiarlo con la lengua, por lo que tuve que hacerlo en los pantalones». Kiko Martínez afirma: «Allí me pegaron todos, desde el fotógrafo —este fotógrafo que tantas bromas suele gastar mientras prepara las fichas— hasta el policía armada, que me dio con una escoba y me echó agua en el camastro y por el suelo para que tuviera que estar de pie durante todo el tiempo». En la celda de Koldo Errati se le introdujeron dos policías y lo golpearon hasta dejarlo sin sentido. Puede que en situaciones como ésta sea cuando ocurren los «fatales accidentes» y los «suicidios» que nadie puede nunca esclarecer. Son cosas de la trastienda en las que uno ni se fija cuando el horror lo impregna todo, cosas de los sótanos, de las galerías ocultas, que antes ocurrían también pero que ahora se han hecho práctica habitual.

«Aquella misma noche me llevaron para otro interrogatorio. Yo estaba deshecha. Había muchos. Uno sentado sobre el mostrador, en plan chulo, y otros a su alrededor, bromeando y haciendo alusiones a mí. Se burlaban de que hubiera llorado, hacían comentarios groseros. 'Bueno, vamos a ver, quítate la chaqueta', dijo uno, como indicando que iban a 'empezar' y dirigiéndose a los otros: 'no os preocupéis, ya nos arreglamos solos'. Me bajaron al sótano. Uno me agarró del pelo y me zarandeó muy fuerte. Me empezaron a dar arcadas y mucha necesidad de ir al vater. Cuando me subieron

todos se reían. 'Se ha cagado. Se caga'. Cuando me bajaron de nuevo seguía muy mal. Me castañeaban los dientes. . El de siempre empezó a pegarme golpes con el puño, justo encima del esternón, golpes fuertes y rítmicos, durante mucho rato. Me mareaba y cuando me caía me agarraba con una mano, me presionaba el cuello hasta casi asfixiarme y, como estaba junto a la pared, me sacudía la cabeza contra ella y los golpes secos dolían como si me fuera a estallar. Era terrible aquella situación de náusea, de querer perder el conocimiento y no poder y tener que seguir aguantando. En una ocasión me apretó los puños contra el maxilar inferior y el otro le decía: 'Le vas a saltar los dientes. Déjala'. Pero yo ya ni notaba el dolor ese. Al rato cambió. Con el borde de la mano, como si fuera kárate, me daba sobre el vientre, el estómago, el pecho, subiendo y bajando. Unos golpes no muy fuertes pero constantes y durante mucho rato. No sentía dolor pero sí una molestia indescriptible, que te sientes morir y no puedes y muchas arcadas. Al final me caí. Cuando me levanté él estaba enfrente y me puso un pie en el estómago, apretándome contra la pared con todas sus fuerzas. La presión era tan grande que pensaba que de un momento a otro se iban a romper las costillas y que iba a reventar. Cuando estaba así y me venía una arcada era mucho peor. En una de esas ocasiones se puso furioso: 'Como devuelvas, lo limpias con la lengua' y a continuación me dio una serie de bofetadas en el lado de siempre y vuelta a empezar...»

Por lo general las técnicas no han variado mucho: el «quirófano», la «rueda», el «misionero», la «bañera seca», la barra, colgar en el techo por los pies con la cabeza abajo, el «pato» y las múltiples modalidades que sobre el terreno se les ocurren, tales como atar a una silla, obligar a bailar sobre un mostrador en el que durante el día se hacen carnets de identidad, meter papeles de periódico y trapos sucios en la boca para ocultar los gritos, pellizcar los muslos a la altura de las ingles a las mujeres, retorcer los testículos, etc. etc. En La Salve, cuartel de la Guardia Civil en Bilbao, emplean con mucha frecuencia corrientes eléctricas, método que ahora están empezando a emplear también en San Sebastián. Pero junto a estas maneras ya un tanto tradicionales se observa la *aparición de formas nuevas, más científicas, encaminadas en su mayoría a no dejar señal*: Golpes precisos, en zonas elegidas, que a lo mejor no duelen pero producen espantoso malestar: ese «mal de mar» a fuerza de golpes rítmicos sobre el plexo solar... Con frecuencia dan golpes alrededor del cráneo, que más tarde producirán espantosos dolores de cabeza... Es muy corriente que utilicen la guía telefónica para ello a la vez que amenazan con que así les volverán locos o que con el paso del tiempo tendrán hemorragias irreparables; «luego me tuvieron alrededor de unos tres cuartos de hora con gimnasia, en cuclillas. Mientras estaba así, otro, con un listín de teléfonos, me golpeaba constantemente la cabeza y decía: «como te caigas te doblamos» y «estas torturas no se notan en el físico o sea por fuera, eso es por dentro. Con el tiempo te puede dar una embolia que te puedes que-



dar frito». Y así siguió hasta que yo no podía más y estaba grogui y ya me llevaron a la celda», es parte del relato de Koldo a su abogado Miguel Castells. Coro Redondo, en su largo testimonio explica cómo al principio, antes de empezar lo peor, le pegaban en la cabeza: «Yo estaba de pie, con las manos atrás y me daban con lo que les venía a mano: en la cabeza con un taburete y mucho con una guía de teléfonos...» y en otra ocasión: «de allí pasaron al 'quirófano'. Pusieron una manta en la mesa del despacho, me dijeron que subiera a ella y me hicieron tumbar en ella con la mitad del cuerpo fuera, o sea, la cintura al borde. Curvada hacia atrás, con los brazos colgados, tocaba con la punta de los dedos el suelo mientras me sujetaban los pies contra la tabla. En esta postura, ya de por sí muy dolorosa, empezaron a darme golpes de kárate en el cuello, sobre la nuez y puñetazos en el estómago. Cuando pasaba un rato me obligaban a incorporarme por mi propio impulso hasta sentarme y como no podía hacían como que me ayudaban y cuando ya estaba casi arriba, me soltaban de golpe y caía bruscamente con mucho dolor. Otras veces, sentada ya, me daban golpes con el borde de la mano sobre la nuca, golpes constantes y seguidos...» Los golpes sistemáticos se van imponiendo cada vez más.

*Los simulacros de fusilamiento y las salidas al monte han aumentado también.* La tortura fuera de las dependencias, en zonas aisladas, generalmente de noche, en medio de un escenario dantesco en donde es más verosímil, para el que ha sido llevado allí, que ha llegado la hora final. A Tomás Carrere ocho funcionarios le condujeron a una cueva, le ataron una soga al cuello y, por tres veces, lo lanzaron al vacío hasta que perdía la respiración. A Marcos Oyarbide le llevaron también al monte y le pusieron una pistola en la sien asegurándole que lo iban a matar. Y lo mismo con Jon Karle... Koldo Baldemoros en su testimonio dice: «Poco después me sacaron del cuartel y me metieron en un coche diciendo que me iban a llevar al monte para matarme. Se dirigieron a Tudela mientras me insultaban y pegaban. Durante el trayecto se desviaron hacia un camino del campo y me sacaron arrastrándome de los pelos. Me tiraron a un charco y me dieron patadas por todas partes. Un policía sacó su pistola y me la puso en la frente y después me metió el cañón dentro de la boca, amenazando con disparar si no hablaba...». «Volvieron los golpes y a decirme que me iban a matar, porque ni siquiera gritaba cuando me amenazaban. Entonces me dijo que echara a correr para ya matarme, pero me negué. Me montaron de nuevo al coche y durante todo el tiempo me siguieron pegando hasta Tudela... Otra noche me llevaron hasta el puente del Ebro y me amenazaron con tirarme al agua, esposado con las manos atrás, tal y como estaba». En el caso de las mujeres, al terror de la muerte viene a unirse el de la violación... A las dos de la madrugada a Charo le llevan al monte: «Me hicieron bajar. Había mucha oscuridad y yo te-

nía la sensación de estar soñando, un paisaje de terror pero irreal, me ocurría algo raro de miedo. Me hicieron poner de espaldas a ellos, mirando al monte. Yo los oía detrás de mí manejando el arma, hacían clic, clic con la pistola y se paseaban diciendo que les contara mi vida. El hecho de no verlos me ponía muy nerviosa, yo creo que estaba ofuscada de terror... Si intentaba dar la vuelta y mirar me gritaban inmediatamente... Una vez alguien me puso una pistola en la sien y desvió el cañón hacia arriba al disparar rozando con el oído. Ví el fogueo y el estruendo aquel, era una cosa horrible. 'O hablas o te pones en pelotas', dijo uno... Empecé a desnudarme bajo amenazas. Me quité el jersey, la blusa, me quedé desnuda de cintura para arriba... Estaba segura de que me iban a violar... Luego me mandaron vestir». Se diría que estamos asistiendo a un viaje por los infiernos. «Me sacaron dos veces al monte —dice Koldo—, una al oscurecer y otra a la mañana. Me llevaron atado con una soga al cuello y otra al pie, haciéndome caminar la primera vez medio descalzo entre la nieve y tirándome de la cuerda para que me cayera rodando, por lo que llegué empapado al Gobierno Civil». Podríamos seguir enumerando escenas a cuál más espantosa, pese a que el actual ministro del Interior, señor Martín Villa, acaba de declarar a los medios informativos que es una calumnia para estos honorables cuerpos decir que emplean malos tratos, y que de ocurrir una cosa así habría sido una sola vez, un caso aislado y excepcional...

«Más tarde el otro trajo un aparatito de madera, unas tablitas entre las que obligan a meter los dedos y aprietan. Una tortura terrible que a mí no me llegaron a hacer pero que a otros sí, porque me la contaron y me enseñaron las marcas en la celda. A mí me repitió lo de doblarme la mano, las dos a la vez y más fuerte que antes. Luego se me hinchó mucho y, ahora, pese a que hace días que he salido, todavía tengo un poco de señal y no he recuperado la fuerza no me puedo apoyar. Una de las veces me caí desmayada y ya dejaron aquello. Me subieron al despachito en donde tomaban declaración. Me interrogaban sobre cosas antiguas, por las que yo había sido juzgada hacía años. Seguía el mismo ambiente de antes y recuerdo la escena con mucha confusión porque entre todos me mareaban. Eran muchos. Decían que me iban a violar, a colgar de los pezones: 'Te voy a aplastar el piñón hasta el cielo del paladar...' Todo giraba sobre lo mismo y en lenguaje grosero, entre bromas asquerosas. Uno me hablaba al lado, se dirigía a mí, me tocó en el hombro: '¿bailas un tango?' Todos coreaban... Luego querían que les cantara el 'Que se vayan'. El de ojos azules hablaba junto a mí y como yo no le miraba me agarró de la barbilla con fuerza: 'Mírame'. Había mucho barullo, era una locura. Pasaban muchas cosas a la vez y muy difíciles de describir. Después fueron desapareciendo y quedaron los dos de siempre. 'Ahora empieza la fiesta otra vez' dijo uno sacando la pistola del cinto y apuntándome en la sien: 'Que te vamos a matar...' Y así volvió a empezar todo como antes: bofetadas, golpes de kárate en el estómago, retorcimientos de muñeca... Una de las veces debieron de creer que me habían roto al-

gún hueso de la mano. Se hicieron una señal y me dieron masaje. Yo tenía una gran opresión en el pecho y como asfixia. Me hicieron echar para atrás y respirar hondo para relajarme, eso decían...».

*Ahora ponen un marcado interés en no dejar huella, en borrar las que hayan podido hacer.* Pasados los momentos agudos en que la víctima ha sido torturada de múltiples formas, empiezan los «cuidados» para hacer desaparecer toda señal visible cuando, después de diez o más días, salga de aquellas dependencias. Algunos aseguran que les han dejado más tiempo en espera de que se reabsorbie-  
ran los hematomas... De esta manera el que yace tullido en el suelo de la celda, el cuerpo lleno de moraduras, la cara hinchada hasta ocultar los ojos, con coágulos de sangre en la nariz y la boca, huesos rotos y miembros desarticulados, recibirá la visita de los que le vienen a «curar», que muchas veces son los mismos que horas antes se ensañaban con él, y que ahora sonríen cordiales y preguntan si algo duele y hasta se apresuran a recomendar posturas y aconsejan mantener inmóvil el miembro dislocado. Otras veces es personal nuevo el que viene a curar, que «parece sanitario» y que, con pericia, extiende pomadas, observa las articulaciones y hace preguntas de «entendido», seguramente por la mucha práctica adquirida; otras se trata realmente de un médico. Es obvio que si está allí no es tanto para aliviar como para observar los límites de resistencia e indicar al que tortura si puede o no continuar... O para aconsejar a la víctima que no se resista y colabore, que será la mejor manera de acabar con lo que le hacen, situación incómoda pero que tal vez él mismo se ha buscado... «A veces —dice Emilio Ginés a su abogado— la sesión se interrumpía para que un médico me reconociera», y durante su permanencia en la DGS, en Madrid, en donde le apremiaban para que se confesara miembro de ETA, le llegaron a ver hasta cinco médicos. Los dos hermanos fueron atrocemente torturados y entre una sesión y otra les exploraban, les sacaban radiografías... Después de estar toda una noche colgado en una barra, el estado de Emilio era tal que los funcionarios no se atrevieron a bajarle a una celda y tumbado sobre una colchoneta, en el mismo despacho, fue reconocido por un médico, una mujer en este caso. Emilio orinaba sangre desde el día anterior. La doctora le tomó unas muestras de orina, le hizo un reconocimiento «más o menos general» y le dijo: «Lo que tú tienes son dos costillas rotas y, fundamentalmente, mucho miedo» —frase que me recuerda a la que yo misma, en circunstancias parecidas, le oí decir también a una doctora (¿la misma acaso?) hace años: «Usted lo que necesita es un tónico cardíaco. Conteste a lo que le preguntan y le traeré un cafecito que le reconfortará».

Puede decirse ahora que la colaboración de los médicos es mayor que antes; se les ve aparecer en los testimonios con mayor frecuencia y se tiene noticia de que hay personal sanitario preparándose para ello. Son los comienzos, la puesta al día, al nivel tecnológico que requiere la nueva etapa «democrática»...

«Pasados los nueve días me hicieron un sermón paternalista, dándome consejos y que sería mejor que me dedicara a joder: ¿Te gusta?... Y una serie de groserías por el estilo. Y cuando me disponía a salir me paran. 'Oye, ¿no te habremos torturado? Te hemos tratado con simpatía. No se te ocurrirá decir lo contrario. Tú no has visto lo que es torturar'. Y me amenazaron con caer sobre mi familia, sobre todo mis hermanos, si hablaba».

No es nada nuevo lo de amenazar al torturado para que guarde silencio sobre lo que allí ha ocurrido, pero las amenazas, ahora, no se dirigen tanto contra el que va a ser puesto en libertad como sobre las personas más allegadas: «Me recomendaban que me fuera de Navarra si no queríamos morir yo y mi familia», cuenta en su testimonio Larreategi. Mientras que a Olabarria le coaccionaban con su mujer: «Me decían que la habían detenido y que la iban a llevar al monte —tengo una hija que ha cumplido un año—. Después de seis horas seguidas de «quirófano» y otras torturas a Vicente Ibarguren, le dejan casi sin conocimiento: «Fue entonces cuando me amenazaron con mis hijos diciendo que el día menos pensado les podía ocurrir algo, un accidente por la calle, un atropello al salir de la escuela. Eso lo recuerdo muy bien porque me impresionó mucho». Las amenazas se hacen, además, tomando elementos de la nueva situación en la que «aquello» que dicen se ve que es posible, que incluso ha ocurrido ya: se atacará a la familia y lo harán grupos «especiales», que son menos visibles que la Policía y que *llegan mucho más lejos*: «Te espiamos», «Te tenemos controlado», «Sabemos los pasos que da tu mujer»... «Te mataremos —le decían a Txabi—, tenemos medios para hacerlo. ¿Conoces a los ATE? Los ATE somos nosotros y te matarán»... Koldo Baldemoros tiene 17 años y cuenta que «llegó uno de los inspectores de Tudela y dijo que cuando saliéramos de la cárcel me iban a matar. Otro me dijo que tenía madera de asesino y que algún día aparecería muerto en la cuenta de la carretera». En esa cuneta en la que, también, hace ahora pocos días, en la localidad de Andoain ha aparecido asesinado por «incontrolados» otro joven de 17 años. El peligro se diluye y está ya en todas partes, puede aparecer bajo cualquier forma. Sólo el que ha visto el rostro del que dice: «sabemos cómo hacer para matarte» sabe la magnitud de la amenaza y puede escenificar en su imaginación el

verdadero horror de la noticia que lee en el periódico una mañana: «Tudela. Juan Luis Etxeberri, herido por la Guardia Civil, fallece en el Hospital Provincial de Navarra, de un paro cardíaco, después de haber sido interrogado». Cierro los ojos y reconstruyo los hechos: Es de noche; la puerta se abre sin que nadie se haya dado cuenta, o no le han prestado atención creyendo que se trata de familiares. Son ellos, unos inspectores —¿de la terrible brigada de Conesa?— que se acercan al borde de la cama, que sonríen siniestramente, que le tienden la mano con amabilidad, que le cogen la suya, que se la retienen todo el tiempo, que para forzarle a que conteste, sólo le presionan el pulgar, fuerte, muy fuerte, sólo eso, nada más, como una contenida amenaza, mientras le interrogan... ¿Cómo no iba a paralizársele horas después el corazón de espanto?

Es en este contexto en el que se hacen amenazas de guardar silencio, pero es un silencio particular; no parece importarles demasiado el que la tortura se cuente por lo bajo, en tertulias de amigos o a la familia. *Lo que no quieren es publicidad en la prensa ni, sobre todo, constancia jurídica.* Me contaba un abogado amigo que su cliente, después de haber sido torturado, había salido en libertad con la condición de no querellarse: «No me importa que se lo cuenten a tus amigos —le había dicho el jefe de la brigada— a tu abogado incluso, pero si hay querella judicial te vuelvo a detener y te pongo una declaración que ya no sales».

Parece como si tuvieran interés en que el rumor de que hay tortura circulara, hiciera mella entre la población civil, tal vez para aumentar con ello el miedo: el gran objetivo hacia el que se encaminan todas las medidas represivas: miedo a gran escala para que aumente la inhibición, tan necesaria para que nadie les moleste. No es raro que en un ambiente así sean pocos los que denuncien. De los siete que formaban el grupo de la estudiante de sicología sólo uno denunció malos tratos en el momento de comparecer ante el juez.

Pero el juez no pareció inmutarse, más bien se comportó como si le fastidiara tener que escribirlo allí. Es la actitud más frecuente entre los jueces. «Cuando me llevaron a la presencia del juez —dice Ibarguren—, pregunté: '¿Dónde tengo que declarar la tortura? pero él no mostró interés alguno: 'Sí, sí, de acuerdo'... y me cortó cuando se la iba a contar». Cuando Alfonso Salazar quiso denunciar, el juez le cortó también: «Deje, deje, no hace falta que especifique...» y no quiso tomar más. Con Coro, que tenía visibles marcas en los muslos de los fuertes pellizcos que le habían dado en esta zona —prácticamente negra la cara interna desde la rodilla a la ingle— mantuvo un

diálogo muy curioso: «El vió los grandes moratones y sin darles importancia murmuró: 'Bueno, eso lo mismo puede ser de las medias...' ¿De qué medias? —dije yo—, de qué medias si me las quitaron el primer día...'. No dijo nada. Dio media vuelta y se fue y el Secretario escribió algo de lo que decía...». Cinismo sólo equiparable al que muestran algunos médicos cuando observan los pies reventados o la fractura de la costilla y preguntan, con fingido asombro, en dónde ha tropezado la víctima para hacerse aquello... Cuando el abogado Miralles trató de denunciar los malos tratos que sus defendidos no se habían atrevido a mencionar, cayó sobre él la cólera del «profesional» que no tolera que un «colega» meta la nariz en sus asuntos. «Fue como si le hubiera mentado a su padre. Brincando por la sala y con voces estentóreas, el juez señor Bermúdez provocó la entrada de la Policía y me mandó arrestar».

Podríamos seguir enumerando, pero creo que como muestra es suficiente... ¿Tortura como castigo?, me preguntaba en alguna parte de este informe. Insisto en que hay muchas razones para pensarlo así, entre ellas la de que se ejerce sobre amplios sectores del pueblo a los que jurídicamente no se les puede inculpar. ¿Tortura para hacer miedo? Lo que sí parece estar claro es que el Decreto-Ley antiterrorista es un ensayo para poner en marcha una represión a gran escala con la que castigar la no aceptación de la doma por un amplio sector del pueblo vasco.

Decía al principio que éste era un trabajo muy distinto al que me había propuesto. Muchos temas en uno: hablar de lo que quería hacer, de lo que hice en su lugar, de la impotencia de compaginar las dos cosas. Se trataba de decir algo de la represión aquí y hoy, parte de la cual consiste en hacernos sentir que irá a peor en el futuro y todo eso, como se ve, es una cosa muy compleja que nos afecta a todos. No he hecho más que dar mi testimonio personal; bien poco en verdad, pero desde la convicción de que hay que decir lo que pasa en cada momento —dejar algún testimonio— aún a sabiendas de que no basta con ello. A sabiendas de que el lenguaje que usamos sirve poco y que hay que buscar otro que incida y sacuda más. Sabiendo que no basta con sacudir sino que hay que pensar desde esta sacudida. Que no basta con pensar desde esta sacudida, que hay que prolongarla en acción y pensar sobre los resultados de esa acción; participar en el asunto, convertirse tal vez en el asunto... Estar vivo, en fin, como personas y como pueblo.

# 1980-1982

*Hace tiempo que el poder central se lamenta de que el «problema vasco» impide que se consolide la democracia, de que él es la causa de su «desestabilización»... En un sentido profundo es verdad. A una democracia no le conviene nada emplear la violencia en la forma espectacular y visible que lo está haciendo la española; su imagen se deteriora. Lo propio sería emplear medidas de control y de doma, pero ellas quedaron invalidadas cuando el movimiento de liberación rechazó la reforma. La salida razonable sería resolver el problema que tanto incomoda, buscar vías políticas, que es la solución pacífica y negociada que reclama el pueblo...*

*Al no ser así tendrá que asumir las contradicciones que le crea la respuesta violenta: reforzar el gran aparato represor dándole, a la vez, cobertura legal y apariencia inofensiva. La maquinaria se endurece y el endurecimiento se oculta. Todo esto se hará de acuerdo a normas y leyes que serán debidamente discutidas en el Parlamento.*

*El Estado, a finales de 1982, antes de la llegada al gobierno del PSOE, se ha dotado de un instrumental jurídico capaz de controlar y reprimir todo aquello que le disguste. Con las leyes especiales se han sentado bases muy peligrosas. El potencial represor que encierran estas leyes lo vamos a ver muy pronto...*

*Algunos organismos internacionales empiezan a reaccionar. Amnesty Internacional habla de casos de tortura; son cientos los que la denuncian públicamente. Arregi y Muruetagoiena son crímenes que estremecen al mundo, pero el horror es más continuado, ejercido sistemáticamente. Y en la memoria de todos está el caso Almería que aparecerá, una y otra vez, como una pesadilla, indicando lo que puede ocurrirle a cualquier persona por el hecho sólo de ser vasca...*



## El revuelo

*A Joseba Arregi, torturado hasta la muerte por la Policía española*

A la hora de sentarse a escribir un artículo sobre un problema tan punzante como el de la tortura, cuando todavía se está bajo la conmoción de lo ocurrido, sintiendo en la propia carne el dolor del cuerpo destrozado a golpes, quemado, martirizado hasta límites que nunca se sabrán («Oso latza izan da», dijo agonizante), del compañero Joseba Arregi, tal vez la primordial dificultad para hacerlo —amén de la que se deriva de las múltiples amenazas que pesan sobre quienes ahondan y denuncian la cuestión— sea la de dominar la cólera y seguir, con una cierta calma y más firmeza que antes, abordando los múltiples problemas, uno de los cuales, estos últimos días, es el de enfrentarse a quienes «denuncian» esa tortura desde el espaviento y la gesticulación: lo que yo suelo llamar *el revuelo*. Eso que ocurre cuando, accidentalmente, algo que no debería saberse aflora a la superficie provocando el gran escándalo.

Hay noticias que levantan revuelo. La de la tortura es una de ellas. Es como si aireado el pecado que se mantenía oculto, viniera a contaminar de pronto la atmósfera de sus aledaños con la amenaza de tirar del hilo y poner al descubierto a los pecadores, de tal manera que todos los que, de un modo u otro, pudieran aparecer implicados en él, se alarman y se apresuran a distanciarse y a demostrar, rasgándose las vestiduras, si es preciso, que aquello está mal, que se ha infringido la ley, y a ser los primeros en formular denuncias y durísimas acusaciones, exigiendo que se aclare todo a la mayor brevedad, caiga quien caiga, que se haga justicia y que se castigue a los culpables...

En la forma misma de producirse el fenómeno, repentino y espectacular, está ya la trampa: Aparece la «protesta» con tal virulencia que presenta lo que acaba de ocurrir como si fuera algo excepcional y extraordinario, produciendo la ilusión en el observador de que lo habitual y cotidiano es muy distinto. La tortura sería así «algo que ocurre raras veces» (porque, como se sabe, ninguna democracia es perfecta y menos aún la española, tan frágil y joven aún...) y que se resolvería con la eliminación del causante —o de los causantes— que, por lo general, serían pequeños «residuos» de la Policía franquista, nostálgicos del pasado régimen dictatorial... Apariencia bien distinta de la realidad y que induce a pensar que la tortura está en vías de desaparecer y que, con la «consolidación de la democracia», llegará a erradicarse. Cosas todas ellas falsas.

Como el fenómeno se repite de vez en cuando y le viene al pelo ahora, quiero recoger aquí lo que en 1979 escribí a raíz de uno de esos revuelos:

«Con motivo de una denuncia en el Parlamento, el problema de la tortura ha saltado a la calle y se ha convertido, con gran alegría por parte de quienes desde hace tiempo nos ocupamos de ella, en foco de atención general. El fenómeno ha estallado de pronto y por la forma de hacerlo y la publicidad que ha adquirido se diría que el hecho es un acontecimiento excepcional, algo fuera de serie que ha venido a perturbar la cotidiana paz de una tranquila sociedad democrática en la que agresiones de este tipo fueran inconcebibles y la dignidad de sus pacíficos ciudadanos incapaz de soportarlas. Hemos visto horrorizarse al ministro del Interior que, pese a que más tarde se tranquilizó al comprobar que eran falsas las acusaciones, en un principio quedó «profundamente impresionado...». Hemos visto cundir la alarma en las altas esferas del Gobierno que, no obstante, ha sido rápido en reaccionar y dar una contundente respuesta, acompañada de pruebas que demuestran que se trataba de «una calumnia». Hemos asistido, a través de las múltiples y variadísimas versiones en que los medios de información lo han recogido, a la compleja polémica que ha promovido el escándalo del que se han hecho eco radios y TV. La prensa le ha dedicado las primeras páginas y en los más importantes rotativos, extensos editoriales sin firma —como es norma, pero tras los que hemos adivinado sagaces plumas expertas en la complicada problemática vasca—, han expresado su cólera, dando consejo, o pedido moderación, según el signo político de cada cual. Los semanarios, dispuestos siempre a vender su mercancía, salvo raras excepciones, tampoco han despreciado la ocasión de amoldar la noticia al gusto de su clientela sin escatimar

titulares sensacionalistas... Y en esa pugna por estar al día, tampoco los partidos políticos de la llamada izquierda se han quedado atrás y, presos súbitamente de una extraña fiebre por salir al paso de la barbarie, han hecho declaraciones y emitido comunicados en los que se dejaba constancia de la repulsa por hechos tan reprobables, caso, naturalmente, de que se probaran. Y muchas personalidades ilustres del mundo de la cultura y conocidos parlamentarios también han levantado la voz y manifestado su queja, como si una inesperada conmoción les hubiera sacado de su habitual letargo.

Es así como, de la noche a la mañana, el modesto defensor de los derechos humanos que no había parado, desde hacía años, de reclamar la libertad de los presos, de denunciar las condiciones en que viven y la tortura, se ha visto desplazado bruscamente por un ejército de airados «demócratas» que irrumpían en el ruedo exigiendo respuestas inmediatas a preguntas concretas, investigaciones rigurosas y durísimos castigos; apelando a jueces y forenses, llamando, eso sí, a la serenidad y a la calma, insistiendo en que hay canales, vías, cauces legales para la protesta... Avisando del peligro de que «extremistas radicales», siempre dispuestos a arrimar el ascua a su sardina y a sacar provecho de la situación, «iniciarán alguna peligrosa campaña»...

Hoy, sobre un caso infinitamente más grave, se ha vuelto a producir el revuelo. Ahora no se han atrevido a negar, pero también hemos oído la voz temblorosa del ministro del Interior y las múltiples explicaciones de las notas de su Ministerio. El señor Blanco, director general de la Policía, aseguró que Joseba «nunca fue objeto de malos tratos durante los interrogatorios a que fue sometido». Nos han anunciado la destitución del médico por «negligencia» (¿en supervisar el límite de la tortura?), así como la de cinco policías de la Brigada Especial... Hemos visto saltar «como una pantera» al ministro de Justicia, que ordenó las inmediatas investigaciones... Todos se alteran. El señor Galavis, director de Instituciones Penitenciarias, declara a «El País», refiriéndose a las causas de la muerte, que «en el certificado de defunción no se especificaban» y que «el tema está clarísimo», tan claro como cuando propugnó, en relación a las celdas de aislamiento, que «había que ir al cajón de hormigón armado»... El forense, que sí dictamina las causas de la muerte, habla, además, de unos hematomas y unas quemaduras en las plantas de los pies, «de orden desconocido». Se diría que las cosas se producen por arte de magia: que en lo ocurrido nadie tiene arte ni parte. En el Parlamento, los partidos que han votado las leyes especiales que permiten todo este horror, se rasgan las vestiduras reclamando in-

vestigaciones, y hasta hay quien insinúa manos negras y extrañas maquinaciones... La prensa que en otras ocasiones se resiste a mencionar el tema, que se niega a publicar los documentos de las denuncias que les llevan los familiares de los presos, que cierra los ojos al testimonio que se les envía, encabeza con grandes titulares la noticia, como si la libertad de expresión fuera una de las garantías de que gozamos...

*Es el revuelo.* Pero el fenómeno del revuelo no suele tener nada que ver con el problema que airea. En lugar de denunciar la tortura, lo que hace es ocultar que desde diciembre del 79 a febrero del 81 son cientos y cientos los casos de personas que han sufrido malos tratos; ocultar, por ejemplo, que en septiembre murió en Madrid, en las dependencias de la DGS, el joven España Vivas... El revuelo es un fenómeno socio-político que sería muy interesante analizar, porque forma parte de las apariencias con que se disfraza el sistema y es una de sus poderosas armas para sembrar la confusión. Se presentan como los protagonistas de la historia antirrepresiva, cuando en realidad vienen siendo sus cómplices.

Se trata, como ya decía en 1979 (...) «de un fenómeno meteórico y fugaz que, como tantos y tantos otros, desaparecerá como vino, engullido por esta sociedad que todo lo devora, lo tritura y lo degrada. Informadores y políticos, la conciencia tranquila, pasarán a ocuparse de los nuevos e importantísimos asuntos que llenan la actividad de los hombres importantes del país y la tortura, que por unos momentos había quedado congelada y quienes la practican en entredicho, volverá a aparecer en la soterrada realidad que la mayoría prefiere ignorar: pasado el temporal, sobre la arena quedarán los mismos de siempre, gentes de a pie agrupadas en torno a las infatigables Gestoras pro Amnistía que, las manos cargadas de poderosas razones, del lado del pueblo siempre, continuarán la larga marcha de la liberación».

*Hondarribia  
febrero 1981*

## Tres breves reflexiones sobre la tortura

Se ha dicho en algún momento —aunque también es verdad que la interesada parece que lo desmintió— que la puesta en marcha del infernal aparato persecutorio que desencadenó la brutal violencia que terminó en lo que ya muy bien puede llamarse «el crimen de Almería», fue debido a una denuncia: algún buen ciudadano, estimulado por la gran campaña que invita, en nombre de la nueva «democracia», a colaborar en el orden y en el mantenimiento de la paz, habría sospechado de tres infortunados jóvenes que, un mal día de mayo, fueron a su establecimiento para alquilar un coche, y en un exceso de celo cívico habría descolgado el teléfono, marcado el mágico número que a todas horas nos ofrecen en los medios de información, y dado el aviso que moviliza la gran maquinaria.

Sea o no cierta la versión y sin tratar por ello de restar responsabilidades a quienes llevaron a cabo la escalofriante orgía de sangre durante una noche dantesca, que se ha convertido en pesadilla de muchos, el grave suceso de Almería plantea de una manera acuciante el problema de la «colaboración ciudadana», lo que tras ella se esconde y las aberraciones a las que puede llevar.

Conviene insistir en el caso porque si bien son ya pocos los que a estas alturas y en este país se prestarían a «trabajar» directamente en la confidencia, el chivateo y demás siniestros menesteres de marcado desprestigio, puede que sean bastantes más los incautos que, atraídos por la magia del eufemismo, que presenta las cosas como un loable «deber ciudadano» —propio ya del paso democrático reciente que nos eleva en desarrollo social y nos exige esta clase de compromisos—, caigan en la trampa de «colaborar», sin pasárselos por la mente que tras aquella respetable apariencia se oculta una sutil y maquiavélica forma de represión: *La de convertir a un*

*amplio sector del pueblo en cómplice de los horrores del sistema.*

Explicar esto en pocas palabras no es fácil porque se sitúa en este apartado de la represión «democrática» que yo llamo invisible y una de cuyas características —aparte de la de diluirse en la vida cotidiana para que no la notemos y se acepte como hábito normal— consiste en borrar a sus auténticos responsables, haciendo aparecer la represión no sólo como un bien para todos sino como una necesidad por todos —y democráticamente pedida. Se trata de implicar a la colectividad para que, llegado el momento de las reclamaciones, el represor pueda encogerse de hombros y declarar con cinismo: «Son ustedes mismos quienes lo han querido así y nosotros, que estamos para servirles y somos apolíticos, no hacemos mas que poner en marcha el dispositivo que ustedes han creado». Con la colaboración ciudadana buscan el consenso *directo* del pueblo para reprimir, lo mismo que con las leyes especiales votadas en el Parlamento se busca el consenso *indirecto* de este pueblo a través de sus representantes, para torturar.

La colaboración ciudadana, en la medida en que se hace de ella una «cualidad cívica» que se estimula, pasa a ser algo mucho más grave que la vulgar y tradicional confidencia vergonzante. Se convierte en un compromiso político de gran alcance porque dota al enemigo del instrumental «democrático» necesario para actuar impunemente: le autoriza a llevar a cabo la represión más feroz en nombre del pueblo y le exime de responsabilidad. ¿No es cosa para que nos pongamos a meditar?

\* \* \*

Con motivo de las declaraciones del primer ministro francés anunciando la negativa de extradición de Tomás Linaza, algunos políticos de la «izquierda» parlamentaria se han escandalizado y, sin rubor alguno, se han apresurado a pedir al Gobierno del país vecino que reflexione, que reconsidere su decisión, que la modifique. Uno se queda estupefacto al ver la energía que despliegan para algunas cosas y la pasividad que muestran para otras.

Porque aquí ocurren a diario espantosos horrores que reclaman a gritos su denuncia. La violencia institucional ya no trata siquiera de disfrazarse: persigue a pelotazos a los que piden libertad de expresión; a tiros a quienes se les antoja sospechoso. La Ley Antiterrorista —por ellos aceptada— se aplica para cometer todo tipo de atropellos sobre personas que serán puestas a los diez días en libertad

sin cargo alguno, pero que se las tortura. Leemos que «los cuartelillos de la Guardia Civil son nidos de violencia»: en esos cuartelillos se revientan pies, se rompen costillas, se mutilan miembros, se quiebran huesos y se agoniza durante horas. La muerte de Arregi bárbaramente martirizado conmueve al mundo, y el asesinato de Almería rezuma aún sangre que salpica nuestras conciencias paralizadas por el espanto que no han sabido dar una respuesta y que temen, además, que pueda repetirse...

Ocurre todo esto y más, y los políticos de la «izquierda» que ahora vociferan reclamando la extradición de Linaza —torturado ya en Venezuela antes de ser enviado al Estado francés—, ni se enteran.

Como esto no es posible, pensamos que no quieren ver, que les interesa cerrar los ojos y hasta ignorar un reflejo tan elemental —de ética humanitaria— como el de impedir que un preso sea entregado a un país que practica la tortura. Está claro que su estrecho concepto de la política entra en contradicción con los intereses del pueblo, porque el pueblo está en contra de la tortura y, por supuesto, de las extradiciones que la comportan, como lo está demostrando estos días de mil maneras a través de las manifestaciones, las huelgas y otros actos de protesta, que se tratan de silenciar.

Yo me pregunto, sabiendo que este pueblo tiene memoria, cuando lleguen las próximas elecciones, ¿qué le van a ofrecer esos políticos que hoy lo desprecian así? ¿Qué le van a decir sin que les caiga la cara de vergüenza? ¿Es que la tienen acaso?

\* \* \*

El señor Galavis es un personaje esperpéntico, de lo más grotesco que ha pasado por nuestra galería de funcionarios ilustres en lo que va de «democracia», pero no nos podemos reír de él. El ser director general de Instituciones Penitenciarias le convierte en un hombre extremadamente peligroso para quienes tienen que sufrir las consecuencias de su cargo, y lo cómico empieza a rozar la tragedia. Quienes a través de la represión de sus víctimas le seguimos de cerca desde sus inicios sabemos que, al empezar en su cargo, lo ignoraba todo sobre materia penitenciaria. «Yo soy ingeniero —le confesaba a la madre de un preso, pocos días después de tomar posesión de su cargo. De cárceles no se nada. He aceptado este puesto porque me lo ha pedido mi partido», lo cual no impidió que en poco tiempo se pusiera al corriente con creces y hasta con entusiasmo y numerosas iniciativas. «El terrorismo es una plaga —declaraba al diario ABC

meses más tarde— y las cárceles de los terroristas tienen que ser centros de alta seguridad, enclavadas en zonas inexpugnables, en páramos, en islas...» Fue cuando expresó que había que ir «al cajón de hormigón armado» como celda ideal para este tipo de preso «terrible» y evitar la fuga que era una de sus obsesiones. Empezó así a imaginar dispositivos: «Hay que montar circuitos-espía de TV, alarmas en mil sitios, timbres, luces que se encienden y se apagan al paso, detectores de ruidos, de metales; infrarrojos que delatan, trampas...» Las declaraciones que hizo a la prensa con un entusiasmo que nos dejó pasmados parecían de ciencia-ficción. «Un ingeniero electromecánico como yo, puede conseguir cárceles seguras. Hay que protegerse del terrorista. Es el único modo de que la sociedad libre pueda vivir con seguridad». Para el señor Galavis el terrorista es un monstruo tal que todas las jaulas le parecen inseguras para albergarlo y todos los dispositivos pocos para detectar las intenciones de huir: «el cajón de cemento armado: cuatro paredes sin nada más, es lo único, lo único», insiste una y otra vez.

Ahora, con la huelga de hambre de los militantes del GRAPO, le hemos conocido otra faceta: la humanitaria —aunque en honor a la verdad ya entonces había aceptado que «el preso tenía alma». Con la misma resolución que decidió acabar con las fugas, ha decidido ahora que no dejaría morir a nadie, que se les inyectara suero o se les alimentara con sonda; que él no toleraba esa huelga y que no había que inquietarse porque la vida estaba garantizada. ¿Habría pensado que la muerte es otra fuga?

El problema de la alimentación forzada en la huelga de hambre ha sido objeto de grandes debates y siempre se ha llegado a la conclusión —tratándose de hombres progresistas— de que es éticamente inadmisibile y una de las peores torturas. Pero la humanidad del señor Galavis no repara en métodos para conseguir sus objetivos. El ha dicho que de la cárcel no se fuga nadie y piensa, además, que no hay por qué mejorar las condiciones de vida del peligrosísimo preso. A fin de cuentas, sabiendo cuáles son sus ideas sobre la seguridad, Herrera de la Mancha debe parecerle un paraíso.

He aquí tres expresivos y muy recientes ejemplos de nuestra vida cotidiana en esta «democracia» tan peculiar. Tres ejemplos que, aparte de coincidir en la gran miseria humana y la mucha degradación de sus protagonistas, nos demuestran, además, cómo los buenos ciudadanos, los políticos ilustres y los altos funcionarios de la



Administración pueden convertirse, llegado el momento propicio, en peligrosísimos colaboradores de quienes practican la tortura.

*Hondarribia  
junio 1981*

## Chocante

Hay noticias tan chocantes que uno se resiste a dejarlas pasar sin comentarios. Con relación al trágico suceso de Almería leo en «El País» del día 22 de julio que, hasta el momento, se dispone de tres informes forenses. En el primero no se afirmaría de una manera definitiva la causa de la muerte de los tres jóvenes. En el segundo ya se afirmaba que la causa habían sido los impactos de bala en el cuerpo de las víctimas. Y en el tercero, y eso es lo sorprendente, «se descartaba la existencia de torturas».

¿Cómo es posible que un forense afirme una cosa así?

No hace falta ser un especialista en la materia para darse cuenta de que se extralimita en sus funciones porque eso, precisamente eso: que no ha habido —o que ha habido— tortura, es lo único que, jurídicamente, no se puede probar casi nunca.

Los que andamos recogiendo testimonios de gente torturada sabemos muy bien que, por desgracia, esa es una realidad insalvable y de ahí que tratemos de evidenciarla de otra manera.

Lo que ocurre en el lugar de la tortura no lo conocen mas que el torturador y el torturado; es un coto cerrado en el que no hay testigos. Se tiene la evidencia, se sabe que allí ha ocurrido pero, jurídicamente, no cuenta. El único testigo podría ser alguien que estuvo presente y lo vio, pero eso ocurre muy pocas veces —en Herrera de la Mancha, por ejemplo, cuando algunos funcionarios denunciaron las palizas que sus compañeros dieron a los presos que llegaban a ocupar la cárcel nueva—; pero no es frecuente.

En la práctica, el fenómeno se produce en dos tiempos sucesivos en los que participan estamentos diferentes. En el primero se tortu-

ra; en el segundo, alguien observa unas huellas sobre el cuerpo de una persona que traen a su presencia. Estas huellas pueden ser un pie ulcerado, unas costillas rotas, un pezón desgarrado, calvas recientes en el cuero cabelludo o una cara tumefacta. El forense se limita a dejar constancia de aquello que ve en la «inspección ocular». Pero nada de lo que allí se ve aclara cómo se produjo. Se puede suponer que fue una agresión, pero también se puede pensar que fue una automutilación... Hay un cuerpo lleno de marcas pero, ¿cómo se produjeron aquellas marcas? ¿Quién las hizo, si es que las hizo otro? Son preguntas que casi nunca encuentran respuesta dentro de los cauces institucionales en los que las funciones están sabiamente divididas en compartimentos estancos para que cada cual cumpla con lo «suyo» sin entrometerse en lo del otro.

Eso lo sabe muy bien el que tortura que, para cubrirse en caso de querrela, coacciona a la víctima con amenazas para que firme declaraciones absurdas en las que relata cómo «todo aquello» se lo hizo huyendo por el monte, o tropezando por las escaleras, o en una pelea entre compañeros. Pero no es sólo él el responsable. Lo sabe muy bien el juez que lee el relato nada convincente. Lo sabe muy bien el forense que, a veces, hasta se permite comentarios chistosos. Lo sabe muy bien la víctima que, impotente, tiene que soportar aquella especie de gran burla y que, por ello mismo, la mayoría de las veces renuncia a denunciar los hechos... «Aquello era una carnalvalada, ¿cómo iba a denunciar si estaban todos de acuerdo?» —dirá M<sup>a</sup> Carmen, de Eibar.

Esta formal —aparente— desconexión, desde la que los funcionarios no se cansan de repetir que son poderes distintos e independientes, oculta una relación muy estrecha por lo bajo, un tácito acuerdo político que se pone de manifiesto en el pronunciamiento de informes como el arriba citado.

No es la primera vez que ocurre. Ya en otra ocasión, con motivo de las torturas de Amilibia, un forense, después de observar la úlcera de la ingle, afirmaba que tal vez fuera debida a la electricidad... pero «lo que sí puedo asegurar es que no es consecuencia de la tortura»(!).

Conviene fijarse en esas pequeñas cosas que, poco a poco, nos van penetrando arropadas con un lenguaje pseudocientífico. Se utiliza el respeto a la palabra «informe», a la ciencia médica, a la legalidad... Se lee «informe forense» y nadie pone en duda el contenido y resulta que allí está el trucaje y que nos han servido gato por liebre.

¿No resulta sospechosísimo un forense que emite, como si fuera un informe técnico, una opinión política tan importante, cuando él

no estaba en el lugar de los hechos y no puede ser testigo, única situación que le permitiría intervenir en esta forma?

*Hondarribia*  
*julio 1981*

## **Algunas claves para entender la situación real que estamos viviendo**

*(Se refiere a la autopsia del cadaver del Dr. Muruetagoiena  
y algunas cosas más)*

Al referirme a la tortura he dicho muchas veces que casi más grave que el hecho en sí de existir era el gran silencio que sobre ella se tejía tratando de ocultarla como si aquí no pasara nada. Ese gran silencio en el que tan cómplices son los medios de información, tiene como único propósito aislarnos del mundo, crear una muralla que nos cerque. De la represión que hay en Euskadi poco se sabe fuera y, recíprocamente, de lo interesante que pasa fuera y que podría reforzar nuestras razones, poca cosa nos llega por aquí. Huérfanos de datos reales, nos encontramos muchas veces sumergidos en una lucha titánica en la que uno tiene la impresión de estar muy ignorado y tremendamente solo. Como esto, por mucho que nos lo presenten así, objetivamente no es verdad, creo que es importante hacer un esfuerzo por atravesar ese cerco, no sólo para llevar noticia de nuestra lucha y de nuestra vida, sino para atraer también la importante solidaridad con que muchos pueblos nos apoyan y de la que nada nos dicen. En esta ocasión nos viene de un importante grupo de científicos y de algunas personas más. A mi paso por París han caído una serie de informaciones en mis manos, que me han llenado de alegría y que supongo que a ustedes también cuando las lean: es confirmar, una vez más, que no estamos solos.

## Conferencia de Prensa en París de A.T.R.

Con el título «España: Tortura y responsabilidad médica» el Dr. Sigur Riber Albrechtsen (médico forense, Jefe del Departamento de Salud Pública de Copenhague y ex-Presidente del Colegio de Médicos de Dinamarca) y la doctora Nicole Lery (médico forense, sicólogo especialista en el Tribunal y adjunto al servicio del profesor Roche en el Hospital de Lyon) han dado el día 8 de junio una conferencia de prensa en París ante numerosos representantes de los medios de información, así como de Amnesty International, del Colegio de Médicos de París y del Colegio de Médicos de Francia. La conferencia estaba convocada por A.T.R. (Anti Torture Research), organización internacional médica creada en 1978 con la finalidad de recoger elementos de información rigurosamente científica y de coordinar un trabajo de investigación biológica y médica en materia de tortura y tenía como objetivo dar a conocer el resultado de la «misión» que, con motivo de la muerte del Dr. Muruetagoiena, habían enviado al País Vasco y de la cual los dos doctores formaban parte.

Como se recordará, la muerte del Dr. Muruetagoiena se produjo tres días después de haber sido puesto en libertad y tras nueve días de detención en dependencias de la Guardia Civil de San Sebastián y de Madrid. La Prensa publicó que había muerto de infarto de miocardio y *dio gran publicidad al resultado de la autopsia* y, precisamente basándose en ella, altos funcionarios del Ministerio del Interior dijeron que «demostraba» que no había existido tortura, y emprendieron una acción judicial contra el diario EGIN. Ahora, las investigaciones llevadas a cabo por A.T.R. vienen a arrojar un poco de luz sobre el problema.

Tras hacer un poco de historia del caso, la doctora Nicole Lery, que fue quien inició la conferencia, pasó a decir que en torno a la muerte del Dr. Muruetagoiena concurrían una serie de argumentos que obligaban a plantearse con inquietud la pregunta de cómo ésta se había producido. Ateniéndose siempre a su punto de vista de médico legal se refirió al certificado del médico vasco que había diagnosticado muerte por infarto de miocardio y a los resultados de la prueba contra-pericial hecha a partir del informe de autopsia oficial.

«Ante todo, dijo, quiero dejar constancia de que, pese a que sabemos que la autopsia se hizo sin apenas luz, ni instrumental y en muy malas condiciones, según se deduce de los numerosos testimonios recogidos, no nos ha sido posible conocer el por qué no se llevó a cabo en un hospital, en una sala de autopsias normal; ninguna

autoridad ha sabido contestarnos...» «En cuanto al informe de la autopsia —siguió—, primero: para todo médico legal de la Comunidad Internacional que tenga una formación científica en este sentido, *no ha habido autopsia médico-legal*. La autopsia médico-legal corresponde a un procedimiento, a una técnica, internacionalmente admitida, aceptada por todos, y *esto no ha tenido lugar*. Segundo, en cuanto al diagnóstico del infarto de miocardio es imposible hacerlo sólo observando el corazón y diciendo: *he visto algo detrás, necrótico o hemático*. Es imprescindible abrir el corazón, hacer un examen anatomopatológico. Puedo por ello afirmar taxativamente que *este diagnóstico no tiene hoy ningún soporte, ninguna base*». Pasó luego a plantearse lo que llamó interrogantes obligadas para un médico legal. «Primera pregunta: A través de los testimonios que asistieron a la autopsia, se ha constatado la existencia de una otorragia en oído izquierdo. Esto sólo *ya obliga por sí mismo a verificar qué es lo que pasa a nivel cerebral* ya que muy bien pudiera ser que el Doctor Muruetagoiena tuviera una fractura de occipital, una fractura de la base del cráneo y, sin embargo, *no se ha hecho autopsia del cráneo*. ¿Por qué? Segunda pregunta: con una mera observación del cuerpo no se puede decir si las manchas que se ven son de posición, post mortem, o si se trata de señales de hematomas recientes. ¿Por qué no existe ninguna observación precisa a nivel de piel?» Señaló algunas otras observaciones que hacían referencia a los testículos y terminó la exposición diciendo que «en torno a esta muerte hay, efectivamente, un contexto que hemos podido recoger a través de otras víctimas detenidas al mismo tiempo, de médicos, de abogados, de curas, de concejales y que nos obliga a interrogarnos sobre la realidad social de este país. Creo que hay que tomar en cuenta esta dimensión en la que se produce la muerte del doctor Muruetagoiena cuando, después, pasemos a las preguntas.

A continuación el Dr. Sigur Riber hizo un análisis ético de la profesión y pasó a ocuparse de los grandes riesgos que corren los médicos vascos cuando curan a personas que han sido torturadas o que han sido heridas en cualquiera que fuere la circunstancia. Habló de que en su viaje al País Vasco había tenido ocasión de entrevistarse con varios doctores del Colegio de Médicos de San Sebastián y cómo estos le habían expresado la necesidad de hacer un llamamiento internacional sobre este peligro. Hizo varias reflexiones sobre el deber profesional inalienable, que es un principio elemental de la Medicina desde Hipócrates, de curar a quien sea y donde sea y en ese sentido denunció como muy grave la existencia de la Ley Antiterrorista cuyo alcance explicó minuciosamente. Finalmente habló

de la colaboración iniciada entre un grupo de médicos daneses y españoles con el fin de establecer las normas de un protocolo que contribuya a establecer las pruebas médicas formales de la tortura y a curar a sus víctimas. Tras la exposición tuvieron lugar numerosas preguntas que prolongaron la conferencia durante unas dos horas. Sería imposible resumir aquí el coloquio, decir sólo que a través de él quedó clara la existencia de la tortura que la Dra. Nicole Lery, según ella misma había podido comprobar a través de numerosos testimonios, era práctica institucionalizada, sistematizada: «hay una técnica sistemática, objetivizable, que es del Estado... En esta misión lo hemos visto y esta es una realidad que nadie puede ignorar...»

En otro momento se refirió a que la tortura tiene como finalidad destruir la personalidad y destruir el *contexto social de resistencia* y que mucho peor que las señales físicas eran otras, como el miedo, y que la tortura había que situarla en su verdadera dimensión, mucho más amplia que la de las huellas visibles. Habló también de lo mucho que le había impresionado *la lucha contra esa tortura* que había encontrado en Euskadi; «ella, por sí sola, constituye una de las mejores terapéuticas para curarse el miedo y del complejo de culpabilidad que en otras partes no he encontrado». En la conferencia de prensa a cada periodista le había sido entregado un dossier que contenía: una descripción de los hechos. La nota oficial que publicó el Colegio de Médicos de Gipuzkoa tras la muerte del Dr. Muruetagoiena. El informe oficial de la autopsia del Dr. Muruetagoiena. Un estudio del Dr. Henrik Klem Thomsen, anatomopatólogo danés, al final del cual se leen las siguientes conclusiones: «Puede afirmarse que quien practicó la autopsia tenía muy poca, o mejor dicho, ninguna formación anatomopatológica, teniendo en cuenta el carácter no profesional de la descripción de los órganos; además, la autopsia es insuficiente y «operador» estableció transformaciones imposibles de verificar con la técnica empleada por él. La investigación no es, en absoluto, concluyente, y no aporta elemento alguno que permita un diagnóstico de infarto de miocardio». Un estudio del profesor Jøgen Voigt, del Instituto Médico Legal de la Universidad de Copenhague, del cual entresaco algunos párrafos: «De manera general se puede afirmar que el informe de autopsia es absolutamente incompleto y no tiene prácticamente ninguna utilidad. La autopsia sólo fue practicada parcialmente, cosa impensable en Dinamarca para una autopsia médico-legal que tiene que responder siempre a un protocolo oficial muy riguroso. (...) Es evidente que la persona que practicó esta autopsia no poseía competencia particular alguna en



anatomía patológica. La autopsia reveló la presencia de líquido hemático en el conducto auditivo externo, sin duda debido a una hemorragia de oído. Sin embargo nada se hizo para intentar explicar la causa eventual de esta hemorragia. (...) Las causas de la muerte de este hombre, joven todavía, siguen siendo absolutamente desconocidas si nos atenemos sólo a este informe de autopsia. No se procedió a ningún otro examen complementario».

Por la tarde de ese mismo día, en el boletín de noticias de «Antenne 2», la TV francesa se hacía eco de esta conferencia y la Dra. Nicole Lery volvió a denunciar la existencia de la tortura en el País Vasco, así como de numerosos testimonios a los que ella había tenido acceso.

La acción llevada a cabo por ATR ha tenido una gran repercusión en Escandinavia. La Prensa sueca se ocupaba estos días de la represión en Euskadi. Numerosos periódicos daneses publicaban información al respecto y el diario Politiken, considerado uno de los más prestigiosos de Copenhague, publicaba un artículo del científico Ole Aalund cuyo título era: «La tortura ha entrado en el Mercado Común».

Para dar una idea de en qué circunstancias se produjo la investigación de la misión de A.T.R., reproducimos a continuación unos pequeños fragmentos del diálogo que sostuvieron el Profesor Sigur Albrechtsen y el Dr. Alfageme, médico que practicó la autopsia al Dr. Muruetagoiena, recogidos en una grabación en el mismo momento.

(...)

Profesor: ¿Cuál es su capacitación profesional?

Médico: Yo soy médico, pero a mí lo que realmente me gusta es la cirugía y lo que me ocurre es que me falta un año para tener el título de especialista....

P: ¿Es usted anatomopatólogo?

M: No.

(...)

M: ...Yo estaba en el ambulatorio y de repente viene mi mujer y me dice: «Oye, que te han llamado de Ondarroa, que tienes que ir para una autopsia» (...). Al cabo de dos horas me llama el Gobernador Civil de Gipuzkoa y me dice: «Oye, que hay un lío muy grande y te pedimos, como amigo, que por favor hagas la autopsia. Hay un lío muy grande porque la Gestora pro Amnistia ha conseguido que se

haga la autopsia y te lo pedimos como amigo...»

(...)

P: ¿Qué método ha seguido para hacer la autopsia?

M: Bueno, aquí pasa lo siguiente: cada uno hace la autopsia como le parece, por el método más cómodo...(…) En este caso empecé por tórax porque se me ocurrió empezar por tórax... a lo mejor la siguiente la empiezo por cráneo...

P: ¿Entonces abrió usted cavidad torácica?

M: Sí, abrí cavidad torácica (aquí, un testigo presencial añadirá después que, al separar las costillas con la mano exclamó: «aquí había una costilla rota, o no, habré sido yo mismo quien la ha roto...»), cogí con los dedos y con el bisturí seccioné pericardio. Vi el corazón. La cara anterior normal, le doy la vuelta y me encuentro un hematoma en la cara posterior. Entonces me dije: esto es un infarto... Como él venía ya diagnosticado de esto, pues dije, efectivamente, ha muerto de un infarto de miocardio. Y ya hemos terminado la autopsia.

P: ¿Seccionó usted el corazón?

M: No, no.. Yo me dije: ¿Corto corazón o no corto?... Yo creo que se trata de la muerte de un compañero y que lo más adecuado, como cristiano que soy, es no andar haciendo más cosas. Yo lo que quiero es que el corazón de este compañero suba cuanto antes al cielo...(…)

(...)

- Profesor: ¿Cómo no abrió cavidad craneana cuando habiendo una otorragia la primera posibilidad que se presenta es la fractura de base de cráneo?

M: Yo he estudiado que el primer signo que se presenta cuando hay fractura de la base del cráneo es el hematoma infraocular en mariposa (aquí se entabla una pequeña discusión y al final de ella, mirando a otros médicos y al interprete añade) Este tío.. Yo no sé cómo se partirán la cabeza en Dinamarca, pero en Valladolid, donde he estudiado yo, todos, todos los que tienen fractura de la base del cráneo dan un hematoma infraocular en mariposa... El jodido este no sé qué busca, querrá hacer un libro....

(...)

Existe en los archivos un informe privado, muy detallado, del Dr. Schola, tío del Dr. Muruetagoiena, el cual nos rogó que no hiciéramos público ese documento, que así se lo había dicho su abogado,

razón por la cual no salió a la luz. El Dr. Schola vino a casa, estaba visiblemente asustado. Había recibido serias amenazas y tenía miedo. En varias ocasiones repitió que era su ética la que le impulsaba a contar el horror que estaba viviendo. De ahí que hasta ahora no se hubiera hablado en público de ello. En ese documento él cuenta la conversación telefónica que tuvo con su sobrino, recién salido del cuartel de la GC, recién llegado a Donostia y horas antes de morir. Cuenta también las condiciones «dantescas» en que se hizo la autopsia, que él presenció «horrorizado y sin decir quién era». Y también relata una serie de gestiones privadas que hizo, al enterarse de la detención, con una «alta personalidad», hermano de un gran amigo suyo y cliente. (Esta alta personalidad era el Sr. Rosón, ministro del Interior).

Ya estas gestiones tienen en sí mismas un gran interés pues se ve, a través de ellas, cómo la GC «burla» al mismo ministro del Interior, al decirle la fecha que lo pondrían en libertad —que es la fecha en que, confiada, acude la familia a buscarlo— mientras esa libertad se produce dos días antes, para evitar así engorrosos «testigos» que pudieran dar fe del estado en que salía.

Afortunadamente, un abogado de Euskadi se encontraba en los juzgados y esa casualidad permitió que recogiera al Dr. Murueta-goiena, que estaba nervioso, completamente desorientado y diciendo cosas incoherentes. Fue así como se lo trajeron a Donostia.

De esta larga entrevista, que personalmente grabé y a la que acudieron dos médicos y un abogado, lo que me interesa destacar ahora es que una copia le fue entregada al profesor Ruiz Jiménez, dado que era el abogado del doctor Schola y le había pedido que no diera publicidad al asunto y le tuviera al corriente de todo lo que hablaba.

Este hecho cobra mucha importancia un tiempo después, cuando el profesor Ruiz Jiménez es nombrado *Defensor del Pueblo*. En una entrevista que le hicieron con tal motivo, en la que le preguntaban sobre si había o no tortura, contestó: «Que yo tenga noticia, en los últimos tiempos, no se ha dado un caso de tortura...» Eso indica en qué ambiente se desenvuelve nuestra lucha, cuando el mismo Defensor del Pueblo, que si de alguna tortura tenía noticia era de ésta, la niega.

Casos como estos, se repiten con tanta frecuencia que lo único que se me ocurre es llamar la atención sobre ellos para estimular a que se hagan trabajos de investigación en ese sentido.

## Tortura y democracia

*(Conferencia pronunciada en la Universidad Vasca de Donostia, Zorroaga)*

Abordar el complejo problema de la tortura cuando se vive en una sociedad autoritaria y represiva como la nuestra es prácticamente imposible porque, de una u otra forma, la tortura aparece en muchas de sus instituciones impregnando la relación humana. La encontramos en la familia, en la escuela, en el trabajo, en el Ejército... Por eso antes de empezar quiero dejar claro que voy a ocuparme sólo de la tortura que se ejerce desde los aparatos represores del Estado.

Esto, a la vez que reduce el campo de observación a un aspecto muy concreto, el político, nos sitúa ya sobre una tortura que guarda estrecha relación con los demás problemas políticos y que en ningún momento puede considerarse aislada del contexto. Sobre ella se pueden ya decir algunas cosas previas y generales.

*La tortura es aquí un arma empleada desde el poder y los torturadores gentes destinadas para ello;* mejor o peor preparados, pero funcionarios de la Administración. Eso ya elimina de entrada la tan repetida discusión de si quienes torturan son «anormales», enfermos síquicos, casos aislados de sadismo, sicópatas y una larga serie de particularidades. Aquí, en esta zona política, torturar es un oficio. «Un oficio como otro cualquiera», suelen justificar algunos torturadores a sus víctimas; un oficio que se aprende, que se acepta, al alcance de la gran mayoría y en el que, por supuesto, muchas veces también hay sádicos aunque éste es un problema secundario. No

son, pues, cuatro incontrolados que se desmandan y que, en contra de sus superiores, llevan a cabo una aberración que desprestigia al «honorable cuerpo» del que forman parte, y a los que habrá que castigar para salvar el «prestigio» de la Institución a la que pertenecen: esa «depuración» que siempre piden algunos políticos y la mayoría de comisiones que velan por los Derechos Humanos cuando se dirigen, con el debido respeto, a las autoridades que controlan el orden. Esta es una tortura controlada y empleada científicamente desde el poder en función de unos objetivos muy concretos.

*Esta tortura, jurídicamente, no se puede demostrar casi nunca;* entre otras razones porque se produce en territorio enemigo, en un coto cerrado que ellos controlan, sin testigos ni observadores imparciales. Cuando un padre pega a su hijo, o en una escuela el maestro se burla del niño, esto suele pasar en presencia de otros. Aquí no hay nadie; todo ocurre entre ellos —los torturadores— y su víctima, en la más espantosa de las soledades. Excepcionalmente puede darse que un grupo de funcionarios denuncien la tortura practicada por unos compañeros en su presencia, como fue el caso de la cárcel de Herrera de la Mancha, pero aquello fue un caso raro, lo normal es que no haya testigos y que si la denuncia se efectúa, ellos nieguen siempre la acusación: las huellas visibles del cuerpo no serán mas que «automutilaciones» que se ha hecho la propia persona; un ojo morado, un pie abierto, una cabeza sangrando, son accidentes que el médico forense apunta en un papel pero, por muy bien que los describa, nada puede decirnos de cómo se hicieron ni de quién es el responsable.

Conviene tener esto claro porque sólo así podremos valorar en su justa medida la importancia de la denuncia jurídica. Denuncia que el torturado debe de hacer siempre que le sea posible, porque servirá más tarde, entre otras muchas cosas, para informar en el proceso, si es que lo hay, y eso es ya importantísimo, pero sin poner demasiadas esperanzas en que aquello va a progresar y terminar en un castigo de los responsables. Hasta hoy, primavera de 1982, no tengo noticia de que se haya dado tal caso y en cierto modo es explicable que una querella contra los torturadores encuentre muchos obstáculos... Sería un tanto idealista pensar que el Estado va a utilizar sus propios mecanismos para descubrir lo que precisamente trata de ocultar. Pese a lo cual hay que seguir insistiendo porque siempre llega un momento en que la fisura se produce y se hacen visibles las contradicciones. Si queremos realmente denunciar la tortura habrá que buscar otras vías para ello y aceptar que la mayoría de los canales establecidos nos sirven muy poco para informar so-

bre el tema.

Después de publicarse el informe de Amnesty Internacional, en el que se denunciaba la tortura en el Estado español, hubo gente que escribió al ministro del Interior interesándose por el asunto. En la respuesta del señor Rosón —una carta circular, algunas de cuyas copias he leído— él negaba rotundamente que hubiera tortura, basándose en que la indagación no había sido imparcial, al haber consultado sólo una de las partes (el torturado), y también porque «la Constitución española la prohibía»... Está claro que ninguna Constitución de la Europa «democrática» —ni la de otros países— admite la tortura y que ningún Estado acepta que esa tortura, caso de salir a la luz, sea algo más que «un caso» excepcional, un accidente o un «error»... Son cosas obvias.

Nos encontramos así, de entrada, en una situación paradójica en la que nos vamos a ocupar de *algo* que es evidente que existe, sobre lo que tenemos exhaustivos testimonios, pero que legalmente no se puede probar y cuyos responsables lo van a negar siempre. Y ahí empiezan a plantearse una serie de problemas de los que no voy a ocuparme ahora pero que luego, en el debate, podemos discutir, ya que al ser la tortura un problema altamente político guarda íntima relación con los otros problemas de la sociedad y sería iluso creer, por ejemplo, que por el hecho de luchar contra ella va a desaparecer. La tortura forma parte de nuestro sistema y para que desaparezca tienen que desaparecer muchas otras cosas de este sistema.

En cuanto al trabajo que voy a exponer aquí, son algunas de las conclusiones a las que he llegado a través de numerosos testimonios de tortura que he recogido personalmente durante los últimos cinco años que son, también, los primeros años de la etapa «democrática». No me ha sido difícil hacerlo. Desde los años más duros del franquismo le vengo siguiendo el rastro a la tortura allí donde aparece. Pero en este caso se me presentaba la ocasión, única, de asistir de muy cerca y desde el principio a los cambios que esa tortura iba a experimentar con la llegada de la democracia. ¿Desaparecería realmente? ¿Pasaría a ser una pesadilla del pasado? ¿Se metamorfosearía para aparecer en formas menos burdas?

Desde los primeros días me propuse seguir de una manera implacable la apasionante aventura. Ha sido una larga y continuada observación que, con el tiempo, me ha proporcionado un abundante y riquísimo material de un valor incalculable y también un cierto conocimiento y una cierta experiencia en el tema que me permite ahora establecer mejor la comparación con la etapa anterior. En

una sociedad en la que la represión es inherente al sistema, al seguir de cerca la represión se llega a penetrar en la entraña de ese sistema. Es así como, sin casi proponérmelo, he descubierto también muchos aspectos de la «democracia» que de otra manera habrían permanecido ocultos para mí.

Como en la recopilación de los testimonios no me he limitado sólo al escueto relato de lo que se considera tortura, sino que he recogido gran parte del contexto en el que ésta se produce, los entornos que la acompañan (cómo se practica la detención, cómo entran en la casa, cómo tratan a los familiares, las bromas que gastan mientras pegan, el decorado del lugar en que se tortura, etc.) y también mucho de lo que siente y padece el afectado, sería imposible y hasta confuso el dar una síntesis de conjunto, por lo que voy a ocuparme sólo del cómo es esa tortura y de las condiciones que la hacen posible. Aunque sí quisiera señalar que constituye un capítulo importantísimo el que se refiere a la incidencia de esa tortura en el individuo, sobre todo para quienes deseen indagar el aspecto psicológico, ya que lo más importante de la tortura nunca se cuenta en los relatos que habitualmente circulan. La tortura es un accidente tan violento que marca a quienes lo sufren con una profunda huella muy difícil de borrar y que a veces los deja «colgados» durante años. Pero ese sería ya otro trabajo. Como lo sería —y en ello estoy— el importantísimo capítulo de la solidaridad y la resistencia activa.

Pero lo que yo intento analizar aquí son las condiciones en que esa tortura se da hoy, en Euskadi; *la estructura sobre la que se asienta*, lo que a través de ella descubro de esta «democracia»: *el por qué la necesita y qué persigue al usarla*. O sea la vertiente política seguida siempre a través de la realidad concreta de los testimonios.

En 1976 y parte de 1977, después de la muerte de Franco y estando aún en la cárcel, ya me llamaba la atención el contraste entre los muchos «cambios» que se estaban produciendo fuera, vividos con gran euforia por la mayoría de los políticos, y la casi inmovilidad de allí dentro, en donde seguían llegando, igual que siempre, presas terriblemente torturadas. A mediados del 77, la práctica totalidad de los presos vascos, gracias a las grandes movilizaciones y a las huelgas generales, salimos a la calle. No hubo una amnistía real, pero sí hubo un momento, muy corto —dos o tres días— en que sólo quedó un preso político: Ondarru, que también salió. Fue un período muy breve y ya, en enseguida, empezaron a llegar nue-

vas oleadas de presos a las cárceles. Los torturados tenían aún recientes las huellas del pasado cuando ya empezaban a conocerse nuevos datos alarmantes que auguraban un mal futuro.

En septiembre de 1977 me llegó un documento de la cárcel de Yeserías, en el que un grupo de presas daba noticia de la detención de catorce personas que habían sido torturadas. Pero esta tortura se había producido después de un previo recorrido por el Juzgado, en donde habían firmado un documento en el que decían haber recibido un trato correcto. Tras lo cual el juez las volvió a entregar a la Policía y fueron llevadas a la DGS y torturadas. A esa comedia para cumplir la legalidad burlándose de ella, la Policía la llamaba «el paripé». Y ese «paripé» expresaba muy gráficamente cuál era el ánimo con el que la antigua Policía franquista recibía a la joven «democracia» recién llegada.

En aquel *paripé* estaba la clave de lo que iba a ser la nueva etapa represiva, las características que irían perfilándose hasta hoy: el cinismo, el respaldo más o menos consciente de los políticos de la llamada izquierda, lo que significaba para ellos el cambio... En 1979 la tortura había alcanzado ya proporciones inimaginables y era imposible recoger tanto testimonio, quienes lo hacíamos estábamos desbordados.

En los comentarios de los torturadores —porque resulta muy esclarecedor recoger los chistes, las burlas, las críticas, los insultos, lo que cantan, y las valoraciones políticas que hacen... Todo cuanto se expresa en el lugar de la tortura, en donde se suele producir una especie de catarsis que refleja no sólo lo que ellos piensan sino lo que piensan y está en el ánimo de sus superiores—, se encontraban por aquella época frecuentes burlas del Rey, de los políticos, de la democracia... Se percibía que se sentían fuertes, casi más fuertes que antes. Por aquel entonces hice un trabajo basado en una frase que mucha gente repetía cuando le preguntaban por la situación política. «Aquí no ha cambiado nada —decían unos. Todo sigue como antes pero peor». Ahondando un poco para ver qué se quería decir con ese *peor*, se ponía de manifiesto que se referían al aspecto represivo. Sin embargo no era cierto que no hubiera cambiado nada. «Aquí han cambiado muchas cosas» —decían otros. Profundizando también en lo que querían decir, se descubría que se estaban refiriendo a las estructuras: a que había ya un Parlamento, a que se habían celebrado elecciones, a que la mayoría de los partidos se habían legalizado, a que existía ya una Constitución... Ninguna de estas cosas se había realizado de una manera satisfactoria, pero algo había ocurrido y en el fondo todos tenían parte de razón. Lo que



pasaba es que eran dos puntos de vista diferentes y parciales, que dependían del ángulo de observación en el que se hubieran situado.

La realidad en esa nueva etapa tenía dos vertientes, era una especie de dios Jano con dos caras opuestas, tan importante la una como la otra, complementarias entre sí, dos realidades que marchaban paralelas y perfectamente articuladas: Una realidad oculta, subterránea, en la que casi no se habían producido cambios, cuyo eje era la represión directa, tal como la habíamos conocido desde hacía cuarenta años, que empleaba la violencia física y que conservaba para ello el mismo aparato represor, que se había mantenido tal cual. Otra realidad visible, externa, en la que se producían espectaculares cambios en los que cualquier signo de represión que recordara etapas anteriores se metamorfoseaba y adoptaba formas sutiles, indirectas, imperceptibles a veces, y mucho más apropiadas a la conveniencia de la naciente «democracia».

Esa dualidad era la que producía la gran confusión y la que indicaba que para cualquier análisis un poco serio había que partir de que la realidad «democrática» era ambivalente.

A través del relato de los torturados se iba descubriendo que era precisamente ahí, en la zona intermedia comprendida entre estas dos realidades, aparentemente contrapuestas —la cara y la cruz de la misma moneda—, donde se llevaban a cabo los juegos malabares represivo-«democráticos» y las múltiples transformaciones, para nada cambiar, tan característicos de la nueva etapa en la que, al amparo de eufemismos, disfraces y todo tipo de artilugios, se presentaban los hechos como lo contrario de lo que son.

Era precisamente esa ambivalencia la que permitía a los responsables en el poder asomarse al balcón de la fachada de una manera y comportarse de otra en el sótano del edificio; llevar a cabo la más feroz represión y negarla, a la vez, en público; torturar y reafirmarse al mismo tiempo en la defensa de los Derechos Humanos.

Y lo más grave era la constatación, a través de lo que contaban las víctimas de la tortura y de los datos que iba recogiendo, de que esa realidad visible y periférica, que constituía «lo nuevo» y en donde se estaban produciendo los cambios «democráticos», venía no sólo a ocultar y encubrir la represión profunda existente, sino a *reforzarla*, ya que era allí, en el flamante Parlamento, donde se estaba elaborando, con el consenso de la mayoría de los partidos, la *legislación especial* que le serviría de soporte, y el enfático y complicado discurso de lo irreal que, poco a poco, envolvería el problema real hasta hacerlo invisible, inexistente e insospechado para la generalidad. (La lucha de liberación no existe, ETA mata por matar,

es falso que se torture, etc. etc.).

Es así como durante estos últimos años se ha ido conformando una situación particular, inédita para nosotros, que exigiría prestarle más atención en la medida en que es una caricatura un tanto grotesca pero reveladora, que muestra la tramoya del gran teatro «democrático». Una situación que ya no es la de aquella dictadura más o menos fascista de antes, aunque conserva muchos lastres de ella; pero que tampoco es la de una democracia formal, pese a que haya adoptado muchas de sus formas; una situación híbrida —de transición, dicen algunos— en la que nos encontramos con un Estado muy fuerte, con una estructura democrática muy débil, un aparato represor cada vez más reforzado y unos florecientes medios de comunicación, a través de los cuales se ejerce un poderoso control sobre la sociedad.

Situación que, es interesante señalarlo, viene a ser parecida a la que, por muy diferentes caminos, están llegando algunas democracias burguesas muy desarrolladas de la Europa Occidental, en las que también se observan alarmantes signos de que el aparato represor del Estado se está reforzando a costa de la institución parlamentaria: Estas leyes de «excepción» o «especiales» votadas en el Parlamento italiano, en el alemán, por ejemplo, son armas de un potencial ilimitado a la hora de caer sobre los pueblos...

A partir de ahora, en Euskadi, la tortura no sólo la van a practicar los mismos de antes —que, además, ocupan puestos más importantes en la Administración— sino que se va a llevar a cabo con el apoyo y la cobertura de unas *leyes especiales* votadas en el Parlamento que, indirectamente, vienen a legitimarla. Ya no podemos decir que la tortura «son restos del pasado en vías de desaparición», como afirman algunos, porque *lo peor no es lo que queda de este pasado sino lo nuevo que ha venido a sumársele* y que todo indica que irá a más... Como se ve, no es que no haya pasado nada, ni que nada haya cambiado. Por el contrario, han ocurrido muchas cosas y se han producido muchos cambios, sólo que para peor o, si se quiere, para que *lo esencial continúe de otra manera*. Esta manera es la «democrática», hacia la que la represión se encamina aunque, es fundamental subrayarlo, con grandes dificultades debido a la lucha de liberación y a la gran resistencia que ofrece el pueblo.

Entonces, sobre la base de esta nueva situación, de la tortura que se practica hoy en el Estado español y muy particularmente en Euskadi, se pueden ya señalar algunas características.

Por un lado, al permanecer íntegro el aparato policial del fran-

quismo y ser también las mismas personas las que trabajan en él —recuérdese que no hubo ningún tipo de «depuración»—, la tortura conserva muchos de los viejos métodos de entonces, a los que se han venido a sumar nuevas y sofisticadas técnicas (también en ese aspecto se ha visto reforzada). Así nos encontramos junto a la brutalidad del empujón, la patada en los testículos o la cabeza en el pilón de aguas fecales, la precisión de unos golpes de kárate certeramente dirigidos, la utilización de técnicas psicológicas muy refinadas, el empleo de drogas con carácter experimental, la participación de médicos que supervisan, etc. Pero lo que caracteriza este momento es la «institucionalización».

En la actualidad existen cuatro leyes, tres especiales, que de alguna manera posibilitan y respaldan la tortura. Dos de ellas, las llamadas «Antiterrorista» y la de «Seguridad Ciudadana», fueron experimentadas en 1978, siendo decreto-Ley, un año antes de ser promulgadas. Precisamente el informe de Amnesty International se basa en testimonios recogidos en aquella época. Eso me parece importante señalarlo porque ahora, ante las numerosas denuncias de tortura y críticas que han recibido, los partidos que entonces votaron algunas de esas leyes, suelen eludir la responsabilidad argumentando que era imprevisible el uso que de ellas se está haciendo.

Cuando observamos con detenimiento ese uso, a través siempre de los testimonios de gentes a quienes se les han aplicado, descubrimos en seguida que todas ellas son leyes enunciadas para una cosa y utilizadas para otra. Si nos atenemos al eufemismo con que nos las presentan, son siempre leyes que protegen «la seguridad ciudadana», que defienden la Constitución, que salvaguardan la democracia, que persiguen al «terrorista»... pero, en realidad, los enunciados no son mas que pretextos ya que, de hecho, su uso no es «excepcional» sino continuado, muy frecuente y se utilizan para aplastar el gran movimiento popular que tanta importancia tiene en Euskadi.

Hoy, después de tres años, se puede afirmar que con la Ley Antiterrorista se lleva a cabo gran parte de lo que yo llamo «tortura aguda», que es aquella que tiene lugar —durante las horas o los días que siguen a la detención— en las comisarías o en los cuarteles de la Guardia Civil. No voy a explicar esta ley que es de todos bien conocida, pero sí recordar que permite detener a cualquier persona, en cualquier momento, no importa dónde y sin necesidad de mandato judicial. Que esa detención puede prolongarse durante diez días, sin asistencia de abogado y en total incomunicación. Que es precisamente durante ese tiempo de aislamiento cuando ocurren las torturas y los múltiples malos tratos de los que nos hablan las

víctimas (tiempo que a su vez suele subdividirse en una etapa de agresiones físicas y muy brutales los primeros días, en otra etapa de «cura», para hacer desaparecer las marcas, y un periodo final de amenazas y todo tipo de presiones psicológicas). Que la mayoría de esas personas detenidas son puestas en libertad —unas sin tan siquiera pasar por el juez; otras, tras prestar declaración ante él— sin cargo alguno. Que sólo un pequeñísimo porcentaje pasa a prisión preventiva, de la cual sale una parte también en libertad a los pocos meses. Quienes llegan al juicio y son condenados al encierro constituyen un porcentaje muy pequeño en relación a las detenciones...

Esto convierte a Euskadi en el único país del mundo en el que, con una ley «democrática», la tortura se aplica masivamente para castigar a un amplio sector del pueblo: Con una ley elaborada en el Parlamento democrático de un país de la Europa Occidental, cientos de personas, sin saber por qué (o sabiéndolo muy bien, según se mire) y sin poder exigir responsabilidades a nadie, porque se supone una acción «legal», pasan diez días de horror que puede finalizar en la muerte (Arregi, Muruetagoiena). De entre los varios cientos de torturados durante los últimos años, entre el 80 y el 85 por ciento fueron puestos en libertad en el plazo de diez días, cifra que, curiosamente, se mantiene con gran regularidad.

Tampoco voy a extenderme en la Ley de Seguridad Ciudadana, que viene a completar la anterior y que permite aberraciones jurídicas como la de que un fiscal pueda revocar la sentencia de un juez, o sea que el Poder Judicial esté supeditado al Poder Ejecutivo, por poner sólo un ejemplo.

La nueva Ley de Ordenación Penitenciaria, que posteriormente ha sido ampliada con un Reglamento adicional, es la que potencia lo que yo llamo la «tortura crónica», o sea aquella tortura que se sufre en las dependencias de la cárcel, debida a las condiciones de vida establecidas allí. A partir de esta nueva ordenación, el preso político no existe como tal. No tiene razón de ser en una democracia, se dice, sus acciones de lucha se criminalizan, es considerado delincuente y pasa así a engrosar el grupo de los presos sociales —«delincuentes comunes»— más o menos peligrosos.

Este concepto de «peligrosidad» es el que va a servir, a partir de ahora, para la nueva catalogación. Se es más o menos *peligroso* según la conducta que el preso observe en la cárcel y como ya es sabido que el «terrorista» es un rebelde, él pasará a ser el preso de mayor «peligrosidad».

De acuerdo con esta nueva ordenación penitenciaria, empiezan también a construirse una serie de cárceles nuevas: a mayor «peli-

grosidad» medidas más seguras. Para aquellos presos considerados «muy peligrosos» se construyen las nuevas cárceles de «alta seguridad». *Estas cárceles, características de la nueva etapa «democrática»*, son centros especiales, contruidos siguiendo el modelo alemán, inspirado a su vez en modelos de F.E.UU. Herrera de la Mancha y el Puerto de Santa María son las primeras áreas seleccionadas para un ambicioso plan de edificaciones de este tipo que no ha hecho mas que empezar. Hay que hacer mención de la cárcel de alta seguridad de Nanclares de la Oca, a la que se asigna una maquiavélica función de cárcel «premio» dentro del gran «castigo» de estar preso. Es una cárcel mejor que las otras dos —¡aunque cárcel al fin!— con la intención de tener en ella, entre otros presos, a los «arrepentidos» o a los utilizados como tales por sus organizaciones, mientras esperan el indulto particular: eso que llaman, eufemísticamente, «reinserción».

En teoría, y según declaraciones del Director General de Instituciones Penitenciarias, la consideración de «muy peligroso», dada a los presos allí encerrados, les vendría no por el delito cometido antes sino por su conducta dentro de la cárcel. En la práctica, estos centros son lugares seleccionados para el lento exterminio de los presos altamente políticos, llamados terroristas, y en ocasiones también para aquellos presos sociales que se resisten a aceptar las infrahumanas condiciones de la cárcel «normal», entre los que se encuentran muchos militantes de lo que en un tiempo fue la COPEL.

*La tortura crónica que padecen los presos allí encerrados constituye uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de la represión actual.* Los abundantes testimonios que salen de estas cárceles traen noticia de un horror muy distinto al de la tortura aguda. Se refieren a una tortura lenta, prolongada, que va minando y destruyendo la persona a lo largo del tiempo: día a día... Una tortura basada en el *aislamiento*, a veces durante meses, en celdas totalmente incomunicadas, a las que no llega el más mínimo rumor de vida; en la *inseguridad permanente* en la que se mantiene a la persona: siempre en vilo, llena de incertidumbres, sin saber nunca qué es lo que puede ocurrir cinco minutos después, esperando con espanto el cacheo, el traslado, la súbita brutalidad; y en la *provocación*, arma constantemente utilizada por los funcionarios —que son también los mismos de los tiempos de Franco—, que ejercen la hostigación como juego y en el que, a veces, el divertimento puede culminar en gran tragedia. En estas cárceles volvemos a encontrarnos, una vez más, con esa tortura compleja y esperpéntica, en la que se mezclan los más rudimentarios métodos de la etapa anterior, con las técni-

cas más sofisticadas.

Cuando uno lee los estremecedores testimonios de lo que allí pasa y sabe que aquel infierno ocurre al amparo de una ley aprobada en 1980, con todos los parlamentarios puestos de pie, entre aplausos y grandes exclamaciones de júbilo porque la consideraban «muy avanzada», es inevitable preguntarse en qué mundo de frivolidades viven esos políticos y en qué futuro estarían pensando en aquellos momentos.

Existe, por último, la más reciente de estas leyes, la Ley de Defensa de la Constitución, que supone un duro golpe a las libertades de expresión y, de soslayo, también a las de relacionarse.

Con ella se completa el instrumento jurídico para, legalmente, reprimirlo todo. Esta ley fue pedida en el Parlamento por los partidos de la «izquierda» a los pocos días de producirse el «golpe» del 23 de febrero, y aprobada, por el procedimiento de urgencia, unas semanas más tarde, con gran júbilo de la derecha. En teoría, se trataba de impedir otro golpe y de prohibir el periódico ultra que lo había incitado desde sus páginas (El Alcazar). En la práctica ha resultado ser una pieza más del control y del gran miedo con el que tratan de paralizar toda iniciativa del pueblo, que siempre resulta sospechosa.

Si con la Ley Antiterrorista se posibilita la detención de cualquier persona y la práctica consiguiente de la tortura durante diez días, con esta otra ley se posibilita, además, condenarla a seis años, como mínimo, y enviarla a la tortura crónica de una de esas cárceles de exterminio, según la denominación de sus moradores. Basta para ello que el detenido sea «sospechoso» de colaborar con «bandas armadas», o de hacer «apología del terrorismo». Como no hay nada escrito sobre el criterio para determinar qué es o no es lo «sospechoso», la valoración queda a merced del que la lleva a cabo en cada momento, según la persona que juzgue y el ánimo que tenga, con lo cual son numerosas las personas que pueden despertar sospechas y también sentirse amenazadas: baste con tener amigos «sospechosos», o con escribir artículos que denuncien «sospechosamente al sistema»: denunciar la tortura, por ejemplo.

El resultado es como si, de una manera indirecta, hubieran restablecido la censura para la libertad de expresión y como si un gran ojo observara con meticulosidad y gran celo el más mínimo de nuestros movimientos, coartando las normales relaciones: el gran ojo que no pierde de vista esta «democracia» de la que ya se dice públicamente que está siendo muy vigilada.

Como se ve, el conjunto de estas cuatro leyes encierra unas posibilidades ilimitadas de reprimir y de controlar. Con ellas no sólo se

castiga a los que se desmandan de los cánones establecidos, sino que se doma más y se canaliza mejor a los que ya se habían sometido a ellos. De esta institucionalización se deriva otra de las características de la nueva etapa: *el ocultamiento de los responsables*.

Antes, con la dictadura, era fácil encontrar a los responsables, estaban más a la vista, tenían el poder y lo decían, era todo más directo, se sabía quién era el *otro*, el enemigo. Ahora los enemigos se diluyen en la densa red del ambiguo y confuso tejido «democrático», que no tiene cabeza visible, y nunca se les encuentra; la represión parece consecuencia de una maquinaria que funcionara sola y de la que *ellos* fueran sólo un remoto engranaje, sin importancia...

El hecho de que existan estas leyes, de que se haya creado un soporte legal que indirectamente facilita la tortura y contribuye a legitimarla les da, a quienes la practican, una fuerza que antes no tenían. Al saberse respaldados se sienten más seguros y menos culpables. Hay una estructura formal —democrática— que les permite descargar en ella las responsabilidades. Es como si la existencia del Parlamento fuera un alivio justificador; ahora la tortura ya no depende de *ellos*, se hace con el consenso del Gobierno, ellos sólo se limitan a cumplir órdenes: «Nosotros somos funcionarios —le decían a Gorostidi, entre sesión y sesión de tortura— y no hacemos más que lo que nos mandan, aquí no hay política, si mañana viene un Gobierno socialista será igual...». Son técnicos especializados... «Servidores de la democracia», le decía riendo el jefe de la Comisaría de Bilbao a Iñaki O. «Nosotros somos apolíticos, como el Ejército», repiten una y otra vez quienes trabajan en los distintos estamentos del aparato de Seguridad del Estado.

Cuando algunos familiares de presos han acudido a los parlamentarios de las Cortes para informar de la tortura que se practicaba en las nuevas cárceles, tampoco estos han asumido responsabilidad alguna. Por el contrario, aparentemente, se han quedado muy asombrados de lo que ocurría en ellas y, más aún, al relacionarlo con la citada Ley de Ordenación Penitenciaria, que acababan de votar con tanto entusiasmo. «...La Ley no es mala, lo que pasa es que depende mucho de cómo se aplique... Una ley puede tener distintas lecturas» y, amablemente, han eludido enseguida el problema y lo han desplazado a otros, porque aquello ya no dependía de ellos...

Los políticos legislan, los jueces aplican la ley, otros la ejecutan; los médicos cuidan de que no haya un accidente fatal, los forenses anotan lo que ven y no hacen preguntas indagatorias; los informadores prefieren ignorar ese tema «tabú» para no crearse problemas con la empresa... Cada uno se ocupa estrictamente de lo suyo y na-

da más. Hay tal compartimentación en las funciones que se puede ir y venir por los trabajos de cada especialista ignorando lo que ocurre alrededor; pasearse por entre los horrores cotidianos sin ver ni oír el espanto y sus gritos.

No es que los horrores no estén a la vista, es que todo está preparado para justificar el no verlos. Tal vez por esto la tortura tiene hoy más cómplices que nunca: gentes que callan, que se encogen de hombros, que hacen gestos de extrañeza y a lo sumo proponen investigar los rumores... —siguiendo, naturalmente, las vías «establecidas», los cauces legales, puesto que ahora «ya estamos en democracia».

El profundo significado de esta frase, tan repetida, se revela en la vertiente oculta de esa realidad ambivalente cuando, en la cámara de la tortura, el verdugo, tomándose un descanso, se sienta unos momentos a fumar un cigarro junto a su víctima y le dice: «...a fin de cuentas no hacemos más que aplicaros la ley que vosotros mismos os habeis votado, ¿no es eso la democracia?». Esta situación que yo llamo de «tras cornudo apaleado», se repite con mucha frecuencia y produce tal desolación en el que la vive que, a veces, se le cierran todas las esperanzas y desea morir. Es descubrir en la propia carne el maquiavélico camino seguido para torturar con el consentimiento de la sociedad, descubrir que uno es objeto de burla, de mofa y que aquella situación ya no tiene remedio porque, como le decían a Mikel, «ahora ya no es como antes, que enseguida había protestas, ahora los partidos políticos, hasta los comunistas, nos apoyan. No tenemos más que decir que sois terroristas y ya os podemos aplicar la ley y hacer lo que queramos con vosotros, sin que nos pase nada».

Esa realidad, que es utilizada por los torturadores para hacer sentir al luchador que está solo, que no tiene apoyo alguno, aquí no les sirve; en Euskadi el impacto psicológico de estas situaciones es casi nulo, en la medida en que un alto porcentaje de la población —precisamente aquella sobre la que recae la tortura— no participa en las instituciones, y debido a la gran solidaridad que existe no se siente sola; pero en otras partes del Estado español se convierte en una triste realidad para la cual algunos confiesan que no estaban preparados. Esa gran pirueta que aleja la responsabilidad de los responsables de la tortura para hacerla recaer, como un escarnio, sobre los mismos que la sufren, ya nos sitúa ante otra de las características de esta etapa: *el cinismo*.

El cinismo lo vamos a encontrar en muchas de las manifestaciones públicas de los políticos pero, como siempre, es en las situacio-



nes límite —y la tortura es una de ellas— donde se nos aparece con toda su crudeza. Cuando a Izaskun S., que tenía los pies reventados y no podía andar, se le acerca el que la noche anterior la había colgado de una barra y se los había golpeado y, mirándola con teatral sorpresa, le pregunta que cómo se ha hecho aquellas heridas y, sin darle tiempo a contestar, le pega una fuerte bofetada y le dice autoritario, alocucionando: «Esto es porque te has caído por las escaleras. Ya has vuelto a tropezar... A las mujeres no se os puede dejar solas...», sentimos un estremecimiento que va más allá del hecho concreto, como si en ese encuentro violento hubieran saltado chispas que iluminaran la realidad de todo el país. Negarle a la víctima aquello que le acaban de hacer es algo que aparece casi siempre en los testimonios; podría aportar decenas de ejemplos en los que el cinismo adopta esta forma directa de negar la evidencia.

Cuando los presos de Herrera de la Mancha que habían denunciado terribles palizas fueron llevados, con visibles hematomas, ante el juez de Ciudad Real, el médico forense, extrañado, les preguntó si aquello no sería debido a las «picaduras de los mosquitos». Cuando cinco personas de Rentería, que presentaban hemorragias en los ojos y el rostro tumefacto a consecuencia de una serie continuada de golpes en la cabeza, pasaron a ver al forense antes de salir en libertad, éste no le dió ninguna importancia porque, según dijo, «sería alergia»...

José María Gurrutxaga, de Lezo, tras varias horas de tortura, de saltarle encima del vientre, de ensañarse con él haciéndole «las mismas cosas que le hemos hecho a Arregi», le dieron a firmar un papel en el que «reconocía» que las heridas de los pies, que tenía reventados, eran «rozaduras» a consecuencia de unas botas de monte nuevas y que los hematomas del cuerpo se los había hecho al caerse por el monte Jaizkibel. La antena 2 de la TV francesa recogió este testimonio en un importante boletín de noticias y cuando la Policía lo supo, volvió a detener a José María y se mofaba de su denuncia: «Serás mentiroso, decir que te hemos torturado...». Pero de hecho no se atrevieron a tocarle.

El pánico que la víctima siente en estas situaciones, unido al terror de cuanto le acaba de ocurrir, produce a veces conversaciones absurdas, beckettianas, en las que lo real es tan extraño que espanta. Una señora de Getaria, Juanita Goikoetxea, de cincuenta y pico años, a la que durante ocho días le aplicaron todo tipo de torturas: la bañera, la barra, electricidad, golpes... y a la que luego pusieron en libertad sin cargo alguno, me contaba que una de las veces que la estrellaron contra la pared perdió el conocimiento y que cuando

lo recuperó estaba junto a un médico. Ella tenía la cabeza hinchada «como un monstruo»: ojos casi ocultos, un gran hematoma en la zona occipital que iba de oreja a oreja, y el médico le preguntaba interesadísimo y curioso por todo aquello y mantuvieron el siguiente diálogo: Médico: «¿Qué te ha pasado?». Ella (que ya tenía experiencia de que no debía aludir a la realidad): «Pues no sé... Esta noche parece que me ha picado algún mosquito». Médico: «A ver... (se acercó y observó minuciosamente el lóbulo muy hinchado de la oreja). Pues no, no se ve ninguna picadura. Esto será que te escocía y tú te has rascado...». Ella: «Sí, seguramente. Será eso porque es verdad que me picaba mucho...».

Uno se pregunta, ¿cómo es posible tanta desfachatez, tanto cinismo? Desde un punto de vista psicológico, el fenómeno no es nuevo, responde a una imperativa necesidad, obsesiva, de negarse a sí mismos lo que están haciendo, de que los otros acepten también esa negación; eso sería lo que les lleva a imponérselo precisamente a quienes, como sus víctimas, han sido testigos obligados. Pero la pregunta va más allá y tiene otros ecos más amplios, porque el fenómeno se está reproduciendo constantemente en la vida socio-política del país; la gente no para de repetir que se burlan de ella cuando oye ciertas explicaciones oficiales, como las dadas recientemente en el oscuro caso Almería: ese día en el que el ministro del Interior comparece en las Cortes, cuando todo el mundo tiene la evidencia del crimen que allí se ha cometido, y el señor Rosón «explica», tranquilamente, sin alterarse lo más mínimo, los pormenores del «accidente». El «intento de fuga» de los tres jóvenes, cómo al disparar para evitarla el coche se desvía y cae rodando y se incendia... Cómo se habían creído que eran militantes de ETA y cómo, en fin, había sido un «trágico error»... Lo cual equivale a dar —como lo hacía el torturador a la joven aludida antes— una bofetada a la Asamblea de diputados y a decir: «Ustedes saben muy bien que no es como lo cuento, que la muerte se produjo de otra forma, que existieron terribles torturas y macabras mutilaciones de los cadáveres, pero yo insisto en que fue así y ustedes se lo tienen que tragar, han de pasar por el aro, porque nosotros tenemos el poder».

En ese gesto autoritario que no sólo niega la evidencia, sino que hace patente que la puede negar porque manda, en esa *ostentación* veo yo una cierta debilidad que indica que no se sienten tan fuertes como parece. Esa necesidad constante de hacer visible el poder es ya un signo de miedo a perderlo. Un signo de inseguridad y de impotencia, muy a tener en cuenta a la hora de elaborar una estrategia de lucha para conquistar las más elementales libertades.

Tal vez en ese profundo miedo que le tienen a los movimientos populares de Euskadi haya que buscar la explicación de otra de las características de esta etapa: *El empleo de la tortura como permanente amenaza intimidatoria*. ¿Hacer miedo para contrarrestar su miedo?

*Emplear la tortura para hacer miedo* es un hecho que se puede demostrar con cifras. ¿Qué otra cosa si no puede perseguirse cuando miles de personas, en estos últimos tres años, han sido torturadas y puestas en libertad, sin cargos, en el plazo de diez días? Emplean la tortura no tanto para indagar en los interrogatorios —en los que muchas veces sólo se trata de recabar datos para alimentar los modernos ordenadores traídos de Alemania, y otras ni tan siquiera se pregunta— como para amedrentar al que la recibe y, sobre todo, al pueblo que la observa. Generar a partir de ella miedos que conduzcan a la inhibición. «Esto no ha sido nada, la próxima vez sí que te vamos a torturar», le repiten al que viene de recorrer la durísima prueba de los infiernos policiales. Pero luego, bromeando, le suelen invitar a que lo cuente en familia. «A tu madre no, porque está enferma y se llevaría un gran disgusto —le decían paternales a Iñaki—, pero a los amigos explícales lo que hacemos aquí, les vendrá bien saberlo...».

Se trata de extender el miedo sobre un importante sector de la población que escapa a su control; que quienes no han pasado por la dura prueba la sientan cerca desde mucho antes, como posibilidad; de que los que salgan de ella, torturados y a cuerdas con las amenazas, lo arrastren hasta mucho después; de que todos vivan bajo esta sombra. No cabe duda de que está premeditado, de que quieren que se sepa que se tortura. Si el objetivo de ese miedo es inhibir, lo que alimenta ese miedo tiene que estar siempre presente. *La tortura cuando se utiliza para hacer miedo tiene que ser visible.*

Visible y oculta a la vez porque, para ser eficaz, quienes la practican tienen que gozar de impunidad y para ello, en el momento actual, tienen que guardar las formas: es el equilibrio que exige la ambivalencia democrática. De ahí también las constantes amenazas que, pareciendo contradictorias, son muy coherentes. «Si denuncias ante el juez o te querellas contra nosotros por tortura, violaremos a tu hija —le decían a Mari Jose—, sabemos cómo hacerlo, conocemos la escuela y los horarios, y medios no nos faltan...». Sin embargo, más tarde, ya en un tono amical, volverían con la misma invitación: «Eso no quiere decir que no se lo puedas contar a tu abogado, a las amigas...».

En muchos pueblos de Euskadi, esta posibilidad de ser detenido y

torturado está latente: se sabe que *ellos* pueden llegar de un momento a otro. Lo de menos es si hay razones o no, lo real es que pueden venir. Un joven de Lezo a quien habían detenido con doce personas más de su pueblo, que habían sido todas torturadas y puestas luego en libertad sin tan siquiera pasar por el juez, me contaba que por las noches, después del poteo habitual, las cuadrillas se despedían bromeando: «A ver a por quién vienen hoy...». Es una forma de vencer la inquietud profunda, esa inestabilidad generalizada, que es uno de los objetivos del enemigo.

La historia de lo que está pasando no es fácil de contar, uno teme siempre que el otro piense que es exageración y, sin embargo, basta con mirar alrededor, con pararse en un momento cualquiera y describir sólo lo que se detecta... «En Rentería pararon en un descampado y mientras iban a buscar a otro para detenerle me daban tales golpes en la cabeza y tales apretones en los testículos que creía que era ya el fin», dice Mikel. En muchos puntos de Euskadi, por las noches, las escenas como ésta se repiten. A veces se forman largas caravanas nocturnas que rastrean una zona, levantando todo lo que encuentran a su paso. «Íbamos formando una especie de convoy de guerra: diez o doce jips, coches camuflados, una tanqueta, perros... Armados hasta los dientes, un aparato impresionante y de lo más espectacular. Dentro del jip yo iba encogido en medio de gritos, insultos, burlas y amenazas. Me llevaban con ellos para que les indicara un caserío. De pronto se metieron por un camino. Yo les gritaba que no era aquel, pero ni caso, no querían oírme, no les importaba que no fuera, querían asustar... Llegamos: bajaron con las armas cargadas, un gran despliegue. Serían las tres de la madrugada, la gente del caserío estaba alarmada, salían medio dormidos, deslumbrados por los grandes focos... Comprobaron que no era lo que buscaban, pero no les importó, obligaron a uno de los hijos a que nos acompañara y así anduvimos horas por aquellos montes, asustando al vecindario...». Eso ocurría en el Goierri y quien lo relata es un anciano que tiene más de setenta años, silicótico de tercer grado, al que torturaron durante varios días de esta manera. Cuando me lo cuenta está aún acobardado: «No puedo dormir pensando que van a volver, no me han tocado, pero es una tortura terrible ésta...». Hechos así se repiten muy a menudo. Invaden las casas por «error»: echan las puertas al suelo si les parece; metralleta en mano se introducen hasta los últimos dormitorios. «Los ví encima, con el caño apuntándome. Estaba en camisión, paralizada», cuenta una señora de un caserío de Ventas de Irún. No es raro que en estas circunstancias ocurran múltiples accidentes. A la madre de José María

Gurrutxaga, cuando vió que también querían llevarse a la hija, le dio un ataque al corazón y tuvieron que llevarla con urgencia al hospital. La amoña de Joseba, tras la invasión del caserío, empezó a desvariar, completamente transtornada y todavía no ha vuelto en sí. En Amezketa, Angela Benito, de cincuenta años, murió en el transcurso de un registro, hace unos meses. «A tí no te podemos pegar —le dijeron amenazadores a Mari Angeles, que estaba embarazada de seis meses— pero del susto te vamos a provocar un aborto» y estuvieron haciéndole miedo varias horas en el comedor de su casa. «Llegaron y arremetieron contra todo, relata Santi, yo había salido pero en el caserío estaba la madre con los perros y lo primero que hicieron fue matarlos...». En la zona de Arrasate destruyeron una casa a medio edificar, «la arrasaron con una tanqueta y no paraban de disparar ráfagas contra el caserío que está al lado», me cuenta enseñando las fotos, con los impactos de las balas en el muro. Anteayer he leído en la prensa que cuando los familiares de un detenido fueron a la comisaría de Pamplona —con la consabida inquietud— a preguntar por él, un policía les contestó: «Se lo han llevado a dar un paseo...» y que cuando intentaron dejar ropa no se la aceptaron. «No merece la pena. No sabemos si va a volver...». Todo esto es sólo una «muestra» de los últimos meses.

Si uno se estremece con el relato de lo que les ocurre a las familias, no digamos lo que pasa por el ánimo del que se llevan detenido, que ha visto el panorama que queda atrás. No es la intención de esta conferencia hablar de lo que pasa allí dentro, pero sí señalar que intensificarán esa confusión que ya fuera habían creado. Durante unos días, profesionales de la tortura, tratarán por todos los medios de desorientarlo para que se sienta perdido, sin apoyo, sin agarraderas, navegando a la deriva por un mar en el que vertiginosos torbellinos lo engullen. Algunos hasta puede que no regresen. «En San Sebastián me torturaron mucho —dirá el doctor Muruetagoiena a su tío el Dr. Scola, poco antes de morir—. Me dieron golpes en los testículos, en la cabeza... Pero lo peor fue en el cuartel de la Guardia Civil, en Madrid». El abogado y un compañero que lo recogieron en el juzgado, cuando lo pusieron en libertad, lo encontraron completamente desorientado, hablando de cosas incomprensibles y muy asustado. Horas después moría.

Como se ve, *la tortura como arma para hacer miedo se emplea con gran profusión*. Según se deduce de los numerosos relatos, la tortura tiene también en Euskadi una vertiente de *castigo* y *escarmiento*: «por ser vasco», «por ser de Herri Batasuna», «para que se te quiten las ganas de colaborar con las Gestoras pro Amnistía»... Un

castigo que tiene también mucho de *venganza*. «Al final —dirá Juanita Goikoetxea tras su larguísimo calvario—, el séptimo día, estando ya en el Cuartel General de Madrid, un alto jefe de la Guardia Civil, enloquecido de rabia, me dijo que lo nuestro era una guerra y que yo era una mujer vasca de esa guerra. Y fue así como, sin darme tiempo a reaccionar, se abalanzó sobre mí, me agarró por los pelos y me estrelló contra un muro, con tal fuerza que creí que la cabeza me había estallado. Dí un grito y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé estaba en la celda, en un estado lamentable. Debieron de asustarse mucho y creo que fue por esto que no esperaron los diez días y me pusieron en libertad al octavo: creyeron que me había fracturado la base del cráneo».

Esa misma base del cráneo que, en el mismo lugar, pocas semanas después, parece que también le fracturaron al doctor Murueta-goiena, al que se dieron prisa también en sacar unos días antes de su muerte... ¿Como venganza por haber curado a un herido de ETA hacía años?

Esta venganza se extiende también a los familiares. En estos momentos, en la cárcel de Yeserías, hay una señora presa, María Luisa Goenetxe —que tiene ya una petición fiscal grande— por el sólo hecho de que al ir a buscar a su marido éste no estaba en casa. Y lleva ya más de un año encerrada allí, como rehén. A Etxeberría le torturaron sólo por ser concejal de HB y haberse opuesto a que se edificara el cuartel de la Guardia Civil en Durango.

Esta tortura visible, entre venganza y castigo, cumple también una función ejemplarizante, indicadora de lo que puede ocurrirle al que desobedece. Uno de los objetivos de Herrera de la Mancha es precisamente el de mantener inmovilizado de miedo en el último rincón de su celda al preso que, desde las otras cárceles del Estado, contempla con espanto lo que puede ocurrirle si se rebela.

Esta función ejemplarizante no siempre es de castigo. Tiene su contrapunto en la gratificación para el obediente, el «bueno» que acepta la propuesta de arrepentirse públicamente. La cárcel de Nancrales de la Oca, con lo terrible que es, no deja de ser un «premio» al lado de la del Puerto de Santamaría. La oferta de colaborar con la Policía, de convertirse en confidente a cambio de dinero, de trabajo, de un piso y de «no ser molestado más», que suelen hacer en cuarteles y comisarias al detenido pocas horas antes de ponerle en libertad, viene a significar lo mismo: intentos de «pacificar» la para ellos inquietante vida de este pueblo.

Como se ve, ahora está todo más controlado, más sutilmente preparado para que no se les escape nada. El aparato de reprimir no

sólo crece sino que se complejiza hasta límites inimaginables.

De esta manera no es extraño que la tortura alcance en Euskadi no sólo cifras muy elevadas (según el abogado Miguel Castells, en los seis meses siguientes al golpe de estado, en Euskadi se producía una media de 480 detenciones al mes, y en su mayoría fueron sometidos a malos tratos \*) sino calidades muy alarmantes, hasta el punto que muy bien puede asegurarse que, desde hace tiempo, hay indicios de *genocidio*. Un genocidio socio-cultural, para acabar con la identidad del pueblo vasco. Y un genocidio de muerte física, para acabar con los que luchan y resisten.

Cuando se profundiza en la investigación de esta tortura, lo mismo en la crónica de las cárceles que en la aguda, se descubre que toda aquella brutalidad que parecía accidental a primera vista, está perfectamente calculada para producir determinados efectos sobre el medio más allegado a la víctima. No es casual el trato que reciben los familiares y amigos de los presos cuando entran en la zona de Cádiz y se acercan a la cárcel de alta seguridad del Puerto. Saben, por experiencia, que pisan un terreno peligroso: los observan, los siguen, los persiguen, los amenazan, los detienen horas, días. Molestan a quienes los acogen solidariamente... Cuando llegan a la puerta de la cárcel les provocan, les agreden. Sometidos a todo tipo de vejaciones tienen que esperar mañanas enteras, mientras sufren largos interrogatorios. Cuando pasan dentro, tienen que atravesar controles tan finamente «ajustados» que dan señal de alarma aún estando completamente desnudos. Abuelas, madres, niños, han de someterse a la dura prueba, aguantar —y con cuánta paciencia y dignidad lo hacen!— la humillación, el insulto, la burla, la grosería. «Estaba en bragas y sujetador —me cuenta la hermana de un preso— y dijeron que me quitara todo. '¿Por qué?', dije, si ya veis que no tengo nada'. 'Porque estás muy buena', me contestaron». Escenas así, que no tienen nada que envidiar a las de algunos campos de concentración nazis, se suceden a diario: se trata de incidir en el entorno y desencadenar conmociones en él, para que se debiliten lazos profundos: romper nexos, desintegrar el núcleo que cohesiona el grupo: la familia, la cuadrilla, la unidad popular, el movimiento de liberación, en definitiva.

A través del miedo, de la desconfianza, de la inseguridad, de la incomunicación, del sentimiento de culpa; de la rabia, de la cólera o

---

Para quien se interese por este tema, puede consultar los libros de Miguel Castells: «El mejor defensor el pueblo» (Edic. Vascas, 1978), «Radiografía de un modelo represivo» (Edic. Vascas, 1981-82), «Euskadi en guerra» (colectivo, 1985).

de la impotencia, buscan el desgaste y la quema de la gente: que vean los caminos cerrados, que renuncien, que desistan y se vayan del país, que pierdan su lengua y sus deseos de independencia y libertad.

Un genocidio individual, uno a uno continuamente, sobre el colectivo que lucha y resiste. Un porcentaje muy elevado de esta tortura se encamina a la destrucción de la persona que la recibe —y ahora me estoy refiriendo a las agresiones físicas—; por ejemplo, a esos golpes dados por expertos en lugares determinados de la cabeza, científicamente estudiados para producir microhemorragias y, como consecuencia, la muerte de neuronas que, al paso del tiempo, pueden dejar graves e irreparables secuelas: pérdida de memoria, crisis motoras, ausencias, envejecimiento prematuro, senilidad. Por ejemplo, a la utilización de drogas; sobre lo que he recogido abundante material en Vizcaya: testimonios de personas que habían pasado por La Salve (cuartel de la Guardia Civil de la zona de Bilbao) y les habían administrado «algo» que les había producido alucinaciones y una serie de trastornos síquicos. Sustancias que tenían todo el aspecto de haber sido empleadas con carácter experimental. Me estoy refiriendo también a la frecuencia con que algunas enfermedades aparecen en las cárceles...

En esta etapa «democrática», el crecimiento de los medios de comunicación y el uso que se hace de ellos para manipular la realidad, es otra de las grandes fuentes de ese miedo y esa pasividad que impiden ver los problemas. Bajo el pretexto de proteger al ciudadano de no se sabe muy bien qué extraños peligros y cuántas inseguridades, se justifica el aumento de las fuerzas «del orden» y se estimulan degradadas colaboraciones, incitando al chivateo, a la confidencia y al anonimato para convertirnos a todos en cómplices del horror. Un buen ejemplo de las consecuencias de esa «colaboración ciudadana» y de las aberraciones a las que puede conducir tanto cartel con personas que se buscan y tanto teléfono confidencial para delatarlas, lo tenemos en el trágico suceso de los tres jóvenes asesinados en Almería —porque creían que eran «terroristas» vascos— que, al parecer, tuvo su origen en un exceso de «celo» de un buen ciudadano que, ofuscado por tanta intoxicación propagandística, «reconoció» a tres «terroristas vascos» allí donde sólo había tres jóvenes emigrantes que asistían a una primera comunión familiar.

Toda esta compleja maquinaria represiva de la que apenas se habla, no cae sólo sobre aquellos a los que, en principio, va dirigida, sino que afecta también, aunque de una manera menos visible, al resto del cuerpo social en el que se produce y que lo consiente. Es



un mal que nos contamina a todos los que, más o menos obligados, somos testigos de esta historia y la consentimos.

Convendría que reflexionáramos en todo esto.

*Hondarribia  
primavera 1983*

## **Resumen del coloquio**

P.— Preguntan que como es posible que habiendo la cantidad de tortura que hay en Euskadi nadie sepa nada de ella fuera del país.

R.— Yo suelo decir siempre, sobre todo cuando doy alguna conferencia en el extranjero, en donde muchos piensan que ya esto es una democracia, que con lo terrible que es la tortura que se practica en Euskadi, es todavía peor *el silencio que sobre ella se guarda*. Hay una complicidad grande a la hora de callar y esta complicidad no es gratuita, tiene sus razones. Ahí se vuelve a encontrar uno con lo que decíamos antes de negar la evidencia... Porque no es que ignoren que hay tortura, es que no quieren saberlo y, para ello, han de negar lo que está a la vista. Porque está claro que la gran mayoría del pueblo sufre una gran desinformación... pero la clase política de la llamada izquierda y los burócratas que giran a su alrededor, o los intelectuales... tienen acceso a la información y *esos saben* perfectamente que existe tortura, lo que ocurre es que no les conviene decirlo. Cuando se les pregunta y se ven acosados, por ejemplo cuando algún organismo internacional la denuncia e interpela a estos partidos, el pretexto que suelen dar siempre es el de la no conveniencia del momento... «porque hay elecciones», «porque es una democracia débil»... Ultimamente es el golpe de Estado... El «golpe de Estado» ha venido muy bien para justificar ese miedo que yo pienso que es más profundo... que es miedo a perder un estatus acomodaticio que gozan... Yo creo que ese miedo les sirve para justificar públicamente el triste papel que han aceptado jugar en esta nueva etapa «democrática»: el papel de servir de intermediarios para la *doma*. Allí donde el señor Rosón, ministro del Interior, no podría llegar nunca, sí se puede llegar a través de un dirigente político, de un dirigente sindical que frena huelgas y propone pactos...

Entonces es normal que colaborando con el Poder no puedan enfrentarse al grave problema de la tortura... No quieren hacerlo porque no les conviene y ahí sí creo que hay que denunciar a los intelectuales que se llaman «progresistas» porque, lo quieran o no aceptar, con su silencio están colaborando, son cómplices de esa tortura... Están cumpliendo una función bien triste, la de sembrar la confusión...

P.— Alguien pregunta sobre esa confusión...

R.— La confusión es una de las armas del aparato ideológico del Estado: hablar de los problemas sin situarlos, de la Paz, de la Democracia, de la Libertad... se sueltan las palabras ahí, los conceptos, y se utilizan como mejor convenga. Se forman «frentes por la paz» «por la defensa de la democracia», y uno se queda perplejo viendo allí a políticos de todos los signos, que coinciden, que hasta se abrazan en una misma manifestación, codo con codo... Gritan contra la violencia «venga de donde venga» y ellos han votado la Ley Antiterrorista, aceptan y elogian las cárceles de exterminio... Se diría que la lucha de clases no existe, que la violencia de Estado apenas se practica.

P.— Alguien insiste en que el torturador no es un sádico sino un funcionario.

R.— En el caso de la tortura a la que nos estamos refiriendo sí. Por eso decía yo que era importante hacer esa distinción, delimitar la tortura que se practica a través de aparatos del Estado: ahí, en ese marco, torturar es un oficio en el que ser o no sádico, es secundario.

P.— Preguntan sobre qué papel juegan los medios de información en silenciar la tortura.

R.— En la medida en que están controlados desde el Poder es natural que no hablen de ella y la oculten. Todos sabemos que hoy, aquí, es un tema tabú. De la tortura en general sí se puede hablar, pero cuando *se sitúa* en tiempo y espacio no. Y después de la Ley de la Defensa de la Constitución que establece la censura de una manera indirecta, es mucho más peligroso. Ya decía al principio que estamos hablando de un hecho del que tenemos la evidencia de que ocurre, pero que no se puede probar jurídicamente casi nunca y que al denunciarlo uno siempre corre el riesgo de ser procesado por calumnias, etc.

P.— Se hace referencia a la muerte reciente de un preso social en la cárcel, sin que se levantara protesta, ni hubiera reacción alguna.

R.— Ese es el gran peligro que yo veo, que nos estamos acostumbrando. Se está produciendo una *anestesia* que forma parte del pro-

ceso de doma...

P.— Los Derechos Humanos qué pintan en todo esto...

R.— Es muy complejo. Yo no me atrevería a decir que estos organismos no sirven.... No son la solución, ni mucho menos, pero yo creo que es útil su existencia en la medida en que pueden cumplir una función denunciadora-informativa. Me estoy refiriendo a los organismos internacionales como Amnesty International, no a otros. En cuanto a esas Comisiones de «Derechos Humanos» que se crean dentro del sistema en el que se produce la tortura, como las que tenemos aquí, en el Parlamento, etc. son una especie de trampa porque, ¿cómo va a permitir el Estado que practica la tortura la existencia de un organismo que la denuncie? Si dentro del sistema se permite un organismo así es más bien para que la encubra, para que, llegado el caso en que hubiera que investigar denuncias, poder presentar los hechos como casos aislados, como excepciones... La comisión de parlamentarios que visitó Herrera de la Mancha, no hizo pública ninguna conclusión y las declaraciones de algunos parlamentarios hasta daban una buena imagen de ella...

P.— Fuera de aquí tampoco denuncian...

R.— Sí denuncian... El informe de Amnesty International fue muy importante para nosotros porque desveló al mundo lo que estaba ocurriendo, y el caso Arregi... Lo que pasa es que todos estos organismos, cuando se trata de denunciar la tortura en un área «democrática», en un país que no puede considerarse el «tercer mundo», ofrecen muchas resistencias y reciben muchas presiones para que guarden silencio. El informe de Amnesty estuvo más de un año parado en Londres a causa de las presiones del partido socialista español, que decía que no era «el momento»... Ahí volvemos a encontrarnos con la complicidad... Y en el terreno informativo igual. Yo me acuerdo que alguien, en Polonia, hizo huelga de hambre durante dos o tres días y la prensa de Europa no hablaba de otra cosa y, aquí, en el mismo momento, más de doscientos presos llevaban treinta y tantos días de huelga de hambre y nadie lo comentaba y pasó lo mismo con la muerte de Crespo. Es como si quisieran ignorar lo que ocurre en casa.

P.— Se pregunta sobre el peligro de que el enemigo conozca la estructura y la forma de relacionarse los movimientos populares.

R.— Yo creo que la fuerza del movimiento popular que gira en torno a la asamblea está en que sean muchos y se conexasen por múltiples formas imaginativas... Creo que por ahí hay que investigar, buscar... Yo no sabría responder a eso, dar una solución, pero creo en la necesidad de encontrar nuevas formas de organización

más ágiles... Pero esto es precisamente lo que tendríamos que hacer entre todos, de eso se trata. Y es verdad que supone un peligro, pero también una apasionante aventura...

P.— Quería preguntar si observas que el miedo aumenta o disminuye.

R.— No cabe duda que la mayoría de las personas torturadas y las que sufren de cerca lo que ocurre tienen mucho miedo. Eso es normal. Lo importante es cómo se resuelve esa situación de miedo. Y lo que se observa es que la persistencia de ese miedo está en relación con la solidaridad: con la acogida que tiene esta persona en el pueblo, entre los amigos... Lo que es el encuentro con su medio y la forma en que se comunica con él. Tiene también mucha importancia el que haya denunciado la tortura desde el primer momento: al juez. En ese acto la persona que durante diez días ha sido castigada y han tratado de destruir se recompone, es como si hiciera afirmación de su dignidad. Allí dentro puede ocurrir lo peor pero uno sale y lo denuncia; eso alivia. Esa persona se recupera antes, ha vencido parte del miedo con el que querían paralizarla. Es muy importante también hablar, sacar todo lo que se lleva dentro: llorar, comentar con los amigos. El abogado sabe la necesidad de algunos presos, en la primera visita que les hace a la cárcel, de contar lo ocurrido, la debilidad emocional por la que atraviesan... Sería muy largo explicar las múltiples maneras de vencer ese miedo, pero se puede vencer. Y los que se acercan al que acaba de pasar por esta experiencia, tienen que saber la importancia de ese encuentro y el gran trauma por el que acaba de pasar el torturado, aunque diga que está muy bien y se manifieste con gran optimismo... Viene de una experiencia límite y necesita solidaridad... y tiempo.

P.— Alguien pregunta qué hacer en el futuro.

R.— ¿Qué hacer contra la tortura? Lo podría resumir diciendo: *Sensibilidad para detectarla* allí donde se produce. El primer día, Justo de la Cueva hablaba de ser receptores, se trata precisamente de eso, de captarla, de recogerla, no pasar por la vida sin enterarnos de eso que ocurre a nuestro alrededor... Una vez recibido lo que pasa, *convertirse inmediatamente en emisor* de lo que se ha visto, de lo que se ha acumulado: *pasar a ser informadores*. Informar con urgencia, comunicar, expansionar la noticia, ampliar el campo de los que la reciben: el grupo, el pueblo, los pueblos... Una vez uno esté informándose y a la vez informado, *organizarse para ver cómo se recibe mejor y cómo se emite mejor también*.

Claro, esto parece fácil dicho así... pero es un ambicioso plan de lucha que abarca toda una estrategia...

El primer aspecto, el de la sensibilidad, es fundamental: no caer en la anestesia que es precisamente uno de los males que padecemos, percibir el atropello, desarrollar los reflejos inmediatos de solidaridad, sabemos que la tortura está ahí, a escasos metros, sobre gentes conocidas... En esta Universidad hay un profesor, Fito, hay un compañero, Portugal. Han sido torturados. Como ellos hay cientos: buscarlos para la denuncia... Un pueblo que permite que a su alrededor ocurran estos horrores, que ni tan siquiera se entere, es un pueblo embotado, anestesiado, en vías de morir... En cuanto a la información, ahí juega un importante papel la persona que ha sido torturada: es ella quien puede —y debe— contar lo ocurrido, facilitarnos los datos... Ya decía el otro día la gran importancia que tiene para el torturado el denunciar todo lo que le ha ocurrido, denunciarlo ante el juez, ante la asamblea popular después. No tener ese reparo que a veces retrae a muchos pensando que lo que les han hecho, comparado con la tortura de otros, no es nada... Uno no es más ni menos que otros y lo que a uno le pasa siempre aporta experiencia a la colectividad, es útil.

En cuanto a los que reciben esa información, deben difundirla sacando de ella el máximo de enseñanzas. La información pasa a ser así una fuente de conocimiento. Y el lugar en donde llevar a la práctica este rico intercambio, el lugar ideal, a mí me parece *la asamblea*.

En esas asambleas que tanto abundan por los pueblos de Euskadi y en las que se debate el tema de la represión, está dado ya un empujón, la estructura organizada de un eficaz movimiento popular.

La asamblea, en la que uno cuenta lo ocurrido, otros intervienen dando su opinión, en la que se discute el por qué y entre todos se preguntan cómo resolverlo... Es el lugar de encuentro más creador. Es allí donde surge, cuando funciona, la necesidad de organizarse. Organizarse en el pequeño pueblo y conexas con otros pueblos para intercambiarse experiencias... Romper la barrera del silencio con la que tratan de cercarnos y hacer que se sepa lo que ocurre aquí. Esmerarse en hacer la denuncia cada vez sobre bases más sólidas, más documentadas, más científicas para que nuestras razones obliguen a desenmascarar a los cómplices y ayuden a los que, de buena fe, anden confusos.

Los que practican la tortura hoy en día no son muchos más que en la época de Franco, pero los cómplices de esa tortura sí han aumentado considerablemente y eso hay que denunciarlo también. Hay médicos, hay científicos de gran prestigio que están colaborando incluso en ver la forma de intervenir directamente en el cerebro

para disminuir la «agresividad», hay jueces que no paran de ver pasar por delante de su mesa caras tumefactas, cabezas partidas... Hay forenses que anotan con desgana todo esto y hasta se permiten hacer comentarios cínicos, como por ejemplo si aquello no serán picaduras de mosquito, o reacciones alérgicas... Hay partidos políticos a quienes se les envían dossiers y callan... Hay diputados, senadores, «representantes» del pueblo que no quieren ver nada de esto. Y eso hay que denunciarlo aunque sólo sea para dificultarles la imagen de demócratas con que se presentan.

Y hay que denunciar también la confusión ideológica como caldo de cultivo para que proliferen la duda y nadie piense por sí mismo y lo haga a través de las informaciones oficiales... Esos conceptos que circulan, que lo mezclan todo: tortura, violencia, terrorismo... Y esos temas que exigen debate, análisis serios, en situación. Si se habla de la violencia —y sería muy interesante dedicarle otra semana como ésta— hay que hacerlo a fondo, con todas sus consecuencias, luego uno puede posicionarse a favor o en contra, pero hay que empezar por establecer la posibilidad de discutir con seriedad... Y si se habla de tortura, lo mismo. Y me parece que una manera de luchar hoy está ahí, en analizar desde nuestra práctica y esclarecer la confusión con que tratan de envolvernos. Porque eso es una guerra muy dura y no se puede ser neutral, ni iluso y repetir, por ejemplo, eso de «la violencia venga de donde venga».

Y para profundizar en la represión hoy en día hay en Euskadi una estructura mínima pero llena de posibilidades, que son las Gestoras pro-Amnistía, que constituyen una eficaz red, popular, para afrontar desde múltiples aspectos la represión. Es curioso que siendo un organismo tan vivo se conozca relativamente poco sus actividades. Hoy en día no hay prácticamente un pueblo, un barrio, en el que cuando detienen a una persona, no se reúnan inmediatamente un grupo de personas —serán 20, serán 30, serán 200— para ver qué se hace. Y en la mayoría se llevan a cabo manifestaciones, comisiones que van al Ayuntamiento, al lugar donde están detenidos, etc., durante los diez días que dura la incomunicación.

Esa es una forma de tomar conciencia importantísima. En ese sentido, las Gestoras pro-Amnistía han dado un gran salto con relación a la etapa anterior. Hoy han dejado de ser sólo una respuesta solidaria, para convertirse en focos mucho más concienciados. Hoy, aparte de saber que se tortura, se sabe por qué, para qué, se publican las experiencias recogidas...

Todo eso es un problema muy complejo, imposible de tratar así... Por eso yo sigo pensando que sería muy importante llegar un día a

hacer un symposium sobre la tortura en donde se pudieran tratar con amplitud los temas. Donde un grupo de juristas, de médicos, de sociólogos, de profesores, de gente interesada, se propusiera un trabajo más profundo. Porque esta semana ha sido muy breve, muy corta y han quedado muchas cosas en el aire... Pero se ha visto también que había una serie de problemas que quedaban apuntados. Y a mí me parece que es por la vía de la investigación por donde hay que ir.

En cuanto a que esta reunión, como ha dicho Juan Mari Bandrés, no sería posible si no hubieran cambiado las cosas, yo tengo algo que decir. Está claro que la situación ha cambiado, que formalmente se puede anunciar una semana como ésta y hasta es posible que en cierto modo convenga... Pero lo que sí creo es que durante el franquismo se hacían cosas como ésta y hoy también se celebran y ello no porque les guste, sino muy a su pesar, y no porque sea fácil sino porque hay empeño en hacerlas y se plantea como un frente de lucha. Es una forma de forzar las censuras, las limitaciones. Yo recuerdo en 1968, en Madrid, haber celebrado en la Universidad una semana contra la represión —y aquello era contra viento y marea— y haber sido una semana que congregaba a miles, tres o cuatro mil estudiantes en el Aula Magna. Aquello no se podía hacer, pero se hacía. Hoy se puede hacer, pero a lo mejor se pide permiso para celebrarla en un barrio, en otra parte y ya no dejan... En el caso Almería hay en estos momentos unos guardias civiles procesados, como dices, pero esto sabemos que es una medida formal, para cubrir el expediente, pasó lo mismo cuando la muerte de Arregi. También allí se procesaron a unos policías, ¿y qué? Puede que en otra etapa ni tan siquiera los hubieran procesado pero ahora los procesan y nada.

En el coloquio se volvió a hablar de los presos sociales, de formas de organización del movimiento popular que lucha contra la tortura —Gestoras pro Amnistía—, de la Ley Antiterrorista, etc.





# 1983-1984

*Lentamente y anticipándose a la reconversión que se llevará a cabo en la industria, se ha venido gestando la reconversión de la maquinaria represora, que necesita ponerse al día y adecuarse a las exigencias de esta etapa «democrática». Todo a punto, el PSOE es el ejecutor necesario —imprescindible— para culminar esa reconversión. La etiqueta de «socialista» abre puertas que nunca se le abrirían a la derecha y cumplirá así su función a conciencia: pondrá a funcionar a fondo la maquinaria que le ofrecen; buscará sus fallos y la perfeccionará, cubrirá lagunas, rectificará deficiencias, la dejará lista para el mayor rendimiento.*

*El plan ZEN, el GAL, la gran manipulación informativa, son algunas muestras...*

*En el terreno jurídico, el PSOE no sólo apoya la ley Antiterrorista, que unos años antes había rechazado, sino que la enriquece refundiendo en ella otras dos y haciendo que llene lagunas existentes. Resuelve, además, para la gran fachada que da a Europa, una se-*

rie de carencias que le exigen. La «Ley de asistencia de letrado al detenido» y la ley de «Habeas Corpus» que, en apariencia, sitúan al Estado español al nivel de otros países de la Comunidad, no son más que «paripés» para dar imagen. Cuando uno se acerca a ver lo que con estas leyes ocurre en la siniestra realidad de los calabozos donde se aplica comprende, entre cólera e impotencia, la gran burla de la que es objeto el pueblo.

A fines del 84 se reanuda con intensidad la colaboración de los Estados francés y español: extradiciones, entregas, y deportaciones. Las medidas de arrepentimiento continúan.

Pero por encima de todo hay una realidad constante: que el pueblo, pese a los grandes sufrimientos que le infligen, sigue resistiendo cada vez más y con mayor convicción, reclamando las mismas libertades esenciales de siempre y que la respuesta fanática y obstinada de la violencia, de la tortura, del encarcelamiento, de la persecución y la muerte, está abocada al fracaso. Y que ese fracaso está más cerca cuanto mayor sea esa represión nada propia de la democrática fachada que necesita.

## Buscando cómo transmitir el mensaje

Esta es una mínima aproximación a la tortura que se practica hoy, noviembre de 1983, en Euskal Herria, con un Gobierno del PSOE. Digo mínima en un doble sentido, primero el de la cantidad: aún siendo numerosos los casos en los que se basa, ello no quiere decir, ni mucho menos, que sean *todos* los casos de tortura habidos en ese tiempo y en esa zona de los que me ocupo. Y segundo, porque los testimonios, por muy detallados que se recojan, no son más que una expresión esquemática y un tanto superficial de lo ocurrido. Me consta desde hace mucho tiempo que lo más importante de la tortura no se comenta casi nunca.

Aún así estos testimonios hablan por sí solos y nos dicen que la tortura se sigue practicando de una manera *sistemática y continuada* en nuestro país. Para quienes pudieran pensar que con la llegada del PSOE al Gobierno la situación represiva iba a disminuir, los hechos que aquí se presentan demuestran todo lo contrario. En el terreno de la represión, y muy particularmente en el de la tortura, no puedo hacer otra cosa que repetir lo que decía en un ensayo de 1979: *esto va a peor*.

Puede que la afirmación sorprenda a muchos y hasta les haga sonreír escépticos. Puede que otros se inquieten. A todos me gustaría recordarles, antes de seguir adelante, que las condiciones para que se practique la tortura masivamente —como ocurre en Euskadi— están dadas desde hace tiempo y que las leyes que las amparan son las mismas para todos los pueblos del Estado español aunque, por el momento, no se haga gran uso de ellas.

El hecho de que en Euskal Herria se apliquen con tanta frecuencia y con el mayor rigor revela —y esa es una de las finalidades de

este trabajo— el potencial represivo que se oculta tras estas leyes y lo que con ellas se puede hacer «llegado el momento», en una «democracia».

Y este momento —que en Euskadi hace años que dura— está íntimamente ligado a la lucha de liberación social y nacional de los pueblos, cuando estos defienden sus derechos y dignidades.

Hecha esta observación necesaria, porque no se puede abordar el problema de la tortura en abstracto, siendo como es un problema altamente político, que exige análisis globales, vuelvo a Euskal Herria y al trabajo que voy a presentar, el cual no hubiera sido posible sin la estrecha colaboración de quienes han recogido gran parte del material que para él he empleado. Me estoy refiriendo al Grupo Contra la Tortura de la Universidad de Zorroaga (Torturaren Aurkako Taldea, TAT) que, pese a las grandes dificultades con las que tropieza, no ha cesado en sus propósitos de denunciar y estudiar la tortura, desde que en 1982 organizó un seminario sobre el tema y se encargó de preparar la edición del libro «Tortura y Sociedad».

Este grupo, que en la actualidad está terminando un ensayo sobre las cárceles de exterminio, ha recogido, a lo largo del año que el PSOE lleva en el Gobierno, numerosos testimonios de personas torturadas de la provincia de Gipuzkoa. La primera parte de este material fue ya elaborado en un número extraordinario de la revista «Punto y Hora» (junio-julio 1983). La segunda parte es la que ha servido de base para este ensayo.

Para ello, he seleccionado 65 casos, correspondientes a un período de tiempo que va desde marzo a octubre de 1983 y de Gipuzkoa solamente. Ello no quiere decir que ésta sea la cifra de *todos* los casos de tortura habidos en ese tiempo. Aunque en esta ocasión no se trata de dar cifras, sí se puede afirmar que el número es muy superior. Están aquellos que, por causas mecánicas o de cualquier otro tipo, el TAT no ha podido recoger (por poner un ejemplo, sólo de los meses de septiembre y octubre, hay una lista de 27 personas pendientes de que les graben los testimonios; están también los presos sociales, de los cuales el TAT, por falta de capacidad y aún reconociendo la necesidad de hacerlo, no se ocupa y que, por ser un sector muy abandonado, es también uno de los más castigados en este sentido. (Ahí está el ejemplo de los hermanos Vicioso, de Pasaia, cuyo cuerpo «señalado» y cuyos rostros tumefactos pudimos ver en la prensa del 27 de octubre, tras su paso por comisaría y cuyo relato de los hechos recogí personalmente de boca de sus padres). Y están, por último, aquellos presos políticos que, una vez pasados al juez, éste dispone que vayan a la cárcel, razón por la cual

no es posible obtener su testimonio de primera mano. Aunque es obligado dejar constancia de que, a través de los informes que llegan, entre ellos se dan los casos más flagrantes de tortura, como si con esos presos hubiera un consenso general en eliminarlos (los casos de Trifol y el cura de Gorriti, cuyos testimonios recojo en parte y que fueron publicados en junio por el diario EGIN, son una buena muestra de lo dicho).

A excepción de tres, todos los testimonios han sido recogidos directamente de las personas afectadas. Lo cual quiere decir que corresponden *todos a torturados que antes de diez días han sido puestos en libertad*. Más de la mitad sin tan siquiera pasar por el juez. El resto ha llegado ante el juez de la Audiencia Nacional, en Madrid, el cual ha decretado también su libertad, la mayoría sin cargo alguno; los menos, en libertad provisional.

Tal vez esa sea una clave para entender un poco lo que está ocurriendo en Euskal Herria: Tanta tortura para nada. ¿O sí?

La forma en que me he organizado para el trabajo ha sido sencilla. Sobre la lectura minuciosa de cada uno de estos 65 testimonios, que son historias lineales bastante completas, que van desde la detención hasta la puesta en libertad, que abarcan un promedio de cinco a siete folios cada una, he procedido a una segunda lectura horizontal, de todos los casos, que me permitiera seguir la complejidad de los temas: la detención, el paso por el juez, las secuelas, etc. y las variantes que se producían. Los trozos de testimonio que encabezan cada capítulo son distintos capitulitos de una de estas historias lineales, la de Mikel Txapartegi, que en cada etapa se interrumpe para dejar que hablen los demás. Al final de la segunda parte me he servido de los informes médicos facilitados por el Grupo de Médicos Vascos contra la Tortura.

Sabemos ya que hay tortura, sabemos que esa tortura va en aumento: a peor siempre; sabemos que es sistemática y cuáles son sus objetivos... Pero, ¿cómo es en realidad? ¿qué ocurre durante esos diez días de los que tanto se habla? Ese es, precisamente, el propósito de este trabajo.

No ha sido fácil lograr la síntesis del cuantioso material en el que he buceado durante días y ni tan siquiera sé si he conseguido algo, porque no es fácil reducir tantas horas de dolor, de vejaciones, de escarnio y de odio, y se termina anegado: a ratos por la cólera y a ratos por la vergüenza. Vergüenza de ver que hay tanta gente que calla, que consiente, que rehuye; tanta gente cómplice que se pasea con la conciencia tranquila y que sonrío desde sus olímpicos. Y cólera de tener que asistir a ese espectáculo sin intervenir de una manera

más activa, una tremenda cólera que trato de condensar y convertir en energía de denuncia que me ayude a ver y oír mejor aquello que no quieren que vea ni que oiga.

## Viacrucis por Gipuzkoa en siete estaciones

### 1.— Los detienen.

*«Me llamo Mikel Txapartegi, tengo 33 años, soy mecánico de profesión y vivo en Zarautz. El martes día siete de junio de 1983, por la noche, vinieron seis o siete personas, todas armadas y de paisano. Comenzaron a golpear la puerta con las manos y con los pies. Por la mirilla les dije que esperaran un poco. Mientras, ellos gritaban y metían mucho ruido. En cuanto abrí me pusieron una placa delante y me dijeron: 'Somos la Policía. Queda usted detenido. Se le aplica la Ley Antiterrorista, tiene usted derecho a un testigo cuando registremos la casa'. Fui donde la señora de al lado mientras ellos comenzaban a registrar sin testigos. Yo digo que en ese momento muy bien pueden meterte algo en el piso. La vecina tenía miedo y no quería. Me preguntaron si prefería traer otro testigo y les respondí que ya era igual. En realidad lo que yo quería era que alguien se enterara de que me habían detenido. Registraron poniéndolo todo patas arriba. Se llevaron una revista, un ejemplar del diario EGIN en el que había un reportaje sobre la cárcel de Yeserías, y una fotografía de una boda. En la misma casa me pusieron las esposas, con los brazos atrás, y salimos».*

Esta forma de detención, bastante frecuente y bastante «correcta», no es, ni mucho menos, la única. Aunque por lo general las detenciones son casi siempre de madrugada, no siempre suelen ser tan amables. Jon Arrizibita, cura párroco de Gorriti, relata en el diario EGIN: «A gritos y a golpes me decían que abriera, ni para vestir me dieron tiempo». Mikel Iturrioz, de Ordizia, cuenta que cuanto en el mes de junio le detuvieron «la entrada fue espectacular, casi se cargan la puerta y mi madre tuvo que correr, asustada, porque estaban dando unos golpes terribles y abajo, por lo que se vió después, habían forzado el portal y estaba todo hecho astillas». Era la Guardia Civil. Un mes antes, en Itziar, esa misma Guardia Civil había ido a buscar a Manuel Unanue: «Hacia las dos y media de la madrugada llegaron al caserío varios coches, jeeps y furgonetas, camuflados. Eran muchos, armando un gran ruido. Tiraron la puerta al suelo. Iban armados y durante más de una hora estuvieron registrando».

A veces, en medio del pánico y el desconcierto, alguien llega a

tiempo de abrir y entonces se precipitan todos en tromba. «El compañero les abrió y entraron hasta mi cuarto, me encañonaron y que me vistiera», dice Carlos Arrizabaleta, detenido en Arrasate. Y cuando José Ramón Zapirain, de Herrera, abre con cuidado, «nada más hacerlo se metió un tío muy alto, de casi dos metros, con un cetme y un chaleco antibalas. Detrás de él entraron unos diez».

Pero pueden entrar también con tanto sigilo que el interesado —en este caso Imanol Artano, de Alegi— piense que es una pesadilla. «Yo estaba dormido cuando ellos me despertaron y me vi rodeado de metralletas. Creí que estaba soñando y me volví a dormir. ¡Que somos la Policía!, me gritaron. Y entonces, muy asustado, me vestí». No será el único en llevarse el gran susto al abrir los ojos. Un mes antes, un joven de Zizurkil sólo sabe que cuando se despertó vio pistolas. Y Virgilio Ladandibar, de Oiartzun, cuenta que «se metieron en el cuarto apuntando con la metralleta el cuerpo que estaba tumbado en la cama y que era el de mi hermano». Eso ocurría en mayo. En el mes de junio, Xabier Otamendi, a eso de las cuatro de la madrugada, se encontró frente a frente con la Guardia Civil. «No sé cómo pudieron entrar porque la casa tiene portero automático y nadie abrió». En julio, José M. Etxarri, miembro del comité de empresa de Michelín-Lasarte, se encuentra también con la Policía al pie de su cama. «Fui despertado por un potente foco de linterna, seguido de unas palabras que me comunicaron que estaba detenido». Hay que imaginar el sobresalto del que es sorprendido así, en pleno sueño, y obligado después a ir con ellos a un centro en el que sabes que te van a interrogar. «Habían entrado sin hacer ningún ruido, ninguna llamada previa. La puerta del caserío estaba abierta, con ellos venía una mujer». Esa mujer que, como un fantasma, veremos cruzar en muchos momentos de esta historia de terror: la mujer policía que hasta puede que se sienta liberada con este «trabajo» tan especializado...

También puede ocurrir que esperen ocultos en el rellano a que la víctima abra la puerta. Es el caso de Pili Nieva, detenida el 6 de abril: «Sería alrededor de las 11; cuando yo salgo con la basura, en el rellano, uno me tapa la boca, uno me coge de los pelos, otro me coge de un brazo, otro me quita la bolsa...».

Sin embargo, no siempre está en casa la persona que buscan. Puede ocurrir entonces que obliguen a algún familiar a que les acompañe a la nueva dirección. Tal es el caso de Karol Lasarte, de Rentería, el pasado mes de junio: «Estuvieron una hora registrando, luego obligaron a mi madre a que les acompañara. Iban de paisano y con metralleta. Mi madre me ha comentado que hicieron un gran

montaje, como si fueran a detener a alguien muy peligroso, apuntando a todos». O el caso de uno de los hermanos Olarra de Tolosa, en el mes de octubre. «Cuando llevaron a mi hermana para que les enseñara el camino de la casa, ella se equivocó, de lo nerviosa que estaba, y por eso sólo ya le tiraron de los pelos, le dieron unos buenos golpes en la cabeza y la amenazaron con que si yo no aparecía se la iban a llevar a ella». Amenazas que suelen cumplir en más de una ocasión. Antxon Urra, tornero de Arrasate, cuenta, en su testimonio de mayo, que cuando fueron a detenerle, «como yo no estaba se llevaron a mi hermano y lo tuvieron toda la noche en calidad de rehén, hasta que yo apareciera. Es decir, lo mantuvieron secuestrado». Puede ocurrir también que, contrariados, se lleven como venganza a otro en su lugar, como hicieron con Josean Gurutzeaga, de Alegi. «Se metieron dentro del piso unos nueve, de paisano y armados. Dijeron que de pie todos, me vestí. Querían saber dónde estaba mi hermano; entonces me comunicaron que yo estaba bajo la Ley Antiterrorista». Y hasta puede ocurrir que se ensañen con el primero que encuentren. «Cuando la Policía fue a detenerme —cuenta Fernando Martín, de Rentería— estaba sólo Merche, hermana de mi compañera. Nada más entrar uno le pegó una torta porque decía que le había puesto nervioso la madre en cuya casa habían estado antes y, a continuación, soltó una serie de amenazas, a la vez que la metían en un hueco muy pequeño entre la pared y el armario y le gritaban: '¡Te vamos a violar, te vamos a violar!, tienes que decirnos muchas cosas'. Y, mientras, tortazo va y tortazo viene. Yo creo que es a la que más han pegado, y eso que no era a la que iban a buscar, que venían a por mí; se ensañaron con ella porque no estábamos».

Lo más grave de estas detenciones en el domicilio es el clima de terror que se crea. La familia, asustada, pregunta y no siempre obtiene tranquilizadoras respuestas; a veces hay escenas de enfrentamiento, de niños que se han despertado y lloran ante aquel espectáculo de hombres extraños pertrechados como para una guerra, que amenazan, insultan, golpean, destrozan...

Mikel, ex-alcalde de Zizurkil, comentaba en mayo, cuando le detuvieron: «Hay que pensar en la situación que se crea al entrar así y a esas horas. El padre y la madre estaban hechos polvo, muy impresionados de ver aquel cuadro: una invasión de gente, con chalecos antibalas, armados, diez o doce alrededor y otros fuera; un aparato grande, coches camuflados. Era la brigada antiterrorista, creo». Y otro detenido de la misma redada insiste: «La madre no estaba muy bien y tuve miedo por ella». Trifol, profesor de euskara en un insti-



tuto de Eibar, escribía a sus alumnos en una carta publicada en el diario EGIN en el mes de junio: «Al principio pensé que se trataba de un simple registro, después, delante de mis hijos pequeños, me dijeron que estaba bajo la Ley Antiterrorista. No puedo relatar la conmoción de los niños, su expresión de espanto». Y Manuel Unanue, del que nos hemos enterado hace un momento que tiraron su puerta al suelo, añadirá: «Fue muy duro, muy duro. Además, me preocupaba mucho el estado de mi madre, enferma, con la tensión muy alta. Eso era lo que me ponía más nervioso». Y lo mismo le ocurre a Jesús M. Anzo, de Ordizia: «Mi madre tuvo un buen lío con el sargento de la Guardia Civil por negarse a firmar el informe del registro. Pero me inquietaba más el padre, tenía más miedo por él porque había pasado una trombosis, le han dado ya dos ataques de corazón y pensaba que le daba otro y que se quedaba allí».

Todo el mundo en Euskadi recuerda la historia de una señora que hace un par de años se quedó muerta en uno de esos sustos: morir de espanto y de horror, se dijo entonces.

En el mes de agosto, María Luisa Etxeberria, de Rentería, describía la situación: «Ya desde el momento en que llaman a la puerta estás con miedo y luego, al ver aquella forma en que entran... Yo es que ni acertaba a vestirme, quería ponerme pantalones, por aquello que piensas que vas más protegida para la tortura, y me puse faldas de nervios que tenía. Mis dos hijas y yo, entre nosotras, hablábamos euskara y ellos 'De euskara nada'. Mi hija Miren les preguntó a ver si habían traído orden judicial para el registro, pero ellos ni contestar, no traían nada, ni identificación tampoco, sólo que entraron como locos con las pistolas en la mano».

En algunas situaciones no falta tampoco la broma de mal gusto. A la madre de Itziar Agirregabiria, cuando preguntó por qué se llevaban a su hija de 18 años, le contestaron: «Usted no se preocupe, señora, han matado al Papa y hay que investigar, enseguida vendrá».

Otras veces engañan. Cuando fueron a detener a Fernando Martín, que ya no vive en aquella casa, a sus padres les hicieron creer que iban a por el hermano, que es policía municipal. Les dijeron que habían descubierto un desfalco en el ayuntamiento. «Cuando mis padres les replicaron, se echaron a reír. Se burlan de la gente».

Puede también darse el caso de que la Policía encuentre el piso vacío, se introduzca en él y espere. «Yo llegué a casa a las cinco, cuenta Fernando, abrí normalmente la puerta y sin dar la luz, como de costumbre, entro, y al pasar por la sala vi siluetas con pistolas en la mano y que me decían: '¡alto, Policía!, ¡quieto, manos arriba!'. To-

dos gritando, los tres que estaban allí. Yo creo que nunca lo he pasado peor. Un susto que si el corazón lo resistió ya no voy a tener problemas...». Y sin esperar a más, empezaron a torturarlo allí mismo. «Yo no sabía nada, entonces dijeron: vamos aquí, al pasillo, y ya verás cómo refresca la memoria. Me empezaron a pegar puñetazos muy fuertes en el estómago, en el pecho, en la cara: con el puño cerrado y mucha rabia. Luego me dejaron de pie contra la pared: ¿Estás cansado? Les dije que sí. Pues ahí, de pie».

Otras veces, el que regresa a su casa nota algo extraño dentro y el primer reflejo es huir. Lucio Olarra, a finales de octubre de este año, volvía a su casa de madrugada, un tanto cargado de alcohol y al tocar el timbre y encenderse la luz pensó: «Aquí me parece que hay mucho inquilino raro», y echó a correr. «Detrás de mí salió toda la marabunta, pistola en mano, hasta que uno de los ocho me encanónó y tuve que parar». Podía muy bien haberle costado la vida, pero huir es el primer impulso, sobre todo cuando se sigue de cerca lo que puede ocurrirles a los detenidos. Huir lo más lejos posible, aunque no se haya hecho nada, ni se tenga nada que temer; escapar del inminente peligro aunque no se sepa por qué. Esta fue la reacción del taxista Antonio T. Roteta, que al enterarse hace unos meses de que habían ido a su casa a detenerlo, escapó corriendo a Madrid, en donde se presentó al juez, de miedo que le daba la posibilidad de ser torturado. Otros huyen a refugiarse a Euskadi norte...

Pero las detenciones no siempre se producen en la casa. Puede que prefieran esperar cerca del portal, en algún bar, o medio ocultos en un coche camuflados. De esta forma la persona será sorprendida e invitada a acompañar a los funcionarios del orden y es muy posible que nadie se entere de esta detención en varios días. Lo cual, sobre todo en los nuevos tiempos del Plan ZEN, es un factor más de angustia. Cuando a eso de las cuatro de la madrugada Francisco Gurutzeaga, obrero de la construcción, se dirigía a su casa, en Alegi, fue interceptado. «Salieron de un coche cuatro tíos corriendo, armados. Me rodearon y me metieron en un coche». Ahora se explica uno el que Mikel, al principio de este capítulo, quisiera avisar a la vecina y tener testigos de su detención, que alguien supiera que se producía: el secuestro es una de las grandes amenazas.

Puede que la detención se lleve a cabo con motivo de una visita. «Yo iba a tomar café, como todos los días, a casa de un amigo —cuenta en su testimonio Carlos Camino, de Donostia— cuando al entrar vi un montón de policías de paisano, armados, que me pidieron el carnet y me dijeron que estaba detenido».

Puede que elijan para la detención el lugar de trabajo, como le

ocurrió a Antxon Urra. «A mí me fueron a buscar a la fábrica. Primero llamaron por teléfono para ver si estaba y el jefe de personal les dijo que sí. Vinieron a las doce. Eran tres policías vestidos de paisano, fuera quedaron dos coches con alguno más. Allí mismo me llevaron a un despacho y me estuvieron haciendo preguntas hasta las dos y media, que es la hora de salida. Cuando la fábrica se vació, me llevaron a mi puesto de trabajo y registraron el armario y la máquina. No encontraron nada y ya me llevaron a Gasteiz».

Puede que la detención se produzca accidentalmente, en una redada, al pasar por un lugar conflictivo como les ocurrió en Pasaia a Gorka Zulaika y a Ricardo Salgueiro, al salir de un bar, a las dos de la madrugada. «Ricardo y yo torcimos a mano derecha, hacia el portal en donde tenía metida la bicicleta. Había mucho movimiento de Policía, un coche de las UAR, otro de guardias civiles de paisano... Entró Ricardo al portal y, justo cuando iba a entrar yo: '¡A ver, documentación!'. Nos pusieron al lado de la ría de Pasaia, contra la pared. Nos cachearon. Luego, un tío gordo nos dijo que sabía que habíamos puesto la bomba. Nos colocaron las esposas y nos subieron a un camión. Durante este tiempo teníamos una gran tensión porque no sabíamos nada. La angustia esa de la espera».

Puede que la detención sea en un control, sin razón alguna, porque sí, y dure poco y hasta puede que después le pidan disculpas al afectado. El 24 de junio, Iñaki y José M. Dorronsoro iban a una cena y al llegar al cruce de Rentería para ir a Perurena había un control. No era muy grande. A unos cincuenta metros había otro mucho mayor. «Nos pararon. 'Sal', me dijo uno, 'ponte contra el coche y ábrete de piernas'. Cuando me había abierto, vino uno y me dio una patada fuerte en la pierna. Caí al suelo. '¡Vasco, hijo de puta, levántate!'. Me cogió del pelo y me levantó. Me volvió a pegar otra terrible patada y volví a caer y me levantó también por los pelos. Eso se repitió tres veces. Eran dos o tres a pegar. Las patadas eran en el mismo sitio. Yo no podía más y entonces vino uno y, con el puño cerrado, sacando el nudillo, me dio un fuerte puñetazo. Esto después se me hinchó muchísimo. Luego sacaron el cuchillo ese que llevan, el machete, y me lo pusieron en el cuello y el que lo hacía dijo que me iba a rajar». Al otro compañero le dieron una paliza parecida. Luego les llevaron aparte. Los dos tenían mucho miedo. «Un sargento o cabo, no sé, dijo: 'Relájate, pon las manos atrás y vete hacia allí arriba'. Había una pared lejos, una cuesta bastante grande y unos arbustos. Yo pensé: ahora me van a hacer algo. Ibamos despacio, nos paramos antes de llegar y allí empezó a decirnos que comprendiéramos: 'estamos en tensión'...»

*En cuanto a la Ley Antiterrorista*, unas veces anuncian que se está bajo ella, como en el caso de Mikel Txapartegi o en el de José Etxarri, cuando, recién sorprendido con los focos de la luz, le comunicaron que estaba bajo la Ley Antiterrorista y, por tanto, incomunicado. Otras veces lo anuncian al final, como a Xabier Otamendi, de Ordizia. «Después del registro dijeron que me habían aplicado la Ley Antiterrorista». Otras veces no se dice, y hasta hay quien es golpeado por atreverse a preguntarlo. «Vinieron a casa a las dos de la madrugada —diría Mikel Aranzabal, basculero de Pasaia—, llamaron a la puerta, les abrió un amigo y se metieron seis, todos de paisano menos uno de uniforme. Portaban metralletas, pistolas y un cetme. Al preguntarles quiénes eran, lo primero que hicieron fue darme un tortazo y enseñarme un carnet» —carnet que casi nadie se atreve a leer debido a los nervios y porque enseguida lo retiran.

Lo que sí se observa en los últimos tiempos es que no especifican muy bien si esta Ley Antiterrorista se aplica en el momento. Aunque de hecho la aplican, porque detienen sin orden judicial, a la víctima no se lo aclaran, le dan a entender que se la pueden aplicar, que todavía está a tiempo... dejándola en la incertidumbre, como si dependiera de su conducta. Precisamente sobre esta duda se basan muchas amenazas, como veremos más adelante.

*En cuanto a la forma en que se produce el registro*, depende de la situación misma de la detención. José Ramón Zapirain cuenta que le dijeron que estaba bajo la Ley Antiterrorista y que, con un guardia civil detrás «que me apuntaba con una pistola al cuello, tuve que ir abriendo todas las puertas de la casa. Enseguida entraron al cuarto y yo les pregunté a ver qué pasaba. Uno me dijo: te hemos aplicado la Ley Antiterrorista, no te podemos dar ninguna explicación. Empezaron a registrar el cuarto, estaban armados y con chalecos antibalas. Eran ocho, una mujer y siete hombres. No encontraron nada», dice Arantza de Zizurkil. Y según Mikel Iturrioz, «toda la habitación apareció encima de la cama y después me lo hicieron recoger a mí».

Luego, la mayoría de las veces, se llevan libros y revistas legales y otras cosas, como por ejemplo el contenido de un cajón de la mesilla de noche.

*En cuanto a los testigos*, puede que pregunten si uno los desea. A veces, incluso insisten de una manera muy persistente, en un esmero de legalidad. Otras no dicen nada y es el mismo interesado quien tiene que recordarles la ley.

Al final, la mayoría de la gente firma el informe, sin más. Otros lo firman, pero se sienten coaccionados, como en el caso de María Lui-

sa Etxeberria. «En el papel que me dieron ponía que el registro había sido negativo, pero además decía: 'presuntamente pertenece a Euskadi Ta Askatasuna'. Me hicieron firmar y en esos momentos no dices nada porque son capaces de pegarte un tiro».

Pese a todo, hay quien rehúsa, aunque ello les pone de muy mal humor y hasta desencadena malos tratos. «Me negué a firmar la orden de registro —dice Fernando Martín—, llegó un poli, que fue el que me llevó a comisaría, y me dio un fuerte tirón de pelos». El parte era negativo, yo lo leí, pero dije que no lo firmaba —dice José M. Iraola—. Me negué porque ponía que «como presunto terrorista de ETA» me aplicaban la Ley Antiterrorista. El testigo se negó también. Me amenazaron diciendo que iba a firmar por cojones, pero ahí sigue, sin firmar», y añade: «Me vestí. Estaba preparado para irme cuando dos de ellos me miraron. También vamos a llevar a tu mujer. Tuvimos que dejar al niño de catorce meses con el vecino». Son pequeñas venganzas...

## 2.— Se los llevan.

«Me llevaron al coche y vi que había bastante policía. Mientras íbamos vino uno y, como ayudándome a subir, me dijo al oído que recordara una serie de acciones que tenían que ver con los Comandos Autónomos, como para que fuera preparándome. Habría dos o tres coches allí».

Se metieron por la autopista y pasada una taberna Restop se adentraron por un camino. *Allí comenzaron a maltratarme.* Me mandaron bajar los pantalones y me apretaban los testículos. Yo les decía que no tenía nada que ver, que no sabía nada y ellos insistían en que tenía que «cantar» y seguían con los testículos. 'Déjalo, ya confesará cuando estemos en el Gobierno'.

A Iñaki Alberdi, trabajador de un bar de Itziar, cuando se lo llevaban de su casa, uno de las UAR le dijo riendo: «No me gustaría estar en tu pellejo» y eso sólo abrió una profunda brecha de miedos que ya no le abandonó. Son frases pronunciadas en voz baja, en el momento en que todavía están contenidos y se comportan, obligados a guardar las formas para no alarmar a los muchos ojos espantados que miran; frases menores pero que ya preludian lo que se avecina. «¡Te la has jugado!» le decían a Txabi de Villabona, aún en el piso. Son pequeños avisos maléficos que con el atolondramiento —abrumado como está el que acaba de recibir la inquietante visita, medio dormido aún—, apenas sí se les presta atención pero que calan hon-

do en su ánimo a través del cual intuye que va camino del suplicio. Pequeñas frases que actúan por debajo y que sólo muchas horas —días— después aflorarán iluminando de pronto el instante aquel que se relegó al olvido. «Fíjate, esto se me había borrado...» dicen muchos al relatar los hechos. Son mecanismos de defensa que empiezan a ponerse en marcha. «Hijoputa, despídete de la vida», le decían a Santi, en lo que le pellizcaban fuertemente el brazo bajando la escalera y disimulando a la vez.

La mayoría de estas detenciones tienen siempre un momento en el que se revela, de pronto, la magnitud de lo que ocurre y uno se dice horrorizado: me ha tocado a mí. Puede que este giro total, en el que uno se siente como si se hubiera metido en una puerta rotatoria y en instantes pasara a otra magnitud, se produzca en la misma casa, pero no es lo habitual. La maquinaria compleja de esta clase de represión empieza a funcionar más cómodamente cuando no tiene testigos. A veces en el rellano, algunas tortas rápidas; o algunos empujones por la escalera; o en el portal, algún acorralamiento con amenazas, pero son sólo antecedentes furtivos. Lo serio, en un gran número de detenciones, empieza en el coche, esa pequeña celda volante en la que a uno le meten, cierran la puerta y queda en total aislamiento del mundo. Ese momento en que José M. Suanzo es introducido en un Chrisler y recibe el primer parón: «Nada más entrar me amenazaron con pegarme un tiro si no hablaba». La situación es grave. O ese otro momento en que Xabier Otamendi, todo tensión, siente que lo llevan por zonas que no conoce y que hay algo anormal en la conducta de ellos. «Yo no sé si era para inquietarme, pero empezaron a maniobrar raro, a meterse por direcciones prohibidas y en la carretera general se paraban en cualquier sitio y se cambiaban corriendo de un coche a otro. Estaba asustado». O cuando en medio de la ciudad ponen las luces y las sirenas indicando que llevan la «presa». «Nada más montar ya empezaron las fantasmadas —dice Angel Galán—, a toda velocidad, saltándose los semáforos en rojo, en vez de ir por el camino más corto dimos un rodeo». O cuando Ricardo Salgueiro y Gorka, esposados malamente a una barra del camión de las UAR, desde la «angustia esa de la espera», entre focos que deslumbran, cliqueos de armas y gritos, se preguntan «¿qué pasará ahora?». Es evidente que se acaba de entrar en un engranaje terrible, que uno acaba de ser apresado por las ventosas de algún larguísimo tentáculo que agarra con fuerza su presa mientras se retrae hacia la boca del monstruo que engulle. —El famoso pulpo que se ha dicho tantas veces. Camino de esa boca pueden ocurrir muchas cosas.

Puede ocurrir que a uno le metan en un vehículo y no le dejan ver nada: «En el portal había más guardias civiles y un camión de las UAR —cuenta José Ramón Zapirain—; entre dos me metieron en un coche camuflado. Dijeron que pusiera las manos atrás y que me agachara. Todo el viaje lo hice así. Me decían: 'Ya puedes cantar porque si no tendremos que emplear otros métodos'. Y con el borde de la mano me pegaban fuerte en el cuello y en el estómago. Noté que íbamos por carreteras y por caminos malos. El viaje se me hizo muy largo. Cuando paramos, antes de bajar, me pusieron la capucha de la zamarra por encima de la cabeza, tapándome los ojos».

Puede ocurrir que ni tan siquiera se tomen las molestias de impedir que se mire, lo cual, cuando uno no tiene testigos de su detención, es un factor más de angustia —¿será que no les importa que les vea la cara porque es ya el fin? «Cuando se dirigían a Vitoria —cuenta Antxon Urra— ya empezaron a cambiar el tono. Me amenazaban diciendo que tenía sobre mí un par de muertos. Un poco más adelante, se salieron de la carretera y por el camino me dieron unos cuantos achuchones y fue cuando empezaron a decirme que nadie sabía que me habían detenido, ni a dónde me llevaban, y que eso les permitía hacer conmigo lo que quisieran.

«Nada más meterme en el coche empezaron a preguntarme, en un tono muy duro, que en dónde estaba el zulo, que cuándo había ido al otro lado por última vez —cuenta Francisco Gurutzaga, secuestrado en la calle—; ellos iban de paisano y dijeron que eran del Batallón Vasco Español y me preguntaron a ver si lo conocía. Les dije que sí. Pues tienes que cantar porque si no te matamos. Entraron por un camino, desvió de la carretera hacia Ordizia, se metieron bajo las sombras, en un yerbal. Insistieron en que eran del Batallón Vasco Español y que me iban a matar. Salieron todos del coche dejándome solo dentro. Entre ellos hacían comentarios, que si el ataúd, que quién le pega el tiro... De golpe, un tío abrió la puerta delantera, se metió y me puso la pistola en el pecho. Estuvo un momento así y ahí acabó toda la aventura. Se metieron los demás. Salimos del monte y fuimos al cuartel de Ordizia. De allí otra vez a Alegi. Dieron una vuelta por el barrio y del cuartel de Tolosa, de nuevo a Ordizia... Toda la noche viajando. En el cuartel de Ordizia me dejaron en el garaje de los coches, esposado a una silla. Allí estuve hasta las siete y media de la mañana en que me llevaron a Donostia».

Ir con los que detienen o acompañándolos en la «redada», esa especie de pequeño viaje dentro del gran «viaje», es ya en sí una de las primeras torturas: asistir al pánico de los compañeros, a la ex-

presión demudada del que llega esposado, la mirada interrogante... «Mientras hacían todo el registro —cuenta Mikel— a mí me habían metido en un coche y se habían ido a otra casa, dejándome esposado a uno que empezó a comentar y preguntarme sobre la gente del pueblo. Primero en tono de conversación, después ya se fue enfadando y empezaron los insultos y las amenazas: '¡Hijoputas, os vamos a matar a todos! ¡Si fuera por nosotros estáis ya todos muertos!'. Y cosas así. Me dio un par de golpes y yo creo que allí empezó mi interrogatorio, pues casi todo ocurrió en el coche. Fuimos a por otro compañero y seguían las preguntas, '¿en qué trabajas? ¿a qué te dedicas?' Unas veces en plan amenaza, otras amigable. Yo aprovechaba para tranquilizarme, pero ya puedes imaginarte cómo estaba. Cuando le detuvieron al último, empezó el interrogatorio duro. A mi lado se sentó otro. Como estaba esposado de una mano, me agarraba la otra, la ponía entre sus piernas y con su izquierda me daba. Se puso a pellizcarme los testículos y a pegarme. Al chófer le decía: 'Tú, cuando veas un cruce, para, que a éste le vamos a llevar al monte y ahí verá lo que es bueno. Si pudiéramos ir a Amasa, hay unos caseríos pequeñitos por ahí, paisaje majo, ya verás'. Y no dejaba de pegarme en los testículos, ni de tirarme del pelo y golpes por todo el cuerpo».

Es posible, en una de esas incursiones, que la víctima tenga que hacer de «parapeto» y cubrirles la entrada de alguna vivienda. «Me preguntaron si había alguien en el otro piso —dice Virgilio Labandibar— y les dije que no, que tenía la intención de casarme, pero que por el momento estaba vacío. Me respondieron que no les importaba pues si había alguien acabaría conmigo, ya que me iban a liquidar por delator. Llegamos y, al abrir la puerta, me pusieron delante. Estaba vacío».

A Gloria Osa, de Itziar, le hicieron algo parecido. «Los padres tienen un piso en Zarauz y fuimos allí. Me puso una pistola a un lado y otra en el otro y entre dos policías me colocaron contra la puerta. Abrieron, registraron y no encontraron nada».

También puede ocurrir, y hay de ello más de un testimonio, que se ofendan porque les confunden con otro cuerpo. A más de uno le han preguntado: «Y nosotros, ¿quién crees que somos?», «¡la Policía!» y pegar una torta. «Nosotros somos la Guardia Civil, que es una cosa muy distinta...».

«Me metieron al coche y fuimos para Donostia —dice Mikel Aranzabal—. En el viaje ya empezaron. Preguntaban, yo decía que no sabía nada y me golpeaban en la cabeza con la mano abierta y en el estómago con el puño, eso acompañado de intimidaciones y ame-



nazas. 'Ahora paras ahí —le decían al chófer— que a ese le vamos a dar una paliza'. Lentificaban y volvían a acelerar. 'Coge ese camino al monte...'. Y así, entre golpes y amenazas, llegamos a la Comandancia. Con eso me quedé más tranquilo porque lo que me daba más miedo era que me llevaran por ahí». Tranquilidad ilusoria que pronto se va a disipar cuando atraviese la puerta del cuartel.

Como se ve, lo más frecuente es que la tortura empiece en el coche, enseguida y de una forma muy violenta. «Nada más entrar comenzaron a darme puñetazos —dice Mikel Etxeberria, detenido en Amezketa el pasado 26 de octubre. Estaba en el asiento de atrás, entre dos que me daban con el codo en las costillas, mientras que el de delante me largaba puñetazos en la cara. Enseguida me amenazaron con que si no hablaba me iban a llevar a una cantera y también con que iban a buscar a mi mujer». En términos muy parecidos se expresaba, por las mismas fechas, Lucio Olarra, de Tolosa, a quien también dieron la gran paliza en el coche.

Puede ser que el mal trato sea sólo de palabra, amenazas, insultos... «A veces me decían que iban a parar y que me iban a hacer qué se yo cuántas cosas —comenta Carmen Arrieta— y eso hacía que fuera muy nerviosa y con mucho miedo. Pero no pasó nada».

Para el que ha dejado hace poco la cama y se debate entre la cruda realidad y la duermevela, los peligros se multiplican. «De Itziar a Donostia, todo el tiempo con amenazas, explicándome lo que me iban a hacer» —comenta Manuel Unanue.

«Las amenazas eran constantes y a gritos —cuenta uno de Zizurkil: '¡Lo peor es que estais vivos cuando deberíais estar todos muertos!'. Y no hacían mas que repetir que me iban a hacer lo mismo que a Arregi». El ejemplo de Arregi, que tantas huellas dejó en la memoria del pueblo, es una constante en todas las amenazas encaminadas al amedrentamiento.

«El interrogatorio empezó en el coche —dice Arantza, también de Zizurkil— y giraba en torno a mis viajes al otro lado. No paraban de amenazarme. En una ocasión dijeron: '¡Habla porque si no va a haber otro mártir en Zizurkil!' (por Arregi) y también: 'Esta chica no quiere hablar, tendremos que aplicar métodos más convincentes'. Y yo estaba muy asustada».

A veces tratan de sondear, de entablar conversación, de alarmar a la persona levantando sospechas sobre otra que se presenta como «sospechosa» de haber hablado, o complicada en cosas gravísimas. «En el coche comenzaron a meterse conmigo —dirá Carlos Camino. Me dijeron que mi compañero estaba en una organización terrorista, que le habían encontrado dos pistolas, a ver si yo sabía... Yo les

decía que era imposible. Y ellos: 'Venga, no te hagas el tonto'. Y me pegaban golpes con el codo en el costado, muy fuertes, para intimidarme».

A veces se burlan. Por el camino, a Trifol le preguntaban por qué se creía él que estaba detenido: «Yo les dije lo que pensaba: por ser abertzale y euskaldun, y ellos me repetían, dándome cada vez golpes más fuertes, en un tono de mofa, como si se lo dijeran a un niño: Eso no se dice, eso no se dice' y así gran parte del viaje».

De entre las amenazas, la que más espanta a la gente es la de ir al monte. Tal vez por eso la emplean cada vez más.

El ex-Alcalde de Zizurkil, tras el relato, decía: «Algunos piensan que lo más duro son los golpes, pero a mí lo que más me impresionó fueron las amenazas de ir al monte y que me dijeran que me iban a matar como a Arregi». «A mí me metieron en un coche y a mi mujer en otro —dice José M. Iraola—; no pensé que los de paisano eran guardias civiles, creía que eran de la Policía Nacional; por eso, cuando cogieron por la variante, pensé: ahora me llevan al monte, me dan un montón de golpes y a la cuneta. Estaba horrorizado».

Horror que se justifica cuando se comprueba que llevar al monte no es una simple amenaza, sino una realidad que tiene demasiados ecos: llevar al monte, interrogar en el monte, fuera de todo control: a uno le van a fusilar, a violar, a cortar en pedazos; luego le harán desaparecer, echarán el cuerpo por un barranco. El asesinato con mutilación de aquellos tres jóvenes de Almería, que tomaron por vascos, es una pesada sombra en la memoria del pueblo.

A Itziar Agirregabiria en el mes de mayo le hicieron una especie de simulacro de muerte. «A otro y a mí nos llevaron de casa a la cantera Ardoira. Allí, uno que estaba en otro coche nos mandó salir. Los que venían en el nuestro nos dijeron: '¿Ya sabeis para qué os hemos traído?'. Yo tenía mucho miedo, temblaba. 'Ahora vereis: un cerdo menos', dijo. De repente oímos un tiro. Los dos nos quedamos aterrados. 'Un cerdo menos', repitió. En ese momento piensas en lo peor, imaginas de todo. Nos metieron en el coche del otro y nos llevaron a Zarauz».

«En el coche —cuenta Carlos Arizabaleta—, el que estaba a mi lado empezó a pegarme puñetazos en la cara y, cuando me agachaba, en la espalda. También se dió la vuelta el que iba delante, de copiloto, con la misma intención, pero no alcanzaba. Me amenazaban mucho con el monte y al final me llevaron allí. Antes de llegar a Eibar, a mano derecha, había un caserío y cerca una escombrera. Me sacaron. Me pegaron puñetazos en todo el cuerpo, patadas en

los testículos. Me agarraban de los pelos, me zarandeaban la cabeza, me lanzaban de una parte a otra. Gritaban: 'No nos importa matarte aquí a palos y dejarte en la escombrera'. Decían que no me hiciera el duro porque terminarían conmigo. Además de los golpes me daban pellizcos a la altura de las rodillas, por la parte interna. Como yo gritaba, el que me tenía cogido decía: 'No grites' y apretaba más y me hacía más daño. Me dieron mucho. No se el tiempo. Empecé a sangrar y es entonces cuando me llevaron a Eibar».

A Karol Lasarte le hicieron algo parecido, inclusive en la pierna. «A mí me metieron la primera en un coche y me llevaron por la carretera de Perurena al monte. Por el camino decían que les contara lo que les tenía que contar. Iba uno conduciendo y otros detrás conmigo. Al lado del conductor no había nadie, era una especie de camino de cabras. Había un cartelito que ponía: 'No verter basuras. Prohibido', y se estuvieron riendo, decían que me iban a dejar allí. Todo eran amenazas y burlas. Uno le decía al otro: 'Qué, ¿nos ponemos las capuchas y le pegamos un tiro?' 'No, no hace falta, ya nos ha visto la cara'. Pero todo esto riéndose. Me pegaban sopapos y el conductor, cuando le parecía, se volvía y también me pegaba. Querían saber qué gente era la que se movía en Rentería. También me daban golpes y pellizcos en las rodillas, me agarraban la pierna por debajo y me la apretaban con toda la mano, en plan bestia. Y constantemente amenazas de que me iban a dejar allí tirada».

### 3.— Ya están allí: los interrogan.

Tan pronto como llegamos al Gobierno Civil empezaron los interrogatorios. *Esa misma mañana me llevaron al monte*, a un pinar de Andoain. Cerca pasaban autobuses de línea y también un coche de la Ertzantza. Cuidado con esos hijoputas que son capaces de calar algo, dijo uno, y estuvieron despistando. Y ya se metieron por un puente y al pinar. Allí, sin preguntar nada, *empezaron los golpes*: en el estómago, en el cuello y en los testículos sobre todo. En el cuello eran golpes de kárate pero los más fuertes eran los del estómago. Los tres tipos se turnaban. El que estaba a mi derecha era el que me daba los golpes de kárate. Cuando se cansaron de pegar me tiraron de las patillas y me obligaban a bajar la cabeza. Me arrancaron parte de la barba. Me decían: '¡Ya hablarás, cabrón! ¡Hijo de puta!' y seguían. El que había conducido estaba fuera del coche vigilando por si se acercaba alguien y estuvo todo el tiempo mostrando la pistola. En un momento el que llamaban jefe, un tipo alto, de bigote, le dijo: *Oye, mira a ver si encuentras un pozo por ahí. Verás cómo cuando le agarramos la pata con la cuerda habla enseguida*. El tipo se fue y al volver dijo que no había encontrado ningún pozo. 'Bueno, es igual, ya lo encontraremos en otro mo-

mento'. Estuvimos algo más de media hora allí, hasta que le dijo al chófer 'sigue un poco adelante', y anduvimos hacia la cima del monte, buscando algo. En el camino nos cruzamos con varios caseiros: '¡Buenos días, señor!', muy simpáticos, sonriendo. Yo creo que esta vuelta la dimos porque yo debía de estar muy pálido y hacían tiempo hasta que me volviera el color. Regresamos a la carretera. Camino del Gobierno, todavía me tiraron de las patillas y me dieron bastantes golpes, en el hígado y en los testículos. Cuando llegamos, dijeron que alguien había dado mi nombre y que lo sabían todo. Empezó otro interrogatorio en el que *seguían los golpes*. Me mandaron bajar los pantalones y *con un periódico enrollado me daban en los testículos*: golpes no muy fuertes pero sí seguidos y durante mucho tiempo. Me dijeron: 'cada vez que digas *no se*, te vamos a dar'. Después, que hiciera *flexiones*: arriba y abajo; cuando me cansaba y me caía al suelo me obligaban a levantar y, de nuevo flexiones. Después, doblado como los patos, *me hacían andar en cucullas*. Y más tarde, *cara a la pared, a bastante distancia de ella, y que me apoyara con los dedos*. Yo tengo un dedo roto desde que era pequeño y les expliqué, para ver si podía apoyarme en otro dedo. Creyeron que bromeaba y casi me dan una paliza. *No tuve más remedio que apoyarme en ese dedo*. Eso me lo hicieron cinco o seis veces y llegó un momento en que no podía más y me caía. En otra ocasión, un policía bastante atlético se puso a mi lado y *dijo que siguiera su ritmo*, empezó a hacer flexiones: tipi, tapa, tipi, tapa... No había quien le siguiera. También me *golpearon la cabeza*; al principio con la mano y luego, cuando se enfadó, con un listín. Así el miércoles, el jueves y el viernes, alternando los interrogatorios con la celda. Entre los que interrogaban *había una chica y delante de ella no me golpeaban casi, sólo algunos pellizcos*. Pero cuando no estaba se metían en una oficina, cerraban las puertas por dentro y ya sabía que venían las sesiones más duras\*.

Los hemos recogido en la casa, los hemos acompañado en el trayecto y ahora ya están ahí, acaban de llegar. Encapuchados, tiritando de frío, con las esposas apretadas hasta sangrar, aguardan su momento. Puede que sea al principio de la noche, puede que estén medio dormidos o que conserven aún los vapores etílicos de la interrumpida fiesta, puede que les hayan dado ya la paliza en el monte, o que estén sangrando de un tiro, o que se esté haciendo más visible la señal del pelotazo que han recibido en plena calle. El tentáculo los acaba de depositar en la lóbrega antesala y esperan. Mientras ellos esperan yo trato de dar con la fórmula de transmitir el gran proyecto genocida.

(Hace días que busco la forma de ordenar ese montón de datos que se me han juntado sobre la mesa. Esos testimonios individuales que cuentan, cada uno a su manera, la experiencia límite, compleja e intransferible del momento concreto —no de los preámbulos— en

el que la persona *allí* acosada se convierte en punto centralizador de todas las formas de violencia negativa; desde la que, minuciosamente planificada con fines de sumisión, se genera en las más altas instancias del Poder, hasta la que nace en los más oscuros ámbitos personales; todo ese descomunal proyecto de doma que abriga el Estado: su voluntad inquebrantable de castigar y aniquilar al rebelde, y todas las malas leches, los rencores, las amarguras y las frustraciones del que se dispone a eso que llaman «interrogar», todo confluendo allí, sobre la indefensa víctima, a punto de estallar en las múltiples formas imaginables, al capricho de cada cual —que en eso los que consienten a distancia no se meten. Todo, repito, apuntando a ese hombre, a esa mujer, que en ese sótano, en esa mazmorra o en esa destartalada oficina del segundo piso observa ahora cómo el funcionario de turno se prepara. Con temblor leo en algunos de los testimonios que tengo en la mano: «Se levantó y empezó a cerrar las persianas»...

¿Cómo ordenar estos datos para que nadie pueda pasar indiferente al lado de esas persianas que, al caer, preparan el escenario del horror? ¿Cómo evitar, por otro lado, la repetición de tanto testimonio, para que no se convierta en una monótona letanía de fondo a la que uno se acostumbra? ¿Cómo hacer para dar este material valiosísimo que me desborda y del cual quiero dejar la mejor constancia?

Lo tengo bien ordenado en carpetas; las 65 largas historias de este viacrucis, separadas por meses, por semanas, por días. Tengo también hecha la ordenación de cada testimonio por partes y, en la que corresponde al capítulo que voy a redactar, tengo recogidas minuciosamente las técnicas que se han utilizado para la tortura, que constituyen una larga lista dividida, a su vez, y subdividida: las físicas, las síquicas... Creo que podría hacer un trabajo exhaustivo que aportara algo a la investigación del tema. Numerosos datos fríos, asépticos, «objetivos»: tantas veces la bañera, tantas el quirófano, tantas veces la electricidad. Podría enumerar también las características del dolor. Decir, por ejemplo, que de 287 veces que se golpea la cabeza —es un decir— tantos golpes fueron dados con la mano, tantos con una regla, tantos con una toalla mojada enrollada en torno a una goma; tantos con esa varilla que tiene anillas metálicas al final, tantos contra la pared, o contra el canto de una mesa... Decir que hay tres casos de rotura de maxilar y algunas perforaciones de tímpano.

Podría especificar, asimismo, que la mano que pega en la cabeza es un instrumento de múltiples posibilidades. Que puede cerrarse

condensando fuerza para el feroz puñetazo, o utilizar los salientes nudillos para lo que aparenta inofensivo coscorrón pero que, de una manera persistente y prolongada alrededor del cráneo, conduce hasta el mareo. Que puede abrirse y hacerse rígida para que el borde encallecido por el kárate colapse mejor la yugular o sea más contundente cuando caiga sobre el occipucio. Puede ahuecar las palmas para, sincrónicamente, chocar contra las orejas y aumentar la presión de los oídos hasta el punto de reventar sus tímpanos —lo que técnicamente se llama «el teléfono». Podría también explicar lo que los dedos de esta adiestrada mano, tan especializada para este oficio, son capaces de hacer. Sus selectivas habilidades en retorcer testículos, en hurgar por las carnes en busca de puntos sensibles para dar el pellizco adecuado, o esas otras más recientes, la de esos índices que se cuelan por detrás de las orejas en las pequeñas fosas de Iñaki Olaetxea y José M. Olarra, hace apenas tres semanas, para provocar un dolor infinito y un vértigo que rompe el conocido esquema del espacio que, de pronto, se descompone en planos que no encajan y dejan al individuo inerte y paralizado en la más espantosa de las angustias.

Podría, digo, porque tengo los datos subrayados en rojo, en azul, en verde, hacer un informe. Y lo he intentado. Pero no paso de ahí. Y eso es muy poco.

Durante días he tratado de convertirme en una especie de computadora para dar la información en cifras, porque sé que es una cosa que impresiona. Y ahora más que nunca necesito impresionar, llamar la atención, reclamar auditorio... Una y otra vez he querido trabajar como una máquina para llegar, de una manera más humana, a decir lo mismo que un cerebro electrónico y conseguir con ello esa «respetabilidad» que emana del dato estadístico que sale del ordenador, aunque supiera de antemano que era reducirme.

Me he esforzado en buscar un lenguaje que no amo —yo que amo tanto la expresión escrita— para formular este problema en rigurosos términos que algunos llamarían «científicos». Ensayo, de múltiples maneras, la forma de comunicar el mensaje, cómo decir las cosas que se dicen hoy —que ya se que no se dicen— un tanto camufladas, para que cuelen sin asustar. Porque necesito que lo que está ocurriendo, todo este genocidio soterrado de este pueblo, quede plasmado en un documento que llegue a las manos de aquellos que se han puesto al abrigo de sobresaltos para vivir cómodamente «su vida». Lo he intentado todo para traducir tantísimas horas de sufrimientos a un lenguaje condensado, tácticamente concebido para atravesar las barreras de la indiferencia y surtir, una vez en su inte-

rior, los efectos de una bomba, y hostigar y provocar al máximo, y romper por alguna parte ese silencio sepulcral en torno a la tortura, y comprobar también si se trata de apatía o de mala fe. He imaginado diferentes vías para dar con la fórmula prestigiosa de quienes regresan del laboratorio y presentan resultados indiscutibles, que se pueden constatar a la mínima duda: esto ocurrió aquí, en tal fecha y a tal persona y fue de esta manera y éstas son las pruebas —aunque ya se que jamás hay pruebas de esta clase de tortura— y aquí está el material procesado. Y he imaginado también cómo frenar la terrible cólera que me crece para así mejor conseguir estos propósitos. Lo he intentado todo y no puedo.

Porque, ¿cómo medir esas importantísimas horas de una vida, recogidas a fragmentos, esas escenas esbozadas que nos hablan de situaciones dantescas que no se pueden comunicar? ¿Cómo explicar esa situación límite en la que un brutal golpe lo cuestiona todo? ¿Cómo catalogar ese instante en el que el tiempo de pronto cobra vida y esa vida envuelve el rutinario tiempo de la cotidianidad? ¿Dónde situar ese momento eterno en el que José M. Olarra, de tantas formas torturado durante horas y horas, al borde ya de la gran sisma, siente que la muerte le llega y entra en éxtasis, «me invadió una felicidad como nunca había sentido, tan a gusto de pensar que iba a morir», para caer, poco tiempo después, en la peor de las desolaciones al comprobar que le iban a dejar con vida. «me empujaron otra vez al calabozo y me caí por la escalera. Eso fue terrible, el peor momento psicológico, sentí una amargura: ¡Dios, ya no me van a pegar el tiro!».

He renunciado a cualquier proyecto organizado para la confección de este capítulo que trata de lo que ocurre *allí*, en el mismísimo infierno, y he decidido transcribir una brevísima síntesis de estos testimonios. Tal vez apretando las palabras, arrojándose las unas a las otras, sin interferencias de signos, nos acerquen más al caótico escenario de los hechos).

El primer recibimiento suele ser el golpe, la paliza entre varios, lo que llaman «la rueda» o uno sólo que quiere tantear, que propone pactos y da de vez en cuando alguna torta. Insultos, amenazas, empujones... No hay nada establecido.

«Encapuchado me bajaron a los sótanos 'verás qué fresquito y qué bien lo vas a pasar' decían riendo y efectivamente sentía que era un sitio fresco ESTABA ASUSTADÍSIMO pensaba que me iban a pegar me llevaron a otro cuarto y allí empujones y más golpes había varios me echaban de unos a otros todo con gritos amenazas 'hijoputa ya verás lo que te vas a comer', yo quieto sin ver más tarde me quitaron la capucha y con un libro que se habían llevado de casa me pegaban en la cabeza y golpes en el estómago y en la cara y por todas partes del miedo y de los nervios casi no los sentía cuando me mandaron hacer gimnasia dije que no y me obligaron a golpes las amenazas eran constantes VAMOS A TRAER A TU MUJER y veremos si hablas, salieron a buscarla horror en otro momento oí cómo colocaban el cargador en la pistola amenazando a Ricardo a mi también me ponían la pistola delante jugaban con ella ME APUNTABAN. Soy Mikel Aranzabal de Pasaia, Gipuzkoa. Eso me pasó en la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia, el mes de abril de 1983».

«Yo me apoyaba en la pared y me zarandeaban cuando me agaché me dieron cuatro golpes una fuerte patada en los cojones y otra vez vino el de barbas me volvió a pegar cuando supe que iban a poner en libertad a mi mujer me quedé más tranquilo ME HICIERON MUCHO DAÑO SICOLOGICO al llevarse a la mujer y dejar allí el niño abandonado porque al principio no se la pensaban llevar lo hicieron como venganza y a ella le decían que YO HABIA PUESTO UNA BOMBA y pasó mucho PANICO uno en plan de cachondeo me habló en euskera. Soy José M<sup>a</sup> Iraola, del barrio del Antiguo. Donostia. Eso me pasó en la Comandancia de la Guardia Civil, el mes de abril de 1983».

«Yo soy de Zizurkil estuve sólo horas y el que tenía manía de pegar en los cojones me dio tres bofetadas y me siguió PEGANDO EN LOS COJONES. Eso fue en el Gobierno Civil, la Policía, en mayo de 1983».

«Al llegar a la comisaría me empezaron a pegar con una caja de cartón hasta que se rompió y cogieron un listín lo doblaron me pegaban en la parte de arriba de la cabeza luego con las rodillas en los testículos me preguntaban a ver si tenía novia dije que no A VER SI ES QUE ERA MARICON y te voy a dar un golpe en los cojones que te dejo por el suelo. Soy Patxi del barrio de Egia, Donostia. Eso fue en mayo de 1983».



«Entre empujones insultos y golpes por todo en cuerpo especialmente en la cabeza y en los testículos empezó el interrogatorio muy largo en el que sólo veía a dos de los policías que estaban allí muy mal al día siguiente ya eran otros Y OTRA VEZ GOLPES EN LA CABEZA EN LOS TESTICULOS DE UNA PATADA EL INSPECTOR ME MANDO DEBAJO DE LA MESA, me siguió pegando en el suelo hubo otro interrogatorio más y otro lo mismo aproximadamente a las siete de la tarde apareció el inspector en el calabozo más golpes que si no hablaba me iba A PASAR LO MISMO QUE A ARREGI. Soy José M<sup>a</sup> Etxarri de Lasarte, fue en el Gobierno civil, la Policía, en julio de 1983».

«Me pegaron golpes en el estómago en la cara en los testículos una de las veces al esquivar giré la pierna y le dí al poli que cayó al suelo los otros dos se echaron encima cayeron sobre mí me dejaron 'planchado' pegaban por todas partes como si fuera un saco, estaba muy nervioso porque me decían que cuando el otro se recuperara ME IBAN A MATAR. Soy Carlos Arrizabaleta, de Arrasate. Eso me pasó en el Gobierno Civil, en julio de 1983».

«Me quitaron la capucha en la celda y me llevaron al interrogatorio había cinco o seis de paisano empezaron a pegar en los riñones golpes técnicos con el codo entre dos a la vez, golpes que no dejaban marca y hacían mucho daño, golpes duros secos, me pegaron también en el cuello en la cara con las manos abiertas sobre los oídos también patadas en el culo y en las piernas más tarde me quedé con tres todo el rato preguntando se paraba uno y empezaba otro dijeron en un momento venga que estas muy gordito EMPIEZA A SALTAR estuve mucho rato saltando hasta que me mandaron flexiones después FLEXIONES Y SALTOS a la vez se me hizo muy largo de pronto dijo uno 'a éste como va de duro le vamos a poner en la mesa' Dios mío me harán el quirófano 'no todavía no', dijo otro entraron varios, el alto me cogió de las patillas y me levantaba me zarandeaba en el aire SENTIA UN DOLOR TERRIBLE MAS QUE CON LOS GOLPES ME QUEDARON CALVAS. Soy José Ramón Zapirain de Herrera. Eso fue en la Comandancia de la Guardia Civil, en mayo de 1983.»

«Yo también hice gimnasia muchas flexiones ANDAR EN CUCLILLAS durante mucho rato me levantaban bruscamente y me daban tirones en las piernas intentaban darme rodillazos en los testículos pero yo me protegía con las manos dijeron que me iban a esposar un horror. Soy Antxon Urrea de Arrasate. Fue en el Gobierno Civil, en marzo de 1983».

«A mí también DESPUES DE LOS GOLPES hacer flexiones arriba

y abajo sin parar mientras me preguntaban si bebía si fumaba y que siguiera haciendo gimnasia durante mucho rato mientras SE REÍAN 'nosotros también tenemos paciencia'. Soy Angel Olano, de Alegi. Esto me hicieron en la Comandancia de la G.C. en el mes de junio de 1983».

«Mientras me obligaban a hacer gimnasia mucho rato QUEDE DESTROZADO flexiones más de media hora al día siguiente repitieron lo mismo no entendía. Soy Francisco Gurutzeaga, de Alegi. Eso me hicieron en la Comandancia de la G.C. en junio de 1983»

«Al entrar en el despacho lo primero hacer flexiones 'cuando te acuerdes de algo para y lo dices' con las flexiones ME HICIERON FUMAR TRAGANDO EL HUMO luego me dieron un par de guantazos y a la celda al día siguiente en el interrogatorio el mismo se levantaba decía 'ven aquí' haciendo un gesto con el dedo y plis plas una hostia en la cara así un hostión varias veces. Soy Mikel Iturrioz de Ordizia. Eso fue en la Comandancia de la G.C., en junio de 1983.»

«A las noches me sacaban a hacer gimnasia mientras me hacían fumar el tío no decía nada mucho rato de vez en cuando se levantaba y me PEGABA UN FUERTE GOLPE EN LA CABEZA. Soy Peio Martinez, de Ordizia. Eso fue en la Comandancia de la G.C., en junio de 1983.»

«Yo también fui obligado flexiones subir y bajar cada vez que subía una patada en los cojones entre las patadas y en cansancio ME EMPECE A MAREAR CAÍ me dejaron sentar y luego de pie continuó el interrogatorio muy agotado mortal ya he dicho antes las otras cosas que me hicieron. Soy Carlos».

«Después de los golpes en los testículos limpiaron la mesa para EL QUIROFANO pusieron una bolsa como de almohadilla para poner el culo me senté y dos tíos se sentaron sobre mis piernas y arriba y abajo la mitad de cuerpo colgando cuando me faltaban las fuerzas para incorporarme un golpe en los testículos y ARRIBA así me hicieron TRES SESIONES MUY MAL en una me dieron un golpe muy fuerte en los testículos me asusté HABIA UN TIPO MUY GRANDE QUE PEGABA A LO BESTIA Y DABA MUCHO MIEDO. Soy el hermano del que fue alcalde de Zizurkil. Eso me pasó en el Gobierno Civil de Donostia, en mayo de 1983».

«Con un lápiz hexagonal metido entre los dedos me presionaban la mano seis veces los de la izquierda y tres los de la derecha aunque dolía mucho no dije nada porque NO TENIA NADA QUE DE-

CIR me dieron muchos golpes durante el interrogatorio me marcaron bien la cara y las orejas trabajo les costó quitarme las marcas a base de pomadas el día de Corpus me colgaron de la mesa desde la cintura para arriba con las manos esposadas dos veces cada día en dos días al subir se siente un terrible dolor en la cintura así hasta que falta el equilibrio PERDI EL CONOCIMIENTO tumbado en el suelo con las manos atadas atrás y los pantalones bajados con los pies me pisaban los codos mientras otros me sujetaban las piernas había un puro animal que me cogía LAS PARTES Y ME LAS RETORCIA también me apretaba hasta cortarme la respiración y no podía resistir LA ASFIXIA es terrible el dolor que siente pero yo no tenía NADA QUE DECIR. Soy Jon Arrizibitia, Cura de Gorriti, eso me lo hizo la Policía en mayo de 1983».

«Luego empezaron a golpes y tirones de barba me tenían sentado con las piernas abiertas y uno me pegaba en los testículos después me colocaron de pie cara a la pared separado de ella y apoyado en los índices las piernas abiertas CERRARON LAS PERSIANAS uno de ellos se puso detrás otro al costado el de atrás me empujaba para hacer más fuerza sobre los dedos y el otro me pegaba en los testículos y en los costados me iba contra la pared me golpeaba la cabeza me caía me agarraban por el pelo dando fuertes tirones y otra vez de pie ME CAÍ VARIAS VECES LOS GOLPES LLOVIAN por todo el cuerpo después estuve SIN SENSIBILIDAD en los dedos durante mucho tiempo cuando me golpeaban en el estómago dije que tenía una úlcera para operar y mucho dolor y el poli con un dedo CALCULO EL PUNTO donde más dolor tenía y la mayoría de los golpes me los daba allí eso fue ENSAÑAMIENTO muy duro cuando estaba sentado uno me cogió el brazo y me lo dobló para atrás y la muñeca también caí dijo que eso no era nada para lo que el sabía hacer LLAVES DOLOROSAS QUE NO DEJABAN HUELLA. Soy Virgilio Labandibar de Oiartzun. Eso me hicieron en el Gobierno Civil, en mayo de 1983».

«A mí me AMENAZARON mucho, muchos tortazos también mandaban que fuera contra la pared con las manos extendidas apoyado en los dedos y que me agachara me pegaban un golpe con la mano abierta y enseguida que pusiera firme y otro golpe y así. Soy Imanol Artano, de Alegi. Eso me hicieron en la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia, en junio de 1983».

«Hasta las nueve de la mañana que duró el interrogatorio él andaba por allí se sentaba pero yo DE PIE VARIAS HORAS después de lo que ya me habían hecho en el monte. Soy Karol Lasarte de Rentería. Fue la Policía en el mes de junio de 1983.»

«A LA BAÑERA gritó uno y me llevaron desnudo de la cintura para arriba me envolvieron en una manta y me ataron a una tabla no me podía mover en la puerta tienen en la que colocan la madera y no tienen más que levantar la aparte de los pies y tu inmovilizado quedas con la cabeza debajo del agua te sacan y te meten sin esfuerzo alguno te dejan hasta que te ahogas, muy mal terrible LA BAÑERA ERA DE COLOR VERDE me volvieron a la sala y allí fue lo peor la cabeza en una bolsa de plástico apretaban por detrás y NO PODIA RESPIRAR. Soy José Luis Osa, de Itziar. Eso ocurrió en la comandancia de la G.C. de Donostia, en mayo de 1983».

«Trajeron la caja y que agarrara los cables yo cogía los electrodos pero cuando DABAN LAS CORRIENTES los soltaba y trajeron cinta aislante me ataron los dedos y a darle a la corriente eso fue muy largo en la última sesión me los pusieron en la cabeza en la parte de la nuca. Soy José Antonio Unanue, de Itziar. Eso me lo hicieron en la Comandancia de la Guardia Civil, en el mes de mayo de 1983».

A veces el testimonio es brevísimo, llega como un mensaje súbito de alarma. Alguien transita por los alrededores de la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia y oye gritos desesperados que salen por una ventana: «¡Dejadme morir! ¡Basta ya!». Alarmado, corre a denunciar el hecho en el Juzgado de Guardia y, poco después, el ciudadano José Luis Olano, de Lasarte, ingresa herido en la casa de Socorro. Eso ocurría el 31 de julio de 1983. la noticia está recogida del diario EGIN.

«El martes hacía las ocho me desnudan de cintura para abajo me esposan me tiran al suelo y que empiece a declarar NO SABIA NADA me retuercen los testículos me meten un calcetín en la boca para que no grite me asfixio me tiran al suelo otra vez golpes en las piernas en la tripa en los brazos un tremenda paliza que repiten tres veces esa misma noche y cada vez tres sesiones y cada sesión tres ratos de torturas diversas y cada rato quince o más minutos estoy desnudo MAS TARDE OTRA EMPIEZA SOBRE EL CUERPO DEBILITADO que levante las manos que haga flexiones me ponen en una mesa esposado sin poder sujetarme el quirófano cuatro veces perdí la voz hasta el sábado ME QUEDE TARTAMUDO volvieron apretando los testículos retorciéndolos, destrozándolos y así varias veces la última sesión el miércoles duró cinco horas me habían pe-

gado mucho en la cara en las orejas la cabeza me iba a estallar sentía un terrible dolor de amígdalas me siguen pegando me presionan el pecho hasta la asfixia me ahogo pierdo el conocimiento hasta el lunes no tengo noción del tiempo se que cuando he firmado la primera declaración estaba en el suelo ME DECIAN QUE IBAN A TORTURAR A LA MUJER les digo que firmo lo que quieran. Soy Trifol, profesor de euskera en el Instituto de Eibar. Eso me lo hizo la Policía en el mes de mayo de 1983».

«Desde el primer momento a hacer flexiones tres tíos a mi lado a cada cual más grande y fuerte tumbado en el suelo tenía que flexionar los brazos me AGOTE empezaron a hostias por todo el cuerpo en la cabeza con un listín no se calcular el tiempo se me hizo muy largo me llevaron después a otro despacho en donde estaba uno al que llamaban Marconi tenía encima de la mesa el aparato de LAS CORRIENTES me dió y 'cantas o ahí está eso' abrió la puerta cogió la pistola 'venga escapa si tienes cojones' yo estaba quieto me dio los electrodos como no me movía entre tres me tiraron al suelo y mientras uno APRETABA LA CABEZA CON LA BOTA los otros me inmovilizaban con las piernas y Marconi aplicaba los electrodos al principio pero se enfadó 'te voy a matar' y al dar al máximo era terrible pero se quedó después sin pilas como las linternas cuando no tienen luz y empezó 'mecagoendiós se ha jodido el cacharro' me pusieron de pie y mientras unos me colocaban los electrodos en el pecho el otro me apretaba con las dos manos los dedos ENTRE LOS CUALES HABIA UN BOLIGRAFO HEXAGONAL luego los cables a los testículos cuando se agotaron las pilas flexiones y todo esto yendo y viniendo alternando la tortura con mi hermano y amenazas terribles SIN DEJARME BEBER AGUA no se lo qué ocurrió cuando me desperté vi a un compañero yo estaba todo marcado las rodillas los codos con rozaduras las manos rojas cuando fuí a mear la orina salía negra como la coca-cola. Soy Manuel Unanue de Itziar. Eso me hicieron en la Comandancia de la G.C., en mayo de 1983».

«YO ESTABA ENFERMA UNA INFECCION EN EL OIDO me dijo que empezara a hacer flexiones cuando estaba agachada colocó la pierna sobre mi espalda sin dejarme subir y gritaba 'venga más arriba' entre las flexiones y los tortazos me llevaron a la celda mareada más tarde entre seis otra vez a pegarme me dehicieron el moño me arrancaron pelo y entre dos a golpearme el estómago y yo a devolver Y NO HACIA MAS QUE DEVOLVER salía de la celda y a echar todo y era SANGRE hubo un día en que devolví seis o siete veces y cayéndome de debilidad muy mareada por los pasillos andaba como sonámbula no me daba muy bien cuenta de lo que decía ni de en dónde estaba y así en este terrible estado me llevaron a los interrogatorios me amenazaban con los ELECTRODOS pero por el pasi-

llo uno dijo 'no la lleveis que se ha estropeado la máquina' se que me llevaron a interrogar y que me mareé no sé con quién pero cuando me desperté estaba en medio de cinco y uno decía que me llevaran porque no estaba en condiciones SE ASUSTARON BASTANTE y me dieron manzanilla y no se cuantas cosas y yo tomar y corriendo al váter devolviendo con sangre no podía ni ponerme las botas me caía me tenían que ayudar para todo UNA AGONIA dijeron que me tenía que ver un forense le conté cómo me habían golpeado el estómago ordenó que durante todo el tiempo me dieran leche con huevo pero sólo lo cumplieron el primer día. Soy Gloria Osa de Itziar. Eso me ocurrió en la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia, en mayo de 1983».

«En el traslado a Madrid coincidí con Txabilo y le habían hecho LA BARRA LA BAÑERA LOS ELECTRODOS LA BOLSA DE PLASTICO LE TUVIERON COLGADO una cosa terrible y él me dijo que lo de su compañero Loiola fue todavía peor que lo suyo porque LO LLEVARON AL MONTE Y LE DISPARARON UN TIRO JUNTO A LA OREJA Y TODAVIA NO OYE los familiares han contado que le hicieron barbaridades lo trajeron desde El Ferrol esposado la madre lo vio en la cárcel las MUÑECAS Y EL PECHO NEGROS 'me han hecho de todo' dijo. Soy GLORIA OSA».

«Hice el viaje a Madrid en el mismo coche que Apaolaza y me contó que le habían puesto ELECTRODOS y muchas torturas más. Soy M<sup>a</sup> Luisa Etxeberria, de Renteria. Eso fue en el Gobierno Civil de Donostia, en agosto de 1983».

«Me pusieron en pelotas se levanta uno me viene la primera somanita cuatro o cinco golpes bien dados las manos abiertas sobre los oídos la cabeza estallando y con su CABEZA GOLPES EN LA MIA ya trajeron la máquina de los electrodos que agarrara y me pusiera en los testículos yo resistiendo me pegaba al fin me puse y al suelo me daban patadas por todas partes de allí a la celda y al rato otra vez flexiones golpes en la cabeza en el hígado ASI ESTUVE TRES DIAS SEGUIDOS sin descansar sin dormir sin beber 'canta y te damos agua' sin dejarme ir al váter tuve que orinarme en los pantalones a partir de los dos días me esposaron a una puerta del pasillo SIEMPRE DE PIE me amenazaban me insultaban los que vigilan al tercer día otra vez la bañera más fuerte hasta que vieron que sangraba mucho por la nariz 'si devuelves lo comes vas a tragar más' otra vez golpes y la celda y flexiones UNA PESADILLA YO QUERIA MORIRME ojalá me dieran una escopeta pensaba llegaron los de Madrid dijeron que ESPECIALISTAS EN TORTURAR 'si hablas no te pasa nada si no tienes cuatro detrás' me hicieron desnudar de cintura para arriba uno se arremangó la zamarra vino

directo y diez minutos puñetazos en el hígado en la cabeza en el estómago me agarraban de los pelos con las dos manos me levantaba y me tiraba para un lado para otro se miraba las manos 'este cerdo como echa pelo los tres de atrás me pegaban también por todas partes uno me ponía UNA NAVAJA EN EL CUELLO yo inmóvil dos horas pegando «si te mueves te la clavas» PERDI MUCHAS VECES EL CONOCIMIENTO me llevaban entre varios a la celda y allí me tiraban ahí te quedas' cuando volvía en mí tenía una angustia terrible DE NO PODERME MORIR me subieron otra vez y no se lo qué paso dicen los compañeros que ME BAJARON COMO UN FARDO Y QUE ESTUVE DELIRANDO debieron asustarse vino uno con una bola roja preguntaba qué era aquello yo no sabía me han contado estaba muy mal muy duro nunca pensé que una paliza pudiera ser tan dura nunca creí TODAVIA VINO LO PEOR el último día uno de barbas me metió los dedos detrás de las orejas apretando y levantando a la vez y yo ME IBA PERDIA LA VISTA ME PARECIA QUE EL SUELO NO ERA PLANO que había terraplenes me balanceaba y no podía mantener el equilibrio me quedé como atontado y estoy seguro de que he podido decir cosas sin saberlo él me daba dos o tres tortas y me dejaba y a preguntar eso me lo hizo diez o doce veces durante unos minutos NO SABIA DONDE ESTABA ME SENTIA MUY ANGUSTIADO un dolor muy grande en todo el cuerpo y la cabeza terrible me quedaba contra la pared encogido y agarrotado volvía con los golpes pero cada vez estaba más débil después de OIR LOS GRITOS DE DOLOR DE JOSE M<sup>a</sup> pensaba que si hubiera tenido una pistola a gusto me hubiera pegado un tiro o me hubiera metido una navaja muy a gusto me hubiera muerto. Soy Iñaki Olaetxea de Berástegi. Eso me hicieron en la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia, el mes de octubre de 1983».

«A mí también me metía los dedos en esos huecos detrás de las orejas los hundía y luego apretaba subiendo para arriba UNA TORTURA MUY PRECISA se me iba la vista igual que si me fuera durmiendo oía su voz pero no sabía lo que me preguntaba los pies muy fijos como agarrotados el cuerpo se balanceaba pero los pies no y EL QUE ME LO HACIA ME IBA EXPLICANDO LO QUE ME IBA A PASAR cuando ya no veía ni una lucecita me dijo 'vamos a hacer que te vuelva la vista' otro trajo una toalla con agua muy caliente y me la puso en la nuca entonces empecé a ver como si estuviera en una celda y entrara algo de luz después de esto ME ENCONTRABA MUY AGOTADO el tío me preguntaba también y quería que le fuera explicando lo que sentía como si hiciera conmigo un experimento SI UN EXPERIMENTO a mí también me pegaron un poco menos que a Iñaki lo mío fueron sobre todo BANERAS MUY SEGUIDAS arriba poco y mucho dentro del agua así una hora TUVE CONVULSIONES después no podía andar ni moverme me llevaban a la celda

y allí de pie vigilaban me caía siempre TENIA MUCHA SED Y NO ME DABAN AGUA un dolor de cabeza horrible en las sienes y arcadas devolviendo bilis todo el tiempo una náusea y ARRIBA OTRA VEZ golpes la rueda patadas CAIGO la cabeza parecía que la iban a reventar tortas en la cara en los oídos con las palmas de la mano todo muy largo me ponen LA BOLSA QUE UNO CIERRA POR DETRAS ME ASFIXIO CAIGO ME LEVANTAN DE LOS PELOS voy tambaleándome entre dos a la celda amenazan con traer a la mujer embarazada me dejan de pie en el centro de la celda me caigo otro interrogatorio la bolsa golpes en el estómago la bolsa más golpes BAÑERA creo que ahí perdí el conocimiento cuando me doy cuenta están echándome agua fría yo en el suelo ESCALOFRIOS muy grandes y unas ganas de morir UNA FELICIDAD TREMENDA DE PENSAR EN LA MUERTE COMO FIN buscaba alguna esquina contra la que pegarme pero me sentía débil sin fuerza para levantarme volvieron a pegar a preguntar me dio la impresión de que alguno hacía señas de alarma para frenar al de los golpes más tarde otro interrogatorio había un INSTRUCTOR RUBIO CON VOZ DE EUNUCO y tres más uno creo que sicólogo alto con gafas no pegaba ni hablaba sólo mirar vinieron los de Madrid se notaba que tenían más autoridad eran tres dos de pie y uno sentado y yo de pie desnudo en medio empezaron suaves los golpes en lado izquierdo de la cabeza y fueron en aumento durante mucho rato daban con un álbum de fotos y con la mano plana sobre los oídos NO OIGO BIEN DESDE ENTONCES mientras pasaba esto otro me dio con los pies en las piernas caí como un saco me levantaron por los pelos y así agarrado me volteaban por los aires TENGO MUCHAS CALVAS otra vez la bolsa otra vez al calabozo DE RODILLAS EN EL CENTRO con las manos en la nuca me caí y me daba un cabezazo y otro perdí la cuenta otra vez la bañera ahí partí la tabla empezaron a insultar yo estaba en el suelo recuperando el conocimiento oía sus gritos fue cuando pasaron los de Madrid y les avisaron de que no se pasaran 'cuidado que se os va' estaba muy mal me moría náuseas bilis calambres sacudidas por todo el cuerpo un dolor espantoso en la nuca era la agonía uno con una cicatriz en el lado derecho de la cara dijo que tenía cinco sumarios abiertos por malos tratos y que uno más no le importaba llegó un momento en que no me daba cuenta de en dónde estaba un dolor terrible en la cabeza VEIA ESTRELLITAS FOGONAZOS FUEGOS ARTIFICIALES ardía el cerebro y en la celda buscaba un punto donde estrellarme pero la arista de la cama estaba demasiado cerca no podía tomar carrerilla pero deseaba morir a gusto muy a gusto deseaba la muerte acabar cuanto antes el fin entonces fue cuando empezaron lo de que me iban a sacar al monte y pegar un tiro y yo me sentía muy feliz y les preguntaba de verdad vais a matarme y con un gusto y todo aquel teatro que yo me lo creía y que ya he contado. Soy José M<sup>a</sup> Olarra, teniente alcalde de



Villabona. Eso me lo hicieron en la Comandancia de la Guardia Civil de Donostia en octubre de 1983».

¿Para qué seguir? Habría que incorporar a sus dos hermanos, a Pili Nieva y una larga lista hasta sesenta y cinco que se expresarían en términos parecidos y haría repetitivo —¡da vergüenza tener que moderarse ante hechos tan graves!— el documento. Documento que, sin embargo, es la prueba más fehaciente de la nueva modalidad de genocidio a la «democrática» —hay que insistir en el término: genocidio a la «democrática»— que se está llevando en Euskadi con el consentimiento y la complicidad de muchos.

#### 4.— Los bajan a celdas

*«Durante los tres días que estuve en comisaría no me dejaron dormir. En el calabozo me tuvieron de pie todo el tiempo. Tenía que estar en la mitad de la celda. El policía al encerrarme dijo: 'Tienes que estar en frente de la mirilla. No te puedes mover ni apoyar en las paredes'. Así que pasé los tres días de esta manera, sólo me sentaba durante algunos momentos en los interrogatorios.*

*En el calabozo se pasa mucho miedo. Había un policía nacional que dijo que a su hermano, que era guardia civil, lo habían matado. Este policía una de las noches, la del jueves, me sacó de la celda y me puso frente a él. Me dijo que me estuviera quieto, con las manos atrás, y que si me movía me iba a dar golpes con la porra.*

*En otra ocasión, uno de los compañeros que estaban conmigo escuchó cómo un policía de los calabozos le decía a otro, refiriéndose a mí: 'Cuidado con ese que es muy peligroso. Se ha picado a dos guardias civiles'. Eso sólo como anécdotas de la tensión que hay allí.*

*El viernes, en el último interrogatorio, me dijeron que me sentara porque vieron que me caía. Ya no podía aguantar más, tenía mucho sueño. Me desplomaba. El policía que me había puesto de pie delante suyo me dijo: 'Si te mueves te pego un gomazo en la espalda, ¡me caguendios!'. Me tuvo unas tres horas parado, al fin dijo: 'Anda un poco por el pasillo, que ya puedes entrar'. Empecé, pero no podía seguir, me caía al suelo. Poco a poco llegué y me metí en la celda. Y allí de pie. De vez en cuando, según quién estuviera en la guardia, andaba un poco, pero con otros no podía porque no se despegaban de la mirilla.*

*Otra vez me mandaron salir para que fregara las celdas, los pasillos y los váteres.*

*De vez en cuando me traían un bocadillo pero no lo comía. Sólo tomaba algo de fruta que me mandaban de casa.*

*Lo pasé muy mal. Orinaba sangre; durante el tiempo que estuve allí la orina salía roja, roja.»*

Es difícil acercarse a esa celda-calabozo relegada siempre en al-

guna parte subterránea del Centro y hacerse una idea de lo que pasa por la mente de quienes tras una sesión de «interrogatorio» han sido depositados allí, a manera de tregua, a la espera, según suelen decir, de continuar más tarde.

Teóricamente y hasta para aquellos que han sido torturados, la celda es el lugar en donde pueden reponerse físicamente y a veces es así, pero también es el lugar en donde pueden descomponerse de miedo, de pánico, de horror. Para entender lo que ocurre en este reducido espacio hay que partir de la situación de angustia del que lleva horas o días viviendo ese constante trajín de gentes que sacan, que meten, que suben, que bajan, que vuelven a traer cojeando, a rastras, como sonámbulos; ese desfile de hombres y mujeres deformados con los que se cruza, o que pasan por delante de su puerta conducidos entre insultos y lamentos; esa gente que llora, que llama a los seres queridos o guarda un inquietante silencio. Hay que situarse en la zozobra del que espera que de un momento a otro vendrán a buscarle también.

«Del interrogatorio me llevaron a la celda. Tengo mucha miopía y sin gafas no distinguía bien. Me habían dicho: 'Tu de aquí no vas a salir vivo' y no hacía más que pensar cosas horribles», dice José Ramón Zapiraín. Y es verdad que allí las amenazas pesan, se crecen como gigantes y uno imagina siempre lo peor. «Yo quiero decir una cosa —comenta el mismo José Ramón— hay mucha gente que cree que la tortura es sólo física y no es así. Y mucha gente cree también que sólo lo pasan mal los que están muchos días y tampoco es así. Nosotros éramos seis detenidos, cuatro estuvimos sólo doce horas y los otros veintidós horas, y a la mayoría nos han golpeado, no tanto como a otros pero nos han pegado, y aquellos, en su conjunto, es terrible. Estás asustado, esperando en la celda a ver qué va a ocurrir. Cualquier ruido que oyes —y oyes muchos— crees que vuelven a por tí. Continuamente te están amenazando con la tortura física. Desde el calabozo oía gritos pero no sabría decir de qué. En esos momentos lo que piensas es que hay otros compañeros a los que están pegando. Es terrible». En otra ocasión le decían: «Esto es sólo el principio, no tenemos prisa. Nos quedan diez días». Esos diez días de la Ley Antiterrorista con los que descomponen el ánimo cambiando el ritmo del tiempo interior, que empieza a encogerse o a dilatarse según las vivencias...

«En todo el tiempo que duró la detención —dice Antxon Urra— cuando peor me encontré fue cuando estaba solo en el calabozo, cavilando. Mucho peor que cuando estaba con «ellos». Ellos me tenían un poco entretenido, me distraían más, aunque sólo fuera es-

tar negando, aquella tensión... Pero cuando estaba sólo era terrible». El cura de Gorriti coincidirá con él. «Por las noches era lo peor. Al lado del calabozo hay una habitación de policías y de ahí se pasa a otra oscura, lo que en esa habitación se hace difícilmente se escucha fuera porque está insonorizada». Sin necesidad de muchos esfuerzos uno se lo puede imaginar, sobretodo cuando la atmósfera que rodea es tan propicia. «Me bajaron a los calabozos y allí, el primer síntoma: la oscuridad, un ambiente que sobrecoge. No tenía reloj, no sabía la hora que era, perdí totalmente la noción del tiempo. Más tarde empecé a comprobar lo que era un calabozo. Se encendía la luz, se apagaba. Oyes las llamadas del teléfono interior, crees que es por tí, que avisan para que te suban al interrogatorio. Siempre con miedo a que te toque. Yo oía a una mujer llorar. Al cabo de un rato alguien se acercó a la mirilla —ese ojo que observa desde el otro lado de la puerta y da órdenes a gritos sin dejarse ver— y entró un guardia. Malcarado, me preguntó que por qué tenía dos mantas. Le dije qué tenía frío y que un compañero suyo me las había dado. 'Pues trae una'. Y al ir a entregársela me dio un golpe que me tiró al suelo». Es la visión de Carlos Camino, la pesadilla que le despertará muchas noches después de la salida en libertad.

Imanol Artano cuenta que estaba desconcertado, «ahí dentro no sabes nunca lo que te pasará. Una vez pedí un cigarro y me sacaron la pistola. De tanto pensar me comía la cabeza y luego no tenía ganas de comer el bocadillo. Pasé mucha sed. No sabes cuánto tiempo duermes, si cinco minutos, si una hora. Siempre ruido: la luz, los guardias, las puertas de hierro, los cerrojos: cric, croc. Siempre en vilo, asustado. Una noche anduvieron con un aparato eléctrico: gruña, gruña, todo el tiempo. Te inquietas. Siempre hay gente en movimiento, traen a uno, vienen a buscar a otro. Y siempre la luz aquella; a veces te cubres la cabeza con la manta pero el que vigila dice que te la quites».

Xabier Otamendi lo pasó muy mal porque sus padres habían llevado un certificado médico diciendo que le daban ataques. «Entonces, cada vez que cambiaban la guardia del calabozo, venía el nuevo en tono amenazador y me decía que mientras él estuviera allí ni se me ocurriera tener el ataque», lo cual le creó mucha angustia. Angel Galán, que con las amenazas y lo que vio estuvo mucho tiempo «colgado», describe así el calabozo: «Allí estaba la luz apagada. Era muy pequeño y tenía una cama de cemento que estaba un poco más elevada. Muy húmedo todo, si te apoyabas en la pared te quedabas helado y si estabas flexionando te dolían los riñones. Em-

pezaron a encender y a apagar las luces. Yo pensaba: «ya está, lo de la tortura psicológica». Llega un momento en que te desorientas, no sabes si estás sentado o de pie; estaba en el borde de la cama y me caía. Cuando daban la luz me quedaba ciego. Oía a los dos policías, sus conversaciones, la tele. Me subieron a un interrogatorio; me bajaron otra vez para que «refrescara la memoria». Dijeron que volverían y esperando siempre... Me llevaron a coger una colchoneta que no tendría ni dos dedos de grosor y una manta. De noche oía voces de gente conocida y luego he sabido que no han estado allí, o sea que alucinaba. Allí te quemas el coco. No hacía ni diez minutos que me habían metido en el calabozo cuando me viene uno, me dice que vaya con él, me lleva a donde tienen la cocina los policías uniformados, me da una escoba y un cogedor: 'Vete a barrer tu celda'. La barro. 'Vale, vale. Ahora todas las demás'. El se ponía en la puerta, detrás de mí, una mano en la pistola: 'Coge eso, coge eso de allí, ese bocadillo que dejó ayer un compañero tuyo...' Era mentira, era un bocadillo de tiempo, tenía hasta moho. Lo tuve que coger con la mano y cuando ya sólo quedaban dos migas: «Oye, no jodas, no recogas con la mano que te vas a ensuciar». Se burlan de tí. Así diciendo parece que no es nada pero es que estar dentro... Yo llegué a pegarme tres veces contra la pared de la celda, no muy fuerte, pero me golpeé la cabeza y eso que sólo estuve horas, diez días allí, aunque no te toquen, se tiene que pasar muy mal. En la celda lloré cuando estaba solo. Me dieron un bocadillo que había llevado mi madre y al ver la letra me entró la llorera». A través de esas múltiples reacciones ellos van «seleccionando» al más débil, al que tiene menos principios ideológicos para resistir, al más frágil.

Una de las cosas que más preocupan allí es pensar en los compañeros. Se han oídos sus gritos, se tiene noticia de que alguien está muy mal y, de pronto, ya no se oye nada. ¿Qué le habrán hecho? Cuando Iñaki Olaetxea sale del último interrogatorio, tras esa agonía a la que hemos asistido en el capítulo anterior, lo primero que le inquieta es el estado de su amigo José M<sup>a</sup> Olarra. «Me metieron en la celda que había ocupado José M<sup>a</sup> y estuve dos horas preocupado pensando en dónde estaría y qué le habría ocurrido». O como cuando él mismo, perdido el conocimiento, es visto por Olarra. «A Iñaki vi cómo lo llevaban dos veces sin sentido, entre dos lo metieron el el calabozo y lo tiraron al suelo. Esto fue hacia las doce del mediodía y a la mañana siguiente lo volvieron a llevar otra vez. Iñaki estaba desorientado, se creía que estaba en el caserío y que acababa de trabajar, decía cosas raras: '¿Qué pasa? Estoy durmiendo en mi cama, dejadme'. Fue cuando le llevaron la bola roja, no sé si serían

médicos, y le preguntaban a ver si sabía de qué color era...»

También preocupa el futuro inmediato, el qué va a ocurrir ahora, esa incertidumbre de si van a volver y cuándo. «Son momentos muy duros los que se pasan en el calabozo porque no sabes nunca por dónde van a salir», dice Mikel y su hermano lo corrobora: «Me dijeron que a la hora me subirían de nuevo, que me dejaban para ver si reflexionaba, que esto son diez días y va a ir in crescendo». Vi que hacían los papeles de la Ley Antiterrorista. En la celda empecé a sudar y, al poco, mucho frío, temblores y escalofríos. Estaba dándole vueltas, te dicen que van a volver, sabes que te pueden pegar, torturar; me dijeron varias veces que lo que me habían hecho era sólo una pequeña muestra de lo que hacían...» Esa cada vez más frecuente amenaza con la tortura peor, como arma psicológica.

También Fernando Martín, al que han amenazado, siente ese miedo. «Es una cuestión psicológica. Sonaba el teléfono, sabías que eso era para subir o bajar a alguien, un aviso interior que se dan pero tú lo acusas. Esa tensión me hacía estar pendiente: ahora me toca a mí, ¿qué me harán?»

A veces es un despertar agónico, una especie de nebulosa lo envuelve todo. Uno regresa de la noche, de la inconsciencia y está perdido, desorientado. Siente que el cuerpo tiene otras dimensiones, ha aumentado de volumen. «No se en qué espejo me veo y estoy hecho un monstruo, tengo en el cuello una mancha enorme», comenta Trifol en su carta a los alumnos, publicada en el diario EGIN. Luego, el cura de Gorriti que coincidió con él, le diría que, efectivamente, por raro que pareciera —esa mezcla de lo cotidiano y lo extraordinario que tanto impacta al allí encerrado— había un espejo que quitaron al cuarto día.

Otras veces es un deseo infinito de morir lo que uno siente y una angustiada impotencia de no encontrar la forma. Lo que más le preocupaba a José M<sup>a</sup> Olarra era la angostura de la celda, que no le permitía tomar carrerilla para darse con el borde de cemento de la litera en la cabeza y acabar de una vez. «En la celda ya no veía nada. El que me apretó detrás de los oídos me había dicho: 'con eso te puedes quedar tonto, nadie se dará cuenta. Puedes perder vista, memoria...' Yo pensaba, angustiado, que me iba a quedar ciego y en la celda me seguía aquél vértigo terrible, dar un paso y no saber dónde poner el pie, porque el suelo se me había convertido en una pendiente muy pronunciada, como si estuviera en lo alto de un pico. Fue entonces cuando empecé a calcular y ver si encontraba una buena esquina para darme el golpe definitivo. Pero de la puerta al camastro no me daba, había poca distancia...»

Uno está, además, enfermo, el cuerpo magullado arde y algunos puntos concretos duelen al mínimo movimiento, consecuencia del martirio. Es un traumatismo generalizado. «Iba descubriendo las heridas, los bultos en la cabeza, ni me había dado cuenta de cuándo me los habían hecho, había sido todo tan seguido...» —dice Ormaetxea.

Gloria Osa estaba muy enferma. Cuenta que cuando estaba en la celda «oía gritar a un guardia civil pidiendo «tantum», esa pomada que dan para que baje la inflamación, y nosotras pensábamos, ¿para quién será? y sentíamos una angustia... Cuando le estaban haciendo la bañera a mi hermano, para no oír sus gritos me ponía la manta en la cabeza y gritaba: 'No quiero oír, es mi hermano'. Ellos ponían la música a tope. Decían: 'Empieza la discoteca' y eso significaba la hora de torturar. Estaba toda la noche así y escuchaba cómo abrían una celda y cómo cerraban otra... y a pesar de ese ruido todavía oía gritos de dolor». Juan Gurutzaga dice: «Pasé mucho miedo con los gritos. Me parecía que le estaban dando a uno. Luego pusieron la música a tope».

La amenaza de prolongar la detención suele ir acompañada también de lo que dicen que les van a hacer en Madrid. A M<sup>a</sup> Luisa Etxeberria la despertaron bruscamente: «Te duermes un poquito y te despiertan en seguida con sobresaltos. Vinieron como locos: '¿Qué? ¿Ha recordado usted algo más?' Les dije que no y entonces dieron a entender que me preparara para lo peor, porque en Madrid no iba a ser como allí y que al día siguiente me iban a trasladar. Yo estaba acobardada en una esquina y ya puedes imaginar cómo fue esa larga noche...»

«En los calabozos pasé mucho frío —dice Arantza—, en el calabozo de al lado había uno con el síndrome de abstinencia: todo el día quejándose. Pasé también mucho miedo». Uno de Alegi cuenta que estando en el cuartel de Intxaurrondo, porque en el del Antiguo no tenían sitio, se produjo una situación de terror colectivo porque «bajaron los de la UAR en actitud muy amenazante a pedir las llaves a los guardias, diciendo que nos iban a matar allí mismo, en plan provocador. Hubo un momento de gran tensión».

Es un hecho que casi nadie duerme. «Toda la noche en ese agujero, sin dormir y con el miedo; oyes pasos, ya vienen...» dice uno de Zizurkil y lo mismo dirá José M<sup>a</sup> Etxarri: «Durante el tiempo que estuve allí no pugué ojo por la permanente tensión a la que estuve sometido». «Durante las noches, pese a que me caía de cansancio, no pude dormir, tuve constantemente pesadillas», dice Antxon Urra. Carlos Arizabaleta cuenta: «Me bajaron a los sótanos y le dijeron a

la guardia que me tuviera en el pasillo sin dormir, de pie y mirando a la pared. El policía me obligó entonces a hacer flexiones para que me despejara. Esto duró poco tiempo porque en seguida vino el relevo y el nuevo dijo que, en lugar de flexiones, tenía que correr, sin parar, por el pasillo, de una punta a otra. Allí estuve corriendo como un desgraciado durante mucho rato y cada vez que bajaba el ritmo me decía: 'Venga, venga, más rápido'. Hasta que llegó otro relevo y éste me dijo que en lugar de correr fuera andando rápido. Este era más duro que los otros, me gritaba todo el rato. Yo tenía mucha sed y él tenía orden de no darme nada de agua. Tenía la boca muy seca, me mordía los labios, me los chupaba uno contra otro de la terrible sed que tenía».

Lo de la sed es una constante. «Desde el día de la detención hasta treinta y tantas horas más tarde estuve sin comer nada, no me dieron y no tenía hambre. Tampoco me dieron de beber».

Los paquetes de comida que llevan los familiares no los suelen entregar. «La comida es muy escasa —dice Lorenzo Taberna— y a base de bocadillos. La comida que me metieron de casa no la vi...» Atxon Urrea cuenta también que en Vitoria los amigos le pasaron un paquete de comida, «pero no me lo dieron hasta que salí». Sin embargo algunas veces sí dan los paquetes que trae la familia, y hasta puede que ello sea motivo de diversión. Juan Luis Osa dice: «En la celda me ataron a una reja y allí me tuvieron durante unas doce horas. De casa me llevaron manzanas y los guardias se metieron en la celda con ellas: 'A quince pesetas la manzana'. Yo estaba atado a una reja y me tiraban: '¡Quince pesetas la tirada!'. Al día siguiente nos sacaron de allí». Por el contrario, a su hermana Gloria, que no hacía más que devolver, la obligaron a tomar la leche. «Los últimos días empezaron a decir que me tenía que recuperar, que tenían que llevarme a Madrid y que el juez tenía que verme con buen aspecto. El último día me dejaron una botella de leche y uno dijo que me la tenía que beber toda. La empecé, pero la leche estaba cortada y de nuevo vomité. Para estar de pie tenía que agarrarme a la silla. Me dijeron que para ir a Madrid tenía que ducharme. Le pregunté que si había agua caliente y dijo que no. Me negué rotundamente, porque tenía fiebre. Me vio el médico y ya les dijo que rotundamente prohibido ducharme ni lavarme. Fue espantoso».

«Me vino un tipo —dice Iñaki Alberdi: '¿Quieres ir al váter?' Dije que sí. 'Pues no te voy a dejar porque me pareces un cabrón y, ahora mismo, ponte a hacer flexiones'. Son cosas...»

Este tipo de venganzas que se toman los guardias que vigilan son muy frecuentes. En otras ocasiones los de arriba les han dejado el

encargo: que estén de rodillas, o de pie, o esposados a una argolla. Es la prolongación de la tortura como castigo. «En el calabozo no me dejaban tumbarme, tenía que estar de pie o de rodillas, según dijeran, con las manos en la nuca», dice Victor Olarra. Su compañera cuenta que para ella lo peor fue cuando «se caía y yo tenía que sujetarlo y abrirle las piernas para que no se derrumbara». Los habían metido a los dos en la misma celda y Victor empezó a ver cosas raras: «en los parches de la pared veía muñecos, colores vivos, caras, a los guardias. Incluso hubo un momento en que me pareció que entraba una persona, como una sombra negra que estaba detrás de mí y de miedo me tapé con la manta. Cuando me pasó esto llevaba bastante tiempo sin beber, casi 24 horas, y sin orinar, porque tampoco me dejaban. Entonces, lo primero que bebí fue un café con leche y le dije a la compañera al poco de tomarlo: '¿Yo estoy loco o qué?'. Eso me duró unos dos días, sobre todo por las noches, y siempre en la celda». Su compañera cuenta que también ella, el tiempo que estuvo sola, «notaba que cualquier raspadura de la pared se transformaba en una figura, y en el suelo, en las baldosas, veía los Pitufos, todos esos muñecos y en movimiento. Estaba también muy cansada porque llevaba un día sin dormir y sin comer nada».

«Hacia las cuatro de la madrugada, entre dos policías nacionales me llevaron a rastras al calabozo —dice Trifol. Aunque no podía ver, oía que alguien entre ellos comentaba: 'No hay derecho a hacer esto, lo van a matar. Hay que llamar al Comisario, que venga un médico'. Luego vino un hombre mayor trajeado. Me dijo que me tranquilizara y a los cinco minutos me volvieron a los calabozos, siempre a rastras porque no podía andar. Llevaba cuarenta horas y pico sin comer nada. Hacia la madrugada me ofrecieron un bocadillo». En algún momento tuvo una serie de vivencias y, como les pasó a otros, vio y oyó cosas extrañas. «Veía unas imágenes de colores muy raras, unos rectángulos pequeños, verdes, rojos, morados y formas humanas y rarísimas. Una era mi propia imagen: estaba muerto, más joven y sin barba... Me acuerdo también que estando arriba les había dicho que tenía mucha sed y me habían dado agua caliente en una botella de cerveza. ¿Tendría droga? ¿Sería todo aquello efecto de la debilidad? Otra cosa que me pasó es que no podía pensar en euskara. Yo soy euskaldunberri y todos los pensamientos me venían en lengua materna, sólo me acordaba de dos frases: 'Ene jainko maitea' y 'Gotzone maitea' (señor mío y Angeles querida)». También Manuel Unanue vio cosas en los muros. «Sería el tercer día cuando veía dibujos en las paredes de las celdas, yo digo



si sería consecuencia de las torturas, porque me desperté con los codos y las rodillas raspados y los brazos rojos».

## 5.— ¿Tortura física? ¿Tortura síquica?

«O sea que en Donostia, mientras estuve en el Gobierno Civil, por un lado hubo *la tortura física* y, por otro, las vejaciones. Como ya he dicho, me mandaron bajar los pantalones. Se metieron con mi mujer, que también estuvo en la cárcel: 'Ya la conocemos, la carbona aquella; la conocemos muy bien. Menudo elemento era'.

*Me amenazaban* diciendo que iban a traer al padre, a la madre. Me decían también que lo que había declarado era una tontería de hacía cuatro años y que si no declaraba más cosas me iban a echar encima una serie de acciones y que no me libraba ni Dios de los treinta años de cárcel. Y que si por casualidad quedaba libre, me daban tres meses de plazo para exiliarme a Francia, 'si no *te pegaremos dos tiros allí donde te encontremos*. O te vamos a detener y eso será mucho peor para tí'.

Otra amenaza que utilizaban mucho era *la del tiempo que podían tenerme allí*. 'Aquí podemos esperar tranquilamente a que cantes. Aquí caen todos, cantan todos. serías el único caso que viniera y no cantara'. Y uno me retó: 'Te apuesto el piso que tienes en Zarauz por el que yo tengo en Madrid a que antes de cinco días has cantado y has hecho un informe'. Y se reía...»

El tiempo que una persona está detenida es un factor muy importante. Salir en libertad uno o dos días antes, una hora tan sólo, puede ser decisivo en aquel infierno en el que son ya varios los que han quedado tullidos y hasta algunos han llegado a perder la vida.

De ahí que la Ley Antiterrorista, que garantiza diez días de aislamiento, sea un eficaz instrumento que da cobertura legal a quienes no desean tener testigos a la hora de los «interrogatorios científicos», como los ha llamado hace poco el Director General de la Guardia Civil. No es un mero decir cuando tantas veces afirmo que hoy, con relación a la etapa franquista, padecemos una represión *reforzada*.

La Ley Antiterrorista no lo es todo en el problema de la tortura, pero contribuye a respaldarla en la medida en la que pone a disposición de los que interrogan un *tiempo seguro* para llevar a cabo su «trabajo» con entera impunidad. No quiere decir ello que si esa ley desapareciera, desaparecería también la tortura. Eso no es así y hay que tenerlo presente, pero ayuda mucho. Los torturadores se sienten tan cómodos con la víctima enteramente a su merced que, con frecuencia, se jactan de ello. «Te quedan diez días para pensarlo —le decían a Ramón Zapirain—, tú verás lo que haces. Date cuenta

de que el próximo muerto puedes ser tú». Nada más llegar, a Virgilio Labandibar le amenazaron también: «Nos quedan diez días por delante...». Y a él se le derrumbó el mundo. Con esos diez días han amenazado a Gloria, a José M<sup>a</sup>, a Mikel, a Jon, a una buena parte de los que aquí testimonian. *Ejercer miedo con ese tiempo que estipu la ley es una práctica cada vez más empleada* y, como veremos más adelante, una de las aberraciones que se deriva de ella misma.

Pero el tiempo no es sólo el que marca el reloj o el que se sigue en los calendarios y con el que ellos amedrentan a la víctima al llegar. Hay un tiempo subjetivo que hace que allí las horas cuenten de otra manera. «La angustia de aquellos días larguísimo que no acababan nunca...» dirá, aún conmocionado, Olaetxaga. Para la persona que sufre aquel encierro, que puede que haya llegado a sus oídos la agonía del doctor Muruetagoiena desde que salió del cuartel de la Guardia Civil, o que haya visto las fotos del cuerpo mutilado de Arregi o que, sin más, le estén subiendo, bajando, volviendo a subir y pasando su propio calvario, cada instante que transcurre se le hace eterno.

Todo está preparado para que uno se descomponga, se sienta tiempo en descomposición. El tiempo es uno mismo viviendo, a ritmos veloces o lentos, una experiencia de intensidades emotivas, en un reducido espacio poblado de extraordinarios horrores que inciden en el ánimo y desencadenan las reacciones más imprevisas. Hay instantes que duran siglos y horas que uno no puede explicarse cómo han pasado con tanta rapidez. Las fronteras de lo cotidiano han saltado hechas pedazos y se vuela a caballo de la imaginación, bordeando el abismo del que sólo llegan mensajes de horror.

Y es precisamente esa angustiosa vivencia del tiempo subjetivo lo que ellos van a utilizar de múltiples maneras para provocar cambios que conduzcan a la *claudicación*: a la renuncia de aquellos principios que constituyen el eje de la integridad de la persona.

Sumir en depresiones profundísimas que arrastren al individuo a profundas simas para convencerle, allí donde todo es oscuridad, que no hay más salida que la que ellos le proponen. Desencadenar euforias artificiales que desconecten de la realidad y faciliten la obtención de confesiones —falsas o verdaderas, es secundario— y que hasta lleven a sentir ternura por los que castigan, que ya no parecen tan malos, que hasta puede que se perciban como «bellísimas personas». Hacer sentir extrañezas desconcertantes ante situaciones insólitas que nadie creará, que conduzcan a la inhibición y a la duda de uno mismo, ese «¿Me estaré volviendo loco?», que con tan-

ta frecuencia aparece en los relatos. Estimular el pánico hasta la ofuscación para que se pierda el sentido crítico y la capacidad de denuncia, para que sea más fácil el sometimiento y la doma. Esos son los grandes objetivos que van apareciendo con nítida claridad a medida que se leen con detenimiento los sesenta y cinco testimonios. Es prestando atención a determinadas frases que en un primer momento han pasado inadvertidas, preguntando sobre algunos episodios descritos muy de corrida, cuando uno empieza a comprender que lo peor de la tortura, paradójicamente, no es lo que la víctima cuenta: la técnica de la bañera, o de la barra, o de los electrodos... sino la atmósfera que allí dentro lo rodea todo y que no puede, por mucho que se esfuerce, comunicar. Es todo tan absurdo, tan inesperado, tan sorprendente, tan feroz y terrible, que lo ha relegado al fondo de la memoria y tardará mucho, si es que lo consigue, en volver a vivirlo. ¿Cómo explicar ese éxtasis rozando el orgasmo —«una felicidad como nunca»— que siente José M<sup>a</sup> cuando le anuncian que lo van a fusilar? ¿O ese momento en que Gloria Osa es ocultada en un armario por los que la torturan y observa, desde la rendija de la puerta entreabierta, cómo llega algún «superior» que parece ignorar lo que ocurre?

¿Tortura física? ¿Tortura síquica?

Hoy por hoy, imposible desligarlas una de la otra en nuestro país...

Como hemos visto a través de los testimonios, sería un tanto artificial hacer esa separación. *Allí dentro todo es tortura psicológica además de la física* que sólo en algún caso aislado no se da.

Prescindiendo del clima general de horror, lo más frecuente es que la tortura física y la amenaza se mezclen. A Mikel Etxeberria, después de haberle puesto varias veces la bolsa de plástico en la cabeza, medio asfixiado aún y con el cuerpo martirizado de los golpes, le arrimaron a una mancha de sangre con mechones de pelo y le decían: «¿Ya sabes de quién es esto? Es de tu amigo José M<sup>a</sup>». También Unanue, después de aplicarle los electrodos y toda clase de golpes, dice: «Cuando de nuevo me sacaron se dedicaron a la tortura psicológica. Me amenazaban con llevar a la madre, al padre... Decían que yo era un cerdo y que a los cerdos les llega su San Martín». Y Jon Arrizibita, cura de Gorriti, insiste en que «a partir del cuarto día dejaron de golpearme y peores fueron los daños psicológicos y morales».

Esta alusión a lo síquico son muchos los que la hacen. «Amenazas, todas las que quieras, eso siempre, pero ahora más —dice Mikel de Zizurkil—; nos mandaban a las celdas: 'Esperad aquí. Ahora

van a venir los especialistas de la tortura y os van a interrogar mejor'. Para mí esto es más duro que la tortura misma, porque te destroza más que los golpes. Yo creo que están modernizando el sistema de torturar, puede que forme parte del Plan ZEN».

En este sentido sí se observa *una tendencia a emplear más la coacción y el miedo; de la misma manera que están tratando de sustituir el golpe bruto, que deja grandes huellas, por el golpe selectivo del que apenas quedan marcas*. Amenazar a la persona con lo que le van a hacer y explicárselo, con toda clase de pormenores, es una práctica que se repite.. «Me explicaron varios tipos de tortura con mucho detalle, comenta Arantza. Me dijeron que me los iban a hacer todos. Me pusieron sobre una mesa, sin atarme las manos, sin forzar me, sólo para que viera cómo era el «quirófano». Casi de la misma manera se expresa Antxon Urrea al que, además, explicaron la bañera y la electricidad. «Intentaban comerme la moral, yo estaba muy asustado. Estas cosas te destruyen». A Virgilio Labandibar también le «explicaron con pelos y señales» la bañera y la barra y lo que uno sentía, «y que me iban a matar allí mismo, que esta vez iba a ser mucho peor que la otra que me detuvieron porque entonces había salido por mi propio pie y ahora no iba a ser así». A Ramón Zapirain, que estaba detenido con su mujer, le contaban las torturas que a ella le harían y «ya sabes que las mujeres no aguantan tanto...». «A través de estos métodos síquicos te torturan mucho, yo creo que más...», comentará Angel.

Esa descripción minuciosa de la clase de tortura que a uno le van a hacer, ¿no es un equivalente moderno de la tortura que empleaba la inquisición, conocida con el nombre de «mostrar los instrumentos de tormento»? Algunos confiesan que ver la barra —un palo metálico— o la mesa, o los electrodos que salen de la caja, fue ya suficiente para hundirles en un pánico que todavía persiste días después de salir en libertad. «Peor que si te lo hicieran es que te digan que te lo van a hacer». Da más miedo pensar en el precipicio que estar en el borde de él. Son efectos que están utilizando, experimentando. No en vano las víctimas cuentan que uno parecía sicólogo, que había alguien que observaba y daba indicaciones «como si fuera médico», o que hacía preguntas y «observaba la reacción». No es nada nuevo, pero sí puede afirmarse que se están perfeccionando, poniéndose al día.

La comisaría y el cuartelillo, el Gobierno Civil o la Comandancia siguen siendo, como en tiempos del franquismo, centros incontrolados dentro del gran Control que los permite. A lo institucionalizado y sistemático que ocurre allí dentro hay que añadir una larga lista

de atropellos adicionales que se permiten aquellos que, sabiéndose respaldados, no dudan en expansionarse a costa de las víctimas que, en teoría, custodian. No sólo impera la burla, el escarnio, la humillación, sino que los centros enteros, al caer la noche, se convierten en grandes espacios teatrales en los que pueden ocurrir las más insólitas escenas, improvisadas según el ánimo y la imaginación del torturador.

«Yo estaba pasadísimo —cuenta Ricardo Salgueiro, al que habían detenido en una redada en Pasaia—, alucinando de oír tantas cosas sin pies ni cabeza y con mucho miedo. Entre varios tíos me pusieron de rodillas y, entre gritos y risas, se empeñaban en que les llamara txakurras. Me pisaban los talones: '¿Somos txakurras?' 'Yo qué sé'. '¿Somos txakurras', repetían. 'Sí'. Y, en seguida, un burro que me da cuatro puñetazos en la cara y después en el estómago y los otros riéndose a carcajadas: 'Bah, tranquilo, que ahora con el cambio no torturamos'. Y más risas, dando a entender que allí mandaban ellos. Y seguían vacilando, uno le decía al otro: 'Oye, a éste le voy a tener que dar una hostia'. 'Deja, deja; que me voy a tener que levantar yo a romperle la cara'. Me preguntaban: 'Bueno, a ver, ¿quién quieres que te rompa la cara, éste o yo?'. Me impresionó mucho cuando estaban con la pistola: '¡Mecagoendiós que te vamos a matar'. Y decían que en el 81 se les murió Arregi en comisaría y que ahora se les iba a morir un Salgueiro. Allí sientes una gran impotencia al tener que aguantar tantas humillaciones y, sobre todo, esos detalles curiosos a los que no encuentras explicación. Cuando me metieron en un cuarto varios tíos y uno empezó a mirarme con prismáticos. El otro, mientras, me daba golpes en el estómago y me preguntaba sobre la marcha a Lemoniz y el de gafas mirándome con catalejos en un lugar tan reducido. Ves tantas cosas absurdas que dices, pero esto qué es...»

«Me dieron un par de patadas —dice Gorka Zulaika— antes de llegar a los calabozos, en el cuarto en donde me hicieron dejar todo. Me metieron en donde estaba el gordo, sentado detrás de una mesa, los otros en las esquinas y yo en medio. Había muchas fotos en las paredes. Me hicieron poner de rodillas, con los brazos en cruz y la boca abierta. Uno me metió dentro un avión de papel y yo me sentía totalmente humillado. Me pegaban en las costillas, en la espalda y se reían. Claro, te llevan allí para hablar y no puedes porque tienes un avión en la boca y se ríen... No hacen falta diez días para destruirte, con uno basta».

«A mí todo fueron amenazas y burlas —dice uno de Zizurkil, que tiene un defecto en el habla—, me querían ridiculizar, minimizar co-

mo persona. Me trataban de cabezón y dándome golpes en la cabeza y decían que era un borrego y se reían... Eran cinco o seis burlándose y querían asustarme: 'Que van a venir los especialistas de la tortura', querían comerme la moral». «Después —dirá Arantza que, como el anterior, es del mismo pueblo que Arregi—, me llevaron a un cuarto a solas con uno que todo el tiempo habló de política y muy natural me soltó un rollo de la historia de Euskadi y de lo que era HB. Son cosas que producen extrañeza: esa conversación así, sentados los dos en un sofá, como si estuviéramos en una cafetería, después de lo que me habían hecho... Y él diciendo, muy natural, que Jose Arregi murió de una neumonía... Y al ver mi expresión, que no pusiera aquella cara de miedo, que no se comía a nadie. Dije: '¿Cómo quieres que no tenga miedo si hace un rato, en el coche, me has dicho que en Zizurkil habría pronto otro mártir, que ibais a utilizar otros métodos?'».

«De Donostia a Itziar me llevaron cantando el Eusko Gudariak —dice M. Unanue—; todo el tiempo riéndose, que cantara más fuerte y de tanto que lo repetí casi me aprendo el himno de la Guardia Civil. De vuelta, comentaban lo que me iban a hacer: 'Ya hemos preparado la barra' y otras amenazas, como la de que iban a detener a mis padres...»

«A mí lo que me afectó mucho —explica Carlos Camino— es la degradación que hay, los comentarios groseros que me hicieron, aquel lenguaje tan bajo... Cuando dije que teníamos dos amigas, que una vivía con su marido, hizo un gesto de mofa y a partir de ahí todo lo relacionaba con follar». A Jesús M<sup>a</sup> Sanzo también le hablaban en términos parecidos: «Provocando. 'Si tienes novia la traemos aquí y nos la jodemos. Y a tu madre, y a tu hermana'. Más tarde vino el que hace las fotos y se reía burlón: '¿Ya sabes lo que esto significa?' Y se seguía riendo».

«Se burlaban de la lengua —comenta Iraola—; me vino uno en plan de cachondeo: 'Euskaraz ba dakizu?' 'Zerbait' le dije, pero te afecta...»

A Gloria Osa, jugando a que viene el jefe, la metieron en un armario lleno de armas. Ella estaba muy enferma, con fiebre, y la llevaron a un despacho en el que había dos compañeros más: «...cada vez que les decía que no, me pegaban. Así estuvimos mucho tiempo y, de repente, escuchamos ruido y gritaron: '¡El jefe! ¡El jefe!'. Entonces se llevaron a Txabilo y a Bitoriano y se quedaron conmigo. No sé si no tuvieron tiempo para sacarme de allí o qué pasó. El caso es que me metieron en un armario lleno de armas. Allí estuve escondida. Vino uno y no sé qué dijo de unos documentos, buscaba al-

go, cogió un taco de papeles... Yo veía todo esto por la rendija y callaba, quieta. Cuando se fue me sacaron del armario, me sentaron en una silla y continuó el interrogatorio».

Tiene todo el aspecto de que son un grupo que actúa por su cuenta, sin embargo no está tan claro, más bien parece que es un juego consentido, un teatro que montan, como en el caso de José M<sup>a</sup> Olarra. «Entonces comentaron entre ellos que conmigo no había más solución y que me iban a pegar un tiro. Cuando oí esto me quedé encantado, encantado y feliz, de verdad. Estaba convencido de que lo iban a hacer y era un alivio. Los que montaron toda esta comedia eran dos guardias civiles que bajaron a la celda. Era una tortura psicológica, pero yo estaba tan mal que en aquellos momentos me lo creía todo. Ellos comentaban que si me iban a hacer esto o lo de más allá. Cogían la pistola, la preparaban, quitaban el seguro. Querían que les dijera cuál era mi última voluntad y yo les contestaba convencido: quería que me pegaran un tiro entre ceja y ceja, para morir de golpe. Y me sentía a gusto, ¡qué bien!, pensaba y hasta les decía: '¿De verdad me vais a pegar un tiro? ¿No me engaáis?' —porque me parecía imposible tanta felicidad. Y ellos que sí, que sí, pero que teníamos que esperar el momento adecuado, porque lo iban a hacer sin que se enteraran los otros... Y toda esa comedia duró horas porque ellos insistían en que teníamos que esperar a que cambiara la guardia, para que nadie se diera cuenta. Al fin, me esposaron con las manos atrás, se pusieron la cazadora, las pistolas al cinto y empezamos a subir las escaleras de aquel sótano. Todo eso acompañado de un teatro grande: pegados a la pared, adelantándose uno a observar: 'Todavía están los de la guardia', volviendo atrás. Y yo reculaba con ellos, como si fuéramos amigos, colaborando para podernos fugar, para poder salir y que me pegaran el tiro. Yo pensaba para mí, bueno, ya falta poco, ya llegamos y me pegan el tiro entre ceja y ceja —estaba convencido de que eran buena gente y de que cumplirían su palabra— y ya todo se acabó...».

Este diálogo beckettiano llevado a cabo en una situación límite no es un caso excepcional. Si dispusiéramos de espacio podría reproducir otros que se llevan a cabo en términos muy parecidos. No es extraño que al hacer referencia a lo ocurrido muchos lo expresen en términos de manicomio, de locura. Oigamos la descripción en conjunto que del Gobierno Civil de San Sebastian hace el joven Angel Galán, al que detienen una mañana sin que sepa por qué.

«Me dijeron que me sentara. Mientras, entre varios, empezaron que si uno sacaba la pistola y te la pasaba por la nariz, en plan burla... De repente se abre la puerta. Aparece un tal Silver: los brazos

fuertes, una mano vendada. Empezó a chillar contra mí: '¡Mecagoendiós, vas a decir el nombre del comando porque eres un hijo de la gran puta!'. Eso chillando, a dos centímetros de mi oído, pegado a mí: un susto grande. Parecía que también le tenían miedo los otros policías que estaban por allí. Uno me tiraba de los pelos y Silver hizo intento de pegarme un puñetazo. Yo levanté los brazos para protegerme y él: 'Mecagoendiós, no levantes las manos!'. Una vez que las bajé me pegó un golpe en el estómago. Allí el chillido era lo normal, todos me insultaban, me amenazaban: '¿Dónde trabajas?' 'En el Banco de Guipúzcoa'. 'Ah, entonces eres tú el cabrón que ha puesto las bombas. Voy a llamar a tu director para que te despache'. Yo estaba muy asustado, paralizado, aterrorizado. No sabía qué pasaba. Salió Silver. Volvió a entrar Silver. Llamó a una mujer policía y entre ellos se gritaban mucho también, a ella la decían «Peque». Más tarde, cuando me tomó declaración, Silver le dictaba y hubo un momento en que, refiriéndose a mi amigo dijo: 'Estos llevaban una amistad muy sui generis'... Cuando dijo 'sui generis' la tía que escribía se quedó cortada y los otros también: se miraban. Silver empezó a chillar fuera de sí: ¡Mecagoendiós! ¿No hablo español o qué pasa? He dicho sui generis, como suenaaa!. Todos se pusieron muy nerviosos, uno le decía a la Peque que era con i, y otro que con y. La tía no sabía qué hacer, colorada. Salió Silver. Volvió a entrar: '¿Ya sabeis quién tiene la culpa de todo esto? ¡Los hijoputas de los abogados!'. Me empujó: 'Vete a este cuarto que tengo que hacer una llamada y no quiero que oigas!'. Me metieron en un cuarto en el que estaban tres tíos que no sabían nada. Había un chaval de unos dieciocho años, muy asustado, debajo de un cuadro que hablaba de los muertos en acto de servicio y estaba Manzanas y tres más. Me tuvieron una hora allí. Un manicomio... Otra vez estaba yo sentado en una silla. Vino Silver, se sentó en la mesa, abrazándome como si fuéramos amigos: '¿Vas a oír a Rod Stewart?' 'No' '¿Por qué?' 'Porque no me gusta' 'A tí quién te gusta, ¿Antonio Machín o qué hostias?'. Empezó a contarme que había estado en la playa: 'qué despelote. Hay cada tía. Tu ya irás a la playa con la novia o con chavalas...'. Y yo le contaba que no tenía novia, que no iba con chavalas, que a la isla iba con mi padre... '¡Ah, entonces tu padre y tú sois maricones...!'. Son cosas que dichas aquí no parecen importantes pero allá dentro te vuelven loco. Fíjate cómo sería que cuando me bajaron al calabozo yo me decía a mí mismo: A ver si estoy en un comando sin haberme enterado... La última declaración fue otra película: un circo también...».

A María Luisa Etxeberria le montaron también un gran circo. Le



encontraron en su casa unos periódicos en los que venía la fotografía del cuerpo mutilado de Arregi. «Habían encontrado una colección del diario EGIN y me decían que con aquello podían ya hacer conmigo lo que les viniera en gana. Que tenían la sartén por el mango y que mi 'san Arregi', que así le llamaban, me iba a proteger y que iba a pasar yo por las mismas experiencias que él. 'Con un poquito de suerte va a ir usted a hacerle compañía y sus hijas también'... Esto me lo decía el asturiano, que llevaba dos pistolas y daba un gran miedo, con aquella cara, sólo de verle sentía una cosa. Pero yo estaba muy callada. Este primer día me subieron tres veces, a tres interrogatorios, y siempre me amenazaban igual, con la tortura y con san Arregi, que me encomendara a él...».

\* \* \* \* \*

Hemos asistido casi al final del primer ciclo. El trabajo entero tiene más de 200 folios. He tenido que cortarlo para dar sólo una «muestra». Para terminarlo quedan aún varias estaciones de este viacrucis... No hemos llegado siquiera a la mitad, pero voy a dar un resumen y algunas conclusiones:

De las 65 personas detenidas con la Ley Antiterrorista, torturadas y puestas luego en libertad, sin cargo alguno, doce eran mujeres.

Más de la mitad (34), fueron puestas en libertad antes de 70 horas.

El resto permaneció entre 8 y 15 días, excepto 3 que estuvieron varios meses en prisión preventiva, aunque también salieron en libertad y absueltas.

Teniendo en cuenta los «interrogatorios» y las personas a las que habían detenido, se puso de manifiesto que más de un 50% eran detenciones a bulto, indiscriminadas —dentro de la discriminación de ser gente de la izquierda abertzale: movimientos populares, antinucleares, Gestoras pro-Amnistía, etc— y que la tortura tenía una *finalidad selectiva*. Ya no sólo se utilizaba para obtener datos y para amedrentar, sino que se detenía a colectivos de una misma área, de un mismo grupo, cuadrilla, etc y, una vez allí, toturándolos indiscriminadamente, iban separando los que ellos consideraban «sospechosos». Esta modalidad está prevista en el Plan ZEN (Plan del Ministerio del Interior, contra lo que ellos llaman Zona Especial Norte; aparece estando ya el PSOE en el Gobierno).

Entre los 65 testimonios hay *varias personas que al ser detenidas*

*estaban enfermas.* Una joven con otitis y fiebre muy alta, que se agravó con vómitos y un cuadro de síntomas alarmantes después. Dos casos de epilépticos a los que no dieron la medicación. A uno de ellos, además, le amenazaron con que si le daba el ataque lo «iba a pasar muy mal». Las familias habían presentado certificado médico. Hay otros casos.

De todos estos torturados, *34 salieron en libertad antes de 70 horas* (unos a las 12 horas, otros a las 24. El término medio fue de tres días).

*No se les dio ningún tipo de explicación.* En varios casos hicieron comentarios jocosos, que no podían tener queja, que no habían sufrido torturas, a lo sumo «malos tratos»... En cuatro ocasiones pidieron disculpas, pero riendo, que se habían equivocado, que un fallo lo tenía cualquiera, etc...

*El 95% recibió amenazas si comentaba lo ocurrido o lo denunciaba.* En más del 50% de las amenazas se hacía referencia a la muerte de Arregi (militante de ETA muerto en comisaría tras ser torturado) y a que les «podía ocurrir lo mismo si pasaban por allí la próxima vez». Otra amenaza frecuente fue la de que les podía ocurrir algo a los hijos, a la mujer, a los hermanos...

*A más del 60% les hicieron proposiciones para que colaboraran con ellos.* Prometiéndoles a cambio ayudas económicas, pisos, trabajo, etc. Es de señalar que este tipo de ofertas producen, a veces, una gran angustia al detenido que piensa que si se dirigen a él es por alguna razón especial, que no comprende, algún fallo que pueda haber cometido. Además suelen ir acompañadas de coacciones, como la de que si no colaboran pueden lanzar bulos que hagan creer que es un confidente, etc, etc. A muchos les hicieron creer que los habían detenido como consecuencia de la denuncia de algún amigo, cosa que luego resultó ser falsa.

*Ninguna de estas personas pasó ante el juez.* Por ello no pudieron denunciar inmediatamente el caso. La mayoría lo denunció en la asamblea de su pueblo, o a los medios informativos, en conferencias de prensa, o a los abogados. Sólo 5 pusieron querrela judicial. Todos denunciaron su caso al Grupo Contra la Tortura que, con sus nombres y demás filiación, figuran en el trabajo.

*Los 31 restantes, tras pasar una hora o algunos días en los Centros de Gipuzkoa, fueron trasladados a Madrid, al Cuartel General de la GC, o a la Dirección General de Seguridad, según quién les hubiera detenido.*

*En ese traslado la tortura física, o síquica, o ambas, siguió de alguna manera.* Algunos hicieron el viaje en furgonetas o coches ce-

lulares, otros en coches particulares. Todos se quejan del terror que les producía la excesiva velocidad y algunos señalan que parece como si los conductores hubieran tomado anfetaminas. Casi siempre fueron esposados con las manos atrás y, en ocasiones, de muy mala forma, porque la presión les hizo llagas en las muñecas. En el caso aislado de alguna mujer le dejaron las manos libres.

El viaje se realizó, por lo general, de un tirón. A veces se produjeron altos en algún cuartel del camino, donde se reprodujeron las amenazas y se crearon situaciones de miedo. La GC hizo siempre agachar a la persona y tapó su cabeza con alguna prenda de ropa cuando estaban a pocos kilómetros de Madrid, de manera que no pudieran ver dónde entraban.

Una vez en Madrid, en más de la mitad, vuelven a producirse las amenazas. En un porcentaje parecido, también la tortura física. La otra mitad pasó, después de esperar unas horas, a la Audiencia Nacional.

Conviene resaltar que todos los que llegaron a Madrid iban en un estado lamentable. Habían sufrido numerosas torturas físicas, su cuerpo estaba lleno de hematomas y seguían un tratamiento de pomadas antiinflamatorias. Algunos de estos casos han sido explorados minuciosamente, un tiempo después, por los doctores daneses Hans Draminsky Petersen y Peter Jacobsen y su historial es parte de un trabajo científico sobre la tortura en Euskadi, publicado en «Forensic Science international» (1985).

Varios de estos detenidos habían ya pasado antes por estas dependencias y, a la vista de sus relatos, muy bien *puede afirmarse que hay un ensañamiento con ellas.*

En tres casos se ha recogido el empleo de técnicas nuevas, muy sofisticadas, a la vez que se interrogaba a la víctima sobre lo que sentía y los efectos que le producían, lo cual viene a confirmar lo que habíamos observado hace un año: están experimentando con el detenido.

*De estos 31 casos que pasaron ante el juez de la Audiencia Nacional, 28 fueron puestos inmediatamente en libertad, pero algunos quedaron «retenidos» en la cárcel, entre 12 y 36 horas, y uno hasta cinco días, sin ninguna explicación que lo justificara, aunque los afectados creen que era porque presentaban señales muy visibles de los malos tratos.*

*Cerca de la mitad (14) denunciaron la tortura en el mismo juzgado. Según la apreciación de las víctimas, los jueces, salvo alguna excepción, se mostraron reacios a recoger el relato, al que trataban de quitar importancia. Y lo mismo dicen del médico forense que.*

casi siempre, tras una exploración ligerísima y rutinaria, anotaban los datos en un papel cualquiera y en varias ocasiones llegó a hacer cometarios cínicos, como el de preguntar, cuando le contaban la tortura de la bañera, cosas como ésta: «¿Cómo fue? ¿Es que allí te dejaban bañar y te caíste en la bañera?» etc. etc. En el trabajo se recogen numerosas actitudes y comentarios que ilustran cuál es la situación del torturado en el momento de salir.

*Hay un 20% que no denunció porque dice que no sabía muy bien si estaba aún en las dependencias policiales o en el juzgado, ni si aquel «señor era realmente el juez o un policía».* (Hay que aclarar que, después de tantos traslados y de la inhóspita sala en la que se encuentra el Tribunal, al que muchas veces es acompañada la persona por los mismos que le han torturado, es muy comprensible la desorientación). Achacan a la confusión y al miedo de que se cumplan las amenazas, su silencio a la hora de denunciar.

*Otros 20% no quisieron denunciar ante el juez porque tenían mucho miedo.* Miedo que, en muchos casos, todavía persistía cuando recogimos su testimonio y que sólo a fuerza de crear un clima de cordialidad y distensión conseguimos vencer.

*Los 3 casos restantes, fueron enviados a la cárcel.* Dos, estuvieron ocho meses, hasta que se vio el juicio y quedaron absueltos. El tercer caso es el de una joven que, en medio de una gran campaña publicitaria, en la que la presentaban como un «peligroso» comando de ETA, fue torturada durante diez días, al cabo de los cuales fue llevada ante el juez quien, al no encontrar motivo real para procesarla, la envió a la cárcel durante un mes porque según dijo al abogado, «hubiera sido demasiado escandaloso ponerla inmediatamente en libertad, después de la aparatosa Conferencia de Prensa que había dado el Ministerio del Interior, en la que había asegurado que era una cabeza importantísima de ETA». *Al mes, el juez decretó la libertad.* Entonces entró en funcionamiento la ley de Seguridad Ciudadana, uno de cuyos artículos permite la anulación de lo que dice el juez, teniendo primacía lo que dice el fiscal. (El Poder Ejecutivo por encima del Poder Judicial). Como consecuencia, el Fiscal anuló lo que había decretado el juez y la joven tuvo que permanecer nueve meses en la cárcel de Yeserías. Al cabo de los cuales salió absuelta y fue cuando yo le grabé el testimonio. Ninguno de estos tres casos, pese a haber perdido casi un año en la cárcel, ha recibido indemnización alguna por los daños ocasionados —que son grandes—, ni restitución de ningún tipo.

El 60% de los casos, al salir, presentan secuelas importantes. El brusco choque recibido constituye un trauma que puede durar mu-

chos meses. No siempre acceden a que los vea el médico. Aún así, un porcentaje bastante elevado fueron explorados y se conservan historias clínicas bastantes completas.

Más del 50% habían perdido peso de una manera espectacular (entre 5 y 11 kilos en los diez días).

Las secuelas más importantes, aparte de las físicas concretas, consecuencia de los golpes (costilla rota, afecciones diversas de columna, como consecuencia del quirófano; dolores de cabeza, parestesias, etc.etc.) son de tipo psicológico. Angustia y miedo, insomnio, pesadillas; poca capacidad para concentrarse, depresiones y una cierta tendencia a rehuir el problema y refugiarse en el alcohol.

En cuanto a la forma en que se afronta este problema, hoy por hoy, en Euskadi, la mejor terapia es la de hacer frente a la situación. La denuncia al juez, en el mismo momento de la salida, viene a ser una especie de autoafirmación de la personalidad, una recomposición inmediata que fortalece al que la hace. Hay una gran diferencia entre los que han denunciado y los que no lo han hecho, en el sentido de que aquellos se recuperan antes.

También es muy importante el contar en la asamblea del pueblo o del barrio, o en un conferencia de prensa, lo que les ha ocurrido. Supone una especie de catarsis que, poco después, todos consideran benéfica. Y lo mismo puede decirse al contar, con mucho detalle, su testimonio al Grupo Contra la Tortura. Este es un capítulo muy complejo y muy importante y creo que Euskadi puede aportar una rica experiencia de terapia colectiva, en la medida en que el extenso movimiento popular, con implantación en todos los pueblos y barrios, que constituyen las «Gestoras pro-Amnistía», presta, a través de la asamblea y del recibimiento que hace a los presos, una ayuda solidaria y vital que, a su vez, repercute en la salud de la sociedad.

Antes de terminar, quiero señalar algunos puntos más generales que han llamado mi atención:

El primero de ellos viene marcado por la extrañeza que tengo cuando, al cabo de los años, como en un *ritornello* de pesadilla, compruebo que, en lo esencial, no se ha producido ningún cambio en el tema de la tortura. Extiendo el muestrario de horrores sobre la mesa y apenas encuentro uno que llame mi atención; todo sigue haciéndose igual, monótono hasta la saciedad, hasta la náusea: los mismos golpes, las mismas personas blasfemando, las mismas barbaridades, la misma suciedad. La misma tortura que en el 81, que en el 79, que en el 75. Aunque para el que la sufre sea una situación excepcional y límite, que muy posiblemente le marcará para siem-

pre, para mí es una especie de saturación. Aunque los análisis me anunciaban esto, tenía la oculta esperanza de equivocarme. Nada ha cambiado.

Incluso aquellas pequeñas modificaciones para acomodar las técnicas a las exigencias del nuevo momento «democrático», son meras puestas al día que yo ya había señalado en el 79, cuando empezaban a aparecer. Todo lo de hoy ya estaba allí, lo único que ha ocurrido es que ha venido desarrollándose muy despacio. Puede hablarse pues, *de una evolución lentísima, que nada tiene que ver con lo que hoy llaman el cambio*, y que empieza curiosamente, con la aparición de las leyes especiales y terminará siendo una «reconversión» paralela a la hecha en el sector industrial.

Otro punto que llama mi atención, es el papel que juega en todo esto la Ley Antiterrorista, no ya como instrumento legal que permite detener sin ninguna garantía y aislar durante diez días, respaldando con ello y propiciando la práctica de la tortura, sino *como arma que utiliza para hacer miedo*.

No solamente es una amenaza objetiva (la de que vengan con ella a detener) sino que, una vez detenido, la policía *va a seguir amenazando con aplicarla* —una especie de burla que recuerda las nuevas medidas antiterroristas que son un refrito de las que existían ya. En muchos detenidos se observa una incertidumbre que genera el hecho de no saber si está o no bajo la Ley Antiterrorista. Esa ambigüedad es fomentada por los que detienen que, ahora más que nunca, dejan en el aire la cuestión. «Pasé mucho miedo pensando que me podían aplicar la Ley Antiterrorista», dice Jokin. Lo curioso es que este miedo lo sentía en el fondo del calabozo, o sea, cuando ya lo habían detenido con esa ley. Y Antxon Urra, al que acaban de detener también con esa ley —porque con esa ley han practicado toda las detenciones que salen en esta historia—, al llegar a la Comandancia de la Guardia Civil, dice que lo amenazaron con que «si no colaboraba con ellos me aplicarían la Ley Antiterrorista». O sea, que le amenazaban con algo que ya había cumplido su función, con volvérsela a aplicar. Y un poco después, viendo que no acepta... «Cuando yo le dije que no tenía nada que declarar, uno de ellos se enfadó, llamó a otro y dijo: 'A éste le aplicais, de inmediato, la ley Antiterrorista', y, a continuación, vinieron los golpes». Como el que dice: le aplicais «la bañera», o le aplicais «la electricidad»: *A éste, la Ley Antiterrorista, o sea: la tortura*. Nítido ejemplo que revela, desde la misma práctica, cómo esta ley tiene en sí un uso directo de tortura, es instrumento para la tortura.

Otro de los aspectos que me llama la atención, es el gran número

de detenciones indiscriminadas —dentro, naturalmente, de la discriminación que supone ser «sospechoso» de la izquierda abertzale— que se producen.

Esto ya lo hemos visto antes a través de las charlas-interrogatorio de los capítulos anteriores, pero lo que yo quería señalar aquí es *la utilización de la tortura como arma para seleccionar*.

Cuando hace unos meses, un alto funcionario del Ministerio del Interior aseguraba que ahora se detenía menos y más selectivamente no se ajustaba a la realidad —aunque esta realidad se prestaba mucho a la manipulación. Hubiera sido más exacto si hubiera especificado que al juez de Madrid le llega menos gente —como hemos visto en esta historia— pero no porque no se detenga, sino porque se selecciona en la detención, y esa selección se lleva a cabo en los cuarteles y en las comisarías a través de la tortura.

Señalar, por último, la gran repercusión que tienen las manifestaciones del Gobierno sobre todo aquello que se relaciona con la represión en los centros en donde están los detenidos, cómo se refleja allí lo que ocurre en las altas esferas del Estado: Los insultos y las amenazas aumentan. «En momentos así te das cuenta de que puede ocurrir cualquier cosa», dice Mikel. Eso lo notaron mucho los que estaban «dentro» cuando Felipe González pronunció su discurso en las Cortes hace poco. «Ahora tenemos carta blanca, ya habéis oído a Felipe...» —les decía la Guardia Civil— «Felipe es un socialista de los nuestros, un demócrata como nosotros». Son frases recogidas allí y que, por la gravedad que supone, debieran de hacer reflexionar a los políticos. Cuando hace sólo unas semanas, José M. Olarra, alcalde de Villabona, llega a la Comandancia de la Guardia Civil, el primero que le interroga, proyectando seguramente su deseo y crecido por la fabulosa campaña que se ha desatado contra Herri Batasuna, le dice que le han detenido porque en el último Consejo de Ministros han acordado ilegalizar a HB y detener a todos sus electos, y que han empezado por él. Broma que fue seguida de unas interminables sesiones de tortura de las que todavía guarda una perforación del tímpano.

*Hondarribia  
diciembre 1983*





## **Pilar Nieva: En los laberintos de la justicia**

*(un buen ejemplo que ilustra lo dicho)*

### **1. El Plan ZEN en marcha: la manipulación informativa.**

Se llama Pilar Nieva. Su nombre encontrará seguramente un gran eco en la memoria de muchos porque hace casi un año, durante algunas semanas, anduvo de acá para allá, enredado en las crónicas sensacionalistas de los numerosos medios de información. Sin embargo es muy posible que, aún teniendo resonancias su nombre, uno no sepa muy bien con qué hecho relacionarlo. Han ocurrido tantas cosas durante este año. Por lo general cuando se levanta mucho revuelo en torno a un acontecimiento, el cúmulo de noticias contradictorias es tan grande que terminan por diluirse todas en una amalgama turbia que emborrona la realidad, de la cual sólo queda el recuerdo de la atmósfera que la rodeó —de miedo, de inseguridad, de alarma...— y que al ser intercambiable con el de otras situaciones parecidas las entremezcla. Uno sabe, por ejemplo, que tal o cual persona ha tenido que ver con alguna redada espectacular, pero no distingue con cuál de ellas, porque en esta larga historia de nuestra lucha son muchas las redadas precedidas de aparatosas movilizaciones policiales y presentadas después como captura de «peligrosos» comandos de ETA. Es una táctica de la información lanzada desde el poder: desorientar. Presentar las cosas de tal manera que lo de menos sea el hecho en sí —del que a veces ni tan siquiera nos enteramos— sino el ruido que lo acompaña y el efecto psicológico que surte, en este caso el demostrar la eficacia con la que trabaja la Brigada Antiterrorista. Lo que no se nos dice nunca es qué ocurrió con ese importantísimo comando, caso de que realmente lo fuera: o dónde fueron a parar sus víctimas, caso de tratarse de

un «error».

Sin embargo, el caso de Pilar Nieva no es el de un «comando» cualquiera que días después descubrimos que ha sido puesto en libertad, sin cargo alguno y con signos evidentes de tortura, caso que se repite con bastante frecuencia. (Hay que tener en cuenta que el 85% de la gente que ha sido torturada sale en libertad a los diez días o antes y su detención se ha basado sólo en «sospechas»: son las grandes ventajas de la Ley Antiterrorista...—«Y ante una cosa tan grave, ¿no piden responsabilidades al Estado?», me preguntaba, ingenuamente, un profesor de la Universidad danesa en un coloquio).

El caso de Pilar Nieva es muy revelador porque no se trata sólo de que fuera detenida, torturada, encarcelada después durante nueve meses y medio para salir, luego, a la calle sin cargo alguno — cosa que también se repite con alguna frecuencia y ahí tenemos el ejemplo reciente de Trifol y el cura de Gorriti—, sino de las circunstancias en las que todo ello se produjo y la confluencia de medidas represoras que se pusieron en marcha que, de pronto, mostraron con gran nitidez, a quienes no lo habían visto antes, cuáles era los propósitos del PSOE con respecto a Euskal Herria y la función de doma que le había sido asignada a este partido en el proceso «socialdemócrata» que llevaba ya cuatro meses.

Si digo: primavera del 83, cerco del barrio del Pilar, comando Madrid. He dado ya una pista para situarnos en aquellos días tensos, de alarma general, en los que se busca a un secuestrado y se anuncia que de un momento a otro van a obtenerse resultados «satisfactorios». Es el momento en que empieza la operación conjunta de los distintos cuerpos del «orden» y se disponen, ayudados de perros, helicópteros y otros efectivos, a registrar, casa por casa, un barrio de 75.000 habitantes. Sin entrar en consideraciones de lo que allí pasó, de que el ciudadano se dejara asaltar la vivienda de muy buen grado, como nos dijo el Ministerio del Interior, u ofreciera una saludable resistencia, como nos enteramos más tarde. Lo que a mí me llama poderosamente la atención, y creo que es importante señalarlo aquí, es que una operación de aquella magnitud se llevara a cabo con el único apoyo «legal» de presentar una fotocopia de la Ley Antiterrorista que, además, de creer las versiones oficiales, apenas si hizo falta utilizar dadas las facilidades que todo el mundo ofrecía.

Hasta entonces la Ley Antiterrorista se había usado —y ya era un uso bien grave— para practicar todo tipo de detenciones: a quien fuera, en el momento que fuera y dónde fuera, sin necesidad de dar

explicación alguna. Pero en aquella operación descubrimos que el potencial represivo de aquella Ley era mucho más grande de lo que se podía imaginar y que, cuando ello fuera preciso, podía utilizarse también sobre colectividades y sin más trabajo que el de presentar una simple fotocopia!

A lo largo de aquel mismo año y en el transcurso de éste también, quienes seguimos de cerca lo que ocurre en Euskadi, descubriremos todavía usos más sofisticados de esas leyes por lo que sospechamos que es mucho lo que queda aún por venir.

En medio de este fabuloso despliegue militar y de la gran campaña de apoyo informativo que le sigue, es cuando se empiezan a tener las primeras noticias de que ha sido desarticulado el «comando Madrid» y de que una «pieza clave» de él es una mujer. A juzgar por la euforia con que lo anuncian, el golpe que la Policía acaba de dar es importantísimo y, más aún, cuando todos los signos apuntan a que en el barrio del Pilar se tiene acorralado a otro comando, lo cual justifica ampliamente las extremas medidas que se han tomado. El nombre de la mujer es Pilar Nieva. Circulan rumores de que la Brigada Antiterrorista conocía desde hacía tiempo el «piso franco» de ETA, que ahora acaban de asaltar; se habla de rocambolescas historias de seguimiento, de sofisticadas escuchas que controlaban la vida del comando cuyas conversaciones eran transmitidas a un piso próximo desde el que, expertos en la materia, observaban desde el primer día, pacientemente, lo que ocurría en aquella casa. Aparecen los más disparatados artículos. El diario «ABC», asegura que las oposiciones que recientemente ganó Pilar, no las había ganado ella por sus propios méritos sino quienes trataban de que ella siguiera en Madrid y en su puesto de trabajo, para poderla utilizar como «cebo» sin que ella misma lo supiera. La revista «Cambio 16», siguiendo la tradición de difundir sin escrúpulos cualquier invención con tal de aumentar la venta y servir, además, a la campaña de intoxicación del pueblo —que es esa su primordial función, aunque de rebote le resulte lucrativa— habla también de un «topo» que la misma Policía habría introducido en el seno del comando y el reportaje, modelo de literatura degradada, está ilustrado con una fotografía de Pilar en bikini en cuyo pie leemos: «El reposo de la etarra». Hecho que, por sí solo, muestra las íntimas relaciones que mantienen algunos periodistas con la DGS para que, en horas, pasen a sus manos parte de las doscientas fotos privadas que le fueron incautadas a la interesada en el registro. Todo esto debería de ser considerado muy grave, levantar airadas protestas, provocar tal vez un escándalo en el Parlamento, pero parece que algunos me-

dios de información tienen licencia para todo. Muy seguros se tienen que sentir cuando se atreven a publicar estas pruebas contundentes de la violación de la intimidad y hasta del secreto del sumario. Pero se trata de una «etarra» y contra un comando así todo es aceptado, todo es válido. Se ha puesto en marcha el Plan ZEN. Ha empezado la caza del «terrorista».

Y este es otro de los puntos que confluyen en esta historia. Porque la manipulación, la mentira, el presentar al perseguido como un monstruo y utilizar contra él todos los recursos informativos, se venía haciendo desde hace años. Pero ahora, precisamente en los comienzos del Gobierno PSOE, lo que antes se practicaba de una manera arbitraria se organiza, se ordena, se legitima y queda ahí, en un manual de dos tomos dividido en capítulos, en secciones, en apartados. Y ese manual, algunas de cuyas orientaciones ya habían sido llevadas a la práctica unos días antes en el pueblo guipuzcoano de Hondarribia, empiezan a utilizarse también en Madrid.

A la hora de presentar una situación no importa que todo sea mentira si ello perjudica la imagen del «terrorista». En la página 67 del Plan ZEN leemos que «basta con que las informaciones sean creíbles para explotarlas...» No es extraño que muchos se sientan estimulados a contar las imaginadas historias con profusión de detalles, ello contribuirá a convencer más aún, a dar mayor realismo. No era suficiente con inventar que seguían a la mujer al supermercado, había que decir que compraba wiski o caviar —ya se sabe las orgías que se corren los «terroristas»—; no bastaba con imaginar que habían sacado copia de la llave de su piso, era mejor explicar que la obtuvo un hábil infiltrado que se hacía pasar por «compañero» de trabajo y aprovechaba los descuidos para abrir el bolso y sacar copia de ella en cera... O que —porque también circularon otras versiones al respecto— fue el portero de la finca —ya se sabe que no hay mejores colaboradores de la «seguridad ciudadana» que esos celosos vigilantes de las fincas— el que facilitó la copia (aunque dicho sea de paso la casa nunca tuvo portero alguno). Tampoco importaba que Pilar pasara los fines de semana con sus tíos, había que fabular viajes a Baiona, a tal o cual sitio, encuentros con tales o cuales personas... había, en fin, que preparar el terreno, vender la imagen adecuada porque los terroristas, todo el mundo lo sabe, son así. En Alemania, según nos contaba hace poco el profesor Jon Vervaele, en las escuelas hay una asignatura obligatoria que se ocupa del «terrorismo». Cómo es el terrorista, cuáles son sus gustos, sus características más dominantes, sus costumbres, sus formas de vestir, de peinarse, de ocultar su persona; cómo agenciárselas para de-

tectarlo. A los niños se les preparan mapas para que indiquen cuáles son los países en donde se da esa plaga, las áreas en la que más abunda. En todas las épocas han existido brujas y hogueras en donde quemarlas. En los tiempos modernos no han terminado de cazar al «monstruo marxista» que minaba los pilares del franquismo cuando ya aparece el peligro de nuestro tiempo en forma de «monstruo terrorista»... Nosotros no llegamos al desarrollo de los alemanes, pero ya tenemos el Plan ZEN\*. En la página 52 del tomo II, se nos dice que «hay que llevar a cabo acciones en los medios de comunicación social mediante la difusión de noticias falsas». Por esas mismas fechas, al hombre que han detenido en la casa de Pilar le inventarán una declaración de «arrepentido», que él mismo tuvo que desmentir desde la cárcel. Para esas noticias falsas hay un importante «fondo de reptiles» y cuantiosas sumas de dinero para aquellos que, a través de algún medio informativo, lleven adelante ese Plan. Eso explica la gran colaboración de periodistas venales, la degradación permanente de profesionales que se dicen «apolíticos», que van engrosando el aparato de las complicidades. Explica la aparición de libros bochornosos, aparecidos en editoriales que uno creía serios: libros escritos desde el cinismo, sin pudor alguno, que da vergüenza hojear y pena de que se manipule así la buena fe del pueblo. Sobre Pilar Nieva se ha escrito también algún capítulo de un libro firmado por un muy renombrado periodista que queda, por supuesto, descalificado como tal —aunque ya lo estaba antes. Sobre Pilar se escribió mucho en aquellos momentos pero ella no se enteró hasta mucho después. Estaba en otra órbita. Mientras fuera se desarrollaba aquel grotesco carnaval, montado en el vacío para distraer a la galería, ella había empezado a vivir otra realidad más profunda de la que se cuidaban muy bien de no hablar nada.

La tengo sentada delante: menuda, frágil, nerviosa porque no sabe cómo va a ser el diálogo, cuáles son las cosas que me interesan... Está muy afónica de tanto hablar con unos y con otros. Desde que ha salido no la dejan un momento: comidas, cenas, visitando a unos, a otros... De vez en cuando se asombra con una exclamación del bellísimo paisaje que vemos desde la ventana: se le iluminan los ojos en los que reflejan las aguas de la bahía de Txingudi: «Parece un sueño estar aquí viniendo de allí».

Allí es la cárcel de Yeserías de la que acaba de salir hace unos días.

---

\*Zona Especial Norte.

## 2.- La realidad que no se cuenta

Tengo que despejar esa nube de informaciones falsas, abrirme paso a través de aquella campaña grotesca con la que nos la quisieron presentar, olvidarme de los «prismáticos de infrarrojos» que la observaban, según decían, desde una ventana, de los micrófonos escondidos que la oían. Tengo que dejar atrás toda esa pésima literatura de consumo que me he leído estos días y acercarme a esa noche del 6 de abril de 1983 para que sea ella misma la que me cuente la versión de los hechos.

«Sería alrededor de las 11. Cuando yo salgo con la basura, en el rellano, uno me tapa la boca, uno me coge de los pelos, otro me coge de un brazo, otro me quita la bolsa. Me bajan a rastras hasta la calle. En el portal me cachean y me ponen las esposas con las manos atrás. Me suben a casa, me tiran al suelo y me tienen allí hasta las dos. En la casa había un amigo de un compañero y con él fue peor porque le ponían de pie y le daban terribles golpes en el estómago.

A mí me dio un ataque de nervios. Yo pesaba entonces 49 kilos y en el suelo, de los temblores, se oía: clac, clac, clac: el batir de los huesos; sonaba el esqueleto de una manera terrible. Entonces ellos, para parar las sacudidas, me ponían un pie o se sentaban encima. Había cantidad de gente: los GEOS, los antiterroristas de paisano. Lo levantaban todo, rasgaron un sofá cama, rompieron una mesa de cristal. Una cosa es un registro y otra lo que ellos hacían: tirar por tirar, destrozar con ensañamiento. Aquello era una casa de locos. De allí me llevaron a la DGS.

Al llegar me condujeron directamente al interrogatorio, sin quitarme las esposas porque se les habían perdido las llaves. Habría unos seis y se limitaron a darme golpes, no muy fuertes sino más bien de desprecio, de humillación; yo creo que fue más para meterme miedo para el día siguiente. Entró un hombre mayor, de mucho genio: 'Soputa. Tu ya has caído y las vas a pagar. Ahora vas a ir a la celda y le dirás al médico que certifique cuatro violaciones'. Estaban muy nerviosos y yo muy angustiada. Cuando al cabo de las horas me bajaron, volvió a repetir lo mismo, que certificara violaciones, dando a entender que era un hecho el que me iban a violar. El médico era joven, indiferente. Me mandó desnudar y que le enseñara la planta de los pies. Miró y escribió: sin marcas, y eso fue todo y ya me pasaron al calabozo.»

No es fácil imaginar la situación. Como no es fácil recoger en su complejidad un documento así, todo resulta esquemático, superficial, poco satisfactorio. La seguimos a ese calabozo que es como una angustiosa sala de espera en la que uno se consume imaginando lo que puede ocurrir; tomando fuerzas para soportarlo, aunque a lo mejor se descompone de miedos, o las dos cosas. Las amenazas previas son precisamente para eso. Sentada allí ella se sentía fuerte. «Tenía la moral muy alta», pero le quedaban aún nueve larguísimos días. Lo que en ellos le hicieron está sintetizado en el testimonio que dio al juez y que el diario EGIN publicó el día 17 de abril. Leyéndolo nos enteramos de que pasó por angustiosas situaciones mientras le hacían el «quirófano» de distintas maneras, a veces con una bolsa en la cabeza para asfixiarla. Que se debilitó tanto que no podía andar sola y que le daban mareos. No me voy a detener en todos esos martirios entre los que destacan las vejaciones, las humillaciones, el hacerla sentir insignificante como mujer... He dicho siempre que lo más importante de la tortura no es lo que se cuenta en la conferencia de prensa, ni en la declaración al juez. Lo más importante lo guarda uno dentro, a veces toda la vida, y va saliendo después, cuando uno se va curando con la distancia. He querido recoger sólo algunas de las escenas que más la impactaron.

«Estaba aún en la casa, en medio de aquel desconcierto, esposada con las manos atrás. Me pusieron la pistola en el cuello, apretando mucho, la sentía en la carne pero de los nervios ni me dolía. Tenía mucho miedo pero de la situación en general. No sé ni cómo fue, algún gesto brusco que haría el poli, el caso es que con el cañón me arrancó una verruga y cayó sangre. Yo no sabía cómo había sido. Yo sólo ví que la pistola estaba pegada allí y que goteaba sangre. Tuve un espanto grande, y de pronto, mucha paz: Me evito los diez días de comisaría, pensé con alivio y por unos instantes estuve en la creencia de que alguna bala me había traspasado, que sangraba por el orificio y que estaba en el umbral de la muerte».

Otro momento fue después de las primeras sesiones de «quirófano», cuando le han explorado por encima de la ropa el pecho y han considerado que no es posible ponerle electrodos. Pasaron a otra cosa. La tuvieron mucho rato enseñándole fotografías; insistían en que las mirara bien, en que indicara si conocía a alguien. Pero el objetivo no debía ser precisamente ese sino el de amedrentar porque eran fotos de gente herida, lesionada, como si se las hubieran sacado después de alguna pelea, de algún accidente, de un tiroteo o algo así... Tenían manchas de sangre incluso. «Más tarde pensé que serían trucadas, pero en aquellos momentos...». Y también le habla-

ban de Arregi —ese punto de referencia que no falta en ningún testimonio cuando quieren ilustrar «lo que le puede ocurrir» si no habla— y de cómo «si yo te pego un tiro a lo mejor estoy un mes en la cárcel, pero al final me condecoran con una medalla porque me lo van a agradecer», y ella tenía que callar sabiendo, además, que era verdad, que a los que torturaron a Arregi hasta la muerte los absolvieron. Fue un largo momento de rabia, de miedo. «Luego trajeron una pistola y le hicieron poner los dedos en ella. 'Esta pistola es la que mató a tal general. Ahora están ya tus huellas y si queremos eres tú la responsable'. Tienen recursos para todo y todo está previsto. Ese es el gran horror de la maquinaria, que todo puede pasar como una broma y que todo puede empezar a funcionar para la muerte.

Hay otro momento que ella recuerda como uno de los peores. Es una escena de burla. «Hacía varios días que estaba allí y no me habían dejado cambiar de ropa, ni lavarme siquiera. Estaba muy sucia, durante los «quirófanos» había tenido todo tipo de relajación de esfínteres: olía a pis, a mierda, a vomitados. No había dejado de vomitar sangre, bilis... Estaba hecha un asco, el pelo pegajoso, greñas. En este estado me llevaron a un salón, me hicieron sentar en una butaca y alrededor tenía seis o siete polis muy limpios, muy vestidos, puestos como para salir. Me dijo uno: 'Si hablas —y ya ves que estás fea, sucia, hecha una mierda—, pues si hablas, esta noche te saco a tomar una copa conmigo'. Y los otros se reían: 'Pero tú estás loco, con esa porquería vas a ir...' Y con ese juego estuvieron mucho tiempo. Y yo, en ese momento, estaba bien de moral y procuraba no oírles, pero la verdad es que si te pilla en un momento malo te hunden porque son cosas para deprimir...»

De toda la larga historia de suplicios que me cuenta lo que tal vez me llama más la atención es ese médico joven que interviene a cada momento, como un fantasma, y que no sabe decir otra cosa que «es debido a gases», «eso son gases...» refiriéndose a las molestias gástricas. «En uno de los «quirófanos», aparte de lo que yo bajaba, ellos me apretaban por los hombros y me obligaban a doblarme hasta casi debajo de la mesa y tocar las patas, y en una ocasión sentí un dolor muy fuerte en un costado. Me llevaron al médico y dijo que eran aires, gases... (luego resultó que era una costilla que se había dislocado y que no se arregló hasta meses después). Al médico tenía que verle muy a menudo porque me dieron bastantes mareos. Tenía la tensión muy baja, yo he estudiado para enfermera y me doy cuenta. Cada vez que me pasaba esto me daba medio frasco de Efortil: se me quitaba enseguida el frío y me venían sofocos. 'Tú lo



que tienes son aires...' Ellos me insistían en que tenía que comer pero yo no podía tragar nada. Agua sí bebía y siempre hice muchos esfuerzos por mantenerme lúcida, pero me quedé en los huesos. Sólo los primeros cuatro días perdí diez kilos... A partir del segundo me tenían que llevar entre dos porque me caía.

En uno de los interrogatorios se les veía muy nerviosos. 'Tienes que contar algo. El ministro te está esperando, quiere datos para la rueda de prensa'. Yo les decía que no tenía nada que hablar, que viera el ministro y me dieron una somanta de golpes en la cabeza. '¿No te das cuenta de que tienes a todo el gabinete pendiente de ti?' Allí me di cuenta de que ellos habrían creído que yo debía de ser alguien importantísimo y que necesitaban hechos para presentar a la opinión pública.

Esa noche, puede que fuera una venganza, pero fue la peor de cuantas pasé allí. Fue el tormento mayor. Uno dijo que estaría todo el tiempo con él. Empezamos otra vez el quirófano, yo ya tenía la costilla mal, me daban unos dolores inaguantables y la cabeza muy hinchada del tiempo que estaba colgada hacia abajo. Me subían y bajaban agarrándome por la melena. Cuando estaba abajo me colocaban la bolsa de basura hasta asfixiarme y uno observaba el color de las uñas. Cuando veía que se ponían moradas me dejaban respirar. A la madrugada, desfallecida, les dije que declarararía lo que ellos quisieran. Cuando fueron a escribir la declaración pusieron una fecha equivocada, como si tuviera lugar el cuarto día. Les dije que no, que era el octavo. A partir de ahí ya todo cambió».

### **3.— La importancia de denunciar la tortura al juez.**

«Ellos nunca me coaccionaron con amenazas para que no denunciara, pero sí le daban vueltas al problema. Yo estaba sentada al borde de la silla, pensativa, muy débil. Entró uno: 'Bueno, Pilar, ¿qué tal te hemos tratado?' Yo estaba encogida. '¿Pero es que aquí se tortura?' Me cogió uno del hombro y me llevó a otro cuarto: 'Pero dime, en confianza, ¿qué tal estás?' Yo les decía que agotada. 'Bueno, pero, ¿y el trato? ¿cómo ha sido?' Le dije que no tenía queja... Entonces empezó a explayarse: 'Tú, ahora, cuando vayas al juez, no le digas esto y lo otro... porque el juez no es tonto y como vea que le quieres engañar te mete un montón de cosas. Tú te limitas a lo que dice ahí y punto'. Vinieron otros y empezaron a bromear, que si el trato había sido bueno, que uno de ellos hasta me había invitado a comer —lo decía porque al final me trajeron una tortilla de espárragos—, que si conmigo se habían portado mejor

que con ellos, que a ellos aún no les habían invitado... Desde entonces ya todo fue convencerme de que me habían tratado bien.

El día que me llevaron a la Audiencia yo tenía aspecto de estar muy débil. Ellos me acompañaron bromeando, hasta el último momento se comportaron como si fuéramos amigos.

Antes de pasar al juez, me vio un forense. Se fijó en un hematoma que tenía en el muslo derecho, era más grande pero él anotó que tenía un diámetro de 3 centímetros. Le mostré las calvas y la sangre de la cabeza. 'yo no veo nada'. Le dije que tenía edemas en la cara y pareció sorprenderse mucho de que yo usara esta palabra. Dije cómo me dolía mucho el hombro y la costilla. Lo anotó y entonces pasé al juez.

El juez cogió la declaración y preguntó si aquella era mi firma. 'Sí'. '¿Está usted de acuerdo con lo firmado?' 'No lo sé', dije. '¿Cómo que no lo sabe, si ha firmado?' Bien, léalo y si en algún punto no está de acuerdo lo dice'.

Entonces yo cogí el papel y fui señalando. La declaración estaba hecha en puntos y yo señale 18 en los que no estaba de acuerdo. Sólo acepté uno: que había votado a HB. Y le di la declaración.

'Y, ¿cómo es que usted ha firmado esto?', me preguntó. Y entonces conté, día por día, todo lo que me habían hecho. El juez me volvió a tomar declaración y esa fue la que valió».

Conviene detenerse unos momentos aquí e insistir en la importancia de la denuncia. No sólo porque es fundamental para después, ya que en esa declaración y muchas veces sólo en ella, va a basarse el juicio, sino, sobre todo, porque es el momento en el que la persona, que durante diez días ha sido machacada, vejada, hundida, rota, burlada, humillada; la persona que han tratado de destruir, se recompone y sale con más fuerza que antes. Es el momento en el que vuelve a recuperarse. En el acto de la denuncia se gana una importantísima batalla al enemigo. De este acto, que parece tan sencillo y que en realidad no lo es por el lamentable estado físico y síquico en el que llegan algunos ante el juez, de este acto, insisto, depende muchas veces la salud mental y el ánimo con el que se va a vivir en el futuro.

Se ha cambiado la correlación de fuerzas. Uno pasa de acusado a acusador. Es una victoria palpable. «Fue salir de aquello y ya se me curaron todos los males».

Su rostro fino, su tez pálida, su pelo pajizo, emanan una especie de halo luminoso cuando ha dicho esto. El sol está entrando en la habitación.

#### **4.— Otra vez una Ley «especial» aplicada a fondo por el PSOE.**

«Estaba claro que mi participación en todo aquello era mínima. El abogado solicitó la libertad provisional al día siguiente y, al mes de estar en Yeserias, el juez me la concedió. Pero, a los veinte minutos, se presentó la secretaria del juzgado y dijo que mi libertad había sido recurrida».

Este recurso es posible en base a la Ley de Seguridad Ciudadana que, en 1979, cuando se votó, fue rechazada por el PSOE en el Parlamento. En el artículo 6º de esta Ley, se concede al fiscal todo tipo de facultades en cuestión a libertades provisionales. Y aquí se aplicó este artículo. Era también la primera vez que se llevaba a la práctica y con ella se vio cómo, con estas legislaciones especiales, el Poder Judicial estaba supeditado al Poder Ejecutivo. En este caso el fiscal se comportó como el representante del Poder Ejecutivo.

«De alguna manera había que dar cobertura al gran montaje de señor Barrionuevo, que no había logrado convencer al pueblo de Madrid de que fueran necesarias aquellas medidas extremas tomadas en el barrio del Pilar. No era posible que aquella «peligrosísima etarra», que tenía un «piso de seguridad para el comando de ETA», aquella mujer «cerebro de la operación», presentada al público como una «pieza clave del comando», saliera ahora, a menos de un mes, a la calle. Para estos casos, precisamente, está previsto el artículo 6º».

De esta manera Pilar Nieva queda ocho meses y medio más en la cárcel. El 17 de enero de 1984 se celebró el juicio en el que salió absuelta. El Estado español le debe 285 días.

Se ha puesto de pie. Hace varias horas que hablamos. El tiempo no cunde cuando hay tantas cosas que comentar. Pero había que presentarla primero, mostrar el estado real de la Justicia. Otro día hablaremos de cosas más entrañables, de la cárcel y las compañeras que quedan allá y de las denuncias que hay que hacer. Hablaremos también de la familia, de los lazos afectivos y las incomprensiones: de los mundos que lentamente mueren y de los que nacen: es largo y duro el camino de la revolución, de la revolución de los seres humanos pensando, sintiendo, amando...

Está como absorta por el paisaje: «Si supieras cómo imaginábamos esto, cómo tratábamos de reproducir en la imaginación el día que arrojaron al mar las cenizas de Txapela...» Nos asomamos al

balcón. A lo lejos, casi un punto invisible, está flotando la boya con la ikurriña. Por allí fue. Era un día muy distinto al de hoy, llovía, era al atardecer. La barquita, sola, daba vueltas y miles de compañeros seguían el acto desde las dos orillas del Bidasoa. Fue un momento muy emotivo que marca una época...

Nos despedimos. Vendrá otra mañana para seguir charlando. Queda lo más importante, no lo que hace el enemigo contra nosotros para destruirnos sino todo aquello que construimos nosotros, pese al enemigo, para alcanzar el nivel humano y la liberación de nuestro pueblo.

*Hondarribia  
marzo 1984*

## La luz y las sombras

No me gusta hablar de nuestros muertos porque creo que lo mejor que se puede hacer con quienes perdieron la vida en esta guerra de liberación es recoger la experiencia que dejaron y aprovecharla para seguir: «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado a un oído receptivo...», diría Che. Seguir y seguir, como ellos lo hacían, corrigiendo errores y buscando vías nuevas, imaginando victorias, tejiendo sueños, luchando, en fin, de múltiples maneras, por transformar el mundo en un lugar habitable en el que el hombre pueda un día alcanzar su propio nivel humano de ser sensible y pensante que ahora se le niega. ¿Qué mejor homenaje que el de mantener viva esa necesaria resistencia?

Pero tampoco quisiera dejar pasar el segundo aniversario de la pérdida tan dolorosa de Joseba Arregi sin señalar, ahora que la distancia lo permite, el fenómeno —nada nuevo por otra parte— de asimilación y oscurecimiento que amplios sectores de «demócratas» han ido produciendo en torno a una muerte tan clara y reveladora, una muerte que sacudió miles de conciencias dormidas y que muy bien puede decirse de ella que fue luminosa.

Luminosa porque fue el chispazo que alumbró lo que nadie quería ver. Una muerte que constituyó en sí misma una última acción de efectos inmediatos cuya onda expansiva todavía percibimos. Como si en la dilatada agonía de aquellos larguísimos ocho días hubiera ido acumulando titánicas fuerzas para, llegado el momento de perder la vida, transformarse todo él en energía de protesta y de combate: convertirse en detonante y bomba y hacer saltar las férreas murallas del silencio informativo y denunciar al mundo la candente realidad represiva que vivía el pueblo de Euskadi.

Ante la evidencia del flagrante hecho nadie se atrevió a negar la

existencia de la tortura y, como tantas otras veces en que la noticia rebasa la frontera de lo permitido, todos se aprestaron a sumarse a la ineludible protesta: hubo interpelaciones en el Parlamento, coléricos artículos, exigencia de responsabilidades y todo tipo de vestiduras rasgadas.

Pero lo que esa luz alumbraba era demasiado terrible y era demasiado comprometido mirarlo porque afectaba intereses intocables. La gran mayoría «comprometida» prefirió cerrar los ojos y quedarse con el caso conmovedor y espantoso, eso sí. La muerte de Arregi fue separada rápidamente de su contexto, olvidándose que era vasco, que era militante de ETA; presentándolo como un mártir consecuencia de unas lacras del sistema. Fue así como la muerte luminosa de Arregi la fueron convirtiendo precisamente en todo lo contrario.

A medida que crecía como individualidad su hipertrofiada figura proyectaba sombra sobre la realidad. Había tortura, había casos terribles de tortura y esos casos, excepciones naturalmente, precisaban de una «depuración» en la que «todos» los demócratas estaban de acuerdo. Tapaban así, con el mismo cuerpo de la denuncia, que la tortura que hoy padece el pueblo vasco es sistemática, múltiple y forma parte del aparato represor del Estado. Una manipulación en toda regla. Una manipulación que ha permitido, por ejemplo, que el actual Defensor del Pueblo, que seguramente elevó entonces su indignación, declare hoy, sin escrúpulo alguno, que desde hace más de año y medio la tortura prácticamente no existe.

Por eso —aunque aquí ya lo sabemos, es verdad— quiero insistir en la auténtica dimensión de la muerte de Arregi, la de arrojar luz y no sombra. Su caso, o el caso de Muruetagoiena, no pueden apartarse del contexto en el que se producen. Su excepcionalidad radica no en el hecho de haber sido torturados —dolorosa experiencia que sufren muchos vascos— sino en haber muerto a consecuencia de esas torturas, a consecuencia de las cuales uno se pregunta muchas veces cómo no mueren más. La figura de Arregi cobra su verdadera grandeza ahí, en el lugar del que tantos le quisieron desplazar: junto a su pueblo, por el que luchó y por lo cual precisamente le asesinaron.

*Hondarribia  
febrero 1983*

## Un grito y un gesto

Estamos bastante anestesiados. Decir esto no es una cosa nueva pero tampoco viene mal repetirla. Anestesiados, embrutecidos, indiferentes... Pasan horrores a nuestro alrededor y apenas sí nos enteramos. Ni los vemos, ni los oímos; ni los queremos ver, ni los queremos oír. Nos encogemos de hombros: no sabemos, ni nos interesa saber. «No es mi problema». Ya hay quien ve por nosotros, quien piensa por nosotros, quien decide por nosotros, quien actúa por nosotros: los políticos, los funcionarios del Orden, los «buenos ciudadanos» que con ellos colaboran. No nos metemos en nada. «Yo a vivir mi vida».

Desde esta filosofía de la inhibición y de la parálisis profunda que tan insidiosamente está calando en nuestra sociedad y por la que tanto se «trabaja» desde los medios de información que controla el Estado, cuando se tiene noticia de que alguien reacciona ante un hecho con el reflejo adecuado a lo que se supone debería de ser una humana respuesta, se siente un gran alivio. Como si una refrescante brisa hinchara el ánimo, por tantas razones encogido, y le diera impulso para seguir navegando en medio de tanta confusión. Uno recupera la confianza y se reconcilia con el ser humano y vuelve a constatar que por ahí va la Vida, que lo otro es la miseria, la degradación y la muerte.

Algo de todo esto he sentido esta mañana al leer en el periódico que una persona, procedente de la Comandancia de la Guardia Civil, había ingresado en la Cruz Roja con numerosas heridas y magulladuras. Caso muy inquietante, en verdad, si uno imagina todo lo que ha podido ocurrir *allí*, sobre todo para quienes prácticamente todas las semanas recogemos testimonios de tortura. Pero no ha sido esto lo que más me ha impresionado en esta ocasión sino la con-

ducta del transeúnte que accidentalmente pasaba por las cercanías del cuartel y que ha tenido el valor de denunciar el grito.

Ese mínimo gesto solidario, tan sencillo en apariencia y tan poco frecuente, arroja luz sobre el confuso panorama de las «seguridades ciudadanas» y revela de pronto en dónde está el peligro real: No en lo que ocurre allí donde se produce el grito sino en la complicidad de los que silencian ese grito.

Grito concreto, angustioso, estremecedor, el que sale por esa ventana, pero grito simbólico también, que resume los múltiples y variados gritos —espeso bosque de gritos— que diariamente se pierden sin encontrar el eco reclamado.

Un grito y un gesto, de un día cualquiera de este caluroso verano, en el que seguimos recogiendo testimonios de torturados y que debería pararnos a reflexionar.

*Hondarribia  
julio 1983*



## ¿Qué son las cárceles de alta seguridad?

Difícil explicarlo en un par de folios. Para mí son una de las grandes expresiones de la feroz y cada vez más creciente represión del sistema capitalista avanzado que, para la consecución de sus objetivos, necesita irremediabilmente ponerse al día y «reconvertir» los antiguos métodos de aniquilar todo aquello que obstaculice sus planes de dominio y enriquecimiento. Para empezar, la misma denominación responde al lenguaje empleado desde el poder en esta nueva etapa «democrática» que se sirve tanto del eufemismo para presentar las cosas como si fueran lo contrario de lo que son.

Entre los años 1978 y 1979, coincidiendo con la elaboración de la LGOP (Ley General de Ordenación Penitenciaria), la figura del «preso político» desaparece porque se considera que ya no puede existir en una democracia; todos los «delitos» se criminalizan y la nueva catalogación de los presos se hace en atención al grado de «peligrosidad». Naturalmente, desde esta óptica, lo más «peligroso» habrá que encerrarlo en un lugar «especialmente seguro». Herrera de la Mancha fue la primera cárcel de esta serie.

A ella se llevó a los presos sociales muy «peligrosos». Peligrosos para el *sistema carcelario*, al que venían cuestionando en una larga serie de motines y desesperadas luchas; y peligrosos porque en estas luchas eran muchos los que adquirían conciencia social y hasta política y empezaban a ser «peligrosos» también para el *sistema en general*. (De la represión encarnizada que sufrieron aquellos presos, en su mayoría militantes de COPEL, hemos podido avizorar algo a través del juicio que se ha celebrado en Madrid a unos funcionarios procesados por torturas).

Es así como la cárcel de «alta seguridad» se nos justifica como una necesidad para protegernos de lo muy «peligroso», que podría esca-

parse, sin especificar para nada en qué consiste esa «peligrosidad», ni sobre quién recae por lo que, al quedar como una valoración abstracta (como tantas otras así empleadas: la paz, la violencia, etc.) inmediatamente es objeto de manipulación y puesta ahí como una amenaza para el pueblo, cuando en realidad es un peligro para el sistema.

Dentro de esta valoración, está claro que los presos más peligrosos para el sistema son precisamente aquellos que llevan a cabo una lucha política. La existencia de estas *cárceles altamente políticas* revelan ya la gran contradicción de un sistema que se niega a aceptar la existencia de disidentes y que oculta su persecución. Lo que en realidad se esconde detrás del eufemismo es que este tipo de cárceles, hoy, la máxima expresión de un sistema autoritario que se basa en la doma y que necesita para su subsistencia *castigar* todo aquello que escapa a su control, que no se doblega ni pasa por el aro; es uno de los últimos reductos reservados para los más resistentes.

Esta forma de castigar de una manera prolongada, a través de una tortura crónica, está a su vez estudiada para que el allí encerrado pueda desistir y claudicar; para que, de una u otra forma —desde las sutiles trampas de un «arrepentimiento», hasta la intervención violenta de los funcionarios de toda clase de cuerpos represivos— termine por ceder. Si no lo hace, el proyecto es destruirlo.

La base de esta destrucción, física y síquica es la *incomunicación* —convenientemente estudiada en todas sus formas— y el *aislamiento* prolongado, sin escatimar para conseguirlo el empleo de las tecnologías más avanzadas. Que mantengan poca relación entre ellos y desconectarlos del exterior. Dejarlos solos.

Conocer estos proyectos es vital a la hora de plantearse la manera de abordar la lucha. La solución de estas cárceles, tan correctamente llamadas por quienes las habitan de exterminio, no hay que buscarla por los laberintos de la «justicia». El problema es político y además, y por ello, de todos.

Es una cárcel especialmente *ejemplar*, que actúa fuera de ella sobre el pueblo que la permite: Su finalidad no es sólo destruir al que no acepta la sumisión, sino asustar y paralizar al que contempla lo que le ocurre al que no acepta esa sumisión: hacerle desistir también y aniquilarlo de esta otra manera.

De ahí que, aparte de la mala conciencia que ello le cree a cada cual, permitir esa cárcel es aceptar y contribuir, objetivamente, al establecimiento de estrechas fronteras para nuestras libertades: consentir, legitimar los caminos de nuestra propia degradación y,

unque no nos percatemos de ello, equivale a decir sí a la doma, al castigo.

Comprender que nuestra capacidad de vida —entendida como el complejo y deseable proceso de humanización— está en íntima relación con la vida de quienes están en esas cárceles podría ser una forma de empezar a sensibilizarse y luchar.

De ahí que me parezca de suma importancia la semana sobre las cárceles de «máxima seguridad» que ha organizado el Grupo contra la Tortura de la Universidad de Zorroaga y que dará comienzo el día 2 de abril.

*Hondarribia*

*Abril 1984*

## **Metamorfosis de la tortura**

He de reconocer que pese al gran conocimiento que tenemos de la capacidad represiva del enemigo y a que, al menos en teoría, de él nos lo esperamos todo, en algunos momentos uno se ve sorprendido. Tal es el caso de las deportaciones, esas segundonas tapadas siempre por la amenaza de la extradición y la tortura inmediata, un tanto marginadas, en ese torbellino asfixiante de la represión cotidiana que vivimos. No me refiero, naturalmente, a las personas, que éstas están muy presentes en su dolorosa ausencia y son de múltiples maneras reclamadas, sino a la modalidad represiva como tal, a su significado en estos casos concretos.

La primera vez que se aplicó la medida fue como un mazazo del que uno se repone a duras penas sin llegar a ver del todo el alcance de sus consecuencias. Nos cogió desprevenidos, sin saber cómo reaccionar. Era una represión engañosa, que seguíamos con inquietud cada vez que había un nuevo deportado, y cada nuevo deportado era un caso distinto, con problemas diferentes... Mirando a unos y a otros, entre consternados y coléricos, hemos ido reaccionando pero con el gran sentimiento de que estábamos siendo rebasados en nuestra capacidad, de que teníamos que redoblar los esfuerzos para hacer frente a la situación. Pocas veces he sentido tanta rabia y tanta impotencia a la hora de comunicar la denuncia.

Es evidente que se ha producido una situación nueva para cuyo enfrentamiento carecíamos de punto de referencia, no teníamos ninguna experiencia y había que empezar de cero.

Hoy, con algunos datos en la mano y una cierta distancia para observar el fenómeno, ya podemos decir que el Gobierno español del PSOE ha vuelto a situarse a la vanguardia de los Estados europeos en lo que a materia represiva se refiere.

Porque la deportación, pese a que el ciudadano medio español y

¿cómo puedan verla —porque así se lo presentan— como una solución feliz y tranquilizadora de sus conciencias, es en realidad una grave medida encaminada a la aniquilación de la persona. Una medida pensada, calculada, planificada y concebida para eso, lo mismo que la cárcel de «alta seguridad». Es una nueva forma de esa tortura que yo llamo crónica y que, hasta hoy, se había concretizado sólo en las cárceles especiales que ha construido la «democracia» y que sus moradores las denominan de «exterminio».

La deportación como tortura —que así habrá que considerarla desde ahora— una tortura enmascarada, servida como otra cosa, puesta a la altura de las necesidades «democráticas», que no sólo precisan desembarazarse de las personas que les molestan sino ocultar la maquinaria que lo hace posible.

No voy a entrar en las grandes aberraciones legales que se han venido produciendo para poder llevar a cabo esta metamorfosis de la tortura crónica que reaparece ahora en forma suavizada de deportación. Pero sí quiero acercarme un poco a su mecanismo interno.

La deportación, como la cárcel de «exterminio», tiene el objetivo de destruir. Destruir al colectivo, separarlo para debilitarlo; romper toda conexión cultural, ideológica y política que refuerce el movimiento de liberación. Y destruir después, uno a uno, a los individuos de esta colectividad... Destruir al disidente que no acepta pasar por el aro, se resiste y lucha. Destruirlo físicamente si es preciso pero, sobre todo, aniquilarlo como persona, en su ideología, en sus principios: doblegarlo hasta el «arrepentimiento» y recoger luego esa sombra viviente —vegetante— para llenarla de la nueva ideología que convenga para «reinsertarlo» en el modelo de sociedad que el Estado le propone como única salvación. Para conseguir ese, nunca mejor dicho, lavado y pre-lavado de cerebro, tanto la deportación como la cárcel de «alta seguridad» se asientan sobre los mismos pilares de la tortura crónica: el aislamiento, la incomunicación y la desorientación que es la que prepara el terreno para la profunda confusión que lleva a claudicar.

El aislamiento en este caso se consigue alejando a la persona. En lugar de unos muros, de unos barrotes, de unos módulos, se interpone el foso de la distancia. Un foso muchas veces imposible de franquear (ningún pariente ha podido acercarse aún a Togo porque le niegan el visado), o franqueable con grandes dificultades (económicas, de tiempo, de trabajo, etc.). El caso extremo de aislamiento —y nada gratuito, en la medida en que lo consideran dirigente— es el de Eugenio Etxebeste en Santo Domingo.

La incomunicación empieza a producirse inmediatamente en esta sociedad poblada de gentes extrañas con las que uno puede aparentemente relacionarse y aumenta a medida que transcurre el tiempo. El objetivo es cortarles de su medio, romper el nexo social en el que se produce la vida, su vida. No reciben ninguna noticia, ni prensa, ni cartas, ni las visitas que les podrían interesar porque les informarían de la situación real, de la lucha de su pueblo, de la solidaridad. Todo lo que les llega es ajeno, contrario, manipulado.

En algunos casos la situación es tan grave que uno piensa en Herrera de la Mancha; su incomunicación equivale a la de una celda de castigo, sólo que de otra manera, más sutil y en ocasiones hasta más peligrosa dadas las grandes posibilidades de que les peguen un tiro o los envenenen, como ha sido al principio en Togo.

Pero el artículo mío pretende sólo situar el problema. Esta incomunicación tiene la ventaja para el Gobierno de que no es visible. Nadie piensa, por ejemplo, que a varios de estos deportados no les ha podido visitar todavía ni la familia. Tan poco visible que muchos creen que es sólo un problema de distancia —y lo es, pero no solamente. La forma vaga, soterrada, en que se produce es también un motivo de exasperación para el que está allí, que va descubriendo, a medida que pasan los días, el horror de una realidad que no parecía horrible. Es como un mal que lentísimamente se prolonga...

La desorientación. Es ahí en donde se emplean los métodos más dispares para mantener al individuo en constante zozobra. Empezando por la inseguridad de residencia, con la inquietud siempre de que a uno le pueden llevar a otro país, y aún extraditarle. Su carencia de documentos sólidos que lo mantiene en una constante ilegalidad, flotando, en una situación de estar y no estar en un lugar que en ningún momento le garantiza un asilo político estable. Y luego el hostigamiento en la vida cotidiana, muy poco estable en unos casos; tan pronto les dan muy bien de comer, como se olvidan de llevarles lo más esencial. La vivienda es a veces buena y otras inhabitable (estoy pensando en los de Panamá).

No se les niega nada pero nada funciona. Las direcciones que mandan no sirven, todo cuanto se les envía se pierde. Al cabo del tiempo y de mucho comprobar, hay que comenzar otra vez de cero. Los teléfonos no funcionan; pasan semanas, meses. No hay espacio para ilustrar los numerosos ejemplos, pero irritan, desesperan, le hacen a uno desperdiciar energías... Está pensado todo para que la solidaridad decaiga y se les deje morir de aburrimiento.

Están tan convencidos de que la metamorfosis de la tortura en deportación es perfecta que ni tan siquiera tienen el pudor de ocul-

arlo y cínicamente se refieren a ella y la cantan como una extraordinaria medida. No son pocos los ministros y hasta los parlamentarios que se ocupan de los derechos humanos que confiesan públicamente que «fuera de su medio y de la influencia de los compañeros, es más fácil ablandar a la persona y convencerla de sus errores». Lavado de cerebro?

Conviene también no perder de vista que esa modalidad de la tortura crónica supone otro gran salto en la medida en que se ha producido con la colaboración directa de otro Estado.

Ya no es el Estado español construyendo sus cárceles de exterminio, son los dos Estados, el español y el francés, cómplices y responsables en la misma medida. Y esta responsabilidad alcanza, en cierta manera, a la Internacional Socialdemócrata que acepta esas presiones o presiona a su vez a terceros países. En Panamá, hace pocos días, el Gobierno panameño, no sabiendo cómo quitarse de encima el engorroso problema, ha llegado a caer en su propia ilegalidad, ofreciendo documentación falsa a esos deportados, para que pudieran irse a Nicaragua, con todas las consecuencias que de ello se derivan. Muy grave y muy cerrada es, en verdad, esta situación.

*Hondarrubia*  
*diciembre 1984*





# 1985

*Felipe González no para de recorrer Europa con el espantajo del «terrorismo», desviando la atención de problemas fundamentales. Una y otra vez repite que es falso que se torture, que es una invención de los «terroristas» y que si fuera verdad ya habrían ido a denunciar el hecho a Estrasburgo. Visita a sus amigos socialdemócratas incitándoles a concertarse, a formar frentes contra el gran mal, a crear espacios jurídicos y policiales, pidiendo todos una activa colaboración que no le ha de faltar.*

*Dar noticia de la tortura vuelve a ser muy difícil. Entrar en la Comunidad europea exime de sospechas y es obvio que los derechos humanos se respetan tratándose de una de «sus democracias», así lo afirma Chirac justificando el comportamiento ilegal de su Gobierno y, pese a la burla y al cinismo que suponen estas declaraciones, ningún intelectual francés se altera. Informar se convierte en una parte importantísima de esta guerra y en una tarea titánica debido a las mentiras, las manipulaciones y los discursos irreales*

que han puesto en circulación. El Grupo Contra la Tortura prepara un dossier para llevarlo a Estrasburgo, pero son tantas las dificultades que los acontecimientos nos rebasan y, pese a tenerlo casi terminado, no se llega a entregar.

La represión violenta va, como siempre, a más y a peor. Sobre el colectivo de refugiados, acosados ya por el GAL, ahora pesa la amenaza de deportación y la entrega a la policía española. Las cifras de los torturados siguen demostrando que el objetivo es paralizar de terror al pueblo para que abandone la lucha. El caso Zabalza vendrá a recordar, una vez más, que cualquier vasco, por serlo, es ya sospechoso. Su muerte asociada al cuartel de Intxaurrondo, donde los numerosos encapuchados que pasan por allí tiemblan al pensar que pueden correr la misma suerte, será objeto de investigación, en esa difícil tarea de buscar y perseguir jurídicamente a los torturadores que, de un tiempo a esta parte, vienen practicando con algún éxito los abogados demócratas.

Hay rumores de que la Ley Antiterrorista va a desaparecer y que algunos de sus artículos van a pasar al Código Penal... Puede que la «democracia» española se coloque a la vanguardia de las europeas al librarse, aparentemente, de legislaciones especiales, para-doja que nada nos sorprendería. Lo cual, claro, no quiere decir que la tortura vaya a desaparecer.

## **Buscando la diferencia**

### **Algunas observaciones previas**

La tortura institucional que se emplea hoy en Euskadi está perfectamente planificada en términos de necesidad y eficacia. Está estudiada científicamente para conseguir en cada momento el objetivo que persigue y ese objetivo exige, cada vez más, el empleo de técnicas adecuadas y muy diversas. Esa creciente variedad de formas, que a veces confluyen en una misma persona a lo largo de los diez días que dura su detención, es la que confunde y en muchos casos crea la ilusión de que la tortura es arbitraria y que, en parte, depende del capricho del que la practica, olvidando que es un arma controlada desde el poder. Es obvio, pues, que siendo la mujer una parte importante de la lucha de liberación, exista una tortura especialmente dirigida a ella para hacerle el mayor daño. Los datos recogidos así lo demuestran, aunque también demuestran que el problema es bastante más complejo de lo que parecía a primera vista.

Para aproximarnos a él conviene situarlo dentro del conjunto, es decir no considerar el problema aislado sino en relación con los 100 testimonios de entre los que he extraído los 20 de las mujeres. A partir de esta visión global pueden establecerse, grosso modo, dos grupos bastante claros.

Uno, en el que las personas han sido intensamente torturadas, física y síquicamente, desde los primeros momentos (momentos que pueden prolongarse días, sin interrupción muchas veces), con lo que se persigue la obtención de datos con toda urgencia. Y otro, mucho más numeroso, en el que se emplean, sobre todo, técnicas de tortura psicológica —mezcladas o no con la física— mucho más complejas y sofisticadas pero sin prisa alguna, con la finalidad de fa-

tigar y obtener información más general, relacionada con el medio y los individuos de la comunidad y, sobre todo, con el objetivo de amedrentar e inhibir al pueblo y apartarlo de cualquier tipo de lucha o de simpatía por ella.

En ambos casos se persigue lo mismo: debilitar a la persona y quebrar su resistencia, pero las tácticas empleadas son diferentes.

En el primer grupo —que es donde suelen estar los que tienen mayores compromisos con la lucha— es donde se encuentran, por lo general, los testimonios más impresionantes, con huellas muy visibles del tormento. La víctima ha sido conducida a situaciones límites de horror, que se prolongan en agonías interminables, que pueden acabar con la muerte. Oyendo estos testimonios uno se asombra de que no ocurran con mayor frecuencia «accidentes irreversibles»: estamos en el momento más feroz de esa maquinaria espantosa, en donde ya no les importa guardar las formas ni tan siquiera ocultar las visibles marcas delatorias. Lo único que importa es obtener, a toda costa, una confesión (sea o no cierta, pero siempre muy útil) o algo concreto que se sabe que puede facilitar el torturado.

A ese nivel, las diferencias de intensidad de la tortura, entre hombre y mujer, apenas si son perceptibles; como si el que tortura contrareloj y con ensañamiento no tuviera tiempo de entretenerse en minucias. Lo esencial es hacer el máximo de daño, cuanto antes y de la manera más eficaz. En este sentido puede hablarse de *una tortura específica para la mujer* y de *una tortura específica para el hombre*. A la mujer se la amenaza con la violación y se le mete un palo por la vagina (ver testimonio al final); al hombre se le amenaza con castrarlo y se le revientan los testículos. No es que se torture más a la mujer —como tantas veces se ha dicho— sino que se la tortura de *otra manera*. Y en ocasiones incluso, cuando se trata de esa gran tortura que alcanza magnitudes dantescas, ni tan siquiera existe esa otra manera. Los objetos de la tortura se convierten en sujetos asexuados, hombre y mujer desaparecen como tales y pasan a ser tratados como meros objetos cosificados. Estoy pensando ahora en esa señora de Hernani, que cuando llegó ante el juez estaba ennegrecida, de la cabeza a los pies, por las numerosas torturas y en cuyo testimonio no hay ni un dato de tortura «específica» que pueda relacionarse con la mujer.

Hecha esta puntualización, que considero importantísima a la hora de situar el problema, ya podemos acercarnos a ese segundo grupo que abarca el 80 por ciento de los testimonios, en donde la tortura, a un ritmo mucho más lento, empieza a desplegar una serie de mecanismos psicológicos que marcan las diferencias. Ahí sí que pue-

le hablarse de un «plus», de un exceso de tortura para la mujer: de un cortejo adicional, en la medida en que todo el universo de la tortura, desde las altas esferas en donde se decide hasta sus ejecutores más directos, está a cargo, casi en su totalidad (ya veremos luego que también aparecen mujeres que colaboran directamente en la tortura, pero son pocas) de hombres que, de múltiples formas, proyectan su cultura patriarcal y su concepción autoritaria del mundo en el que ellos son los que dominan.

Dentro de esta proyección es donde aparece el gran componente diferencial. A la hora de torturar a una mujer son muchos los factores culturales que influyen en el hombre, unas veces para «bien», otras para mal. No es la primera vez que un policía, llevado por el tabú de que una mujer no se puede mojar cuando tiene el período, la salva de la «bañera». Pero también es frecuente que se ensañe con ella porque «es una guarra que sangra».

En general, todo va a transcurrir en un continuo juego entre protector y paternalista, sobre todo con las jóvenes y las mujeres casadas; o de duros enfrentamientos, castigos y venganzas, sobre todo con las mujeres mayores y solteras. Es por ahí, insisto, por donde creo que hay un campo de investigación. El lenguaje empleado, por ejemplo, en determinadas situaciones, podría proporcionar datos muy reveladores con relación a la familia, dado que en la tortura se reproducen situaciones de la vida cotidiana.

De entrada se observa que en esa proyección cultural del torturador-hombre para con su víctima-mujer influye bastante la edad: si es joven o más bien mayor. Influye todavía más su estado: si es soltera o casada. Por lo general las cosas ocurren, según los datos recogidos, de la siguiente manera: Si la mujer es joven, el comportamiento, los insultos o las bromas, giran alrededor del «ligue», del novio; suele ocurrir todo dentro de un tono paternalista. Con mucha frecuencia aparecen expresiones del tipo: «podría ser tu padre», «tu padre haría lo mismo», «te trato como a una hija»... Lo cual no sólo no exime del golpe sino todo lo contrario, fomenta la bofetada, el tortazo, los tirones de pelo, los pellizcos... Cosas que, en ocasiones, a la mujer le recuerdan escenas paternales: «Me pegaba furioso, como mi padre hacía años...» En ocasiones, ese padre llega a colaborar con la Policía, «reclama mano dura para esa hija que se ha desmandado, un escorpión para que aprenda». A Mirtzel, en la comisaría de P... me le recordaron algo de eso. Ese paternalismo protector, que también puede dirigirse a la mujer casada, sea joven o ya de cierta edad, no va de «buena», le da consejos, le pregunta qué píldora, cómo usarla para tener hijos, trata de establecer una compen-

dad a través de intimididades.

Si es mayor y soltera la cosa cambia mucho: hay un ensañamiento con el sexo, una crueldad en la violencia del trato: constantes burlas, vejaciones y desprecios... Todo se basa en que es una puta, o una frustrada que no ha podido encontrar quién la quiera... «Yo estaba encapuchada —dice Tere—, uno me decía: 'Mira, aquí hay un tío que puede hacer de tí lo que quiera', entonces me cogían un brazo y el otro y me los hacían pasar por el cuerpo del tío para que yo me diera cuenta de cómo era: un tiarrón con barba... Decían que me iban a violar de uno en uno, que me empezara a bajar los pantalones y me hacían preguntas personales, groserías... 'Eres fea —me insistía— y estás dura, no sirves... para los de ETA puede, pero para un hombre eres un adfesio'».

### **Síntesis del trabajo: «Tortura y mujer»**

Se habla mucho de la tortura específica de la mujer. Tal vez esta brevísima síntesis de un largo trabajo elaborado en 1984 sobre la base de 20 testimonios de mujeres torturadas, en su mayoría de la provincia de Gipuzkoa, correspondientes a los dos últimos años, pueda aportar algunos datos para una primera aproximación al tema. Tema que merecería la pena que se estudiara a fondo alguna vez porque ello permitiría analizar, desde una nueva perspectiva muy reveladora, algunos aspectos estructurales de nuestra sociedad dado que, durante la tortura, el torturador —casi siempre hombre— proyecta continuamente, en las diversas manifestaciones de la «actividad» que realiza, su concepción del mundo.

Para el trabajo sólo he seleccionado aquellas torturas consideradas «propiamente de la mujer». Por ejemplo, si a una mujer le han hecho el «quirófano», la «bañera» y un simulacro de violación, he recogido sólo ésta última. Soy consciente de que es una división un tanto esquemática porque la realidad no se presenta nunca fragmentada así y hay también una «particular» manera de llevar a una mujer al «quirófano», o de hacerle la «bañera», y la forma de colgarla de una barra no es la misma que la forma en que cuelgan a un hombre; y se que ese aspecto tiene, si cabe, mayor importancia que el otro porque, a través de él, de los pequeños matices que asoman, se descubre lo contaminada que está nuestra cultura de gestos y lenguaje que tienden a marginar a la mujer, a menospreciarla y a relegarla en un puesto muy secundario... Pero por alguna parte había que empezar a desbrozar el abundante material en bruto del

que dispongo y ese me ha parecido un primer paso que podría preparar el terreno y estimular tal vez a otras personas a hacerlo mejor.

Es importante señalar que esas veinte mujeres fueron detenidas con la LAT, torturadas y puestas luego en libertad, la mayoría sin cargo alguno, a los pocos días. Dos quedaron a la espera de juicio del que salieron absueltas. La forma en que he organizado el material es la misma que empleé para el trabajo «Viacrucis por Gipuzkoa en diez estaciones». Una vez recogidos los testimonios —grabados directamente, como siempre, con abundante cantidad de detalles—, he hecho una lectura horizontal de todos ellos que me ayudara a ver, capítulo por capítulo, las distintas etapas de la detención —desde que se produce hasta la puesta en libertad— y las diversas modalidades en que se producía cada una. Eso ha permitido observar una serie de detalles que antes, en la lectura lineal, envueltos y mezclados con otros pasaban inadvertidos. Ha revelado el conjunto de signos que conforman el síndrome del viciado comportamiento general cuando se trata de la mujer. Siguiendo esa vía he podido detectar también una serie de mujeres que, de alguna forma, aparecen siempre en los testimonios y son cómplices de esa tortura. Son pocas, pero conviene señalarlo (otra sugerencia para un estudio). He aquí un breve resumen de los resultados: (Por razones de espacio he omitido los nombres y los pueblos de los testimonios que ilustran el texto)

## **La detención**

Como muchas de estas mujeres tienen hijos, lo que ocurre con ellos se convierte, a la hora de irrupción de los que vienen a detener —angustiados como están por las escenas que presencian— en una de las primeras torturas: «Yo les decía que, por favor, que pararan de tirar (se refiere a tiros), que había niños dentro...» «Fue impresionante cómo entraron: con las metralletas, dando golpes a las puertas, rompiéndolas a culatazos. Los niños duermen en camas plegables y un tío grande le dio una patada a una y lo tiró al suelo. A mí me pegaban y los niños estaban paralizados de espanto». «Yo dije: 'que no se entere la niña'. Mejor, que sepa que sois asesinos...' Me quedé muda».

Como la detención suele producirse de madrugada y la mujer tiene que vestirse, éste es un frecuente motivo de humillación: «Yo estaba desnuda, en bragas. Así me sacaron a la calle y me tuvieron media hora en la acera, tumbada boca abajo». «Me querían llevar en camión, tal y como estaba. Les dije que no iba y, entonces, tuve

que vestirme delante de ellos. Uno, al verme desnuda, se paró a mirar muy fijo. Lo pasé muy mal, me veía como un robot». «Mientras me vestí, uno me daba las prendas, como ayudándome: el sujetador, la blusa, pero con una sonrisa especial y yo, un sofoco... Y él con el arma en la mano y riendo. Y yo con una rabia».

Si la persona buscada no está, es frecuente que se lleven a la mujer como rehén, o que se ensañen con ella como venganza: «Sin más, de entrada, al saber que él no estaba, me dio una hostia: 'Y ahora te vamos a violar si no aparece'... Y me ataron con la esposa al radiador'. «De pronto se puso en pie: 'Si no dices dónde está, tú serás quien lo pague' y se abalanzó sobre mí como una fiera; 'a las mujeres yo se cómo tratarlas', me arrancó un mechón de pelo, estaba colorado y yo asustadísima».

En estas circunstancias no faltan las alusiones a problemas «íntimos», hechas con regodeo, y que seguirán después durante toda la detención: «Llévate tampax o lo que sea, porque aquí ya no vas a volver». «Estas tías no se qué hostias andan pero siempre tienen la regla...». «...prepárate porque del susto vas a sangrar el mes...».

En tres de estas detenciones participó una mujer policía, ayudando a registrar, buscando minuciosamente en rincones. Hablaba poco pero se mostraba enérgica.

## **Durante el traslado**

Siguen las bromas: «Me bajaron sin esposar y empezaron los cho-teos: Qué buena estás, qué morenita, ¿has ligado mucho? y cosas así». «Yo iba en el coche, encapuchada, y todos me echaban el humo encima del pasamontañas, yo no podía verlos y ellos se reían: 'Ya te gustaría fumar un porro...' Uno me pasaba la mano por la nuca, suave...»

Son frecuentes las amenazas de violación. Estas amenazas llegan a veces a un simulacro en el que la mujer, en el monte, tiene que quitarse algunas prendas, produciéndose escenas de verdadero pánico: «Cuando dijeron que íbamos al monte 'a eso', yo me paralicé. Luego era todo comedia...» «Desnúdate —dijo. Estaba muy oscuro y hacía frío. Los otros aguardaban por allí un poco más lejos, hablando en voz baja pero que reían... Yo empecé a desabrocharme la blusa, temblando, despecto. Cuando iba a sacarme el sujetador me dijo otra vez: 'A lo que te quería, que era una puta y que si a ver si me habían creído que se ellos machan; que tenían las mujeres que quedad y erón guapas. Yo como yo, que era un adefesio'. Esa forma despecto es muy usada contra mujeres mayores y solteras, esa soltería que tanto les irrita y contra la que vuelcan tanta sa-



te muy significativa en los testimonios. «Dijo que a mí no me iban a violar, pero que iban a castrar al compañero delante de mí...» Esa amenaza de castrar al compañero no es la primera vez que la recojo.

## **Una vez en el centro de detención**

Algunos van de «buenos», hacen constantes alusiones a la «consideración» que se le tiene a la mujer, «aunque eso también tiene sus límites»...

«Te hemos dado más oportunidades por ser mujer, pero ahora habrá que seguir con otros métodos; últimamente nos hemos modernizado mucho, podemos haceros mucho daño...» ¿Se referiría acaso a los métodos que emplearon con Pili cuando prepararon la escena para esterilizarla? (ver testimonio al final). «Me dijo que él no había pegado nunca a una mujer, que conmigo se estrenaba, y me dio la gran paliza». «Si fueras mi mujer, ya te habría dado un escarmiento. Las mujeres necesitáis que os sacudan de vez en cuando, eso os gusta»...

Los servicios constituyen uno de los capítulos más importantes de las vejaciones. «Pedí ir al váter y me dijo que sí, pero con la puerta abierta. Se quedó mirando». «Me dijo que no podía salir, que si quería, me tenía que hacer las necesidades delante de ellos, era horrible». La limpieza, como trabajo propio de la mujer, también está presente: «Después de los interrogatorios me hacían barrer las celdas, que estaban todas llenas de mierda». «Antes de salir de Burgos, me hicieron barrer todas las celdas y limpiar el váter y me seguía, observando cómo lo hacía, con una sonrisa de satisfacción». También aquí, a veces, asoma el paternalismo: «Nos mandaron que limpiáramos aquello. 'Pero sólo los hombres. Las mujeres no, yo respeto a las mujeres...' Y nos dejó mirando cómo los otros barrían».

Las bromas, las burlas y las humillaciones son continuas: «Una noche, para choteo, nos llevaron a una habitación. A mí me dijeron que empezara a contar mi vida: 'Y no te rías, ¿eh?', porque aquí los únicos que nos podemos descojonar somos nosotros...' Y todo eran burlas». «A partir de entonces, ya todo fue un cachondeo. Si le decía a alguno que me llevara al váter, los otros decían: 'Qué buena pareja haceis...' Cosas de esas todo el rato». «Nos hicieron duchar. Yo pregunté si tenían alguna toalla y me dieron una pancarta que habían cogido en Rentería: 'Sécate con esa tela que os sobra en Euskadi', eso ya fue en Madrid». «A mí me estaban gastando bromas en un despacho y de repente escuchamos ruidos por el pasillo. 'Que

viene el jefe'. gritó uno, y no sé si es que no tuvieron tiempo de sacarme de allí, el caso es que me metieron en un armario lleno de armas y allí estuve escondida...»

Lo de mostrar armas y hacerlas acariciar, es otro dato que llama la atención: «La segunda noche no dormí nada, pues me tocó de guardia uno que no se si estaba drogado o borracho. Abría la celda: 'Venga, vamos a fumar'. Si decías que no, se lo tomaba a mal y te hacía salir. Tenías que fumar el cigarrillo. Y, mientras, te mostraba una pistola que tenía encima de la mesa: '¿Sabes lo que es? ¿cómo funciona? Mira qué bonita'... Más tarde, dijo que tarareara la música de la vuelta ciclista a España y que la bailara...»

«Me llevó a una oficina y, tras cerrar la puerta, me enseñó con misterio una pistola: 'Mira, coge. ¿Has visto qué cacharro? Toca, es suave; no finjas, si la conoces bien'... Era una pesadilla». «Ahora, dijo uno, vas a beber con nosotros. Sacaron el termo de carajillo y empeñados en que tenía que beber... Yo estaba con la tripa hecha un cisco, había devuelto durante todo el día, y les dije que no podía y ellos que sí...»

A veces, a través de esas bromas se van creciendo y la situación da un giro y empiezan las amenazas más serias: «Al segundo interrogatorio, empezaron a amenazarme con las crías, con la pequeña sobre todo, que me la iban a traer con un tiro en la nuca: 'Cualquier día va a la ikastola y no aparece y te la encuentras luego en la cuneta... Ya sabes cómo las gasta el GAL, no es como nosotros, ellos actúan muy distinto...' Lo de las crías ha sido tortura psicológica a tope. Y todavía, al final, antes de salir para Madrid, insistieron mucho en que lo de las niñas era verdad». «Después de burlarse lo que quisieron, uno se levantó, furioso como un loco, y dijo que dónde estaba el niño, que iba a mandar que lo trajeran, que ya verían cómo entonces hablaba... Eso me descompuso, porque le vi capaz de todo».

El capítulo de los insultos llenaría varios folios: zorra, puta, guarra, que si no sirves para nada, que si te acuestas con todos: «Estuvo un buen rato preguntando cómo me acostaba con el novio, qué hacíamos, si esto o lo otro... un asco». «Todo el rato preguntando a ver con quién dormía, cuántas veces me habían pasado por la piedra los de ETA, que no sabía lo que era un hombre de verdad, que como era una puta... Todo el rato hablando del sexo...»

En cuanto a la tortura «mayor y específica» está reflejada en la

casi totalidad de los testimonios, unas veces mezclada con burlas: En las manos, me pegaban con los nudillos y cuando me pegaban en el culo, lo hacían con las metralletas, riendo...» «Ya me vieron tan mal que me llevaron de allí, y cuando me bajaban me hicieron la misma operación que a la subida: como no veía por la capucha, me dijeron que había más escalones y volví a caerme. Me sangraba la rodilla y ellos riendo». «Había perdido dos veces el conocimiento. Me pegaban mucho. Estaba en el suelo y como tenía una falda pantalón, me metieron una barra hacia la vagina. Me decían: '¿Sabes lo que hemos hecho con la de Pamplona? (se referían a Mertxe, cuya historia viene al final). Pues lo mismo te vamos a hacer a tí'. Aterro- rizada me meé, me hice de cuerpo y me desvanecí. Al recobrar el conocimiento vi la imagen de mis hijas y me sentí morir». «Me toca- ba los pechos, para ofenderme, y decía: 'Mira qué culo, qué pochoia está' y venían todos a tocarme. Como me había orinado, se descojo- naban de risa». «En uno de los interrogatorios, mucho peor que la tortura física que acabo de contar, fue que me llevaron a uno more- no —me dejaron verle a través de la capucha— que empezó a decir- me las peores groserías que he oído nunca: me preguntó si era vir- gen. Que iba a pasar a Yaserías y todas las lesbianas me estaban es- perando para lamer... Estábamos colocados el uno en frente del otro y él estuvo todo el tiempo riendo y hablando de eso. Cuando lo recuerdo, tengo ganas de vomitar».

A pesar de esas torturas, de esas auténticas violaciones de la inti- midad, cuando las mujeres se quejan suelen achacarlo a que están histéricas, a que hacen comedia, a que gritan por nada... «Estaba muy enferma, echando por arriba y por abajo, me caí. Dije que lla- maran al médico. Yo pensaba que me iba a ayudar, pero era un pe- rro, como ellos. Debí de decirles que no tenía nada, que era mie- do. Entraron y a patadas me sacaron: 'Como te quejes, te mato' y volvió a empezar la sesión...» «Vino uno que no sé lo que era, puede que médico. Le decían: 'Está haciendo pamema, se está haciendo la desmayada, es teatro'. Yo tenía el cuerpo destrozado, creía morir. Estuve unos veinte minutos sin poder respirar bien...» «En Madrid nos pasaron al médico y me preguntó a ver qué eran esas moradu- ras. Yo tenía grandes hematomas, espectaculares, y le dije que no fuera cínico, que sabía muy bien de qué eran... 'Bah, eso no es na- da. Las mujeres sois de mucho cuidado'...»

El capítulo de los médicos y de los forenses que pululan por esas casas del horror no tiene desperdicio: «Nos llevaron al forense y nos tuvimos que desnudar. El joven (un estudiante de Medicina) dijo asombrado: 'Mira qué cardenales' y el viejo forense, que era como

el maestro que le orientaba, dijo: 'Bah, eso no importa'. Luego dijeron que me bajara las bragas, a continuación me miraron la boca y nada más: un cinismo...»

Tampoco faltan en estos testimonios las constantes propuestas de colaborar, de cambiar de vida y «echarte un novio formal, con el que casarte y tener muchos hijos», o la insinuación amistosa, a la mujer casada, «que tiene que pensar en el porvenir de los hijos» y en la ayuda económica que le podrían proporcionar, caso de que decidiera trabajar para ellos. En la importancia que tienen los consejos de una mujer para recuperar al marido y hacerle entrar en razón, ahora que uno tiene la posibilidad de reinsertarse... «Yo le dije que el compañero me había dejado, que ya no éramos novios. '¿Que te ha dejado? Joder, qué cabrón, encima que te hace pasar todo esto... La primera hostia que le voy a dar si lo cojo va a ser por estar en ETA y la segunda por dejarte. Tú lo que tienes que hacer ahora es ir donde él y sacarle cosas para luego decírnoslas. Las mujeres haceis muy bien esto...»

También se nota, por las muchas veces que lo repiten, que les preocupa mucho la opinión que se tiene de ellos en tanto a hombres, el por qué las chicas los rechazan: «¿Ya te atreverías a venir conmigo a potear?» «¿Es que nosotros no somos hombres como los demás? Yo tengo estudios...»

Hay el capítulo de las amenazas, al final, si se denuncia la tortura. El capítulo de los niños: ¿qué ha ocurrido con ellos durante esos días? ¿cuántos traumas habrán sufrido?

No quiero terminar sin subrayar que, frente a toda esta agresión, la mujer en general y más aún si es consciente del momento que vive y tiene un cierto compromiso con la lucha —como es el caso de gran parte de los testimonios recogidos—, tiene unos magníficos recursos para resistir y una gran capacidad imaginativa y creadora para aprovechar su condición y desde ella darle la vuelta a la situación creada por el enemigo.

Las múltiples anécdotas que cuentan, relacionadas con esa resistencia tan necesaria allí dentro, cómo se las ingeniaron para utilizar esa forma de ser vistas y burlar al torturador al que desorientaron muchas veces; cómo aprovecharon la gran sombra de la cultura patriarcal para, a su amparo, dominar la situación... Cómo, en fin, en ese enfrentamiento violento y límite cobraron más conciencia como mujeres y como luchadoras... Pero ese no es el aspecto que yo quiero traer a este trabajo y que, deliberadamente, he omitido.

Como se ve, tarea no falta. Lo que sí falta y urge es que los grupos interesados se pongan a ello.

## **Mujeres relacionadas con la tortura que aparecen en los testimonios**

*Mujeres policía* — Aparecen en tres ocasiones. En dos de ellas en el momento de practicar la detención. Suelen comportarse con energía y dureza. No participan directamente en la tortura. En una ocasión la observa, pasivamente, con frialdad.

*Mujer que participa en un interrogatorio* en el cuartel de la G.C. de Intxaurrenondo. «No le pude ver la cara, llevaba un pantalón claro y un jersey oscuro. Era en la sala grande y le estaban pegando al hombre».

*Mujer del cuartel* (¿familiar?): «Yo llevaba capucha. Era en Intxaurrenondo, al pasar de un edificio a otro. Fuera, un poco más abajo, había unas mujeres y oí que decían: 'Tira a esa hijaputa por la cuesta, que seguro que es uno de los que ha matado a uno de los nuestros', y me tiraron por una cuesta; luego tenía todas las manos ensangrentadas». Eso me recuerda el papel que los hombres le asignan a la mujer para hacer miedo. En el cuartel de La Salve, en Bilbo, con frecuencia la Guardia Civil amenaza a los detenidos de éstas o parecidas formas: «Os vamos a entregar a las viudas...» «Llamaremos a las mujeres y ya veremos, ellas os comen vivos».

*Mujeres que pululan por allí* —¿de la limpieza? ¿de la oficina?— que pasan indiferentes y gastan bromas con la guardia, como si nada ocurriera a su alrededor.

*Mujer abogado*. Con frecuencia el abogado de oficio es una mujer y, por lo general, suele comportarse dignamente, prestando ayuda al detenido. Por ello llama más la atención este caso aislado que aparece en un testimonio en que daba la impresión de congratularse y apoyar la situación a la que estaba asistiendo.

*Hondarribia  
diciembre 1984*

## **Tres testimonios que ilustran lo dicho:**

● *Mertxe González - Detenida el 16 de octubre de 1983.  
Fragmentos de su largo testimonio.*

...«Empiezan a preguntar: están en plan morboso, grosero, machista; se están metiendo con cosas muy íntimas, en mi vida privada, juegan con mis sentimientos, 'te has acostado con todos los terroristas que tenías a mano', 'eres una puta', 'otra vez elige mejor, aquí tienes un hombre'. Me quieren hacer pensar lo que no soy, se han enterado de cosas que sólo tengo que saber yo; me dicen que se lo van a contar a mi compañero: 'te has puesto cuernos'. No hago más que llorar, me chillan que no llore, que vaya una vergüenza de terrorista, que tengo que asumir mis historias. Me siento mucho peor porque no quiero llorar pero estoy llorando, no puedo evitarlo, de lo mal que me encuentro de

que sepan todo hasta de lo más íntimo.

Me llevan al calabozo, oigo llorar pero no se quién puede ser; oigo flashes de fotos, pienso que me harán la ficha y que me sacarán a la calle. No entiendo que mi padre haya venido porque si viniese seguro que le dejaban verme: él se daría cuenta de que no tengo nada que ver con ese asunto.

Me sacan del calabozo, empiezan a hacerme la ficha, estoy llorando, me impresionan el que me estén marcando las huellas... Se siguen riendo de mí: 'tu padre te va a matar', 'no le importas nada', 'le vamos a llamar para que él mismo te pegue', 'eres una traidora', 'nos ha dicho que contigo mano dura'. Tengo miedo porque es el mismo que me amenazó con una pistola. Me sacan la foto, hago que estropee la foto, me insulta, me sientan en un taburete, grita: 'deja de llorar'. Me zarandea, dice que abra bien los ojos. Por fin acaban y me llevan al calabozo. Estoy aterrorizada, veo que me están metiendo en algo serio, que no me entero y no se qué interés tienen, qué me van a hacer además de lo que me han hecho...

«Me meten de nuevo al despacho, me interrogan y me vuelven de nuevo al calabozo. Entra una mujer y me pregunta si tengo algún golpe, que dónde me duele, si tengo alguna señal. Me hace desvestirme, tengo un moratón en el muslo, me da pomada y me vuelve a vestir, se va, sigo llorando a la espera de que me vuelvan a sacar; oigo que a alguien le están dando sus cosas, me parece que es para que se vaya a la calle...»

«Me llevan otra vez al calabozo. Me sacan del calabozo a interrogatorios parecidos en plan morboso, me pellizcan las tetas, me amenazan, quieren que diga que yo pasé la información para que matasen a Blanco, un señor que trabajaba en el mismo sitio que yo; me horroriza sólo el pensarlo; ¡es mentira! Y parece que no quieren entenderlo, yo les doy detalles de la relación que mantenía con él, que no se nada. Me meten en el calabozo. Me sacan de nuevo, me llevan al mismo cuarto de abajo; me encuentro con dos policías de frente, estoy temblando, estoy mirando para todas partes para saber qué es lo que me pueden hacer; me miran sonriendo con ironía; me apoyo en la mesa, me siento muy mal, tengo ganas de ir al baño, pero no me dejan salir, me dicen que me quite la ropa, hago además de que no; sólo me atrevo a llorar mirándoles aterrorizada sin poder creer lo que estoy oyendo; me quito la ropa y está toda sucia, empapada de no poder cambiarme de tampax; no se lo que hacer con ella; dicen que la tire a un rincón; yo no sé dónde ponerme, me siento totalmente humillada, indefensa, van a por un tampax, lo traen y me dicen que me lo cambie allí mismo, delante de ellos; soy incapaz de moverme, pero me obligan: 'Lo demás lo hacemos nosotros'. Estoy sujetando el sucio en mi mano, gritan para que no lo suelte, aprietan mi mano y me lo meten en la boca, me dan arcadas, siento pánico; pánico a que me violen, soy incapaz de gritar, no reacciono. Me hacen tumbar en la mesa, juegan con el pelo de mi pubis. Uno de los policías coge un palo de escoba o algo parecido, oscuro, de madera y me dicen que abra las piernas; me niego. Me abren ellos y empiezo a notar, siento que me andan con el palo en el orificio de la vagina, siento daño, noto como un pellizco fuerte; grito y el otro policía, que estaba mirando sonriente hace un gesto como diciendo que tenga más cuidado. No sé cuánto tiempo estoy encima de la mesa, soy incapaz de defenderme. No me acuerdo lo que pasa a continuación, no puedo recordar... Me encuentro tan horrorizada, tan humillada, tan hecha polvo, anulada... No puedo reaccionar, me siento una mierda.

El policía que tenía el palo me dice que me agache a su altura; me agarra con una mano por el cuello, me empieza a tocar; sigo desnuda, me manosea el pecho, los pezones, es cuando reacciono y le chillo; me agarra por la barbilla, me levanta poniéndome de frente para que me vea el otro policía y le dice: 'esta es la cara de una terrorista', 'así es como hay que reaccionar', y 'cómo me

gustan las mujeres'. Se empieza a reír.

No puedo dejar de llorar, estoy apoyada en la mesa, sigo desnuda; entra otro policía y me empieza a hablar, estoy tan atontada, atemorizada, que no sé ni lo que me dicen, todo me da igual, solo quiero vestirme, que me dejen en paz. Se me acerca un policía que me hace que le mire a los ojos, pone su cara cerca de la mía, me dice que es sicólogo, que conoce las reacciones y que no le puedo engañar, que tengo que portarme bien y que si colaboro con ellos me dejan vestir. Les digo que sí a todo, que he sido yo; él dice (el que ha entrado) que tengo que estar segura de que he sido yo, le digo que sí, que me dejen en paz y que sí, que he sido yo. Me deja vestir. De repente se oyen voces fuera y entra un policía pistola en mano hecho una furia gritando y otros por detrás intentando sujetarlo, dice que me va a matar, que soy una asesina, que me va a llevar al monte y que me va a pegar un tiro, que es hermano de un G.C. que mataron en Sondika. Estoy convencida de que me va a pegar un tiro allí mismo. Consiguen tranquilizarle y lo sacan del cuarto. Yo me quedo con un policía toda nerviosa, pensando que el de la pistola va a volver de un momento a otro. Se me empieza a hablar de mi padre, que es amigo suyo, que tengo que confiar en él, que le dijese todo lo que había pasado, que me iba a ayudar, que no me iba a hacer ningún daño. Le digo que le he dicho lo que se, que no he pasado ninguna información y que 'me da igual lo que digais que he hecho'.

Me siento sucia, quiero lavarme, no me siento persona, me parece un ser despreciable, lloro, estoy llorando, no puedo dejar de llorar. Mis pensamientos saltan de una cosa a otra, estoy horrorizada cuando veo que me sacan de nuevo, me llevan donde antes, me dicen que tengo que firmar, firmo sin leer, quiero salir de allá como sea, lo único que quiero es salir. Aparece una mujer, me tranquilizo al quedarme sola con ella. Me pregunta si tengo alguna señal, le digo que no, me hace desnudar, casi no acierto. Me examina con todo detalle, las plantas de los pies, las piernas, los brazos, los sobacos, las manos, uñas, el cuello, la cabeza y me hace volver a vestir..." (octubre 1983).

● *Maritxu Soraluze, 48 años, 3 hijos. Atiende una pescadería. Hernani*  
*Fragmentos de su testimonio.*

..."Yo entré en un coche camuflado, me dijeron 'Póngase usted este pasamontañas. Era de lana y me lo puse. Estuvo un rato esperando hasta que uno entró y se puso a mi lado. Fue un trayecto largo y a través de caminos diferentes, mejores y peores. Me llevaron a un monte bastante lejos de Hernani. '¿Ya siente usted algún ruido por aquí?' 'Pues sí' '¿Y qué es?' 'El ruido del agua' 'Pues ahora se va a meter usted ahí'. Me bajaron del coche. Hasta llegar al río no me habían hecho nada. Me llevaron agarrada y allá me quitaron el pasamontañas.

Tenían incluso un agujero preparado en el río. Y cuando me empezaron a meter en el río fue cuando comenzaron con las preguntas. Me metían y sacaban la cabeza en ese pilón preparado que había en el río. Al cabo de un rato me sacaron y me llevaron a la carretera, junto al coche. 'Ahora vamos a fumar un cigarrito'. Yo estaba otra vez con el pasamontañas y creí adivinar unas ocho personas ya que había venido otro coche tras el que me llevaba. Fumaron y se preguntaron: 'Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?' 'Vamos a darle otro chapuzón'. Me volvieron a bajar al río y me metieron de nuevo la cabeza; sacar y meter y preguntas. Además el agua venía congelada. Oí que hablaban por la radio del coche y dijeron: 'Ya está, ya está, vamos'. Me volvieron a po-

ner el pasamontañas y me llevaron a Donostia, según notaba por las luces y por el movimiento del coche ante los semáforos. Esto sería hacia las tres de la mañana. Me llevaron a un sitio que entonces no supe cuál era y que más tarde me enteré que era Intxaurreondo. Nada más llegar me bajaron a un lugar sucio y lleno de alambres: 'Cierra los ojos' y me quitaron la capucha y me metieron una bolsa de plástico.

Llevaron un balde de plástico y allí me lo metían por la cabeza como un gran casco y luego me pegaban con metralletas o con las manos. Todo ello con la bolsa de plástico. Los golpes iban a cualquier lado de la cabeza. A partir de los hombros, se me hinchó mucho el cuello. Los golpes más fuertes eran por encima del balde.

Claro, todo esto ocurría a ratos. Un rato estaban conmigo, me dejaban, iban donde otros para volver más tarde.

También me pegaron con las botas, y me dejaron marcas en el vientre por los dos lados. Todo esto fue en el primer momento.

En Intxaurreondo estuvimos un día entero, pegándome sin casi descansar, durante todo el día. Me pusieron morada.

A partir de estar en Intxaurreondo tengo que usar gafas. Me preguntaron: '¿Suele usted usar gafas?' 'No'. 'Pues ya verá. De aquí en adelante va a tener que usar más que gafas'. Me colocaron una especie de gafas en forma de medio huevo que me hacía tener los ojos abiertos. Yo notaba que me picaba, que me quemaba, ya que había mucha luz. Esto duró bastante rato. Cuando me quitaron aquello no veía nada. Esto me lo hicieron, creo que dos, durante un rato, una única vez. El oculista, al salir, me ha puesto dos pares de gafas. Parecía que iba borracha.

La garganta también la tuve mal, hinchada, no podía ni tragar. Esto fue a consecuencia de los golpes que me dieron cuando me estaban haciendo lo del balde. Me pegaron con las metralletas, con las manos y también me golpeaban con el borde del cubo.

El viaje a Madrid fue bien. Hicieron tres paradas y nos preguntaron a ver si queríamos agua. Yo no veía y por ello en Madrid ni me colocaron bolsa en la cabeza. Ya sabían que no veía nada. Tenía los ojos muy hinchados y todo rojos. Los párpados se me juntaban.

Nada más entrar en el cuartel de Madrid me vio un médico. Me estuvo mirando pero no me dijo nada. Al día siguiente me llevaron donde otro que tenía bata blanca, dentro del cuartel. 'Siéntese allí'. Los pies los tenía completamente hinchados. Será porque tengo mala circulación... Estaba toda sucia, tenía diarrea y llegué toda manchada por un líquido negro. Yo les decía que era sangre. Me dieron unas pastillas para el estómago. 'Por Dios, mujer, pero cómo tiene los pies, pero cómo está... Váyase a la cama'. Al rato me viene uno y me dice: '¿Quiere un poco de caldo caliente?' Ya en Madrid ni me tocaron. Al contrario, se asustaron y estaban siempre preocupados. Estuvieron atentos continuamente: que si quería ir al váter, que si quería caldo... Cada día me veía un médico. Me daban pomadas, cremas, unas pastillas.

El abogado de oficio no me dijo ni me preguntó nada. Creo que era un señor mayor.

Estuve en cuatro sitios. En uno de ellos hacía mucho frío y había ratas. Allí pudo ser donde me vio el forense.

Me sacaron para ir a la Audiencia y tuvimos un accidente. Conducían como locos. Me tuvieron que dar cinco o seis puntos en la parte derecha de la cabeza. El médico de la cárcel me puso toda la cabeza vendada. Yo fui a declarar al día siguiente ya que no dio tiempo a que declarara en el mismo día. '¿Cómo está? ¿Qué pasa?' me dijo el juez. Y le conté todo. No se si apuntó lo que le decía.

El juez me dijo que iba a estar tres o cuatro meses detenida y he estado dos



y medio, yo creo que hasta ponerme bien.

Cuando estuve encarcelada tenía dolores de cabeza y estaba muy mal de la vista. El dolor era general por toda la cabeza. Era un dolor muy pesado que ha continuado también en casa.

No duermo bien. Duermo a medias...

Se me olvida todo esto cuando estoy ocupada.

A mí en ningún momento me hicieron alusión a mi condición de mujer. De eso no puedo decir nada.

Me dijeron que habían estado vigilando la casa durante dos años para ver si volvía mi marido, que está exiliado. Como no lo cogieron a él, me dijeron que iba a pagarlo yo».

«En Intxaurrondo me miró un médico.

Yo me había desmayado y vino el médico: 'No, no es nada, es nerviosismo' dijo.

Yo perdería siete u ocho kilos».

*Una compañera de cárcel de Maritxu dice:*

«Tras las torturas yo la vi horrible, estaba totalmente negra, toda la cabeza y la cara hinchadas; cuando la llevaron a Madrid no le taparon la cara porque sabían con certeza que no podía ver, cuando se le empezó a quitar la hinchazón los ojos los tenía inyectados en sangre y los labios fatal, además dicen que tiene mala circulación y entonces le afectó más. Le hicieron la bañera en un río agarrándola de los pies; de todas formas ella no ha contado mucho, sólo por encima».

Denunció torturas y cuando volvió del juez vino con una denuncia de éste contra ella por haber lesionado a dos agentes (se conoce que una de las veces que la estaban torturando ella agarró a un txakurra de las rodillas y por eso la denunciaron). Aún así el forense pudo testimoniar que había habido torturas dado su lamentable estado, eso no se podía ocultar. A ella le pasaron la última por el juez (al undécimo día), para ver si se curaba, pero era imposible; cuando fuimos al hospital penitenciario el médico al verla le preguntó: 'Oiga, ¿pero esto no será del accidente?' (al accidente de coche, se refería, al que tuvimos en el traslado) y yo, que estaba devolviendo, le dije: 'No, ha sido de las torturas', el médico se calló... El primer día que yo la vi me quedé helada, estaba negra, negra, parecía como cuando te das carbón...» (junio 1984).

● *Pili Munarriz. 32 años. Trabaja en una fábrica de metal. Yurre.*

*Militante de LAB. Octubre 1984.*

*Fragmentos de su testimonio:*

...«Me seguían pegando en la cabeza, sobre el pecho, sobre el estómago, por detrás en la espalda, siempre con la palma. No se precisar pero eran más de uno. Era todo mezclado: golpes, preguntas y frases de 'hijaputa, que todas sois iguales, que estáis metidas en la organización, sois horribles', que nos metemos en la lucha para poder follar con los de ETA. Se empiezan a meter en el aspecto físico y sexual.

Querían que repitiera una historia que se habían inventado ellos; yo la negaba así que seguían golpeando. Como veían que no obtenían lo que querían: 'Ya nos estás cansando, porque no te pienses que te vas a hacer la dura, otros ya hubieran cantado, vamos a preparar la bañera y el quirófano'. Uno le decía al otro: 'Vete preparándolo'. Oía cómo abría la puerta, salía. Seguían dándome

golpes y pasó un rato hasta que llegaron. 'Bueno, llevároslo'. Cuando vi que me cambiaban de habitación, me empecé a asustar. Me llevaron a una habitación en la que no había nada, por el sonido parecía vacía. Me empecé a asustar pensando que me iban a hacer la bañera. Comenzaron a darme más palos. Como soy muy pequeñita, delgada, decían 'Pues vamos a hacerle la bañera'. 'No, mejor le ponemos la lámpara'. Yo ya estaba con un miedo horroroso. Cogieron una silla y me hicieron sentar. Me pusieron con los pies levantados y la espalda inclinada hacia atrás para mantenerme en equilibrio. Yo les dije que había estado dos meses enferma de lumbago y que no podía estar así ya que me dolía mucho. Aquello les alegró un montón: '¡Qué bien! ¡Mejor! Así te vas a hacer más daño'. Yo no podía mantener el equilibrio y me caía hacia atrás. Cada vez que caía, me cogían antes de caer al suelo, me agarraban de los pelos y me volvían a incorporar. Me lo hicieron unas 15 o 20 veces. Ya no podía aguantar. En una de esas veces me confié, creyendo que me iba a agarrar de los pelos, pero no lo hizo y menos mal que me pude coger del respaldo. Estando así, me quitaron los calcetines y con los mismos zapatos de suela de goma me empecé a pegar en la planta de un pie. Me hacía mucho daño y llegó a un momento en que no los sentía. Empecé a gritar y cuando se aburrieron de darme golpes dijeron que me iban a hacer el quirófano. Me pusieron de pie y: 'No, mejor le vamos a hacer lo de la lámpara'.

De repente oigo como un ruido, y uno vino con una especie de linterna grande —en un momento lo vi por debajo. 'Mejor lo de la lámpara porque no deja señales'. 'Te vamos pulverizar los ovarios y más cosas porque esto no deja señales en la piel pero sí lesiones internas'. Nunca había oído a nadie contar lo de la lámpara. Y además decían: 'No sabes tú, desde que Francia colabora con nosotros, no sabes tú qué métodos más sofisticados tenemos'. Yo estaba muy nerviosa. Creía que era algo para asustarme pero, a la vez, me lo creía. Me asusté un montón, un montón. Fue cuando peor lo pasé.

Antes, tras lo de la silla, me dijeron que me desnudara. Como no quería, un tipo vino de muy mal humor y me quitó el jersey. Empecé a quitarme la camiseta, poquito a poco. Cada vez que me pegaban un grito subía la camiseta medio centímetro. Me dieron algún golpe que otro y al final terminé de quitarme la camiseta pero la dejé cubriéndome un poco el cuerpo. Yo estaba indignada. Llegó uno, de muy mal genio, me agarró la camiseta y me la quitó. Me quedé desnuda de cintura para arriba. Entonces fue lo de la lámpara. Vi la luz y oía el ruido. Desde luego no creía que era una linterna sino una cosa más peligrosa. Yo había oído que las lámparas de rayos infrarrojos para ponerle morena pueden ser peligrosos porque si te descuidas te quema, pero te quema a nivel profundo, no en la piel. Ellos me habían bajado un poco el pantalón y me ponían aquello a la altura de los ovarios. Yo estaba de pie, con la cremallera bajada y los pantalones un poco bajados. Cuando empecé a sentir calor quería poner las manos por delante. Pero uno me agarraba de los brazos, otro del cuerpo y no podía menearme. Empezaron a ponerme desde los ovarios, siguieron por la tripa hacia los pechos. Mientras, decían que me iban a pulverizar los ovarios, que me iban a dejar estéril para toda la vida 'para que no puedas tener hijos', 'porque mira cómo habeis dejado a la chica Eva (la hija de un guardia civil), la habeis dejado paralítica. Pues a ti no te vamos a dejar tener hijos'. Seguían subiendo la lámpara. Me la pusieron por el pecho y una vez me la dejaron un poco más de tiempo y sentí un calor horroroso. Estuvieron bastante rato, volvieron a bajar hasta los ovarios. 'Mejor, vamos a dejarla ciega' y me levantaron lo que tenía puesto delante de los ojos y me pusieron delante la lámpara. Un montón de rato. Era una lámpara como una linterna grande, con un foco de unos 10 o 15 centímetros de diámetro. La luz era blanca, muy blanca. Al ponerme en los ojos, yo chillaba. Tenía mucho miedo. Como no podía proteger-

me porque me tenían agarrada, yo lo único que hacía era chillar.

Acabaron con la lámpara y me pusieron una especie de placa metálica redonda metida entre la cintura del pantalón y la piel. Tenía como unos cables. Pues esto tienen que ser los electrodos, pensé. Estuvieron un rato, que si damos, que si no damos la electricidad. 'Ahora te vamos a dar una descarga de lo que se cuánto'. Haciendo chistes. 'Ahora te vas a quedar como un pollo frito'. Cuando parecía que me iban a aplicar las corrientes otro decía: 'No, deja, vamos a hacerle esto otro'...

Estando con la placa ésta, me pusieron una broca de hierro en la mano, no muy gruesa. 'Mira, esto te vamos a meter ahora por la vagina y te vamos a violar con esto'. Era como del grosor de un bolígrafo.

En todo momento era: 'que te vamos a destrozar los ovarios, que si te vamos a dejar estéril, que si te vamos a violar...'. Era en lo que más insistían.

Ya me quitaron la placa de la cintura y: 'Bueno, ahora quítate toda la ropa'. Dije que no y fue cuando vino uno, me tiró de los pantalones y me los quitó. '¡Ahora quítate las bragas!' y empezaron a hacer chistes: 'Bah, no te de vergüenza, si total no eres la primera que la hemos desnudado aquí'. Lo decía con un tono de guasa. 'A ver si tienes las bragas sucias porque la de la última vez vaya bragas que traía'. 'Venga, si te has tirado a todos los tíos de la organización, ahora no te va a dar vergüenza ponerte delante nuestro'. Todo el rato tratando de avergonzarte. Cuando estaba totalmente desnuda me dicen: 'Tumbate en la mesa'. Yo no sabía dónde estaba la mesa porque no veía y me quedé quieta. Me cogieron entre dos o tres y me llevaron hasta una esquina de la habitación donde estaba la mesa. Me cogieron por los brazos, me tumbaron encima de la mesa y me empecé a asustar ya que pensaba que a lo mejor entonces me hacían la bolsa o la bañera. Era el terror de no ver lo que había en la habitación.

Me pusieron boca abajo con los pies por fuera de la mesa. Uno puso una rodilla, o un codo, un brazo en la cintura y otro me tenía la cabeza contra la mesa y otro me agarraba de las piernas para que no me pudiera mover. Otro cogió el mismo zapato y me empezó a dar en las dos plantas de los pies. No es un dolor terrible, pero se van hinchando los pies y vas notando como un hormigueo y no notas ni la planta ni nada. Mientras me pegaban: 'Habla, que si dices no te vamos a hacer nada, te soltaremos ahora mismo'. Era todo a la vez porque otro me estiraba del pelo y me ponía contra la mesa. Como empecé a gritar me ponía la mano en la boca y no podía chillar.

Otra de las veces, me agarró por el pezón y me dio un pellizco, el de los pies seguía venga pegarme. En un momento me golpeó con un palito en los dedos, yo creo para saber si sentía o no. Estuvieron así un montón de rato y cuando dejaron de pegarme marcharon todos menos uno.

Se quedó el bueno: 'Habla...'. Estaba tumbada, desnuda, encima de la mesa y me dijo: 'Siéntate'. 'Ahora se van a marchar todos, por si te da vergüenza me quedo contigo y me lo cuentas todo'. Me senté al tacto encima de la mesa, desnuda y él se quedó, se puso a mi lado, delante mío, tocándome las rodillas. Haciéndose el bueno. Claro, yo no veía qué estaba haciendo y qué estaba mirando y me estaba poniendo mala. 'Ahora te vas a vestir'. Pero en vez de traerme la ropa y dejarla encima de la mesa para que me vistiera yo, me iba dando cosas a cosa. Me daba el calcetín y me pasaba la mano y me tocaba el pecho y así dos o tres veces. Me traía una cosa cada vez: primero un calcetín, luego el otro calcetín, luego las bragas... y yo me lo iba poniendo. Cuando terminé de vestirme, me llevaron a otra habitación y me dijeron que me iban a dejar descansar un rato y que seguiríamos más tarde.

Me bajaron a la celda unos diez minutos. Me dijeron que no me apoyara, que no se me ocurriera sentarme y que estuviera mirando a la pared. La celda

de La Salve era vieja; el váter era asqueroso.

Me volvieron a subir y de nuevo a interrogarme. Yo contaba lo que ellos querían que dijera pero, a la vez, les decía que era mentira y eso les daba mucha rabia y me volvieron a pegar: golpes con la mano abierta, en la cabeza: tirones de pelo... También hubo tortura psicológica: amenazas a la familia, a mí (que no se me ocurriera colgar más pancartas en Yurre porque me iban a colgar de ellas, me nombraron todos los bares del pueblo donde suelo alternar, haciéndome ver que estaba vigilada).

Otra vez empezaron con los ruidos: entraban, salían.

Cuando dije que iba a empezar a hablar, vino uno con una máquina de escribir y recogía lo que decía yo. Pero no se si queriendo o no, decía que se equivocaba y me hacía repetir todo. Cuando yo no decía nada, el que me estaba interrogando: 'Aquí pon...'. 'No, eso no es así', 'pues, ¿cómo es?' 'No lo sé, yo no se nada' y entre una cosa y otra seguían con los golpes. Hubo un momento en que me volvieron a sacar la lámpara: 'Mira, que tenemos aquí la lámpara todavía'.

«Me subieron, yo pensé que a otro interrogatorio, pero era el mismo forense que el día anterior. Me volvieron a quitar el antifaz cuando iba a entrar en la habitación. Ya me habían amenazado con que no denunciara torturas. Mandó salir a los guardias de la sala. Me preguntó a ver si tenía marcas. Le dije que no, pero que me dolía mucho el estómago, que tenía los pies hinchados, que me habían pegado, lo de la lámpara... El forense me dijo que él no podía atestiguar aquello de la lámpara si no tenía ninguna marca. Me volvió a auscultar como la vez anterior.

Me sacaron unas fotos y me bajaron a la celda, recogí la ropa y nos metieron al furgón para ir a Madrid. Me llevaban con otro: 'Venga, que vamos a ir todos a Madrid y vamos a ir cantando el Eusko Gudari, ya verás qué bien'. El otro chico iba mal.

El viaje fue normal. Nos pusieron el chaquetón por encima para no ver, me metieron en una celda pero en seguida me volvieron a sacar. Me pusieron un gorro de lana tapada hasta la nariz. Me llevaban del brazo.

Comenzaron a interrogarme y con golpes en la cabeza, con la mano, tirones de pelo, tortas. En una de éstas casi me tiró al suelo. Me trajeron una silla, agua y el interrogatorio fue bastante corto. Esto fue el jueves y estuve dos días, hasta el sábado, en la celda sin salir».

«Me volvieron a bajar y creo que fue a la tarde cuando me dijeron que estaba el abogado de oficio. Me presentaron, dijeron que era mi abogado, fue también uno del equipo de los que me hacían los interrogatorios. Hice la declaración, la firmé y también firmó el abogado de oficio. El abogado me ofreció un cigarro y no me dijo nada más. Era una mujer. Me dijeron que al día siguiente, martes, me pasaban al juez...»

Cuando iba a salir para el Juzgado, me lavé un poco, me puse ropa limpia y comenzaron a meterse conmigo: 'Pareces otra, vaya guapa que estás, estás como para que te echemos tejos'. Encima los tienes que aguantar. Había otro que era bajito, uno de los del equipo de interrogatorio, y que le decían: 'Huy, qué buena pareja haceis'. Entonces me agarraba por el hombro y me decía: 'Mira, ahora a declarar y luego nos vamos los dos por ahí ya verás lo bien que lo vamos a pasar'.

Con las fotos que tenía también hacían chistes: 'Qué buena estabas aquí, no como ahora que estás muy flacucha'. Siempre sacaban algo para meterse con-

migo como mujer. Aquello me ponía de muy mal humor. Antes te están pegando y luego te dicen que qué guapa estás...»

## **Tortura y sistema**

La represión, consustancial al sistema capitalista en el que nos movemos —y ya sé que esto puede sonar a tópico—, tratando de ponerse a la altura de las grandes reconversiones, se disfraza cada vez más y mejor. Tan es así que no sería aventurado pensar que el grado de desarrollo de sus Estados pueda medirse un día por la habilidad en el ocultamiento de sus formas de reprimir. Más o menos visible, más o menos agazapada, tolerada o perseguida, la represión continúa y penetra todo el tejido social. Aparece aquí, adoptando ese u otro ropaje; desaparece allá, cuando su presencia se deteriora; vuelve a reaparecer con nuevas y engañosas envolturas, arropada si es preciso por un cortejo de respetables acompañantes que eliminan sospechas y le allanan el camino... Está claro que si no andamos muy alerta tratará de servirnos gato por liebre cada vez que nos descuidemos.

Y por ahí, por ese cortejo de gentes que, a sabiendas o de buena fe —aunque mucho me cuesta creer lo último—, le dan cobertura al gato, quería abordar hoy el tema de la tortura, porque hay una serie de políticos relacionados de alguna manera con la problemática de los Derechos Humanos que, de un tiempo a esta parte y a través de numerosas declaraciones públicas, están poniendo en circulación algunas ideas falsas que, por venir precisamente de personas que se erigen en defensoras de la sociedad y que se supone bien informadas, resultan sumamente peligrosas para una comprensión profunda de la realidad represiva que padece Euskadi y muy útiles al Gobierno, todo hay que decirlo, cada vez más necesitado de confusión para desorientar al pueblo.

Aceptan los tales políticos, a los que se supone vigilantes internos de la «democracia», que aquí se tortura: «No es un caso ni dos sino

con mucha frecuencia», admiten los más lanzados; otros, más cautos, aceptan sólo que hay algún caso pero «no más que en otras democracias europeas...» Con más o menos matices, —y bien que les ha costado— admiten todos que la tortura se practica pero inmediatamente añaden, subrayándolo bien, que no es sistemática. Tortura sí pero no sistemática, en eso coinciden. «No podemos decir que se tortura a todo el que pase por una comisaría...» ha dicho Bandrés en unas recientes declaraciones por la radio. Argumento tan superficial que no merecería la pena tomarlo en consideración si no fuera porque el tema se va a seguir planteando en estos términos, ya que esas opiniones, aparentemente frivolas y simples, no son tan gratuitas como a primera vista parece y suelen encerrar el gato que tratamos de descubrir. Pues en que sea o no sistemática la tortura radica una de las claves para entender un poco lo que pasa en este país.

Tortura sistemática no quiere decir, naturalmente, que se tortura a todos los detenidos. De ser así, serían miles los torturados al cabo de un año en Euskal Herria y todavía no hemos llegado a ello. Tiene que ver, eso sí, con la cantidad pero, sobre todo, con el uso. Cómo se utiliza esa tortura, quiénes se sirven de ella, desde dónde, contra quién, para qué... Preguntas todas ellas que conducen inmediatamente a un planteamiento político de la cuestión y a la pregunta fundamental que los seudodenunciadores de la tortura tratan siempre de eludir: Aquí y ahora, ¿es la tortura un arma del aparato del Estado? Para mí es obvio que sí y lo vengo escribiendo desde hace años. Pero volviendo a lo de sistemático.

Cuando se habla de tortura sistemática lo que se quiere decir es que hay un mecanismo que la controla y la emplea por sistema siempre que lo considere necesario. *No a todos los detenidos sino a aquellos detenidos seleccionados* que en Euskadi, y por desgracia, son muchos. Y esta capacidad de seleccionar supone un estudio profundo, una planificación previa que convierte a la siempre reprochable tortura en instrumento manejado desde el poder, la peor de sus formas.

La tortura, tal y como aparece en nuestra práctica cotidiana y como la recogemos y estudiamos quienes nos ocupamos de ella, es una herramienta compleja, una maquinaria infernal que está muy lejos de las esporádicas excepciones, de la que nos presentan defensores del pueblo y otros organismos humanitarios «oficiales». El aparato represor la emplea con unos fines muy concretos, encaminados a fomentar el miedo y la inhibición en la gran mayoría y el aniquilamiento y la destrucción en los más rebeldes. Se trata, como

siempre, de la doma y la resistencia. De acabar con un sector del pueblo que no acepta pasar por el aro y lucha —está en guerra— por su liberación.

Cuando, con una cierta perspectiva, se estudia la evolución de la tortura en estos últimos años, se observa con nitidez que todos los cambios que se han producido han sido para protegerla, reforzarla y ocultarla. Desde las primeras leyes especiales —de excepción— hasta las cárceles de máxima seguridad de hoy, hay una curva ascendente: la tortura va a más, se institucionaliza y se refuerza, y paralelos a ella y en coherencia con la «democratización», van surgiendo aparatos, cada vez más complejos, de ocultamiento, entre los cuales conviene destacar aquellos cuya función es clamar contra la tortura. Plañideras que distraen y sirven para encubirla. Ahí habría que situar la cínica actitud de España, uno de los primeros países en firmar la Convención contra la Tortura en Nueva York, y por ahí podríamos situar también esas voces «respetables» que protestan «dentro de un orden».

Los que sostienen que la tortura no es sistemática lo que realmente están queriendo decir es que las instituciones en donde se practica no son responsables o, de serlo, sólo en un grado menor, ya que la tortura sería una cosa de sádicos, o de locos, o de restos incontrolados de tiempos del franquismo; casos todos ellos que admiten una «depuración» y que para nada afectan al sistema, del cual son, lo quieran o no, sus grandes defensores. Su grito más que inquietar tranquiliza, es la cobertura necesaria para la imagen democrática que tanto persiguen. Mientras todo quede como un mal en vías de resolución —un problema difícil y lento pero en cuya solución se avanza— significa que hay poder y voluntad para resolverlo, justamente lo contrario de lo que ocurre, la gran mentira que intentan poner en circulación una y otra vez.

Porque la realidad de esta tortura nuestra, que aquí padecemos, es un mal mayor que irá cada vez a más por mucho que se disfraze. Con la gran experiencia colectiva que hemos adquirido no vamos a caer, a estas alturas de la historia, en la ilusión de erradicar la tortura sin más. Pero sí podemos salirle al paso cada vez que asome enmascarada. Esa atención constante es, precisamente, la que amplía el grado de conciencia que posibilitará un día erradicar, no la tortura, sino el sistema que la hace posible porque la necesita.



## Una vez más, sobre la manipulación

Servirse de la información como arma para, desde el Poder y sin parar en medios, incidir en la opinión pública y condicionarla, tergiversando el dato y manipulando la noticia, es una práctica muy antigua que si merece la pena que nos ocupemos de ella ahora es porque en nuestros días y entre nosotros ha llegado a la cumbre de su apogeo, ya no sólo por la magnitud de los recursos empleados sin escrúpulo alguno sino por la gran frecuencia con que se repite en la vida cotidiana. Puede que ello sea debido a que la evolución de los tiempos «democráticos», tan cuidadosos de la apariencia, exigen ahora formas de sometimiento menos escandalosas y más soterradas que, sin dejar por ello de encarrilar a las gentes dentro de un «orden», en ningún momento pueden ser tachadas de coercitivas o «violentas». Es una manera inteligente, sutil y «civilizada» de penetrar el cuerpo social y conseguir, por la vía siempre pacífica —de la «pacificación», naturalmente— el acatamiento necesario —que ahora se llama «reinserción»— para la tan deseada e imprescindible doma del pueblo.

Dentro de la múltiple y compleja gama de posibilidades que se le ofrece hoy al manipulador de este, nuestro moderno Estado, hay algunas que están muy bien descritas en el plan ZEN, elaborado por el Ministerio del Interior hace ahora justamente dos años. Uno de los aspectos que está previsto en ese plan es el de utilizar a personas de «prestigio»: científicos, artistas, políticos (si son de la izquierda, mejor), intelectuales en general, para poner en circulación ideas y noticias que le convienen al sistema y que, servidas directamente por sus funcionarios, no surtirían el mismo efecto. Expresadas, en cambio, a través de estos hombres «importantes», puestas en boca de un médico conocido, de un escritor famoso o del presidente de una institución humanitaria, pongamos por caso, adquieren un ca-

rácter neutral, de inocente independencia y nada sospechoso que les da mayor credibilidad.

Como se ve, son muchas las vías empleadas para el cerco y la confusión y en ellas, a sabiendas o sin enterarse, son muchos también los que colaboran en ocultar la realidad y sustituirla por la «imagen» —no en vano el PSOE, nada más llegar al Gobierno, se apresuró a nombrar un «responsable de imagen» (!)—, de manera que, entre unos y otros, van configurando un clima artificial, de ficcias libertades, lleno de aparente bienestar para el dócil y de angustiosa zozobra para el rebelde, el cual, bombardeado por todo tipo de noticias adversas, si se dejara influir terminaría por creer que está solo, equivocado, que es anormal y que la única salida es la claudicación, cosa que, en definitiva, es lo que se persigue con esta maquiavélica arma.

Tal vez porque sé esto, cuando el jueves 10 de enero oí por la radio, en un boletín de noticias, que el Comité Internacional de la Cruz Roja había dado una conferencia de prensa en Ginebra y que, según declaraciones de su presidente, la situación de los presos vascos en las cárceles españolas había mejorado, no me lo creí.

Pese a la gravedad de la noticia, y por ello mismo, pensé enseguida que se trataba de una manipulación. Entre otras cosas, porque no es costumbre de este organismo el hacer públicos esta clase de informes y, también, porque estoy convencida de que su prestigio no le permitiría nunca caer en una falta de objetividad tan grande ya que buena parte de los centros visitados por la delegación no eran, precisamente, restos de las cárceles franquistas con las que pudiera establecerse comparación alguna sino instalaciones «especiales», construídas ya en la nueva etapa «democrática»: cárceles de «alta seguridad», edificadas con unos objetivos muy concretos de aniquilar al disidente que las habita y en las que, como es bien sabido por los investigadores del problema, se practica esa tortura crónica —que algunos llaman blanca—, basada en el aislamiento, la incomunicación y un amplio muestrario de provocaciones constantes, encaminado todo ello a la destrucción de la persona, ya no sólo para desposeerla de su humana capacidad de pensar sino para eliminarla físicamente si llega el caso.

Puse, pues, como digo, la noticia en cuarentena y pensando con inquietud en los presos de Herrera de la Mancha, empecé la indagación. Lo cual resultó muy sencillo, pues no tuve más que descolgar el teléfono y llamar a Ginebra en donde amigos de toda solvencia, sin recuperarse de la sorpresa que les produjo saber la versión de los hechos que se estaba difundiendo, me explicaron lo ocurrido: El

CICR había dado su conferencia anual para informar de sus actividades en distintos países. En lo referente a España, su presidente había declarado que el Gobierno español, con el que mantenían buenas relaciones, les había dado facilidades para llevar a cabo su labor humanitaria y que, en ese sentido —fíjense bien, no en lo que se refiere a los presos sino en el aspecto técnico de realizar sus visitas a las cárceles—, la situación en 1984 había mejorado. Qué distinto, ¿no? Insisto en subrayar esto porque así me lo ha confirmado una alta personalidad del CICR. Fue la agencia «Efe», que como saben es oficial, la que recogió y «acomodó» la noticia a su conveniencia.

Cambiazos como éste se repiten tanto que uno corre el peligro de acostumbrarse. Un caso muy significativo, porque de una u otra manera se reproduce cada vez que el Gobierno busca apoyos de prestigio para condenar a ETA, fue el «cambio» de la conferencia de prensa que el coronel Gadafi dio en su reciente visita a Mallorca. Entre otras muchas cosas le preguntaron por ETA. «No tengo noticias de este movimiento», dijo. Le preguntaron a continuación sobre el «terrorismo» en general. «No conozco más terrorismo que el del Imperialismo estadounidense», contestó y, a continuación, manifestó su enorme interés en que se celebrara una conferencia internacional sobre el tema para que se pusieran de manifiesto los horrores de ese terrorismo. Pues bien, pese a que muchos oímos en directo estas declaraciones, en traducción simultánea, la versión oficial sintetizó las tres expresiones en una sola que fue, por supuesto, la más difundida, según la cual «el coronel Gadafi había condenado firmemente el terrorismo de ETA». En este caso, el origen de la manipulación no era una agencia sino el señor Sotillos, portavoz del Gobierno. En otros, es determinada revista, determinado periódico...

Todo lo cual debería de hacernos reflexionar un poquito sobre la responsabilidad de los informadores cuando se limitan a transcribir, de una manera acrítica, lo que les llega por los teletipos. Es ignorar lo tantas veces repetido de que no hay información neutral, de que detrás de cada noticia, de cada agencia que la difunde, se ocultan siempre unos intereses muy concretos y una ideología que los sustenta. Son cosas archisabidas, tanto que terminamos por olvidarlas.

*Hondarribia  
enero 1985*

## El oficio de papá

Hay un aspecto relacionado con la tortura —la tortura institucional— que me ha impresionado siempre mucho y que, pese a la gran frecuencia con que se repite en los últimos tiempos, cada vez que reaparece me deja tan consternada como el primer día. Se trata de los numerosos niños que cruzan por los escenarios dantescos de algunos de los testimonios que recojo, niños que en los momentos más inusitados irrumpen en el área del horror con la mayor naturalidad, indiferentes a lo que pasa, produciendo un extrañísimo corte que a más de uno ha dejado colgado.

No me refiero a los niños de las casas en donde se producen las detenciones y que reciben de rebote el impacto de la tortura: esos niños que despiertan entre gritos de alarma mientras un ejército de marcianos, con sofisticada indumentaria y armados hasta los dientes, asaltan a tiros la vivienda; esos niños espantados, sorprendidos por el foco de linternas, que presencian cómo insultan a la madre, golpean al padre y a culatazos se llevan al hermano o al vecino; esos niños traumatizados para siempre que, a veces, enmudecen durante semanas, o no pueden dormir en meses o, sobresaltados, corren a media noche en busca de brazos amigos que les arropen; esos niños que, poco a poco, pierden la gana de comer y alguna vez hacen preguntas inquietantes... No me refiero a ellos, como digo, aunque constituyen un capítulo importantísimo en la historia de la represión que está viviendo Euskadi, al que bueno sería que echaran una ojeada esos intelectuales «humanitarios» que tanta atención prestan a la violencia en abstracto.

El tema es otro. Es el de esos niños que por razones del trabajo paterno habitan con sus familias en cuarteles y cárceles, confinados entre alambradas y muros, en áreas fronterizas a los lugares de la

presión con la que conviven y a menudo se interfieren. Esos niños cuyo medio ambiente está poblado por la presencia constante de la institución disciplinaria y el sombrío oficio del padre que enraiza la atmósfera con silencios, preguntas sin respuesta y lagunas que no puede confesar; una atmósfera que se presiente densa, cargada de ocultamientos que el niño adivina y acecha. Esos niños que, intrigados por el misterio, se adentran a veces por el laberinto prohibido de alguna dependencia y, en una fugaz aventura muy riesgosa, persiguiendo tal vez el origen de algún lejano e inquietante grito que llega de las catacumbas, asoman, de pronto, en el umbral del infierno. ¿Qué hace ahí, por ejemplo, ese niño con un revólver de juguete en la mano que apunta al corazón de un hombre medio desvanecido: «pum, pum», y desaparece corriendo? Esos niños que, inocentemente, a fuerza de persistir, terminan por transformar el ámbito «peligroso» del trabajo en espacio de juegos y correrías por el que circulan ajenos al desconcierto que provocan. ¿Cómo es posible que en medio de un interrogatorio —como le ocurrió hace años a mi compañero— irrumpa, inesperadamente, una angelical niña y tras besar al comisario jefe le diga que se van todos a misa con «la mamá»?

Son aspectos de la realidad represiva en los que uno se para poco. Aspectos, sin embargo, muy significativos por lo que revelan de la degradación profunda del sistema, una degradación que va en aumento. Los que visitaban el Puerto de Santa María han podido observar a los niños correteando por entre los familiares a las horas de la visita y jugando al fútbol al pie de los módulos. En Herrera de la Mancha, cuando sosteníamos una acalorada discusión con un funcionario que se negaba a conceder una visita, nos interrumpió una niña en traje de baño, chorreando agua, que venía a buscar las llaves porque ya se había cansado de la piscina y no había nadie en la casa.

En estas modernas cárceles «democráticas» de alta seguridad los poblados de los guardianes, situados en el interior del recinto, son zonas tan acotadas como los módulos mismos en los que se pretende exterminar al preso. Como si, paradójicamente, el oficio de encerrar llevara en sí mismo el castigo del ghetto. Como si la tortura, a medida que aumenta, se refuerza y se hace más eficaz para el sistema, degradara también, cada vez más, a los que con ella se relacionan, no sólo al hombre que la practica sino a su entorno.

De un tiempo a esta parte, la presencia de niños en estas áreas candentes ha aumentado de una manera considerable. Una buena parte de los testimonios recogidos en los meses últimos hacen alu-

sión a ello. Niños que corren, que se acercan, que preguntan. No pueden detallar mucho porque esto ocurre en Intxaurreondo y, como se sabe, todos los que pasan por ese cuartel son sistemáticamente encapuchados. Pero hablan de una explanada, de un descampado, del paso de una dependencia a la celda, y por el camino oyen todo esto. El detenido, con la bolsa de plástico en la cabeza, a veces tiene una costilla rota y va encorvado, otras cojea y lo tienen que llevar entre varios. Los niños se acercan, o siguen jugando, o hacen preguntas, casi siempre las mismas, que si es un etarra y, casi siempre, también, les contestan que no, que es un gitano. Respuesta que parece dejarles bastante tranquilos, como si el hecho de ser gitanos ya lo disculpara todo. A veces las respuestas son algo más jocosas. Salazar oyó una voz infantil que preguntaba: «¿Por qué va tapado. Es un etarra?». «No, no, es que estamos jugando a la gallinita ciega», contestó el guardia que le conducía. No quiero extenderme en ejemplos, pero sí señalar que son muchos, y que ello indica, en cierto modo, que a medida que la tortura se va convirtiendo en «oficio protegido» —las numerosas leyes especiales que la posibilitan no son otra cosa que una protección—, el funcionario que la practica se siente más seguro, más relajado y termina considerándola una práctica normal, necesaria, una herramienta nada vergonzante, defendible ya en según qué medios.

Puede que ésta sea la explicación de la docilidad con que acepta ese ambiente para sus hijos. «¿Qué quieres que hagamos con ellos?», le dijo, extrañado, hace unos meses un guardia civil a una mujer encapuchada que, sobre el terreno, le increpaba por este asunto. Parecía aceptar esta promiscuidad como algo natural, como «gajes del oficio». Gajes del oficio que, desde luego, no son iguales para todos, pues ahora recuerdo una entrevista del capitán Etxeita en la que confesaba que a sus hijos, de ocho y cuatro años, les ocultaba su profesión. No todos pueden hacer lo mismo. Hasta en esto hay clases.

Me preocupan, no puedo evitarlo, estos niños inocentes, testigos involuntarios de raras y misteriosas escenas que no comprenden, pero a las que se habitan porque son parte del oficio de su papá. ¿Qué será de ellos en el futuro?

*Hondarribia  
febrero 1985*

## Las caras de aquellas voces

Estos días he leído en la prensa que Juana Goikoetxea ha podido identificar —¡por fin!, después de tres largos años— a uno de los guardias civiles que la torturaron. Cuánto tiempo y cuántas dificultades para llegar a tan solo esto: el reconocimiento de uno, sólo de uno, de los que —se dice pronto— la torturaron.

Parece que la estoy viendo aquella noche de enero de 1982 cuando, acompañada por un concejal de Herri Batasuna, vino a casa a las pocas horas de haber sido puesta en libertad. Regresaba del infierno y traía en su cuerpo visibles y escalofrantes huellas de su paso por él, y algunas, las físicas sólo, las había fijado ya en una serie de fotografías, húmedas aún, que llevé conmigo al día siguiente a París, a una conferencia de Amnesty International, a la que me habían invitado.

Más de setecientos médicos llegados de toda Europa tuvieron en sus manos aquel testimonio gráfico estremecedor, que no necesitaba palabras; aquella cabeza deformada por la hinchazón, llena de calvas; aquel impresionante hematoma en la zona occipital: una gran bolsa que de oreja a oreja, borraba la nuca; las extensas manchas oscuras del tórax, de las piernas... Pero además, yo tenía recogido el testimonio vivo, el relato de la tortura que no se ve y que nunca cuenta para los forenses; tenía grabadas varias horas de alucinante «viaje» a lo largo de ocho interminables días que, en su caso, habían sido particularmente intensos, con ese plus de venganza con el que en ocasiones se ensañan hasta el límite de la muerte. «Al final —dice en su testimonio—, el séptimo día, estando ya en el Cuartel General de Madrid, un alto jefe de la Guardia Civil, enloquecido de rabia, me dijo que lo nuestro era una guerra y que yo era una mujer vasca de esa guerra. Y fue así como, sin saber por qué,

se abalanzó sobre mí, me agarró por los pelos y me estrelló contra un muro, con tal fuerza que creí que la cabeza me había estallado. Dí un grito y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé estaba en la celda, en un estado lamentable. Debieron de asustarse mucho, y creo que fue por esto por lo que no esperaron diez días y me pusieron en libertad al octavo...»

Es sólo un pequeño extracto, pero tengo muy presente todo lo que le hicieron y lo quiero recordar aquí hoy porque un pueblo que no tiene memoria histórica está perdido, y su caso, que es el de otros muchos, arroja luz sobre la situación actual y nos permite ver los cambios que realmente se han producido.

Uno se dice: tres años ya de aquello y todavía estamos en la fase de identificar a los autores directos de aquella agresión. Parece una burla. Y, sin embargo, aún con todo, limitándonos a esta parcela del «reconocimiento», aquel momento era mejor que éste para la indagación y la búsqueda de los responsables. Ahora el que denuncia ha oído voces pero no ha visto caras. El aparato se ha perfeccionado, la maquinaria funciona sin rostros visibles, sin identificaciones localizables, cada vez más inasequible, más poderosa, menos vulnerable. Es uno de los signos —hay otros muchos— de que no existe por parte de los responsables voluntad alguna de acabar con la tortura, de que más bien se toman medidas para ocultarla y para dificultar su denuncia.

Denuncias como la de Juana Goikoetxea y otras, eran inquietantes para el sistema. Pero es a partir de la que interpusieron los hermanos Olarra en octubre de 1983, en que un juez consiguió entrar en la Comandancia de San Sebastián y llevar a cabo algunas engorrosas diligencias, cuando la alarma cunde, y toman medidas —no para protegerse de los llamados «terroristas», como suelen explicar, sino para protegerse en caso de denuncia y obstaculizar la indagación. Es entonces cuando el «encapuchamiento» que venía practicándose de una manera esporádica pasa a ser sistemático.

Las formas de encapuchar son múltiples y de lo más peregrinas. En los primeros momentos de la detención todo vale con tal de impedir que la persona se sitúe e identifique: se la encoge en el suelo del coche, se le pone un anorak por la cabeza, un jersey, un trapo sucio... Una vez en el Cuartel, siempre hay un pasamontañas o la socorrida bolsa de plástico, aunque entre los numerosos testimonios recogidos el último año en la provincia de Gipuzkoa se han empleado cosas tan dispares como trozos de ikurriña a manera de venda, antifaces y caretas de carnaval, gafas oscuras, gafas de soldador, grandes papelinas hechas con papel de periódico —del diario EGIN,



por supuesto— y otras ocurrencias con que se aísla visualmente a que espera ese interrogatorio que ahora se llama «científico».

Cuando le llega el momento, como un capirote, es conducido a ciegas por extraños pasadizos, por escaleras que llevan a patios donde juegan niños, gritan mujeres; atraviesa descampados, sube en ascensores, entra en oficinas: le insultan, le vapulean, le dan puñetazos, le caen encima, lo tiran al suelo, lo pisotean, lo llevan a la bañera, le hacen el «quirófano», le aplican electrodos... Se burlan, le amenazan... ¿Cómo serán las caras de esos torturadores? «Las caras de aquellas voces... ¿cómo serían?», se interrogaba obsesionada una mujer recién salida del Cuartel de Intxaurre, colgada aún de aquel vacío que le producía tanta extrañeza. ¿Cómo serían las caras de aquellos insultos, de aquellas amenazas...?

Esta práctica sistemática del encapuchamiento ha creado una nueva modalidad de tortura. Consiste precisamente en mostrar la cara del verdugo. Cuando tapar es la norma, el destapar, como excepción, es inquietante. Será por algo, se dice angustiada la víctima. Y esa incertidumbre se utiliza para aterrorizar en el momento adecuado. «Ya ves —le decía un teniente a Itziar, tras un simulacro de fusilamiento—, si te he quitado la capucha y dejo que me veas la cara, es porque no vas a poder contarlo. Estás sentenciada».

Está claro que la tortura no está en vías de desaparecer, aunque sí de ocultarse mejor y protegerse. Todos los cambios que se han producido en los últimos años —desde la reciente Ley Antiterrorista hasta el detalle de la utilización de la capucha— van en ese sentido. Quien hoy se pregunta por las caras de aquellas voces está más desarmado que quien, hasta hace poco, podía señalar con el dedo y decir: te reconozco. Son matices muy significativos... muy reveladores del proceso «democrático» que nos envuelve.

*Hondarribia  
mayo 1985*

## Negar la evidencia

O el arte de presentar lo blanco como si fuera negro, o el cinismo institucionalizado, o la debilidad del Poder, que de todas estas formas y muchas más podría titularse este articulillo que trata de un curioso y muy repetido fenómeno, que si bien era ya conocido de antiguo, es en la vida social y política de hoy cuando alcanza su máximo y complejo desarrollo; hasta el punto de que me atrevería a decir que constituye una de las características de estos tiempos «democráticos» y, por añadidura de males, «socialistas», que nos ha tocado vivir.

Consiste el tal fenómeno en negar la evidencia de una realidad cualquiera de la que se tiene constancia, y aún en presentarla completamente al revés, sin escrúpulo alguno de los testigos; de tal manera que quienes, por andar inmersos en esa realidad, son observadores de la negación quedan estupefactos ante la desfachatez del negante, sin acertar a dar crédito a lo que ocurre, creándose una situación un tanto extraña, muy fecunda para la reflexión.

Este fenómeno, estrechamente ligado al poder, suele ponerse de manifiesto en situaciones represivas, allí donde la autoridad se impone por la fuerza, por lo que es en la tortura —situación límite por excelencia— en donde toma una de sus manifestaciones más nítidas y que puede servirnos de ejemplo para comprender luego mejor su aparición en la vida cotidiana.

Es esa joven con los pies ensangrentados a la que el mismo torturador que se los reventó, hace apenas unas horas, mira con sorpresa y le indica que otra vez deberá bajar las escaleras con más cuidado para no tropezar y lastimarse de esa manera. Es esa monstruosa cabeza hinchada a fuerza de tortazos sobre la que se inclina el comisario jefe y pregunta, con afectada curiosidad, si aquello se debe

a que le ha picado algún insecto en el calabozo. Es ese médico forense que al oír a la víctima que la costilla se la han roto cuando le hacían «la bañera», interrumpe la exploración y con una leve sonrisa pregunta: Entonces, ¿es que te caíste en la bañera de tu casa? Es ese juez que tras la mesa ve llegar al hombre cojeando, calientes aún las huellas del infierno: el rostro tumefacto, la ropa ensangrentada, y con objetiva frialdad inquiere: ¿Acaso usted padece alergia?

Son casos muy claros de negación de la evidencia que tienen sus equivalentes en otras situaciones de la vida social y política. El caso Almería, por ejemplo. Ese día en que el ministro del Interior comparece en las Cortes; cuanto todo el mundo tiene la evidencia de lo que allí se ha cometido y el señor Rosón explica tranquilo, sin alterarse lo más mínimo, los pormenores del «accidente»: Cómo al disparar contra el «intento de fuga» de los tres jóvenes el coche cayó rodando y se incendió; cómo se había creído que eran de ETA; cómo, en fin, se había cometido «un trágico error». O ese relato de uno de los torturadores de Arregi cuando en el juicio explica, con gran profusión de detalles, lo bien que se sentía Joseba después del «amable» trato y cómo lo único que lamentaba era el no poder tener mujeres en Carabanchel. O esas declaraciones del señor González asegurando que aquí no se tortura. O, para venirnos a un caso más reciente, esa rápida explicación del asesinato de Ojeda: esa entrada «llamando a la puerta», ese «enfrentamiento». Negaciones descaradas de la realidad que son como una burla, como un escarnio, que equivalen a bofetadas colectivas que, como decía al principio, dejan al observador pasmado, diciéndose ¡no es posible tanto cinismo!

Ese cinismo, expresión del aplomo con el que se miente cuando se tiene el respaldo del poder, con el que se niegan múltiples y cotidianas evidencias, desde el que se trastoca la realidad hasta desencajarla y presentarla como una locura. Ese cinismo que acumula impotencia y rabias en quien lo recibe —¿quién no ha cerrado los puños cargados de cólera al leer, por ejemplo, las declaraciones del jefe de la Brigada Antiterrorista a un redactor del diario «El País», explicando las condiciones versallescas en que se llevan a cabo los interrogatorios en la DGS? Ese cinismo encuentra su mejor acomodo en los medios de información en los que la práctica de negar la evidencia es una constante abrumadora.

Hace pocas semanas, oyendo un boletín de noticias de Radio Nacional de España, un locutor entrevistaba a un grupo de parlamentarios que acababan de llegar de la URSS. El eje de la noticia, repetida una y otra vez con insistencia, era la condena de la organización

ETA que, según un diputado del PSOE, acababa de hacer en Moscú una autoridad soviética. Para un oyente normal no había duda de que se trataba de una información verídica, puesto que, además, y para apoyar lo dicho, nos pusieron la grabación en ruso de esa condena. Mientras esto ocurría, el intérprete, ajeno al asunto, hacía la traducción simultánea que, literalmente, decía que la URSS, como país que se basaba en la teoría marxista leninista, «siempre había estado en contra del terrorismo individual...».

Momento en el que el locutor interrumpió contundente: «Como ustedes acaban de oír, las autoridades soviéticas condenan explícitamente el terrorismo de ETA». Interrupción que me hubiera dejado boquiabierto de asombro de no estar ya curada en el asunto y saber, como así fue, que al día siguiente ese sería el titular de la noticia en la casi totalidad de la prensa.

Ejemplos como ese nos bombardean a diario desde distintos canales de información. Negaciones de la evidencia que a veces alcanzan proporciones grotescas de esperpento, cuando, como en las recientes elecciones, han tratado de ocultar los resultados de HB.

Negar la evidencia supone siempre un rechazo irracional de la realidad que molesta. Algo que no se quiere ver, porque no conviene, y se opta por cerrar los ojos. Cuando Mario Onaindia afirma fanáticamente —porque él más que nadie sabe que no es verdad— que ETA es la autora del atentado a Casas, está proyectando su deseo. Y no es raro que la misma situación irracional lo lleve a insistir en que «es consecuencia lógica de HB y hay que obligarles a asumirlo». ¿Cabe más intolerancia, más visceralismo? Esa es la dinámica del que se cierra a la realidad. Cuando la razón se ofusca hasta estos límites, el discurso se vuelve cada vez más incoherente, se alimenta de sí mismo y se consume en disparate tras disparate. En lugar de incidir y perjudicar al otro, que era su objetivo, termina por destruirse a sí mismo.

Todo acto de negar la evidencia es un gesto muy significativo que revela una realidad profunda: El miedo a ser derrotado en el campo de las confrontaciones dialécticas. Cuando no hay argumentos para discutir, el debate es siempre peligroso porque conduce a una derrota y ello cuando se trata de quienes detentan el poder, no entra en sus cálculos. Es entonces cuando se recurre a negar la realidad. El problema existe pero se ignora (no interesa, por ejemplo, discutir a fondo el problema de una paz real en Euskal Herria), se actúa como si ese problema no existiera y, si es preciso, se inventa otro que lo sustituya y se proyectan en él los deseos sobre unos datos imaginados: el discurso cambia de sentido, da un salto, ya nada

tiene que ver con la realidad que enuncia («En Madrid me dan pena, suele decir un amigo, cuantas más cosas les cuentan de nosotros, menos saben de lo que pasa aquí»), es un discurso carente de base, vacío, en el que se revela, además, el profundo desprecio que algunos Gobiernos tienen por los pueblos a los que mantienen en la ignorancia; ignorancia que necesitan para sus proyectos de doma.

Lanzado el falso discurso para los de fuera, quedan los de dentro que sí conocen su realidad y sufren la constante negación de ella. Esta negación se produce en términos feroces y quienes la llevan a cabo, carentes de argumento y sin discurso posible, no saben emplear otra arma que el principio de autoridad que, en el mejor de los casos, reproduce una situación cerrada análoga a la que crea el padre cuando manda callar a la familia «porque lo digo yo y me da la gana». En esa situación sin salida, aparece inmediatamente la brutalidad y la violencia del sistema que la ha provocado. En el caso de la tortura se resuelve con más tortura: «Cuando dije que no me había caído, que eran ellos los que a palos me habían roto las costillas, me dieron puñetazos y patadas, repitiendo: Tú te has caído. Y yo tuve que aceptar porque estaban dispuestos a matarme». En el caso de la información, se resuelve con una serie de consignas estereotipadas que podemos encontrar en los editoriales de la prensa más respetable y que constituyen un material digno de ser estudiado. Y que no hacen sino mostrar el vacío que hay detrás de todo.

Tengo un testimonio de tortura que revela muy bien el mecanismo del salto al absurdo que se produce en algunos de esos momentos: El denunciante le explica al forense del cuartel de la Guardia Civil que su ojo morado y el gran hematoma de la cara son debidos a un puñetazo. El forense, que le ha escuchado atentamente, se inclina y escribe a continuación, en voz alta (obsérvese el carácter cínico): «Preguntado por el hematoma, el interesado me dice que se lo hizo al darse con el canto de la puerta de su coche». Uno comprende que se ha producido el salto al absurdo, un corte abismal; que está sucediendo algo muy inquietante.

Algo que se asemeja al salto del locutor de radio, en el ejemplo anterior, cuando dice: «Como ustedes acaban de oír...» y no hemos oído nada de lo que se nos asegura. Expectación. Estamos en el umbral del horror. No es raro que los más lúcidos —entre los que se encuentran muchos que salen de la cárcel— se espanten a veces de esa realidad cotidiana. Hay algo en ella que recuerda aquellas escenas de la vieja película «Luz de gas», en las que se trataba de que la víctima creyera que lo que estaba viendo no ocurría y que todo era

producto de su mente enferma.

Se diría que, a través de la constante negación de la evidencia, lo que persiguen es llevarnos a una locura colectiva, a una inseguridad grande desde la que dudemos de todo y de nosotros mismos: sembrar la confusión para desorientarnos. ¿No era esa una de las finalidades del Plan ZEN: propagar la mentira, difundir el bulo...?

Todo esto es imprescindible saberlo, desentrañarlo, para poderlo combatir adecuadamente. Desenmascararlo porque somos nosotros los que estamos en la realidad. Y esta realidad es fundamental para construir nuestras libertades.

*Hondarribia  
marzo 1984*

## Autopsia y manipulación

Una de las noticias que más se ha manipulado en torno a la muerte de Zabalza ha sido la de la autopsia. Desde que se empezó a hablar de ella, la versión oficial, ampliamente difundida por los medios de información, presentó la autopsia como una prueba definitiva y contundente, capaz por sí misma de demostrar lo ocurrido cuando, en realidad, se trata sólo de una prueba pericial limitada, que aporta datos importantes sobre lo que se observa en un cuerpo pero que *nada puede decir sobre cómo* aquello ocurrió ni *quién* es el responsable.

Sin embargo, desde que fue hallado sin vida el cuerpo de Zabalza, se nos bombardeó de múltiples maneras y siempre sobre la base de los resultados de la autopsia —aprovechando el peso mítico que sobre el gran público tiene el argumento de «lo científico»— con la idea siguiente: la autopsia muestra que Zabalza murió por inmersión (sumersión) lo cual refuerza la versión de que se ahogó en el río Bidasoa cuando trataba de huir: luego los resultados de la autopsia dan la razón a la Guardia Civil.

La realidad es que la autopsia sólo muestra que murió ahogado, nada más. ¿Cómo se produjo ese ahogo? ¿Dónde? ¿Quién intervino? *De eso la autopsia no dice nada.*

La otra gran manipulación en torno a la autopsia de Zabalza ha sido la de presentar la segunda autopsia realizada por la médico forense danesa, que vino a petición de la familia, como *coincidente con la primera*, cuando no era así. Dando la impresión de que incluso la autoridad científica venida de fuera ratificaba la versión, y aún la reforzaba, dada por la Guardia Civil y aceptada sin discusión por el Gobierno («O se cree la versión de la Guardia Civil o se está con los terroristas», algo así vino a decir en el Parlamento el ministro

del Interior).

Sería interesante —y hay numerosos datos para ello— hacer un estudio minucioso de cómo se produjeron los hechos para crear la gran confusión, pero ya que el espacio no lo permite, daremos por lo menos algunos datos someros que contribuyan a clarificar algunos puntos.

La doctora Karin Helweg Larsen que realizó la llamada segunda autopsia (en realidad nunca hubo segunda autopsia, ya que no fue autorizada como tal. Lo que el juez autorizó fue una serie de pruebas periciales que iban a sumarse a la autopsia existente) es cate-drática adjunta en el Hospital Universitario de Copenhague donde dirige, además, un departamento; es especialista en Anatomo-Patología, en la que es considerada una persona muy cualificada en su país, como así lo reconoció el profesor Concheiro, pese a estar presente en la autopsia por parte del Ministerio del Interior. No se trata, pues —como el señor Argote, abogado de la Guardia Civil, nos la presentó en una conferencia de prensa que recogió TV española— de «una chiquita» poco menos que inexperta. Tampoco es militante de un «comité político», como el mismo señor Argote se encargó de difundir para minimizar el asunto, sino miembro del grupo científico «Antitorture Research Group» (Grupo de Investigaciones Antitortura) de Dinamarca, que ha realizado otras «misiones» parecidas con anterioridad.

El informe que esta doctora realizó y que obra en manos del juez puede sintetizarse brevemente en tres puntos:

1º.—Que considera insuficiente y muy incompleta la autopsia que se había realizado anteriormente, máximo cuando se trataba de un caso tan delicado. Autopsia superficial en la que «no se han examinado los órganos del cuello, sino solamente la parte inferior de la traquea y sólo en parte los pulmones y el estómago, mientras que los demás órganos no han sido diseccionados. Se ha abierto el cráneo pero sin desprender la piel de la bóveda del mismo, de modo que los posibles signos de violencia no habrían podido ser observados». *Una autopsia que en su país, y según las normas anglosajonas, no hubiera sido posible aceptar.*

Es basándose precisamente en ese bajo nivel de practicar una autopsia, en esa falta de normativa mínima aceptable, que la doctora Karin Helweg hizo unas declaraciones en un importante rotativo de su país y que fueron presentadas por la agencia Efe como un ataque a los médicos y no al sistema. Y en ese mismo sentido —nunca el de atacar a los médicos, sino al bajísimo nivel de la institución— el parlamentario socialdemócrata Ole Spensen, ex-ministro de Justi-



cia, anunció que pensaba denunciar el hecho en el Consejo de Europa, pues en la medida en que España era miembro de la Comunidad Europea tenía que exigírsele que adecuara a ello su medicina (No en vano un conocido profesor de Medicina Legal había seguido de muy cerca la autopsia que se le había practicado al doctor Murueta-goiena, muerto poco tiempo después de salir del cuartel de la G.C. y había denunciado, en una Conferencia de Prensa, en París, las grandes arbitrariedades y deficiencias encontradas).

2º.—Aunque constantemente se nos ha insistido en que no era así, según el informe *existen signos de violencia*, si bien ninguno puede considerarse determinante de la muerte. «Se comprueba un hematoma de cinco cm. detrás del oído izquierdo y hematomas en ambos oídos internos, además de una pequeña fractura en el peñasco izquierdo. Estas lesiones pueden ser la consecuencia de violencia moderada con instrumento romo; qué tipo de violencia no puede determinarse con seguridad. Puede ser la consecuencia de violencia directa con instrumento romo, por ejemplo, golpes, pero también es posible que sea como consecuencia de una caída al suelo duro....»

3º.—La causa de la muerte «tal como está descrita en la primera autopsia, *resulta probable que sea asfixia por sumersión*».

Y añade a continuación: «Naturalmente no podrá decirse si tal sumersión ha ocurrido por caída directa al río, tal como sostiene la G.C., o si ha ocurrido por el empleo del llamado «submarino». Al grupo científico danés adscrito al Grupo de Investigaciones Antitortura, le consta que esos tratos han sido aplicados con frecuencia a las personas detenidas en la parte de España donde vivía el difunto...» (Recientemente, en una revista muy importante de Medicina Legal editada en E.E.UU., estos médicos han publicado un interesante trabajo sobre diez casos de tortura en Euskadi, concretamente de la provincia de Gipuzkoa).

Hondarribia  
diciembre 1985



# 1986

*Perfeccionada la descomunal maquinaria, enriquecida con todo tipo de ensayos y experimentos puestos en marcha sin escrúpulo alguno a la vista de la opinión pública; saltándose cínicamente las normas, violando la legalidad y cometiendo toda clase de atropellos; quienes han decidido no dar soluciones políticas al problema y acabar con él, aplastándolo, están llegando a los límites de la represión violenta que permite una «democracia».*

*Todavía les queda un margen pero, antes de agotarlo, van a persistir aún en la deportación, esa modalidad de cárcel en la que a veces la policía puede visitar a los detenidos y torturarlos; en el arrepentimiento, que ya fracasó pero que es todavía la forma presentable de represión; en la entrega, que da un alto y se hace sistemática a partir de esa nueva modalidad por el «procedimiento de urgencia».*

*Es así como se intensifica el acoso, la caza del vasco que se fue al Norte huyendo del terror y que ahora es enviado lejos o puesto en manos de los torturadores*

*del Sur, y cómo vuelven a llenar nuestras mesas con sus escalofriantes testimonios.*

*Los medios de información van a justificar la barbarie explicando que ETA y HB, la unidad popular, son una misma cosa.*

*Es una operación pensada, planificada, una parte va a debilitar los núcleos de resistencia, dividirlos, aislarlos de uno en uno, crear condiciones para vaciar el cerebro y lavarlo con arrepentimiento.*

*Pero el pueblo ha tomado conciencia a través de tanto dolor y sabe que la medida represiva llamada «reinserción» es sólo una parte, formulada en voz alta, de una política general de doma llevada desde hace tiempo en silencio. Quienes hace años no aceptaron la Constitución y ahora sí, o no querían entrar en la OTAN y ahora sí, se han ido reinsertando ellos solos, encuadrándose en el marco que les habían puesto ahí. Los que quedan fuera de este coto institucional establecido —los indomables—, constituyen lo «peligroso» que resiste. Y mientras esta resistencia esté viva —y ya hemos visto que lo está y que, además, va en aumento—, la política de «pacificación», que es siempre el resultado de la violencia de Estado, está en un callejón sin salida: sus límites los marca la imagen democrática que, a fuerza de contradicciones, puede saltar por los aires hecha pedazos.*

## Deportación: ¿un ensayo estratégico?

Desde enero de 1984 en que empezaron las primeras deportaciones he venido siguiendo muy de cerca este problema porque considero que se trata de una forma avanzadísima de represión, un modelo típicamente «democrático», es decir sinuoso y falaz con el que se ha puesto en marcha un moderno mecanismo para *eliminar impunemente al disidente político que molesta y ocultar a la vez esa eliminación*. «En las democracias formales —he escrito en alguna parte— a medida que el aparato represor se refuerza —y siempre se refuerza— la fachada que lo envuelve se disfraz a con mayor ahínco de demócrata y esa ambivalencia entre la imagen hipócrita que se ofrece y la realidad profunda que se tapa, es consustancial a su estructura y lo que le confiere ese carácter cínico tan característico que, con tanta frecuencia, se pone de manifiesto en quienes detentan el poder. Es lo que permite, por ejemplo, que un ministro del Interior se asome a la pequeña pantalla de la TV para informar, con una beatífica sonrisa en los labios, que «aquí no se tortura porque lo prohíbe la Constitución» e, inmediatamente, en la trastienda, dé su apoyo a quienes acaban de trocear y rociar de gasolina para quemarlo el cuerpo de tres pobres andaluces a los que habían confundido con unos vascos... Destruir al resistente pero poniendo mucho cuidado en que no se vea, en que las medidas sean aparentemente «generosas», «humanitarias» y hasta ejemplares...

La deportación, todavía en fase experimental, sin una legislación propia que la sustente (pero que no tardarán en crear si es preciso), se muestra como un arma de posibilidades imprevisibles —como en su momento lo fueron las leyes especiales— para el futuro de esa Europa comunitaria que clama —Felipe González a la cabeza— por una estrecha colaboración policial entre los Estados, un arma sinuo-

sa y maquiavélica que va a permitir, bajo el manido pretexto de acabar con el «terrorismo» *perseguir y aniquilar cualquier intento de liberación de los pueblos y hacerlo de tal forma que pase inadvertido para la gran mayoría.*

El caso concreto de Euskal Herria, ese gran laboratorio en el que se ensayan las técnicas más avanzadas, ilustra bastante lo que digo. Situémonos en París, en octubre de 1984, en el momento álgido en que unos vascos en huelga de hambre esperan en la cárcel la decisión de Gobierno. Reclaman el estatuto de refugiado político que se les niega. Se teme lo peor. Las presiones del Gobierno de Madrid son muy grandes. Felipe González ha llamado a Mitterrand; es casi una cuestión de honor. El tema está en la calle y se discute si habrá o no extradiciones o, en su caso, deportaciones a un tercer país lejano. Hay mucha confusión. Mientras que los conocedores del problema veíamos tan grave lo uno como lo otro, ese mismo problema se le presentaba muy engañoso a la opinión pública, de tal manera que para el ciudadano medio, incluido el que se inquietaba por los derechos humanos, la deportación parecía una medida muy aceptable y tranquilizadora ante la tan temida extradición que se sabía que estaba abocada a la tortura. Cuando de común acuerdo los dos Gobiernos optaron por ignorar la realidad política de Euskadi y darle un tratamiento represivo, pronto se comprobó lo que cada una de estas medidas daba de sí.

En seguida se vio que la extradición en aquel caso concreto no era rentable para quienes la llevaron a cabo. Primero, porque entregar a las autoridades de un país que tortura —y que se tortura en España era ya una evidencia aceptada por varios organismos internacionales— a personas que huyen de ella, *venía a quebrar la imagen de la gran democracia francesa considerada tradicionalmente tierra de asilo.* Segundo, tampoco le servía al Gobierno español que la había solicitado, pues al ser muchos los observadores que tenían puesta su atención en el asunto, *ello impedía practicar, como es costumbre, la tortura y, en consecuencia, obtener de los extraditados una falsa confesión para luego ser utilizada en el juicio.* Tercero, porque el hecho de que *tres, de los cuatro extraditados, fueran puestos en libertad después del juicio* que se celebró en Madrid venía a demostrar, no tanto la existencia de una democracia que garantizaba el juicio —como se nos dijo entonces— como el que en otras ocasiones, menos «observadas», *el informe policial y la declaración obtenida bajo violencia constituían, en muchos de los casos, la única «prueba» con la que se condenaba al acusado.* Cuarto, porque todo ello revelaba que también en el Estado francés lo que se

perseguía no era tanto al militante de ETA como al luchador vasco en general que, huyendo del Sur por miedo a ser detenido y torturado, buscaba protegerse en el Norte y cuya calidad de político se le negaba.

La deportación en cambio eliminaba de golpe todos esos engorrosos problemas. No cabía duda de que era el modelo idóneo: permitía ir aplicando escalonadamente, de menor a mayor, una serie de medidas persecutorias, de acoso y castigo, con la ventaja de que todo ocurría lejos, en áreas muy apartadas, de las que apenas llegaban noticias y donde pronto, los allí enviados, caerían en el olvido.

En aquellos momentos la deportación de una parte del grupo —la que no extraditaron— tranquilizó muchas conciencias —como en relación a la tortura las había tranquilizado, años atrás, la llegada de la «democracia», en la que se pensaba que estos horrores ya no serían posibles.

Y tuvieron que pasar largos meses para que fuéramos constatando, a través de los datos recogidos, lo que ya sospechábamos desde un principio: que esa deportación, en apariencia humanitaria —«por razones humanitarias» solicitó Felipe González a algunos Gobiernos que aceptaran hacerse cargo de esos «terroristas»...—, encerraba en sí, en una síntesis perfecta, todo el compendio de «tortura aguda» que posibilitan los diez días de incomunicación de la Ley Antiterrorista y de «tortura crónica» que se lleva a cabo en las cárceles de «alta seguridad» españolas. El resultado venía a ser el mismo de siempre: *destruir al colectivo que lucha y acabar con el luchador*, pero *de otra manera*, una manera «civilizada», cual conviene a Estados «demócratas» del mundo llamado libre.

A medida que uno se aproxima a esa «otra manera» va descubriendo la complejidad del modelo en el que se mezclan viejas técnicas muy practicadas en el llamado tercer mundo y otras muy nuevas, en fase experimental.

A partir de la detención en Euskadi Norte, empieza de nuevo un calvario que en cierto modo y con sus propias características reproduce el calvario de quienes en Euskadi Sur son detenidos con la Ley Antiterrorista. Un calvario parecido pero —como tantas veces digo— de «otra manera»; esa otra manera propia de la «democracia más desarrollada» del Estado francés.

No voy a ocuparme de los aspectos administrativos ni de la total ilegalidad en que se producen estas deportaciones sino solamente de cómo se llevan a cabo. Y de entrada, puede ya asegurarse que el tiempo que transcurre entre la detención y la salida a otro país (dure días, semanas, meses, que de todo hay) *equivale a una tortura*.

Una tortura psicológica en la que no le van a violentar físicamente, como en el Sur, pero en la que le van a mantener en una constante tensión capaz de desencadenar crisis nerviosas de terror y de angustia.

La Policía le custodiará, le provocará tantas veces como pueda: recuerdo varios testimonios en los que la persona detenida era objeto constante de burlas, de insultos, de frases despectivas, de amenazas referentes al lugar a donde le iban a llevar... Coinciden todos en que el eje fundamental de esa tortura transitoria es la *incertidumbre* de lo que va a ocurrir en un próximo futuro: ¿deportación? ¿entrega a la Policía española? Si esto último conlleva la tortura física, lo primero va a depender del lugar de esa deportación y del país al que le van a llevar: ¿dónde será? ¿Estará totalmente sólo como estuvo Antxon? ¿Le llevarán a Ecuador donde en cualquier momento puede llegar también la Policía española a torturar? Desde que la Policía española fue impunemente a interrogar a los deportados allí, este país se ha convertido en un punto candente, en una terrible amenaza mientras se espera. Durante ella y después, en el traslado que es toda una odisea, ocurrirán numerosos y variados accidentes capaces de desencadenar reacciones vivenciales muy alarmantes.

No, no es fácil resistir; algunos lo saben bien a través de su propio *viaje*. No es el momento de extendernos en ello porque aquí se trata, sobre todo, de denunciar lo que quieren hacer: sus objetivos de destrucción más que las formas en que se resiste, pero el pueblo debe saber que *la situación de los deportados es muy dura*, durísima; que de múltiples maneras su resistencia es puesta a prueba día a día, que son llevados a situaciones muy límites de las que sólo su elevada conciencia política y la constante solidaridad de su pueblo pueden ayudarles a regresar, a volver íntegros del borde del abismo en el que les sitúan.

Todo cuanto les ocurre está previsto. Es un plan científico, minuciosamente elaborado, con asesores expertos. Un basto plan que abarca no sólo a los deportados sino a la destrucción de todo su entorno.

He leído el dossier que han elaborado las mujeres de esos deportados: las penosas condiciones en que tienen que compartir el trabajo aquí con los largos viajes que supone una visita; la situación inestable de los niños, trasplantados de pronto a países extraños de otra cultura y otra lengua, interrumpiendo la escolaridad, expuestos a enfermedades y traumas. Cuadros impresionantes que cuando se analizan en su conjunto constituyen verdaderos focos de genoci-



io etno-cultural.

La ferocidad de esa medida y el cortejo de aberraciones que conlleva merecería ser estudiados con mayor detenimiento, y espero que algún día, cuando pueda hacerse la recopilación de datos, estos sirvan para elaborar una «patología» de la deportación, de la misma manera que, en otros tiempos, se elaboraban las patologías de guerra.

Cuadros característicos de la situación que vive el deportado. Crisis que se presentan ante situaciones sorprendidas para las que no se estaba preparado, que chocan e impactan, y que el enemigo quisiera convertir en muestras y signos de locura. Pero que, analizadas en su situación, son *reacciones normales a situaciones anormales* (lo aberrante es el medio que le crean y lo aberrante también sería que, ante tal situación, no reaccionara el individuo así distorsionado: esas reacciones, y precisamente por ello, exigen análisis e interpretaciones revolucionarias, que cuestionarían no sólo gran parte de la psiquiatría tradicional sino que, además, cuestionan la ordenación aberrante del propio sistema.

Pero conviene, para entender mejor la magnitud de las medidas empleadas contra el deportado, que tengamos también muy presente la historia del opresor. No podemos olvidar que esos estados «democráticos» tan fuertes hoy, han sido hasta hace bien poco poseedores de colonias —aún conservan algunas— a las que han esquilado y cuyos intereses han defendido a sangre y fuego. Cuentan con una larga historia de explotación y de muerte y una cuantiosa experiencia a la hora de someter y hacer sentir su dominio. No tienen escrúpulos cuando se trata de aplastar deseos y derechos de liberación y de independencia, y aunque más de una vez ya fueron derrotados la lección no les sirve. Represión y sólo represión: esa es su respuesta.

Sólo que ahora el pueblo que lucha y resiste, no está fuera como antaño sino peligrosamente enraizado en el propio corazón de la metrópoli. Euskadi no es el «tercer mundo» sino parte de ese mundo «civilizado» en el que necesitan tanto la doma y que ahora se les revuelve. Es una situación distinta original, totalmente inédita en Europa. Plantea problemas nuevos que exigen ópticas abiertas y mucha imaginación y sobre los que habrá que volver muy pronto.

Hondarribia  
verano 86

## **Tan sencillo como eso**

Cuando, huyendo de la indiscriminada aplicación de la Ley Antiterrorista y sus consecuencias inmediatas: la tortura, un vasco de la izquierda abertzale atraviesa la muga para refugiarse en el Norte de su país, lo más fácil es que pasado algún tiempo y dados los obstáculos que la Administración francesa le pone para legalizar su situación, vuelva a ser víctima de una nueva odisea persecutoria, con grandes probabilidades de terminar deportado; medida ésta —la deportación— gravísima que reúne en sí, aunque convenientemente disimulados, los múltiples peligros que le hicieron huir y abandonar los territorios del Sur.

Reclamarse vasco, hablar de la integridad territorial, del uso prioritario de su lengua o de autodeterminación, por ejemplo, son temas muy sospechosos que cuando se expresan como deseos, se defienden con ahínco, o se lucha por ellos, se convierten en materia delictiva que puede ser castigada con gran dureza. El problema, que ya era razón de Estado para los poderes fácticos españoles, ha pasado a serlo ahora también para el Estado francés, desde que los Gobiernos «socialdemócratas» se pusieron de acuerdo en colaborar y no para solucionar el problema sino para sumar fuerzas represivas.

Acosado, en su propia casa, desde el Sur y por el Norte, al luchador vasco todo se le presenta como si estuviera atrapado entre inevitables ratoneras y no tuviera más remedio que elegir entre estas dos opciones: O renegar y arrepentirse de ser vasco, o terminar sus días en un lugar de exterminio, se llame cárcel de alta seguridad en el Estado español, o lleve el exótico nombre de un país situado a miles de kilómetros de su tierra: al que será deportado por el Estado francés.

Naturalmente que esas no son todas las alternativas pero sí las que le ofrecen desde la represión: alternativas cerradas, sin aparente salida, con el fin de desanimarle y hacerle desistir de sus proyectos.

Pero el vasco que huye —que no huye porque sí, que es un luchador, militante o simpatizante de la causa, y que está empeñado en la liberación de su pueblo— hace tiempo que ha elegido otra alternativa con la que muy posiblemente no contaban quienes se lo habían puesto tan difícil: Resistir. Resistir hasta que su problema se resuelva por la vía política y no por la feroz violencia con que se le reprime. Resistir sin limitaciones, con todas sus consecuencias, a sabiendas de que ello supone un alto precio en sacrificio y dolor. Su firme decisión nada tiene que ver con un sentimiento místico, ni con un gesto heroico, como intentan presentarlo algunos, sino con el conocimiento profundo de que sus aspiraciones son justas, que tiene derecho a ellas y que puede esgrimir para defenderlas poderosas razones irrefutables. Es algo tan sencillo de entender: que un pueblo quiera ser libre en su propia tierra, que no le guste verla desgajada a pedazos, que quiera elegir cómo administrarla, que ansíe recuperar su lengua y que sueñe en poder realizar esos grandes objetivos en paz... Algo tan sencillo y contundente a la vez que, guste o no, uno tiene que aceptarlo, sobre todo cuando se sabe que quienes hoy luchan por sus libertades nunca han ido a molestar a otros pueblos, ni a imponerles sus ideas, ni han manifestado ansia alguna de dominio sino que, por el contrario, respetan y se muestran profundamente solidarios con aquellos pueblos que luchan también por su liberación. Lo único que quiere —y lo proclama con firmeza— es que le dejen en paz, esa paz imprescindible para la construcción de la sociedad que desea: sentirse pueblo soberano y que no vengan foráneos a organizarle y a imponerle otro orden: que se vayan y le dejen en paz.

Son cosas tan elementales, insisto, que resultaría obvio hablar de ellas si no fuera porque en seguida se complican —nos las complican— tanto, que terminan pareciendo confusas y hasta utópicas.

Es de tal magnitud la represión que cae sobre la izquierda abertzale y tan descomunal el despliegue de fuerzas que requiere para defenderse de ella que, con frecuencia, esta dinámica de darle cara al atropello y no dejarse pisotear se impone, envuelve los objetivos de la lucha y hasta puede llegar a ocultarlos. De ahí que convenga no perder de vista las raíces que la motivan.

En esas raíces está la base de esta sólida resistencia: Sin ellas se comprendería muy poco lo que ocurre aquí. Podría caerse en la

trampa de ver el proceso encerrado en un círculo vicioso, de golpe y contestación, que es precisamente el argumento que emplean quienes observan con miopía, cuando dicen que el movimiento abertzale lucha contra la represión y que si ésta acabara el movimiento desaparecería. En un sentido amplio es verdad, si Euskadi no estuviera obligatoriamente dividida, si hubiera alcanzado una holgada autodeterminación que ensanchara sus horizontes haciendo posible un día la independencia, es cierto que este pueblo tan amante de la paz, emplearía las organizaciones populares que se ha visto obligado a crear para defenderse, en energías más creadoras... Pero en un sentido estrecho, como es el del argumento, es una falacia.

Lo fundamental de esa resistencia, el por qué de su continuidad y de su crecimiento, está ahí: en su necesidad de liberarse. Y en esa necesidad es donde radica la clave de la gran represión: negarle obstinadamente ese derecho.

Quienes se lo niegan, para conseguirlo, parten de análisis subjetivos que proyectan sus deseos. Afirman que la lucha es cosa de cuatro «terroristas» y que con exterminarlos pondrán fin al problema. Como disponen de medios para hacerlo y siempre han despreciado a los pueblos, manipulan la realidad para la gran mayoría y al rebelde que lucha le presentan un oscuro panorama sin salida cuando, en realidad, son ellos los que están encerrados en el callejón: O negocian (lo cual supone rectificar el falso discurso elaborado a distancia y de espaldas a la realidad que vienen repitiendo desde hace años), o siguen la ciega vía irracional de la represión, reforzando el fabuloso aparato que el Poder les proporciona, colaborando si es preciso con otros Estados. Vía ésta sin salida porque la verdadera fuerza no tiene nada que ver con el poder, sino con la resistencia popular.

Los pueblos que han luchado y conseguido su liberación saben muy bien que ese poder que parecía invencible llega un momento en que se estrella contra la fuerza del pueblo cuando se une y resiste.

Hoy, en Euskadi, se está muy lejos aún de ese momento, pero la resistencia que se lleva a cabo en las cárceles, en el exilio, en la deportación, no son puntos aislados sino zonas más candentes de una resistencia global que garantizan amplios sectores del pueblo: una resistencia activa y creadora que, a su vez, es garantía de que nuestro pueblo camina sólido y que más tarde o más temprano, con grandes sacrificios siempre, se abrirá paso por vías todavía inexploradas, y alcanzará un día su objetivo.

Desde esta innegable realidad uno se pregunta, ¿cómo es posible mantenerse en una óptica tan estrecha que les impide ver que un día ese derecho indiscutible que tienen los pueblos a la autodeterminación se va a conseguir y que cuanto más tiempo pase más espectacular será la derrota?

*Hondarribia  
julio 1986*

## Conversaciones en Cabo Verde

*«A todos los deportados que tanto necesitan de nuestra solidaridad para resistir. A todos pero muy especialmente a los de Togo. Y más especialmente a los de Ecuador...»*

Hace aproximadamente un mes que estuve en Cabo Verde con el fin de visitar a los compañeros allí deportados y hacer un reportaje sobre el país en el que viven. Avidos como estaban ellos, lo mismo que yo, de intercambiar opiniones, todo el tiempo nos pareció poco. Nos reuníamos a primeras horas de la mañana y nos despedíamos avanzada la noche y muchas veces entrada ya la madrugada. Fueron unos días intensos en los que no desperdicié un minuto. Pude así entrevistar a varias autoridades de la pequeña república y recorrer con algunas de ellas parte de la encrespada geografía pero, sobre todo, pude reunirme y hablar largamente con esos hombres que soportan, contra viento y marea, esa nueva modalidad de represión. En los chiringuitos perdidos que tan bien conocen, recorriendo las calles y las tabernitas de Mindelo, en largos paseos por la carretera polvorienta que conduce a sus casas, en ellas o por los montes de alrededor, hemos hablado de Euskadi, de su magnífico pueblo, de la libertad, del amor... Hemos soñado futuros y analizado presentes y ha sido así como hemos recuperado el placer de conversar, tan olvidado a veces y tan necesario; un placer que nos dispondría a todos y nos iba llenando de un buen humor que ha presidido el encuentro hasta los últimos momentos. De entre los muchos temas que abordamos, de una manera deliberada, el de la represión ocupó mucho espacio. A los compañeros les parecía que era importante mirar de frente y a fondo esta realidad represiva de la deportación para, conociéndola, darle una respuesta correcta. Estas «con-

versaciones» son sólo una breve síntesis de lo que muy probablemente llegue a ser un librito. Las reproduzco en forma de intervenciones dialogadas sobre la base del recuerdo y de algunas notas que tomé. Son pues sólo aproximaciones a la complejidad de lo que allí se dijo. Como lo importante es el resultado no doy los nombres de quienes hablan: hablábamos todos y aprendíamos todos mucho haciéndolo. Nuestro deseo al pensar en esta recopilación era el de que sirviera de estímulo a otros que, más aislados y en muy peores condiciones, sufren también la deportación: un estímulo solidario para que empezaran ellos también a investigar la entraña del feroz enemigo, sus formas sinuosas de intentar destruir...

De los ocho días que pasé allí guardo un recuerdo muy profundo. Mi intención era llevarles la solidaridad y el calor de Euskadi, que sintieran que no estaban solos. No se si lo conseguí. Lo que sí puedo afirmar y decirles desde estas páginas es que para mí fue un gran estímulo conocerlos, seguir de cerca su vida cotidiana, sus vicisitudes, sus dolores, sus cóleras, sus alegrías... Sobre todo la humanísima entereza —llena de angustias, de miedos, de exaltaciones, de proyectos para el mañana que pronto vendrá, ese mañana luminoso en el que se sueña, por el que se encoleriza uno cuando tarda, lleno de amores y desesperanzas y nuevas esperanzas...—, la humanísima entereza con la que resisten el forzado exilio. Un gran estímulo y una gran lección inolvidable, compañeros, por la que os doy las gracias.

—Como tú dices, es bueno pararse y mirar de cerca lo que nos ocurre para mejor afrontarlo... Pero no es fácil, eso requeriría hablar horas y horas porque el problema no es sólo el de los deportados sino el de la represión en general que sufre nuestro pueblo y esta represión que, de por sí, es ya tan variada y tiene tantas facetas, está íntimamente ligada a la lucha que allí se lleva, o sea que, para ir al fondo, habría que hablar del por qué de esa lucha, del problema fundamental de Euskadi... Habría que hablar de muchas cosas porque *todo guarda relación entre sí y sin ver esta relación puedes perderte...*

—Naturalmente que no podemos aislar esta represión del contexto, esto creo que lo tenemos claro; pero puesto que *es una forma nueva* que sufrimos en nuestra propia carne como conejillos de india —porque ellos lo están experimentando en nosotros— es importante que constituya el centro de nuestra reflexión.

—Siempre que la veamos unida al conjunto, como dice éste, por-

que cuando se está tan cercado, tan envuelto por las condiciones asfixiantes, es como estar en una trampa en la que sólo ves los barrotes y tu sabes que como te descuides pierdes fácilmente el conjunto... Eso yo lo noto muchas veces y da miedo. Por eso no está de más insistir en *no perder de vista la globalidad*.

Bueno, yo creo que esta observación está bastante asumida. Nosotros, de alguna forma, somos gente que se ha comprometido en este proceso de liberación. Se da por supuesto que tenemos un cierto nivel de conciencia política...

—Se da por supuesto, pero conviene repetirlo, una y otra vez, no es lo mismo saber que asumir ese saber... Si tú tienes la vivencia de la capacidad represora del enemigo, esto te ayuda. Cuando sabes que nada de cuanto nos ocurre es gratuito, que la estrategia represiva responde a un plan global del Estado, un plan minuciosamente elaborado, perfectamente articulado, cuando sabes esto te sientes más seguro, más fuerte. A mí me parece que *conocer la situación y no olvidarse de ella en los peores momentos es ya un gran paso*.

—Totalmente de acuerdo porque no te limitas a recibir la represión sino que cuando te llega ya la tienes prevista, eliminas en gran medida el factor sorpresa, lo que de impacto puede tener...

—La sorpresa es un arma, también para nosotros, para nuestra lucha. Ellos tratan de elaborar sus planes represivos ocultándolos, pero también puede uno prepararse para combatirla: *prepararse para la sorpresa, saber que se tiene que contar con muchos imprevistos...* Eso agudiza la imaginación, mantiene la atención más alerta, más en guardia y aunque no sepas por dónde te van a golpear estas preparado para el golpe.

—Tú sabes una cosa: que ellos van a destruirte en donde estés y a emplear para eso todos los medios a su alcance que, hoy en día, son muchos... Pero ahí está nuestra fuerza, en imaginar situaciones nuevas... Razones para luchar ya tenemos.

—Una vez dicho esto, ¿qué os parece si nos fuéramos centrando en el problema concreto de la deportación?

—Sintetizando de corrida y puesto que el objetivo de la represión es caer allí donde hay lucha y resistencia para destruirlas, es normal que a cada foco, a cada grupo, lo ataquen de la forma mejor y más eficaz: a unos los apalean en la calle, y los amedrentan, a otros les aplican la Ley Antiterrorista y les torturan: a los que encarcelan los conducen a cárceles especiales y a los que tienen que salir del país, los que tienen que refugiarse en el Estado francés, en su propia patria, pero en el Estado francés, a esos les aplican también su propia forma de represión, que todos conocemos.



—Yo creo que conviene precisar que esos que huyen lo hacen perseguidos por el terror, por el miedo a que se les aplique la LAT, a que se les torture y cuando llegan a Euskadi norte se encuentran con esa otra represión, la que sufren los que reclaman ser refugiados y que tiene sus propias características...

—Ahí interviene un factor muy importante, se da un salto: ya no es el Estado español el que reprime. Es el Estado francés, en íntima relación con el español. *Interviene la colaboración, una colaboración que está también perfectamente planificada*, que tiene sus etapas... que las van cumpliendo según les convenga.

—Esta colaboración no es nueva, hace tiempo que existe, pero *a partir de los Gobiernos llamados socialistas es mucho más estrecha*.

—Habría que señalar también la responsabilidad de los dos Estados. Conviene dejarlo bien claro porque el Estado francés siempre ha hecho alarde de respetar los Derechos Humanos, de ser muy democrático y goza de este prestigio, cuando en lo que se refiere a los vascos, que es lo que conocemos, la realidad es bien otra... *Sólo en las ilegalidades que está cometiendo ya se revela su auténtica ferocidad represiva*; sería suficiente ver este aspecto para que su fachada, su imagen de país libre, quedara desmoronada...

—Un buen ejemplo de esa ilegalidad, el más elocuente, es el de las deportaciones. *En ellas es todo ilegal, todo pasa fuera de la ley, arbitrariamente...*

—Yo, en eso de la responsabilidad que decías, le culpo más al Estado francés. Porque el Estado español nunca ha llegado a ser demócrata mientras que en el francés hubo un tiempo en que estos derechos se respetaban. En su caso es una vuelta atrás, un retroceso y para mí es más grave...

—Este retroceso en las democracias formales es cada vez mayor. En los países de la Europa Comunitaria, por ejemplo, la colaboración entre los Estados, sobre todo para reprimir, es cada vez mayor... El espacio judicial, el espacio policial europeos son ya un hecho. Bajo el pretexto de perseguir al «terrorismo» se están elaborando leyes especiales que recortan las libertades de las constituciones y esas constituciones se van reduciendo y cada vez son menos democráticas...

—Yo, si me permites, ahí tengo mi punto de vista que, por desgracia, se va confirmando a pasos agigantados. Desde hace tiempo vengo observando que *en ese intercambio de técnicas represivas y de información, el Estado español juega un papel importantísimo, de vanguardia* me atrevería a afirmar. En ese terreno de la represión, en medidas experimentales, sobre todo, es el primero... Está

en condiciones de orientar, de aconsejar...

—Es fácil que tengas razón. Cuando recientemente se han reunido en no sé qué país de Europa los altos jefes de la Policía y los ministros del Interior no es difícil imaginarse a los responsables de Madrid dando consejos a sus colegas: «Miren, a nosotros nos ha dado buen resultado esto... lo otro», «En el País Vasco la LAT tiene tales o cuales problemas», «El Plan ZEN no sirve...» y cosas parecidas...

—Es así como han elaborado la LAT, a fuerza de ensayarla, de aplicarla constantemente al pueblo. Desde 1979 la han venido experimentando, viendo los fallos que tenía, lo que no podían amarrar del todo... lo que convenía reforzar... Cuando en 1984, con el PSOE, la elaboraron definitivamente, era un arma con grandes posibilidades represoras, que servía para todo.

—Esa ley está ahí, como un modelo y no ha de pasar mucho tiempo sin que la recojan otros Estados...

—Ahí, entre esas medidas nuevas, de vanguardia, que tú dices, está la deportación. *La deportación viene a sumarse y a ampliar el campo represivo.*

—Efectivamente, la deportación es una ampliación de la cárcel de alta seguridad, una forma camuflada, como tantas otras de las «democracias», para seguir aplicando las mismas medidas que en esas cárceles de exterminio pero sin que la gente se de cuenta, guardando la imagen de que se respetan los Derechos Humanos.

—Para mí va más lejos aún que la cárcel... Se basa en los mismos principios de destrucción del individuo, del luchador, pero llega más al fondo, amplía el ámbito de lo represivo, de lo insidiosamente destructor... Crea una zona en la que se produce el aislamiento, la incomunicación, la inseguridad... pero de otra manera, más engañosa, menos visible y enormemente dañina por ello mismo...

—O sea que la maquinaria se moderniza: a la cárcel de alta seguridad que nace en los Estados Unidos y es recogida luego por los alemanes y de ellos por la nueva «democracia» del Estado español, le sucede una forma más avanzada aún, más perfeccionada aún: la deportación: un buen ejemplo de vanguardia...

—Y tan de vanguardia, como que hace unos meses el Estado francés ha deportado a dos italianos a un país africano. El ejemplo cunde...

—Eso ni se conoce, ya ves...

—Como que son medidas para las que no se está preparado. Los organismos internacionales que se ocupan de los Derechos Humanos, ellos mismos están desbordados.

—De ahí el factor sorpresa que decíamos al principio, porque yo

creo que a todos nos ha cogido de improviso, no estábamos preparados, no sabíamos cómo reaccionar, ha habido una cierta desorientación...

—Han sido tantas las dificultades, no ha sido fácil conocer la situación de cada país...

—Yo creo que ya que estamos llegando a centrarnos en esa forma concreta de represión, nos convendría que ahondáramos un poco más. Partimos ya de que es una modalidad inédita. Algo parecido se producía en el siglo pasado, aquellas deportaciones a la isla del Diablo y esas historias de castigos que todos hemos leído, pero aquí se trata de una forma nueva. Nueva y de la «democracia», no hay que olvidarlo, y que empiezan a ponerlo en marcha cuando se plantea el problema de conceder las extradiciones porque, evidentemente, les resulta más cómodo: *la extradición deteriora la imagen; la deportación, bien manipulada, puede verse como un alivio, como un gesto generoso y humanitario.*

—Durante el proceso de extradición se puso de manifiesto lo que dices... Hubo mucha gente que se sensibilizó, sabía que la extradición a un país donde se practica la tortura supone a veces la muerte y en esa medida se manifestaba contraria. En cambio, a esa misma gente la deportación le parecía bien...

—Ahí tiene una gran importancia el aparato informativo del que se sirven esas «democracias», confundir, presentar lo blanco negro, desorientar, todo eso que ya sabemos...

—Fíjate cómo sería que yo creo que llegó a engañarnos hasta a nosotros mismos. Estábamos en contra de la deportación, políticamente la veíamos muy mal, tan mal como la extradición, porque no solucionaba nada, pero a nivel de sufrirla a mí me parecía menos grave...

—Y en cambio ha resultado ser, en algunos casos, un serio y gravísimo problema.

—Pero entonces no se vivía así, era distinto.

—Y distinto es, lo cual no quiere decir que sea mejor. Es otra forma de represión que no conocíamos.

—Fue muy revelador también porque en aquellos casos concretos la tortura no se les aplicó a los extraditados; la tortura física me refiero, porque la angustia y el miedo que pasaron hasta llegar a Madrid fueron grandes... Y no se les aplicó porque se vieron presionados a tomar medidas formalmente legales, para la galería, se sentían demasiado observados y, sin embargo, mientras esto ocurría, estaban torturando espantosamente a un grupo que habían detenido en Zumaia. Eso lo recuerdo porque me impresionó mucho saber

que los extraditados estaban en el mismo hospital en el que habían tenido que ingresar al torturado. Pensé mucho en aquel encuentro y cuando meses después vi a Lujanbio le pregunté qué había pasado y me dijo que le había causado un fuerte impacto el hecho de pensar que de no ser por aquella «observación» internacional a él le habrían hecho algo parecido...

—Por eso a mí me parece que, en cierto aspecto, la deportación hasta puede llegar a ser más eficaz para ellos. Es menos visible. A un extraditado en esas condiciones de escándalo internacional es muy difícil someterlo a eso que llaman ahora un «interrogatorio científico», mientras que *a un deportado se le puede torturar impunemente, como a los de Ecuador. Según dónde sea, la deportación es peor que la cárcel...*

—Estos lugares de deportación, cumplen con creces, cuando los pueden elegir, la función de cárcel y la de cuartelillo. Imagínate lo que supone estar en una cárcel donde a cada rato puede venir la Policía a interrogarte...

—*Y ese es un horror inimaginable. Yo lo he vivido antes de que me trajeran aquí, durante semanas he estado pendiente de esta angustia, de si me llevarían a Ecuador y eso no se lo deseo a nadie... La sola idea de que te llevaran allí era una de las peores torturas, uno puede llegar a enloquecer. Ecuador cumple esa función de amenaza...*

—No se si hemos insistido lo suficiente en que esa deportación se lleva a cabo en la más absoluta ilegalidad. Cuando a un detenido le aplican la LAT ya sabe que es antidemocrático, anticonstitucional, etc. pero es una ley especial que, a fin de cuentas, ha pasado por el Parlamento... Cuando vas a una cárcel especial es también una medida que ha sido decidida, aceptada dentro de una ordenación penitenciaria... Pero *la deportación está al margen de toda legalidad*. Se lleva a cabo a través de relaciones personales, entre presidentes de Gobiernos, valiéndose muchas veces de la influencia que se tiene sobre un país subdesarrollado, que ha sido anteriormente colonia, chantajeando el favor... No hay control alguno.

—*La experiencia de la deportación se está viendo que es muy compleja, entre otras cosas porque no hay un modelo que sirva, una referencia; en cada lugar las cosas son diferentes... Cada cual vive su propia experiencia por primera vez, lo que sabe de los otros o le han podido contar le sirve de poco...*

—El hecho de ser distinta en cada país *obliga a la improvisación y dificulta enormemente la solidaridad*. Hace que el aislamiento sea mayor, tarda mucho más tiempo en saberse cuál es nuestra situa-

ción y la ayuda que necesitamos.

—Yo creo que llegados a este punto conviene empezar por distinguir *dos grandes grupos de deportados. Los que tienen una casi total libertad y los que están confinados en áreas o casas que constituyen auténticas cárceles.* Entre los primeros estarían los que viven en Venezuela, los que fueron a Cuba y nosotros mismos...

—Sí, pero señalando que los de Cuba y nosotros estamos en países socialistas, con sus fallos y todo lo que quieras, pero regímenes que luchan por el socialismo y eso cambia mucho las cosas... Aquí, por ejemplo, nosotros nos sentimos muy identificados con la política de este país, que es un país muy pobre, que ha luchado por su independencia, que ha salido del hambre y lucha ahora por alcanzar un nivel de vida más humano... más digno, más culto... Nosotros no podemos estar indiferentes a este proceso. Amílcar Cabral era un revolucionario...

—Aquí, cuando llegamos, yo me di cuenta enseguida: «Esto son lo mismo que nosotros sólo que ellos han ganado ya la independencia». Y lo veo así.

—En ese sentido las condiciones del país son óptimas, lo cual no quiere decir que nosotros no tengamos problemas, pero son problemas que conlleva el exilio forzado... Naturalmente seguimos denunciando la situación porque nosotros exigimos regresar a Francia, que es el país que nos ha deportado, y que tiene que dar una solución legal, tiene que aceptarnos como exiliados políticos que somos, tiene que darnos documentación, estatuto de refugiado... Pero el medio en que vivimos es un medio amigo...

—*Estamos en un país que en ningún momento nos considera como «terroristas».* Aquí se nos respeta como militantes y nosotros nos sentimos muy identificados con el esfuerzo de ese pueblo por salir de la pobreza y vamos a colaborar, tenemos el proyecto de trabajar en lo que seamos más útiles, de una manera solidaria...

—Cuando piensas en cómo estarán los otros compañeros uno se siente privilegiado. Fíjate en Togo, en Ecuador... Ahí se les juntará todo: los problemas propios de la distancia, de la incomunicación y los de la represión propia del país: será el infierno. Algún día habrá que elaborar un trabajo sobre esa represión tan compleja, ahora no hay ni tiempo para recoger las cosas con detalle...

—Pero vemos que es fundamental romper el cerco en el que los tienen, la incomunicación. Nosotros nos escribimos y eso es ya mucho, pero todo está controlado, censurado...

—*En esos países de condiciones tan adversas el gran peso de la represión se centra en la incertidumbre...*

—La inseguridad, que tanto afecta en las cárceles especiales, allí es aún mucho mayor. Puede venir la Policía, pueden venir los del GAL; allí son verdaderos rehenes a la merced de lo que quieran. Puede ocurrir siempre lo peor... Tú no lo sientes así, pero es la realidad. Una realidad objetiva.

—*Está todo preparado para descomponer a la persona y volverla loca... Y no es que se vuelva loca, si analizas a fondo lo que le pasa, es normal que se desequilibre, hay una coherencia, pero es duro resistir. Allí se está más indefenso que se estaba en Herrera de la Mancha, o en el Puerto... Y todo sin una legislación a la que recurrir...*

—Descuida, con el tiempo también harán una legislación especial para esto.

—Nosotros pensamos que *si esto que estamos haciendo ahora, discutir, conversar, analizar la represión, lo hicieran también en otras partes, podría ayudar mucho...* no sólo para recoger material y hacer un buen análisis sino para reforzarse en la resistencia.

—Yo veo que aquí el aislamiento y la incomunicación vienen marcados por la distancia. Todo está tan lejos, hay tantos kilómetros por medio y tantos obstáculos debidos a esa distancia. Esa incomunicación afecta de muchas maneras. Cualquier problema se agiganta y es motivo de angustia hasta que se aclara. Por ejemplo, cuando se dijo en una revista de Madrid que yo me había arrepentido y facilitado información a la Policía y qué se yo... y que por mi culpa había caído un comando en Bizkaia, aquello fue terrible. Nosotros no sabíamos nada de que la Policía hubiera ido a torturar a los de Ecuador y a mí aquello me martirizó... Que alguien pudiera pensar de mí una cosa tal... Se me quedó clavado...

—Afortunadamente el pueblo estuvo informado y no es tan fácil engañar. Allí nadie se creyó una palabra de eso...

—Pero a mí me afectó mucho y aún me duele hoy... Las cosas te hieren más.

—*Tienes también la diferencia de cultura...* Para algunos equivale a un trasplante, es una forma de desraizar a la persona, que se siente fuera de lugar, flotando...*Eso produce muchos traumas de los que se habla poco porque se tiene conciencia de que persiguen debilitarnos y uno se hace fuerte...*

—Y se resiste, se resiste mucho pero, a veces, uno se da cuenta de que está rozando límites peligrosos... Los límites del miedo, de la cólera, de la confusión. Si uno conoce que esos momentos pueden llegar puede dilatar los límites, ampliar la frontera del aguante. A mí, concretamente, *el saber que el enemigo quiere llevarme a esos límites me da cólera para revestirme de fuerza y resistir. Me digo*

*que no podrán, que no podrán.. El trabajo, el estudio, la ocupación en algo satisfactorio ayuda mucho.*

*—Esos límites sólo se pueden soportar si uno no está solo, si uno siente el apoyo de su pueblo, si uno sabe que todo eso es por algo y que al final el pueblo será el que salga victorioso.*

*—Pero la distancia dificulta a veces esa solidaridad. Se sabe que la hay pero necesitamos sentirla. Nosotros, aquí, tenemos condiciones para trabajar, para estudiar... yo pienso que vamos a salir fortalecidos, que esas adversidades nos ayudan a comprender mejor las razones de nuestra lucha. Ya que nos obligan a estar en ese exilio forzoso le daremos un sentido. Aquí podemos hacerlo. En Ecuador también, pero necesitan mucha más solidaridad, lo que decía...*

*—Conviene que digas que nuestra fuerza, que no nos falta, y nuestra resistencia nos viene de allá, de Euskal Herria, díselo. Si ellos siguen nosotros estamos bien.*

*—Se lo diré. Pero también vosotros nos dais fuerza: ver que existe gente tan entera, tan magnífica y con tanto amor a la libertad de su pueblo es un aliciente. Seguiremos. cómo no, seguiremos...*

*Cabo Verde-Hondarribia  
mayo 1986*

## Reflexiones sobre la reinserción (I)

*Durante la pasada campaña electoral, estaba un día viendo la TV cuando las declaraciones de un político llamaron mi atención. Con rodeos y muy sibilinaamente trataba de recoger y llevársela a ese terreno neutral, que prepara la manipulación posterior para arrastrarlo al coto propio, la nítida figura de Argala. El propósito, tratándose de Argala, era imposible, pero sentí la necesidad de hacer algo.*

*Recuperar a los muertos y su palabra, dado que no pueden hablar, no es una práctica nueva. En política hay una especie de vampirismo que todo lo sorbe para alimentar su desnutrido cuerpo vacío y eso me llevó enseñada a pensar en la «reinserción». Si Argala estuviera aquí, me dije, estaría ya pensando sobre el asunto, tomando notas para discutir el problema. Fue así como me senté y me puse a escribir estas cuartillas. Pronto iban a cumplirse ocho años desde su muerte y éste sería mi modesto homenaje y, también, el que le hubiera gustado más. Lo había repetido infinidad de veces: había que pensar y actuar, y volver a pensar para volver a actuar mejor. Lo había repetido y lo había llevado a la práctica: todo un ejemplo de hombre nuevo que en nada decae con el paso del tiempo. Está ahí, con nosotros, convertido en energía propulsora de vida y nada hay, en ese dulce atardecer de otoño, que remita a la muerte. Es así como seguimos, compañeros. abriendo caminos al caminar.*

Puesto que se trata de reflexionar sobre la «reinserción» bueno será que nos detengamos un poco en la palabra misma y en los entornos en los que ha ido adquiriendo su significado actual.

Hay palabras cuyo ámbito es tan amplio e impreciso que resultan



equívocas y, por ello mismo, muy vulnerables a la manipulación. Libertad, democracia, paz, son palabras tan cargadas de contenido que cada cual puede usarlas según su conveniencia, de tal forma que, a fuerza de decir una cosa y la contraria, terminan por vaciarse y no significar nada. Son palabras redondas, que circulan de unos en otros dando mil vueltas y dejando tras sí un reguero de ambigüedad. Hay otras, por el contrario, que no admiten duda porque apuntan a una sola dirección: son palabras unívocas, que enuncian con claridad lo que pretenden. Reinserción es una de ellas; supone siempre un movimiento de retorno, de introducción, de vuelta a donde ya se estuvo; lo que se inserta nada tiene que ver con lo que se escapa, o lo que se fuga hacia fuera. Es algo que gira sobre sí mismo para incrustarse, adentrarse, *insertarse* otra vez. Es un gesto egocéntrico, conservador (sin entrar en valoraciones). Una energía centrípeta de recuperación y suma: toda una economía de concentración y reciclaje... sobre la que no vamos a especular ahora.

En un sentido más cercano y cotidiano, la palabra reinserción mantiene una estrecha relación con el poder, con los organismos de control que se consideran el centro y la medida de las cosas. Siempre se ha dicho, al hablar de las cárceles, que su función era «reinsertar» al preso: reeducar lo descarriado, «rehabilitarlo» para devolverlo a la vida «normal» —que se supone que es la buena. La reinserción es una fiel compañera de todos estos menesteres; nunca se cuestiona si merece la pena volver a esta sociedad, si no sería mejor cambiarla... No cesa, infatigable, de barrer hacia dentro, del lado de los suyos, dando por supuesto que tienen la razón, que no hay mas «norma» que la suya —que es la «normal»— y que «normalizar» significa que todos se supediten a ella. Es una palabra activa y militante allí donde aparecen las instituciones, merodeando por sus zonas fronterizas al acecho de posibles marginados que se dejen atraer; palabra anzuelo que ofrece tentadores cebos para la recuperación de todo cuanto pueda ser reinsertado y devuelto al lugar que le corresponde: la familia, la escuela, el Ejército, el coto siempre, del que no debería de haber salido. Su constante tráfigo de idas y venidas por entre tanto compartimento estanco y tanta estructura celular ha terminado por politizarle. En la situación concreta de Euskadi y en el momento actual en que la recogemos, no sólo se ha decantado del lado de los que encierran sino que se ha convertido ella misma en arma de represión. Sus trajines andan entre la «ruptura» y la «reforma», procurando atraer hacia la gran trampa del Estado a aquellos que lo rechazaron y se quedaron fuera.

Pero antes de seguir la aventura de sus artimañas, conviene aún

llamar la atención sobre el uso indebido del término «reinserción» por parte de quienes se sirven de esta modalidad represiva. Si re-inserción es lo que se inserta de nuevo en algo donde ya estuvo, los que se acogen a esa medida política nunca deberían llamarse así porque, de hecho, regresan a una situación nueva, «democrática» ya, que nunca antes conocieron. Lo cual, amén de crear una evidente contradicción, no deja de ser una broma que hace sonreír pues, habiendo aceptado la «reinserción» sobre la base de que se había producido un cambio, su regreso, a juzgar por la etiqueta, viene a ser la prueba de que todo sigue igual... Paradoja que tal vez pueda explicarse por la ligereza y precipitación en adoptar el término cuando, huyendo de la palabra «arrepentido», tan desprestigiada, y con el miedo de que llegara y prevaleciera el adjetivo preciso que les correspondería en un riguroso análisis —¡tan dañino para su imagen!—, se acogieron al de «reinsertado» que, a fin de cuentas, es una fórmula presentable.

Observada desde la perspectiva de la represión, una democracia lo es cuando los métodos que emplea para el control y la doma están a la altura de esa estructura democrática en la cual, como es sabido, la fachada envolvente debe ocultar lo que ocurre en el interior. De ahí la gran importancia de la imagen. En una dictadura también los horrores tratan de taparse, pero las medidas de ocultamiento son más burdas y la imagen está ya deteriorada de antemano. En una democracia esas medidas de ocultamiento están muy desarrolladas y constituyen la base de esa gran imagen que lo acapara todo. Pese a que ocurren horrores gravísimos, nunca se ven... Y lo más inquietante es que si por algún accidente afloran a la superficie todo está preparado para que no se vean. Es tal el poder de la imagen que se presenta que muchas veces provoca un fenómeno de hipnosis colectiva: mentalizada de antemano, convencida de que «estas cosas no ocurren en la democracia», la gente permanece paralizada por el deslumbramiento. Costó años convencer a los «expertos» en Derechos Humanos de que en Euskadi, pese al cambio «democrático», se seguía torturando. Tuvieron que comprobarlo ellos mismos y, aún así, el esquema aprendido seguía actuando por debajo, despertando múltiples dudas. Ese fenómeno tan típico de algunas «democracias» avanzadas, que merece ser estudiado con mayor detenimiento, favorece no sólo la práctica de la represión en la mayor impunidad, sino el aplomo y el cinismo con que la niegan. Tan condicionado está el ambiente, que la imagen se acepta ya, de antemano, como un dogma, sin pararse siquiera a echarle un vista-

zo superficial. Chirac lo expresó muy bien en unas declaraciones en las que trataba de justificar la extradición; dijo que España era ya un país democrático, como todos los que pertenecían a la Comunidad Europea, y que, por ello mismo, era obvio que no se practicaba la tortura. Razonamientos así no serían posibles si un trabajo previo no hubiera lavado los cerebros de los millones de personas que le oyeron sin protestar.

Pero crear una imagen de tales magnitudes, a la vez que se hace una «puesta al día» de los métodos tradicionales de represión, no es cosa fácil cuando hay una guerra como en Euskadi.

Por lo general, las múltiples y diversas formas de represión que se vienen empleando hoy, aquí —por muy sofisticadas y puestas al día que estén sus técnicas— no son muchas veces las adecuadas para una democracia, están desfasadas: aunque en la práctica no sea así, en teoría pertenecen a otros tiempos, son propias de sistemas más arcaicos y dictatoriales. Se usan con profusión pero este uso perjudica esa imagen que hemos visto que tanto conviene. La tortura, por ejemplo, se practica sistemáticamente pero hay que ocultarla; es una violación de los Derechos Humanos inconfesable, que debe ocurrir en la trastienda, sin testigos, sin pruebas y que, si por algún fallo aparece en la superficie, crea problemas; puede desencadenar profundas contradicciones desestabilizadoras. Cuando el equilibrio entre lo visible envolvente y lo invisible envuelto se rompe, se produce un conflicto. Por ejemplo, la tortura (impropia), al ser usada con profusión, se hace visible (se produce el escándalo), pero como es inconfesable, tiene que ser negada. Negar la evidencia es una de las contradicciones en las que se ven obligados a incurrir los políticos del Gobierno. (De ahí la importancia de denunciar siempre los malos tratos pues, aunque todo está previsto para que la indagación no obtenga resultados positivos, alguna vez se consigue, como en el juicio que acaba de ganar Iñigo Iruin contra unos guardias civiles, en el que demostró la tortura de los hermanos Olarra).

Si la represión en Euskadi no acaba de ponerse a la altura de la «circunstancia» democrática, no se debe tanto a la lentitud que lleva consigo una reconversión de tales características, como al intenso y continuado uso que se hace de ella, que la obliga a estar constantemente en la superficie, apareciendo escandalosamente allí donde no debería estar. En condiciones «normales» esa reconversión se habría hecho más tranquilamente, habría pasado inadvertida —una cómoda transición...—, pero al existir el «problema del Norte», como lo llaman ellos, y querer acabar con él por la vía de la repre-

sión, el sistema se ha visto forzado a poner en marcha todos sus recursos (la amplia gama de los que ya disponía y otros muchos que ha creado y experimentado) para liquidarlo, lo cual ha creado una serie de contradicciones que desequilibran constantemente su necesaria estabilidad. Contrario a como lo presentan en sus propagandas, no es la lucha del pueblo vasco —que reclama el derecho a sus libertades— la que desestabiliza, sino la ofuscación de quienes pudiendo resolver el problema por la vía pacífica del diálogo se empeñan en hacerlo por la vía de la violencia.

No les falta razón a los gobernantes cuando desde Madrid se lamentan de que el problema vasco impide consolidar la democracia. No hay sistema democrático que resista una intensa y prolongada guerra con métodos inadecuados (impresentables), frente a un pueblo que ha tomado la firme resolución de luchar y resistir. Eso debería contribuir a que reflexionaran sobre la necesidad de una negociación.

Para mantener una coherencia, el sistema necesita, hoy más que nunca, dotarse de mecanismos de represión *presentables* que muestren su buena voluntad en resolver el asunto. La «reinserción» parece el más apropiado. Ya hemos visto que las otras formas, las vergonzantes, las inconfesables, son muy incómodas. No es lo mejor para un sistema que hace gala de sus libertades tener que apalear en la calle a multitudes, o tener las cárceles llenas de presos que denuncian condiciones infrahumanas... Emplean esos métodos brutales e impropios porque hay un pueblo que resiste y tienen prisa en aplastarlo. Pero su objetivo no es tanto aplastar (medida desestabilizadora) como someter con métodos más sutiles, más intoxicadores, lo que se suele llamar la «pacificación». Lo ideal sería que todo el mundo aceptara de buen grado la sumisión; que, dócilmente, las multitudes se dejaran conducir por los seleccionados caminos que les indican —protegidas cañadas, al resguardo siempre de los numerosos y desconocidos peligros que amenazan fuera— y, entre el miedo y la seguridad prometida, fueran encerrándose ellos mismos en el gran coto tan cuidadosamente preparado. El sueño de quienes están en el Poder siempre ha sido pacificar sin sangre. «Es mejor domar a un pueblo que exterminarlo en un campo de concentración; ambas son vías de muerte, pero la primera pasa inadvertida y es rentable para su explotación». La reinserción se presenta como un puente valiosísimo en esta transición, un buen domador para los aros que se avecinan.

La reinserción, en principio, parece no ocultar nada; se presenta tal cual, habla incluso de sus objetivos: regresar, aceptar la refor-

ma... Al reinsertado le basta con corregir el desvío. Ni tan siquiera tiene que arrepentirse de su pasado; al contrario, son muchos los que públicamente, ahora que tienen los medios de información tan predispuestos, se enorgullecen de ese pasado. No son ellos sino la situación la que ha cambiado (pese a la contradicción de la palabra), argumentarán después. La reinserción es algo mucho más sutil que el desprestigiado «arrepentimiento» que circula por Europa; la medida es mucho más inteligente que la italiana, o que la ley que se prepara en Alemania: ambas llevan implícita la delación y aquí no se menciona nada de eso. Una vez más hay que reconocer que, en ciertos aspectos, estamos en la vanguardia. Puede que la confianza se produzca, pero a nadie se la exige, la imagen del chivato-confidente está muy desprestigiada en este país. Todo se presenta sencillo: basta con decidirse a dar el paso (luego veremos en qué consiste) y aceptar la generosa oferta. Tan generosa que quienes la promovieron pueden —desde los cánones de una moral burguesa que no repara en la degradación de la persona a la que utiliza— enorgullecerse de ello sin rubor alguno. En una entrevista que Radio Nacional de España le hizo a Juan Mari Bandrés, decía éste, al referirse a las medidas de «reinserción» de las que él, junto con el Ministerio del Interior, había sido el promotor: «...aquella fue una experiencia hermosa y quienes se acogieron a ella hacen vida tranquila y normal... Se ha hecho desde el Estado con gran respeto y lealtad... Todo un compendio de la filosofía que inspira la medida. Una medida de «gracia», muy hermosa, para aquellos que desean volver al redil y recibir la bendición del padre, que les aguarda con júbilo para darles el abrazo del perdón.

La imagen bucólica del que regresa feliz —«para ser uno mismo y realizarse»— al seno social del que no debió de haber salido nunca y en donde ahora va a emprender la vida «tranquila y normal» (esa normalidad tan grata a los que dictan la norma) de los buenos ciudadanos, para los que «el Estado guarda siempre su lealtad»... no es más que el envoltorio en el que se presenta la cosa. Sobre ese envoltorio-fachada, montará después su discurso de justificación el reinsertado, que discurrirá siempre por ese terreno superficial de lo aparente, rehuyendo la realidad profunda que ha relegado en el trastero de las malas conciencias. (Punto muy importante que no da tiempo a desarrollar ahora, pero que conviene señalar por las múltiples consecuencias que de esta situación se derivan). Hemos visto el envoltorio en el que se presenta la cosa, pero la cosa real que va dentro es muy distinta y conviene que nos detengamos en alguno de sus aspectos.

La medida represiva conocida como «reinserción» es sólo una parte, formulada en voz alta, de una política general de doma llevada desde hace tiempo en silencio. Quienes hace años no aceptaron la Constitución y ahora sí, o no querían entrar en la OTAN y ahora sí, se han ido reinsertando ellos solos, encuadrándose en el marco que les habían puesto ahí. Los que quedan fuera de este coto institucional establecido —los indomables—, constituyen lo «peligroso» que resiste. Mientras esta resistencia está viva —y ya hemos visto que sí y que, además, va en aumento—, la política de «pacificación», que es siempre el resultado de la violencia de Estado, está en un callejón sin salida: sus límites los marca la imagen democrática que, a fuerza de contradicciones, puede saltar por los aires hecha pedazos.

En esa confrontación entre una resistencia popular que crece y el Poder encerrado en su ofuscación de sólo reprimir, llega siempre un momento en que se revela la impotencia de ese Poder y la gran fuerza de la lucha liberadora. No son ejemplos, cada vez más frecuentes, lo que nos faltan en Euskadi. La mirada limpia, desde el cuerpo martirizado de Agustín Azkarate, al que acaban de torturar bárbaramente sin arrancarle una palabra, hace pedazos la imagen de Vera diciendo cínicamente en la TV que no le habían podido interrogar porque se había «fingido enfermo»... «Enfermo y lesionado», añadirá unas horas después, colérico y fuera de sí, el ministro del Interior, olvidando en su ofuscación que las lesiones no se fingen, que son señales que están ahí, acusadoras. Es la exasperación de la impotencia que ya habíamos visto en Argelia, en Vietnam, en Nicaragua... en Madrid, cuando, impotentes por no encontrar el comando España, descargan sus cóleras haciendo detenciones masivas sobre el pueblo de Euskadi. En realidad el problema de la «reinserción» no es como ellos lo presentan: la única vía de salida para los luchadores acorralados... Sino todo lo contrario; *son ellos los que necesitan la «reinserción»* de los luchadores porque mientras haya resistencia el problema suyo subsistirá. Tan imprescindible es esa reinserción que en Ecuador los funcionarios especializados en «interrogatorios» que se desplazaron desde Madrid para visitar a los deportados Etxegarai y Aldana, recurrieron a todos los métodos para conseguirlo: después de aplicarles electrodos por el cuerpo y otra serie de torturas que les llevaron a perder varias veces el conocimiento, les obligaron a firmar, como venganza, un documento pidiendo la «reinserción»: una vez más la cólera de la impotencia. El Estado español necesita poner fin a la resistencia en Euskadi y no quiere dialogar, opta aún por la vía represiva. En ese sentido, la reinserción, dado que es la única medida represiva presentable, po-

dría ser el último intento, desesperado, antes de considerar si negociación. El último, dentro de una represión coherente, visible y «democrática». Más allá la represión tendría que dar un salto muy peligroso para el sistema, aparte de dolorosísimo para el pueblo.

La «reinserción» necesita reinsertados para poderlos mostrar, ejemplos vivos y continuados para bombardear con su propaganda; cuantos más, mejor, como un goteo. En cierto modo se nutre a sí misma, devora a sus propios hombres (luego veremos cómo cada reinsertado necesita tirar de otros, para arrojarse). Cuando estos fallan se acabó la feria. De ahí que, por mucho que la alarguen les queda poco tiempo de vida. La fase espectacular pasó hace tiempo. Pero insistirán aún.

Ya hemos visto que, en apariencia, al reinsertado se le pide poco: el reconocimiento de que ya hay «democracia» y, si es que estuvo en ella, el abandono de la lucha armada. En realidad lo que hace es vender su imagen de luchador (cuanto más luchador ha sido más cotizada es su imagen en el mercado; si se trata de un dirigente, mucho más) para que quienes la compren la empleen, como más les convenga, en contra de los que prosiguen la lucha. En esa venta y no en el abandono de la lucha, está precisamente la traición, porque en ese acto, aislado en apariencia, no sólo se degrada y se prostituye él (deseo de «realizarse», de «vivir su vida», etc.) sino que se convierte, objetivamente, en parte del aparato represor: tiene el mismo valor que si entregara las armas que hasta hace poco utilizó, no para guardarlas en el desván, sino para reforzar la logística del enemigo, en contra de quienes fueron sus compañeros; es todavía peor, porque se enmascara el acto y porque el arma que entrega (su imagen) es mucho más peligrosa que una metralleta y mucho más necesaria para la «pacificación». Encierra, además, como veremos, un potencial imprevisible como instrumento de tortura.

Observemos un poco más de cerca en qué condiciones se efectúa esta venta.

Es imprescindible que la persona que vende su imagen haya sido un luchador; si no lo fuera no interesaría; el comprador quiere la imagen, la persona que hay detrás no le importa (de ahí la falacia de todos esos argumentos «generosos», de acoger al que llega, etc.). Tiene que ser, además, un luchador que deja de serlo y todo ello tiene que poderse mostrar. Ninguna «reinserción» se hace ocultándola o en silencio: tiene que saberse, aunque la forma de darlo a la publicidad varíe según las circunstancias (a veces la eficacia es mayor si el caso se «protege» con una aureola de respeto —ese respeto por parte del Estado, del que nos habla Bandrés—; otras, se acom-

paña del gran escándalo). La oferta de amnistía que el Gobierno alemán está preparando en estos momentos para los presos de la RAF se basa exclusivamente en la publicidad: poder salir y reinser-tarse a cambio de contarlos en los medios de comunicación. De ahí que los presos lo rechacen y de ahí también que, dado el enmasca-ramiento en que se presenta, se cree la confusión y muchos no comprendan el rechazo. La «reinserción» es un paso voluntario. De esa voluntariedad se deriva precisamente su eficacia posterior; un reinsertado a la fuerza no es útil. Cuando en Ecuador, a Etxegarai y Aldana les hacen firmar la reinserción bajo tortura, el documento no tiene ninguna validez (pudo haberla tenido unos días, mientras no se aclaraban los hechos, para sembrar la confusión en el pueblo, o ante otros compañeros deportados, pero nada más. También pu-do ser utilizada «legalmente» a la hora de un posible envío a España —ese fue uno de los miedos-tortura que se prolongó durante me-ses—, de la misma manera que emplean declaraciones falsas, obtenidas con malos tratos, en los procesos, pero sin cumplir la función asignada al arrepentimiento).

La gravedad de la «reinserción» radica en el acto de su venta. Puede que el que acude a vender su imagen no haya analizado la magnitud de lo que va a hacer, pero ello no le exime de las respon-sabilidades. No hace falta imaginar el recorrido profundo y los cam-bios que van a producirse, para ver que se dispone a pactar y cerrar un trato con el enemigo de los que luchan, a cuyo bando se pasa. En esa venta, mientras que su imagen de luchador se convierte en arma, se está consumando la traición.

Esa imagen de ex-luchador convertida ahora en arma directa de la maquinaria represiva (aquí no caben equívocos de que se actúa indirectamente...) para actuar sobre quienes fueron hasta hace poco sus compañeros, le convierten objetivamente en un traidor. Lo quiera o no, ha ofrecido una de las peores armas que amplía el campo de la represión y le aporta dimensiones nuevas. ¿Qué efec-tos se producen en el ánimo del preso gravemente enfermo cuando le ponen delante el ejemplo del «reinsertado», incitándole a que siga el mismo camino y así podrá gozar de la libertad de morir en la ca-ma de su casa? No me estoy refiriendo a la resistencia moral y polí-tica del preso, que está ya bien probada, sino a la crueldad que su-pone, en momentos así, torturar mostrando al traidor que un día fue su compañero.

En esta venta, el comprador de la imagen está muy satisfecho. Ha obtenido una pieza que va a proporcionarle pingües beneficios. No le importa nada la persona que se la vendió; en cierto modo lo



ha engañado —piensa— pero, sobre todo, lo ha reducido a la nada. Es una doble satisfacción, ha matado dos pájaros de un tiro: ha obtenido a buen precio una imagen valiosa y ha puesto fin a un luchador: «uno menos», se dice para sus adentros mientras regresa frotándose las manos. Pondrá a rodar la imagen, lo que de de sí: la exhibirá como ejemplo, en la TV, en las radios, la expondrá en la plaza de los pueblos, la llevará a la cama de los enfermos que resisten en el Hospital, para tentarles con la sugestiva propuesta de que «otros han aceptado también... y no pasa nada». Sabe que no le durará mucho, que, de unos en otros, se irá deteriorando hecha jirones y que pronto tendrá que regresar al mercado a por otra.

Al comprador lo que le importa es la imagen; la persona que se despojó de ella le importa poco. Si se ocupa de ella es porque hay otros posibles vendedores que observan y no le conviene poner de manifiesto su desprecio. Sólo le interesa en la medida en que está dispuesta a convertirse, a su vez, en agitadora de esa compra-venta, a tomar parte activa en la campaña. (El gran servicio que algunos dirigentes «reinsertados» le han hecho al sistema nunca estará suficientemente pagado, aunque les gratifiquen con altos cargos en la Administración). A veces el comprador se ve sorprendido porque el que le ha vendido su imagen solicita seguir colaborando. Pasa a ser entonces un instrumento precioso para la doma. De todos es conocido el ejemplo alemán de Cohn Bendit —arrepentido, reinsertado, resucitado activista de la «reacción». En la mente de todos están los nombres de algunos que fueron luchadores un día, se arrepintieron y terminaron en amigables cenas con el ministro del Interior y diciendo en sus declaraciones lo que él no se hubiera atrevido a decir nunca.

El vendedor, por su parte, difícilmente podrá librarse del peso de su mala conciencia; en algún rincón de su memoria permanece agazapado el recuerdo de su traición. Al vender la imagen de luchador se ha despojado de lo más valioso: ha dejado de ser el que era. Ha perdido la dignidad y se ha prostituido. Ha sido una mala venta en la que ni tan siquiera puede decirse que le han estafado. Todo esto le produce malestar. Va entrando en un proceso imperceptible de degradación progresiva. Empieza con el propósito de guardar silencio y no intervenir en la sociedad, pero todo está preparado para que termine colaborando públicamente en la seguridad ciudadana. No acude a las manifestaciones en contra de la represión que viene del Estado, pero va del brazo de Cristina Cuesta y su «Movimiento por la Paz». Su valía es incalculable para el sistema en este aspecto secundario. Su «reinserción», aparte de la venta de imagen, tiene un

efecto de rebote también rentable: poco a poco, sin proponérselo forma la base social de una colectividad que cumple las funciones de doma que nunca podría cumplir el aparato oficial. Como, además, el reinsertado se siente en evidencia ante el que resiste, tiene necesidad de que otros se reinserten y apoya la política de reinsertión. Necesita también ocultar que hay otros que sufren por no arrepentirse y se convierte en colaborador indirecto, junto a los que callan. Es así como puede llegar a producirse un proceso irrecuperable: en el engranaje de esa dinámica ya todo conduce del lado del Poder.

*Hondarribia*  
*diciembre 1986*

# 1987

*El libro está llegando a su fin. Todo lo que hasta aquí se ha contado tiene un aire repetitivo; se diría que termina casi como empezó y que no ha progresado nada. No es así. Es cierto que la represión no ha dejado de ir siempre a más y a peor, pero el movimiento de liberación se ha hecho más fuerte y la conciencia popular ha crecido. La maquinaria infernal se ha convertido en un complejo monstruo y sus dimensiones amenazan con rebasar el ámbito de lo «democrático» —esos límites peligrosos que decíamos al principio— y hemos visto hace unos días cómo la gran luna del escaparate de la «democracia» francesa saltaba hecha añicos y cómo salían por ella hombres armados hasta los dientes, invadiendo las casas de los refugiados, arrastrando a las mujeres, tirando de sus hijos, disparando, arrastrando.*

*El genocidio soterrado venía fraguándose desde el principio; a lo largo del libro aparece en numerosas ocasiones pero, ahora, se ha hecho espectacularmente visible. Lo habían preparado tan bien que hasta los*

*medios de información estaban allí esperando: una operación anunciada, filmada por la TV. El horror y la barbarie fijados para la Historia. Tratarán aún de recomponer la imagen con la pantalla del «terrorismo» que lo justifica todo, pero nadie evita que millones de personas lo hayan visto, que miles de ellas hayan empezado a comprender y que, tal vez, algunas decenas hayan tomado conciencia.*

*Y esos pocos vienen a sumarse, solidarios, a los que resisten. Mientras la gran maquinaria, al crecer, se estrella contra la imagen y la pone en peligro, quienes resisten continúan su lucha de liberación que no tiene fronteras.*

*Quienes emplean la violencia del Estado están presos en su propia contradicción de ser una cosa y aparentar otra. Desde el principio ha sido un error que se ha ido plagando de errores que ahora se han hecho espectacularmente visibles. Un error que no ha de pasar mucho sin que lo tengan que rectificar. En ese sentido, se puede decir que están perdiendo desde el primer día, cuando eligieron la vía ciega que nada resuelve. Que estén perdiendo, no quiere decir que no hagan daño. Han de venir días muy duros todavía. Es el precio de la resistencia: un precio que el pueblo conoce bien y que paga gustoso porque sabe que al final, más tarde o más temprano, estará la victoria.*

## Un señor muy importante

Leyendo las notas necrológicas de «El País Internacional», que llega aquí con bastante retraso, me entero de que quien un día fuera jefe superior de Policía de Bilbo, José Sainz, ha muerto en Reinosa, a los setenta años de edad. La reseña es bastante extensa, se refiere a los cargos que ostentó, a las condecoraciones que tuvo, al papel político que jugó en el difícil momento de la «transición», siendo ministro del Interior Martín Villa... He de reconocer que la noticia me ha cogido desprevenida, un poco de sopetón; tan lejos y a tantos años de distancia de la última vez que le ví, en la penumbra de aquel despacho fantasmagórico... Qué raro me parece: muerto ahora, trece años después de aquella cena a la que por mi culpa llegó con un poco de retraso...

Siempre he sentido una cierta extrañeza al leer esas secciones necrológicas en las que aparecen las gentes importantes —afortunadamente la mayoría de las muertes no se recogen en ninguna parte— y en las que con unas breves y esquemáticas líneas se despacha la gran complejidad de una vida. Pero en este caso la extrañeza es mucho mayor porque la nota que resume esta vida, a la que le ha llegado la muerte, está junto a la del gran poeta catalán J.V. Foix, que murió también los últimos días de enero, ocupando así las dos notas un espacio similar. Y es precisamente esa equiparación de importancias lo que me ha dejado un tanto desconcertada; no porque el señor Sainz no fuera importante —que sí lo fue y mucho, y bien lo recuerdan algunos— sino porque la verdadera dimensión de esa importancia está deliberadamente oculta, haciendo resaltar de su biografía sólo aquellos aspectos que más le convienen al político cuya imagen se pretende fijar para la Historia; consiguiendo con ello, además, que las abismales distancias que en vida separa-

ran a hombres tan dispares queden borradas y niveladas en la muerte por la común respetabilidad que se les confiere: distintos en sus quehaceres pero respetables ambos. Tal es el mensaje que recibe el lector ingenuo ante la consternación de quienes conservamos la memoria. Uno piensa que si ahora es así, el investigador que dentro de cincuenta años acuda a la hemeroteca a consultar la Prensa de la época, tendrá que ser muy sagaz para averiguar quién fue ese hombre «ilustre» y cuál su inconfesable y siniestra relación con los luchadores vascos en la trastienda de sus dominios; tendrá que esmerarse mucho para dar con esa realidad que en ninguna parte se cuenta —ni tan siquiera en esos archivos policiales que con tanto énfasis se han puesto a disposición de los estudiosos—, con ese vergonzante pasado que el finado, como tantos otros «ilustres» que le precedieron, se ha llevado a la tumba con la colaboración, siempre contemporizadora, de los «demócratas». No, no le será fácil a nuestro investigador trabajar con esas reseñas, escritas a más de dos lustros de la muerte de Franco, en donde todavía se sigue diciendo del que fue torturador que su muerte constituye una irreparable pérdida para la sociedad y ha sido hondamente sentida por quienes le conocieron.

Yo también le conocí. Fue en septiembre del 74, cuando ya era director general de la Policía y quedaban atrás los días en que tenía que mancharse las manos torturando en la Comisaría de Bilbao. Ahora dirigía la represión a distancia. Pero yo no sabía nada de esto, lo supe después, mucho más tarde. En aquellos momentos para mí sólo era «un señor muy importante». Lo ví una sola vez, en su despacho de la DGS: era alto, fuerte, corpulento; desde el encogimiento de mi condición de detenida, me pareció inmenso, como algunos deben de ver al patrón cuando les manda llamar para el despido: poderoso, implacable. Iba pulcramente vestido: traje claro de verano, sin una arruga, camisa finísima, cuello y puños impecables, corbata a tono. Realmente, «un señor muy importante», tal y como me lo había anunciado el comisario Conesa mientras me daba un café para que me repusiera del desvanecimiento... Pero yo tampoco sabía que era Conesa; sólo meses después lo identifiqué; entonces era el «tío Roberto», así lo llamaban. Es un momento complicado que no merece la pena esforzarse en recordar ahora, ya en otra parte lo he contado con detalle, pero sí quiero decir algo sobre los preludios de aquel inolvidable encuentro.

El cansancio infinito después de doce, quince interrogatorios. Todo son idas y venidas, traín de llaves, de cerrojos, de órdenes y gritos, de esposas que me quitan, que me ponen. Me traen, me llevan:

del sótano al tercer piso, del tercer piso al calabozo. Era como estar en las tripas de un monstruo que me acababa de engullir y que no podía digerirme. Pasábamos corriendo por estrechos pasillos, por angostas escaleras, por destartalados salones: un laberinto de corredores, de puertas. Era una situación chocante porque estaban en obras, ampliando las oficinas y nosotros por allí, a empujones. Crujían las maderas del suelo, los escalones, los muebles; todo era viejo, sucio, por todas partes trastos abandonados, rotos; había que saltar por entre archivos polvorientos, sobre bloques de legajos mal atados y carpetas que derramaban sus folios al pie de armarios vacíos. Todo era ruinoso e irreal bajo la mortecina luz de las pálidas bombillas que paralizaba el tiempo: aquel tiempo sin día y sin noche, sin horas, siempre igual, en una monotonía de infierno, desorientadora y gélida. Y en medio de esa confusión: la espera. Eso sí que lo recuerdo bien

Estoy contra la pared, mirando al muro, en un despachito. Alguien —¿un robot?— escribe a máquina, indiferente, detrás de mí. Tengo mucho frío, la ropa está empapada y tiemblo. En algún momento, lejos de allí, me han echado agua para que recuperara el conocimiento y, al poco, el «tío Roberto» ha venido con el café... Luego me han traído allí. Estoy contra la pared, mojada, tiritando sin parar. Hay una mano de hierro que me atenaza el brazo, que me sujeta cuando me tambaleo. Se que estoy en la antesala. «Vas a ver a un señor muy importante. No creas que recibe a todo el mundo», el tío Roberto lo ha repetido varias veces. Espero; una espera incommensurable. Y, de pronto, se abre la puerta y la mano de hierro me conduce, me empuja y me deja allí, en el umbral.

Recuerdo aquella oleada de bienestar físico que me envuelve y en la que floto sobre un suelo alfombrado que mitiga los sonidos y la tenue luz que cae sobre el mobiliario en el que hay mullidos asientos... Y la lamparita encendida sobre la gran mesa de despacho, al fondo, y detrás, él, solemne, inmenso, ya lo he dicho, diciéndome con educación que me acerque, que tome asiento, que si quiero fumar. Es tan grande el contraste que dan ganas de relajarse y llorar, son cosas que pasan en estas situaciones, pero me contengo. Hay gente que se mueve en la penumbra. El «tío Roberto» se sienta en el otro butacón, junto a mí. Va a empezar algo. Todos aguardan respetuosos. A partir de aquí lo veo como una escena teatral. El señor levanta el teléfono y habla con su madre. Le anuncia que tiene una visita y que irá un poco más tarde a cenar, pero que le esperen. «Estoy con una visita». Siento una infinita extrañeza. Me veo sucia, desgredada, en el centro de aquella fantasmagórica reunión: «una

visita impresentable»... Lo que luego siguió tampoco merece la pena contarlo, son escenas grotescas, amenazas, pistolas que me apuntan, golpes. El seguía detrás de la mesa, observando, interviniendo a veces en el juego: «Cálmate, Roberto», impasible y lejano.

Quedé tan colgada de aquella situación que no he podido olvidarla. Y no me pesa. Estoy contenta de tener memoria: perderla sería caer en la noche y el vacío. Que nadie piense que hay rencor en este artículo. Se trata, sencillamente, de no caer en la trampa del «aquello ya pasó» y el «ahora somos todos demócratas»... Los hombres, como los pueblos, sólo pueden mejorar el mundo si tienen muy vivo el recuerdo de los horrores que no deben repetirse.

*California*  
*marzo, 1987*



## **Reflexiones al hilo de una muerte**

*En homenaje a Txomin Iturbe*

Hay muertes esperadas. En el sistema capitalista en que vivimos todas las vidas de los luchadores, y más aún la de aquellos que se le enfrentan muy directamente, son vidas provisionales: vidas entregadas ya desde el momento en que emprendieron el serio compromiso de luchar por la liberación. No debiera pues sorprendernos la noticia: son muertes sabidas, imaginadas de antemano de todas las posibles maneras. Dada la ferocidad de la represión y el amor libertario de quienes la combaten, si no ocurren antes es porque les ha tocado la gran suerte de sobrevivir.

Pero ellos dieron el paso sabiendo que iban a caer cualquier día y quienes seguimos de cerca esa prolongada lucha de liberación del pueblo vasco, estamos muy conscientes de que eso les puede llegar cualquier día a nuestros compañeros, a nuestros hijos, a nosotros mismos. A lo largo de estos años hemos conocido toda la gama de crímenes posibles y no van a sorprendernos, aunque ese sería uno de los propósitos de quienes tratan de que cunda la desesperanza.

No es que uno sea duro; es que uno no puede dejar de ser realista y tener muy presente la circunstancia histórica que estamos viviendo: la de un pequeño pueblo que se enfrenta titánicamente a un poderoso sistema «democrático» y no en el llamado tercer mundo sino en una de las áreas más avanzadas de las democracias formales. Sentimos dolor cada vez que conocemos la muerte de alguien, cuánto más si ese alguien era conocido y tan entrañable como Txomin, pero es un dolor hondo que tiene profundas raíces en el tiem-

po; un dolor maduro, sólido, consciente, que se ha ido forjando con la cadena de muertes que le precedieron; un dolor dispuesto ya, preparado para la muerte de tantos otros que le sucederán. No es fácil crecer y humanizarse.

No se cómo ha muerto Txomin «... en un accidente de automóvil, en Argelia...», ha dicho la desconsolada voz amiga por teléfono, desde Nueva York. Sea como sea, los responsables directos son los Gobiernos de Francia y España con su política de colaboración para llevar a cabo ese genocidio lento y soterrado, esa nueva forma de aniquilamiento conocida, eufemísticamente, con el nombre de «deportación», a través de la cual, pisoteando todos los Derechos Humanos y burlando descaradamente todas las legalidades existentes, se desprenden de los refugiados «incómodos». Utilizando su influencia sobre las antiguas colonias o sobre aquellos países llamados del tercer mundo que guardan con estos Estados dependencias económicas, consiguen mediante todo tipo de ayudas y coacciones que les cedan cárceles en donde confinar, en las más variadas y en ocasiones espantosas condiciones —en donde a veces se permite la entrada a la misma Policía española para torturar, como ocurrió con Alfonso Etxegarai y Angel Aldana en Ecuador— a los luchadores que se han tenido que refugiar en el Estado francés y cuyo exterminio en las cárceles de alta seguridad españolas sería demasiado visible, dadas ya las terribles condiciones en las que viven ahora los que están en ellas.

«Mientras la cuestión de Euskadi no esté resuelta, no podrá hablarse de total estabilización de la democracia en España» ha dicho en un interesante artículo el director del diario «El País». Es cierto, solo que habría que poner democracia entre comillas y explicar qué se entiende por «estabilidad». Es verdad que no hay democracia formal que se «estabilice» (o que se consolide) teniendo que soportar una guerra prolongada contra un pueblo que está dispuesto a resistir. Todas sus estrategias de represión violenta no le sirven porque no son las adecuadas. Podrán hacer mucho daño pero están condenadas al fracaso. La única arma adecuada que podría servirle sería el empleo a fondo de la gran maquinaria que controla los medios de comunicación y, a través de ellos, dirige y orienta las corrientes ideológicas; pero esta maquinaria destinada a la doma hace tiempo que se estrelló contra un sector importante de este pueblo, cuando en 1977 dijo no a la reforma y eligió seguir la vía de la lucha y de la resistencia. Todos los proyectos de supeditación, de obediencia, de acatamiento, de pasar por aros y encerrarse en los marcos que le proponían de falsas autonomías y estrechas constituciones fue-

ron rechazados y el gran objetivo de impedir que pensara fracasó ante la lúcida conciencia de quienes optaron por salir adelante trabajando por su liberación.

Cuando esto ocurre —y no es frecuente en los países «desarrollados» y de ahí la incompreensión y lo extraño que resulta el fenómeno cuando se ve a distancia— la democracia formal está apresada en la gran contradicción de no ser y a la vez aparentar ser una democracia: entre la fachada que presenta y los objetivos reales que persigue. ¿Cómo negar el derecho de un pueblo a su autodeterminación desde una democracia real?

Como no tiene argumentos para decir no, rehúye el discurso y persiste obtusamente en la represión. Busca todo tipo de pretextos para esa represión violenta («terroristas» ahora, comunistas en otros tiempos...) y no escatima medios. Se construyen nuevas cárceles, se tortura con métodos más refinados, se busca la colaboración de otras «democracias», se experimentan formas nuevas para aniquilar, se deporta, se crean cuerpos parapoliciales... Todo será inútil. Tarde o temprano siempre llega un momento en que tendrán que capitular porque, de seguir, la «democracia» se negaría públicamente a sí misma y tendría que aceptarse como dictadura... Genera mucho dolor y mucha muerte pero la vía de la represión violenta no tiene salida para un Estado «democrático». Esa es su desestabilización.

La resistencia del pueblo vasco a ser sometido no es algo accidental ni reciente, hace años que dura y, dato muy significativo, en la última década, con la llegada de la «democracia», ha seguido aumentando no sólo en cantidad sino en conciencia. No es fácil rechazar la enorme avalancha de información convenientemente manipulada con el fin de confundir, intoxicar y aniquilar la capacidad crítica y la libertad de pensamiento. Y esa es una batalla que la izquierda abertzale ganó. En otras partes de Europa y, en general, del mundo «democrático-desarrollado», los pueblos, para liberarse, tienen que empezar por la difícil tarea de desintoxicarse para poder pensar. No es ese el caso de quienes luchan en Euskadi, que día a día se enfrentan a la feroz realidad represiva y se ven forzados a pensar en ella para resolver las enormes dificultades. Es en esa práctica donde cada vez son más los que comprenden que la salida represiva está cegada y que la única vía para solucionar el problema es la política de una negociación. Así se forja la resistencia en ese pueblo situado en una área del mundo donde tal cosa parecía imposible.

Esa resistencia que sigue, día tras día, inquebrantable, empleando

la imaginación y la energía creadora para abrir brechas en el sistema que se presentaba tan sólido e inexpugnable. Estoy pensando en esa experiencia única de presentarse a las elecciones —cuando desde el Gobierno se lanzó la propaganda de que la Unidad Popular era un grupúsculo— para constatar que era una de las fuerzas más importantes del país y, una vez conseguido el objetivo, renunciar después a la participación... Estoy pensando en el diario EGIN, hecho con aportaciones populares y que ha conseguido ser uno de los más leídos... Estoy pensando sólo en cosas mucho más recientes: en esa manifestación de miles y miles de personas en enero, en Bilbao, denunciando el propósito genocida para los presos... En ese preso acusado de «terrorista» que la voluntad popular ha elegido y ha conseguido sacar de la mazmorra donde estaba incomunicado, para que suba al escaño del Parlamento y le represente como candidato a presidente... Son respuestas nuevas, búsquedas creadoras que contribuyen a evidenciar contradicciones del enemigo y estimulan a organizarse mejor en esa resistencia que se está demostrando que es posible.

Y en esa resistencia no estamos solos. Hay muchos y esparcidos puntos de la tierra donde a diario, y de mil maneras distintas, los hombres se enfrentan a la represión y luchan por la vida. De ellos hablaré en próximos artículos porque es muy importante que sepamos de su existencia.

*California  
mayo 1987*

## De mal en peor

Al señor González le pasa lo que al señor Fraga, que cuando se enfadan les sale la bestia que llevan dentro, poniendo en peligro la imagen que sus responsabilidades de hombres públicos requiere. La bestia del señor González es más civilizada, más socialdemócrata si se quiere, y por ello más peligrosa también porque la viste de blanco cordero y trata de darnos el pego justificando con buenas palabras las puntiagudas orejas cuando asoman. Esta bestia, si se es presidente de Gobierno en una «democracia», hay que tenerla muy bien amarrada porque si no le delata a uno y aunque el señor González tiene buena correa, con demasiada frecuencia se le ve el plumero.

La oreja o el plumero de esa mala bestia antidemocrática le asoma en la tensión que tiene que desplegar cada vez que, en momentos críticos, ha de comparecer en la pequeña pantalla de la TV para defender lo indefendible, explicar lo inexplicable y hacer piruetas para simular un razonamiento. Como es inteligente —astuto más bien, lo que se llama «un hombre político»—, trata de ocultar la ira y los coléricos impulsos para guardar las formas y encajar en la imagen que le corresponde: amaina el tono de voz, pronuncia lentamente las frases, dosifica los gestos, contiene los temblores, se exalta con moderación y todo ello da un cuadro tenso y artificial, de forzadas sonrisas estereotipadas y ademanes rígidos y crispados que inquietan al telespectador. Viendo la transformación de ese rostro entre céreo y amomiado, que sonrío con cálculo, esbozando un rictus de cínico desplante, es inevitable pensar en el deterioro y la degradación política que ocultan, y no ha de extrañar que ya sean muchos los que se pregunten: «Qué nuevo cuento nos trae ahora».

Ayer, esa habitual comparecencia fue todo un espectáculo. Vino

a decirnos que no importa cómo se da muerte al que mata, lo cual es tanto como apoyar el «diente por diente», o declararse partidario de la pena de muerte o, peor aún, justificar y defender el uso de la tortura.

Ninguna persona que tenga un mínimo de sensibilidad, sea o no política, puede quedarse tranquila en este país después de constatar el desprecio por los derechos humanos que ayer manifestó el señor González. Produce mucha desazón tener en la cúspide del Gobierno a quien piensa así. Ya días atrás, de una manera menos directa, se había manifestado en el mismo sentido cuando dio su incondicional apoyo al ministro del Interior, cuando el ministro del Interior apoyó al gobernador de Gipuzkoa, cuando el gobernador de Gipuzkoa apoyó a la Guardia Civil en su actuación de Pasajes, cuando mataron a Lucía. Toda una trayectoria de espanto, de alarmantes declaraciones que se hacían públicas sin ningún rubor, es decir, con asumido cinismo.

Decir que el juez —precisamente el juez, a cuyo cargo está la indagación siempre— entorpece el curso de la investigación, es aceptar que cuando él no está se emplea la violencia como método. Es como decir, por boca del gobernador: «Si no podemos torturar, ¿cómo vamos a tomar declaraciones? Así no se puede trabajar...» O dicho de otra manera, que sin «interrogatorios científicos (por emplear las palabras con que lo definió el anterior director de la Guardia Civil) no es posible la eficacia».

Es muy preocupante que el señor González acepte todo esto públicamente y lo apoye, porque indica hasta qué punto ha llegado la degradación; como es grave el que esté en sus manos el poder de intoxicar y manipular las noticias a través del fabuloso aparato de información, que le permite elaborar un discurso irreal que nada tiene que ver con los problemas de Euskadi, para justificar la solución cada vez más represiva de un problema real que sólo puede resolverse políticamente.

Cuando ayer habló del «tiro en la nuca» y de que habría que rectificar cuando se supiera el resultado de la autopsia, sus palabras tenían un viso de verdad verificable y, sin embargo, no eran más que manipulación. Es una argucia bien conocida: hacer hincapié en que se ha dicho que el tiro fue en la nuca para luego poder decir: «¿Ven como no fue en la nuca? Han mentido, era falso, les han engañado...». Pero el pueblo no es tonto ni se merece tanto desprecio. ¿Es que acaso cambia la gravedad del hecho el que el tiro sea unos milímetros más allá? En la nuca, en la zona occipital, en la zona temporal derecha o izquierda, en la zona parietal...

Se trata de un tiro en la cabeza y lo que sí parece que está cada vez más claro es que fue un tiro a quemarropa, cuando estaba en el suelo herida y para rematar, que es como matar dos veces. Y eso, desde el Gobierno, viniendo de un cuerpo de seguridad, es indefendible, como es indefendible la tortura.

La violencia de Estado —tan común y corriente aquí— no tiene defensa pública, esa es la gran contradicción de las democracias formales: se practica pero no se debe aceptar. Hasta ahora el señor González había estado en su papel porque siempre había negado la tortura: «son invenciones de los terroristas», decía tranquilamente. A partir de ahora parece que se inicia una nueva etapa: la de justificar la violencia institucional, una especie de ley del Talión a la democrática. Un salto muy peligroso y muy significativo.

*Hondarribia  
julio 1987*

# Indice





## **1985**

Buscando la diferencia.....	185
Tortura y sistema.....	204
Una vez más sobre la manipulación.....	207
El oficio de papá.....	210
Las caras de aquellas voces.....	213
Negar la evidencia.....	216
Autopsia y manipulación.....	221

## **1986**

Deportación: ¿un ensayo estratégico?.....	227
Tan sencillo como eso.....	232
Conversaciones en Cabo Verde.....	236
Reflexiones sobre la reinserción.....	246

## **1987**

Un señor muy importante.....	259
Reflexiones al hilo de una muerte.....	263
De mal en peor.....	267

Prólogo.....	I
--------------	---

## **1977**

Preludio para una temida democracia .....	3
Fragmento de un artículo premonitorio.....	22

## **1978-1979**

Notas a propósito de la represión hoy en Euskadi.....	27
---	----

## **1980-1982**

El revuelo.....	55
Tres breves reflexiones sobre la tortura .....	59
Chocante.....	64
Algunas claves para entender la situación real que estamos viviendo.....	67
Tortura y democracia.....	74

## **1983-1984**

Buscando cómo transmitir el mensaje.....	105
Viacrucis por Guipuzcoa en 10 estaciones.....	108
Pilar Nieva: en los laberintos de la justicia.....	159
La luz y las sombras.....	171
Un grito y un gesto.....	173
¿Qué son las cárceles de alta seguridad?.....	175
Metamorfosis de la tortura.....	178



**ZEIN DEN ZURE ASTURUA?  
JASO EZAZU BURUA  
BURRUKAN EGIN EZ BADEZAZU,  
HERIOTZE SEGURUA!**

**G.Aresti**